

Por el autor de *El corredor del laberinto*

JAMES DASHNER

**EL
JUEGO
INFINITO**

LA BATALLA FINAL



Lectulandia

El mundo real y la realidad virtual se entremezclan y solo Michael puede volver a poner las cosas en su sitio antes de que sea demasiado tarde... Empieza la batalla final.

Michael vivía para jugar, pero los juegos a los que jugaba ahora son demasiado reales. Hace solo unas semanas todo era divertido, sin embargo, ahora todo es demasiado peligroso.

VirNet se ha convertido en un mundo catastrófico y el plan de Kaine, una inteligencia artificial, de poblar la Tierra de mentes artificiales albergadas en cuerpos humanos está a punto de ser completado. Si se sale con la suya conseguirá cyber-dominar el mundo y Michael y sus amigos son los únicos que pueden evitarlo.

Pero antes, Michael deberá averiguar quiénes son sus amigos realmente...

Lectulandia

James Dashner

El juego infinito. La batalla final

La doctrina de la mortalidad - 3

ePub r1.0

Titivillus 13.05.16

Título original: *The Game of Lives*
James Dashner, 2015
Traducción: Verónica Canales
Ilustración de portada: Richard Jones
Diseño de portada: Tom Sanderson

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lynette

Prólogo

Michael se sintió agradecido de poder dormir. Los pequeños baches del camino y el runrún de las ruedas sobre el asfalto lo relajaron por primera vez en varios días, y empezaron a pesarle los párpados. Era un experto en enfrentarse a la realidad —o a la irrealidad—, pero, después de sus últimas experiencias, si hubiera tenido la oportunidad de permanecer un tiempo inconsciente, se habría sentido eternamente agradecido. Había tenido que digerir muchas cosas. Habría aprovechado cualquier oportunidad de huir del mundo y sus numerosos males. Sin embargo, lo más probable era que volviera a entrar en su ataúd más pronto que tarde.

A Michael se le cayó la cabeza de golpe. Volvió a enderezarla y se recostó en el respaldo de la silla. Supo que estaba soñando porque ya no iba sentado en el coche del padre de Sarah. Estaba frente a la encimera de su cocina antes de que todo empezara, donde su niñera, Helga, le había servido el desayuno cientos, si no miles, de veces. Pensó en el hombre que lo había visitado en la cárcel, en su curioso discurso sobre los sueños dentro de los sueños, en cómo esa lógica en bucle también era aplicable a la Red Virtual. Todo aquello podía volverlo loco si le daba más vueltas.

—Estos gofres están de muerte —dijo el chico.

Le sorprendió el sabor tan real que tenían. Estaban calentitos y eran una auténtica delicia con regusto a mantequilla. Tragó el bocado y sonrió.

Y entonces ¡apareció Helga! La cariñosa y estricta Helga. Ella le echó una mirada mientras recogía los platos. Era una mirada que Michael había visto infinidad de veces a lo largo de los años. Una mirada con la que le advertía en silencio que más le valía no estar planeando ninguna trastada. Una mirada que solía echarle cuando él fingía un resfriado para no ir al colegio o le mentía sobre los deberes.

—No te preocupes —le dijo el chico—. Esto es un sueño. ¡Puedo comer todas las que me apetezca! —Sonrió; dio otro bocado, masticó y tragó—. Supongo que Gabby sigue sin aparecer, porque no he sabido nada de ella. Aunque estoy seguro de que le alegrará volver a estar con Sarah y con Bryson. El Trío Terrible, vivito y coleando, y todavía dando caña. Aunque vayamos todos apiñados en el asiento trasero de un coche. Da igual. ¿Quién iba a pensar que mi vida se volvería tan rara? Menuda locura.

Helga asintió, sonrió y se agachó para poner el lavavajillas; la atmósfera de la cocina se llenó con el traqueteo de la cristalería y la porcelana.

Michael frunció el entrecejo. Tenía la sensación de que a Helga le importaba un

bledo.

—A lo mejor no lo sabes todo, mi querida alemanita. Bueno, vamos a ver. De algún modo nos engañaron para que hiciéramos saltar por los aires los sistemas de la SRV; podemos decir que nos lo cargamos del todo. Los padres de Sarah, a los que habían secuestrado, por si no lo sabías, se presentaron en la cárcel como salidos de la nada para sacarnos de allí y nos hablaron de ti y de un montón de antiguos tangentes que estaban detrás de todo aquello. De ti, Helga, nos hablaron de ti. ¿Te importaría aclararme ese punto?

Su niñera lo miró encogiéndose de hombros, con gesto de culpabilidad, pero apenas interrumpió su tarea. El traqueteo de cacharrería continuaba, entremezclado con los portazos de los armarios. Michael sabía que aquello era demasiado bonito para ser cierto, que lo único que podía hacer era permanecer allí sentado disfrutando del sueño. No había un lugar en todo el universo al que pudiera ir para huir de sus pensamientos; y menos aún su propia mente. Dio un par más de mordiscos rápidos al gofre que estaba comiendo y se deleitó con su costra crujiente y su tierno interior, con la intuición de que el sueño estaba a punto de terminar. Aunque Helga no le había dicho ni una sola palabra.

—Supongo que no puedes hablarme en sueños, ¿verdad? —dijo Michael—. Y eso es muy raro. Kaine me dijo que te había matado y que había matado a mis padres. — Al imaginar a su madre y a su padre sintió una intensa punzada de dolor en su corazón onírico—. A lo mejor lograste escapar, ¿no? No lo sé. De todas formas, ¿puedes seguir viva al menos en mi mente? Sería muy parecido a estar hablando con mi...

Helga se volvió de golpe, con el rostro muy enrojecido.

—El Desfiladero Consagrado, hijo. Ya sabes que es allí donde debes ir. Regresa al Desfiladero Consagrado. ¡Todo acabará donde empezó!

Michael iba a responder, pero, mira por dónde, en ese preciso instante un bache tuvo el descaro de despertarlo.

Un lugar bonito en el campo

Cuando Michael se despertó, tuvo la desagradable sensación de regurgitar bilis por la garganta. No fue precisamente la forma ideal de volver al mundo consciente.

Inspiró con fuerza para intentar relajarse. Deseó haber tomado alguna medicación para evitar el mareo. Por lo visto, el padre de Sarah creía ser un corredor de la NASCAR, y el estado del camino no contribuía a mejorar la situación. Gerard, el Perro Guía, próximo supercampeón de carreras en el circuito con más curvas y más baches del mundo.

Al tomar las curvas cerradas de las montañas del norte de Georgia, Michael iba inclinando el cuerpo en la misma dirección de cada giro, como si eso contribuyera, de algún modo, a mantener el vehículo en la carretera. La exuberante frondosidad y los árboles gigantes cubiertos de enredaderas formaban un grandioso túnel a lo largo de una caverna vercosa, atravesada por los brillantes rayos de sol que destellaban entre las hojas a medida que avanzaban.

—¿Estáis seguros de que esa mujer dijo que se llamaba Helga? —preguntó Michael una vez más con el sueño todavía fresco en la memoria.

«Ve al Desfiladero Consagrado». Eso es lo que la niñera había dicho. Lo que significaba, sin duda, que era lo que su propio inconsciente le estaba comunicando. Debían regresar al lugar donde todo empezó si querían terminar con ello. Parecía bastante razonable.

Gerard, quien sujetaba con fuerza el volante como si temiera que fuera a descajarse, suspiró al oír la pregunta. Su esposa, Nancy, se volvió desde el asiento del acompañante para dirigirse a Michael.

—Sí —respondió ella con una sonrisa de amabilidad; luego miró de nuevo hacia el frente. Por la paciencia que demostró daba la impresión de que fuera la primera vez que Michael formulaba la pregunta; no obstante, era la decimoquinta o la decimosexta vez que lo hacía.

El chico iba sentado en el asiento trasero, con Bryson a su izquierda y Sarah a su derecha. Nadie había dicho gran cosa desde su reencuentro. Entre la persecución, el encarcelamiento y el rescate vividos por los tres, habían pasado varios días, y todos se sentían igual de aturridos que Michael. El propio Michael no sabía qué pensar. Habían secuestrado a los padres de Sarah; más tarde alguien los había rescatado. Y los mismos que los rescataron fueron los que dieron las pistas a Gerard y a Nancy para que recogieran a su hija y a sus amigos, y los llevaran a un lugar ubicado en los Apalaches.

Pero algo había ocurrido con los tangentes. Y con una mujer que había mencionado a Helga.

Era imposible que se tratara de su niñera, pensó Michael por enésima vez. ¿Verdad? Su Helga estaba muerta, ¿no? Por lo que él sabía, ella era una tangente desautorizada por Kaine, al igual que los padres del chico. Como mínimo, el tangente había acelerado la Decadencia de todos ellos. Fueran reales o no, sus muertes habían dejado un profundo vacío en el alma de Michael, y no había logrado recuperarse mucho desde entonces.

Sarah le dio un codazo cariñoso, luego se inclinó de forma extraña sobre él y apoyó todo el peso de su cuerpo contra el del chico mientras Gerard tomaba otra curva cerrada. Las ruedas chirriaron, y una bandada de pájaros salió volando de entre el follaje a un lado de la carretera, graznando y batiendo las alas al alejarse.

—¿Estás bien? —le preguntó ella—. No pareces muy contento para acabar de escapar de la prisión.

Michael se encogió de hombros.

—Imagino que todavía intento asimilarlo todo.

—Gracias por el mensaje que me enviaste —le susurró ella. Mientras estuvieron separados, tanto él como Sarah habían hackeado el cortafuegos del sistema de seguridad de la cárcel para enviarse notas mutuamente—. Me ayudó mucho.

Michael asintió en silencio y le dedicó una sonrisa tímida. De pronto le vino a la mente una imagen terrible: Sarah agonizando junto a las pozas de lava, su lucha postrera por tomar aire antes de abandonar la Senda de Kaine en las capas más profundas de la Red Virtual. Michael la había arrastrado hasta todo aquello. Y a sus padres. Y a Bryson. Fue muy duro verla sufrir de esa manera, y no lograba dejar de preguntarse: ¿les esperaban peores destinos que un montón de piedra fundida virtual?

Bryson se inclinó hacia delante para mirarlos.

—Oye, a mí nadie me envió ningún mensaje. Eso no mola.

—Lo siento —dijo Michael—. Como sé cuánto te gusta dormir la siesta, no quería molestarte.

Para meter más el dedo en la llaga, Sarah se presionó el audiopad para proyectar su pantalla de red. El mensaje de Michael, «Venceremos», quedó pendido en el aire, ante ellos. El chico sintió la calidez de la felicidad en el pecho al ver que ella lo había guardado. Sonrió, bastante abochornado.

—¡Qué bonito! —Bryson se echó hacia delante y se quedó mirando a su amigo—. Estoy bastante seguro de que llevo sin dormir, veamos..., unas tres semanas; de lo que tú eres culpable, por cierto.

—Acepto mi culpa. —Michael sabía que su amigo bromeaba casi todo el rato, pero se sintió mal. Era posible que Bryson jamás hubiera dicho nada tan simple aunque tan cierto al mismo tiempo. Las ganas de vomitar que sentía por ir dando tumbos de pronto se intensificaron—. Vaya... —Emitió un gruñido—. Señor... Esto... Gerard... ¿Podríamos parar un segundo? No me encuentro muy bien.

—Ponte mirando a Bryson —dijo Sarah, y se alejó de Michael unos centímetros. Bajó la ventana—. ¿Mejor así?

Sin embargo, el padre de la chica ya había reducido la marcha —el frenazo en seco revolvió un poco más el estómago a Michael— y estaba estacionando en una pequeña zona de tierra en el arcén de la angosta carretera.

—Ya estamos, hijo —anunció el hombre. Parecía tan familiarizado con la maniobra que Michael estaba convencido de que no era la primera vez que provocaba el vómito a alguien—. Pero date prisa... Ya vamos tarde.

La madre de Sarah le dio una palmadita a su marido en el brazo.

—Ten un poco de tacto, cielo. Por el amor de Dios. A nadie le gusta vomitar.

Michael ya estaba pasando por encima de Sarah para salir. Abrió la puerta y bajó de un salto antes de que ella pudiera quejarse. El asqueroso desayuno de la prisión empezó a ascender desde el esófago y no había forma de contenerlo. Localizó el arbusto más próximo y le hizo un regalito nada agradable.

2

—¡Qué asco, tío! Creo que se te han quedado restos pegados en la camisa —dijo Bryson, pasados unos minutos. Regresaron a la carretera, y Gerard retomó su conducción deportiva.

Michael sonrió; ya le daba igual. Se sentía tan bien en ese momento que el mundo le parecía más brillante y luminoso.

—Me alegro de verte así —masculló Bryson, y dio una palmadita en el hombro a su amigo—. La verdad es que quiero darte las gracias por no haberme potado encima.

—No se merecen —respondió Michael.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Sarah.

—Mogollón. —Michael se cruzó de brazos y movió las piernas para estar más cómodo—. Supongo que me siento mejor en general. Quiero decir, no estoy seguro de qué ocurrió cuando estábamos en Atlanta, pero no está mal que sigamos todos vivos, ¿verdad? Y ahora vamos al encuentro de personas que quieren ayudarnos.

«Y, además, tengo un plan», pensó. Era la primera vez en siglos que tenía uno, y lo hacía sentirse bien. Iría al Desfiladero Consagrado, regresaría al lugar donde todo había empezado. Solo debía dar con el momento justo para contárselo a sus amigos.

—Tío —dijo Bryson—, siempre ves la botella medio llena. Y eso me gusta.

Sarah sonrió y, con disimulo, tomó de la mano a Michael y entrelazó los dedos con los del chico. El mundo se iluminó aún más. «Y debemos asegurarnos de que Gabby está bien», pensó él. La última vez que la había visto, estaba inconsciente —la habían golpeado en la cabeza—, y era culpa de Michael por haberla metido en aquel lío. No quería implicarla más, pero necesitaba comprobar que la chica estaba bien.

—Ya casi hemos llegado —les dijo Gerard desde delante reduciendo la marcha—.

Bueno... o eso creo.

Michael sintió mariposas en el estómago. Seguía cogido de la mano de Sarah, se inclinó hacia delante y miró por el parabrisas delantero mientras seguían avanzando por aquel túnel verde y oscuro del bosque. No tenía ni idea de qué esperar —adónde iban ni por qué—, pero la emoción que sentía aumentaba con cada bache, con cada salto, al tiempo que contemplaba la carretera que tenían por delante. Eso lo hizo pensar en la Senda y, con una pizca de ansiedad, se preguntó si de verdad estaría en el mundo real, en el Despertar, o en algún otro sitio, en el interior de un cajón, conectado a unos cables y subido a la Red Virtual. Lo habían engañado tantas veces y de tantas formas que no volvería a estar seguro de nada en la vida.

Recordó al hombre, el que lo había visitado en la cárcel justo antes de la agente Weber. También había vuelto a verlo en sueños. Algo relacionado con despertar una y otra vez, dentro de capas y más capas de niveles de la Red Virtual. ¿Era eso? Como si se tratara de un sueño dentro de un sueño. Aquella sensación lo espeluznaba.

La carretera empezó a describir una ligera cuesta, y Michael sacudió la cabeza para dejar de pensar en todo aquello. Volvería a marearse si seguía obsesionándose. Se concentró en el entorno que lo rodeaba —fuera real o virtual—, tal y como era.

En el exterior los árboles de la carretera empezaban a ser más delgados y dejaban entrever un amplio valle situado entre dos montañas pobladísimas de vegetación. Las nubes cubrían el sol, y el día volvía a tornarse gris, como si quisiera devolverles la sombra de la que ya no disfrutaban.

—¿Es ese el lugar al que vamos? —preguntó Bryson. Se desabrochó el cinturón y se situó lo más cerca que pudo de Gerard, sujeto al cabecero del asiento del conductor—. Ese lugar parece antiquísimo.

—Ahí debe de ser —respondió Nancy—. No parece que haya muchas más cosas alrededor.

Michael echó un vistazo. Por debajo de ellos, distribuidas entre los árboles del valle, había varias edificaciones alargadas de una sola planta, que le parecieron cascos de barco desguazados. Parecían barracones militares, algo que podría verse en una de esas películas antiguas de guerra ambientadas en una selva de algún lugar exótico. Los tejados estaban agujereados, algunos los habían parcheado; la mayoría de viviendas carecían de techo y se encontraban a merced de los elementos. Las enredaderas y la hiedra lo invadían todo y cubrían por completo parte de las edificaciones, hasta tal punto que algunas zonas parecían arbustos podados de forma artística, aunque abandonados en el jardín de algún gigante olvidado.

—Tío —murmuró Bryson—. Esperaba algo parecido a un hotel de la cadena Marriot. Al menos en la cárcel había retretes que funcionaban.

—Serpientes —susurró Sarah, como si estuviera en trance—. Seguro que está plagado de serpientes.

Michael se resistió a dejar que su entusiasmo recién descubierto decayera. Sentía muchísima curiosidad por la apariencia decadente de aquel lugar... fuera lo que

fuese.

—Entonces ¿no habéis estado aquí antes? —le preguntó a Gerard, y luego probó con un nuevo planteamiento—. ¿Dónde conocisteis a Helga y a los demás? ¿Cómo supisteis dónde encontrarnos y cómo llegar hasta allí?

Nancy se volvió hacia él.

—No hay mucho que contar, me temo. Supongo que vosotros tres sabéis más que nosotros. Esos... tangentes, así se hacían llamar, irrumpieron en aquel horrible almacén donde nos habían llevado los secuestradores, nos liberaron, nos dieron su coche y una serie de indicaciones. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. No nos quedaba más que confiar en ellos. Verás, debíamos llegar hasta vosotros y sacaros de allí, eso fue todo.

Michael podría haber dado muchas respuestas a aquello. Confiar en los otros era algo que no volvería a resultarle fácil. Por el momento, solo le importaba seguir vivo, y tenía que reconocer que aquella debía de haber sido su mejor alternativa.

Además, estaba Helga. Debía encontrar a esa nueva Helga.

La carretera se desvió, y dejaron de ver el valle, hasta que de pronto empezaron a adentrarse entre el complejo de barracones invadidos por la vegetación. Lo que Michael no había visto con anterioridad fue una docena, más o menos, de coches aparcados a la sombra de varios árboles gigantescos. Los vehículos estaban desguazados. Parecían tan viejos que, de no ser porque no estaban cubiertos de enredaderas, cualquier habría pensado que se encontraban allí desde la misma época que los edificios.

Gerard acababa de detener el vehículo cuando una mujer alta se asomó por la puerta de uno de los barracones. Llevaba unos vaqueros polvorientos, botas y sudadera negra, y tenía la cabellera rubia pajiza recogida en una cola de caballo. Se dirigió hacia ellos con paso confiado y el entrecejo fruncido.

—Es ella —susurró Gerard mientras bajaba la ventana.

Michael no la reconoció, y se sintió triste a pesar de no existir ninguna razón lógica para que él supiera qué aspecto tenía Helga en el Despertar.

La mujer se inclinó en dirección a la ventana del conductor, apoyada sobre los antebrazos, y miró al interior, a cada uno de los ocupantes del vehículo. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza mirando hacia la edificación de la que había salido.

—Vamos a entrar —dijo con un acento totalmente diferente al alemán que Michael esperaba oír— antes de que el mundo se desintegre.

Entonces se volvió y regresó hacia el barracón.

—Es para hoy, tío, para hoy. —No era el mejor momento de todos para que Bryson tardara media vida en salir del coche.

Michael nunca se había sentido tan impaciente. Debía averiguar la verdad sobre aquella otra Helga y las personas con las que se encontraba: podrían ayudarlo a regresar al Desfiladero Consagrado.

—Ya voy, colega, ¡tranqui! —respondió Bryson. Pero seguía sin moverse. Miró a Michael muy serio—. ¿De verdad lo vamos a hacer?

—Sí —respondieron Michael y Sarah al unísono.

Los padres de la chica ya estaban fuera del coche, cerrando sus respectivas puertas.

—¿Estáis seguros que pondríais la mano en el fuego? —insistió Bryson—. Mi abuela solía decirlo. Si ponéis la mano en el fuego, os sigo.

Michael se contuvo para no perder los nervios.

—Sí, estoy tan seguro que pongo la mano en el fuego.

—Entonces, vale.

Bryson bajó del asiento trasero, y Michael dio un empujón a su amigo para obligarlo a bajar más deprisa. Sarah salió por el otro lado, y el grupo siguió a sus padres hasta el sendero cubierto de mala hierba en dirección a la puerta del barracón, que estaba entreabierta. Gerard no titubeó. Entró sin pensarlo. Michael y sus amigos lo siguieron.

La mujer alta que les había dado la bienvenida estaba esperándolos, pero eso no fue lo que captó la atención de Michael.

Cuando logró adaptar la vista a la iluminación del lugar, le impactó lo que vio. Sintió que había entrado en un mundo del todo distinto. El maltrecho y desvencijado edificio albergaba una tierra de maravillas tecnológicas. El techo estaba cubierto de luces led, que iluminaban el fulgor verdoso de docenas de pantallas de red. Había una hilera de ataúdes azules pegados a una pared; en otra, una hilera de mesas, donde hombres y mujeres trabajaban con denuedo. Se habían protegido las paredes y el techo con troncos de madera, y Michael se percató de que habían usado plásticos para tapar los numerosos agujeros del tejado.

La voz de su anfitriona interrumpió las cavilaciones del chico y rompió el silencio.

—Tuvimos que encontrar una localización remota...

—Misión cumplida —murmuró Bryson.

—... Necesitábamos una fuente eléctrica y tener acceso a la señal del satélite para las comunicaciones a través de la Red Virtual. Esta es una antigua instalación de entrenamiento militar de combatientes técnicos, abandonada hace una década debido a los recortes presupuestarios. Y da la casualidad de que encajaba a la perfección con nuestro cometido. Tardamos un par de semanas en acondicionarlo, pero aquí estamos. Metidos de lleno en faena.

Michael tenía un millón de preguntas, aunque una de ellas le urgía más que cualquier otra.

Miró a la mujer alta y avanzó un paso para acercarse a ella, mirándola a los ojos

con cautela.

—Gerard me ha dicho que le dijiste que te llamabas Helga. Y que eres una tangente. ¿Acaso...? —No tenía ni idea de cómo formular la pregunta.

El chico se sorprendió al ver que a ella se le anegaban los ojos en lágrimas, y él mismo empezó a ver borrosos los destellos de las luces de la sala.

—Sí —respondió la mujer. Entonces lo acogió en un abrazo y lo apretujó con fuerza—. Deduzco que tú eres Michael. Mi niño.

El chico abrió los ojos de par en par y se tomó unos segundos antes de corresponder el abrazo.

—¿Eres... Helga? ¿De verdad? Pero ¿cómo?

Ella lo había acogido sin dudarle con su nuevo cuerpo, pero el chico no sabía si podía hacer lo propio.

Helga se apartó de Michael con una mirada de determinación en lugar de ternura.

—Tengo muchas cosas que contarte. Nos tenemos que poner al día en muchos sentidos. En resumen, hemos estado siguiendo a Kaine desde antes de que vuestro camino se cruzara con el suyo. Le robamos el programa de la Doctrina de la Mortalidad. Copiamos una versión. Tuvimos que hacerlo, Michael. Debíamos regresar al mundo real si queríamos salvar el virtual.

El chico volvió a sentir el mareo del coche.

—Espera... Tú... ¿robabas cuerpos? —Retrocedió un paso—. Tú... ¿Cómo sé siquiera que eres la auténtica Helga? ¿Cómo voy a confiar en vosotros? ¿En ninguno de vosotros?

La mujer que afirmaba ser su niñera de toda la vida le sonrió con amabilidad.

—Son todas muy buenas preguntas —dijo—. Y las responderé. Creo que así será más fácil demostrar quién soy. Responderé a algo solo para que sepas...

Hizo una pausa y se quedó mirando con detenimiento hacia el grupo de Michael. Resultaba evidente que estaban igual de preocupados que el chico. Se habían comprometido a poner fin a todo aquello. Aunque, al parecer, sus rescatadores no habían resultado ser mucho mejores que Kaine.

—No hemos... matado a nadie —aclaró por fin la mujer alta. Su mirada se había tornado formal de nuevo, ya no tenía expresión de ternura. No obstante, Michael percibió una profunda tristeza en sus ojos—. No en el sentido de darles muerte real, en cualquier caso.

—¿Muerte real? —repitió Sarah, y lanzó una mirada recelosa a Michael. El chico sintió de pronto que el suelo que tenía bajo sus pies se estremecía.

—Por favor —dijo la mujer, a todas luces impaciente por la reacción de sus invitados—. Sentémonos y hablemoslo, ¿os parece? Por favor. —Se dirigió hacia las sillas dispuestas en círculo, ubicadas junto a los ataúdes que proyectaban su fulgor.

Michael se quedó mirando a Sarah y a Bryson, y se encogió de hombros. Todos se dirigieron hacia las sillas mientras la expresión «muerte real» les retumbaba en los oídos.

—Empecemos por el principio —dijo la mujer alta en cuanto estuvieron todos sentados—. Debéis saber que soy quien digo ser antes de poder confiar en mí. — Helga concedió al grupo un momento para asimilarlo; luego se dirigió a Michael y le dijo mirándole a los ojos—: Era tu niñera, Helga. Soy Helga. Una parte de mí ser sospechaba que podríamos ser tangentes, pero tú eras real para mí, Michael. Al margen de todo lo que ha hecho Kaine, creo que muchos de nosotros habíamos dado el salto hacia el mundo consciente, lo que ralentiza en gran medida el proceso de Decadencia. Sé que tú y yo hemos dado ese salto. —Dio la sensación de que dejaba la mirada perdida, como sumida en un desierto de viejos recuerdos, pero recuperó pronto el hilo y apartó esos pensamientos—. A lo que iba: tú siempre has sido y serás como un hijo para mí. Pero deja que te lo demuestre.

Michael frunció el entrecejo y le dedicó una larga e intensa mirada, como si estuviera valorando sus opciones. La mujer se echó hacia delante y se le acercó con las manos apoyadas sobre las rodillas y entrelazadas. Parecía sincera, con la mirada intensa y teñida de dolor. El resto de los presentes permanecían en silencio mientras el chico volcaba toda su atención en aquella mujer. Helga. El futuro de Michael pendía de un hilo.

—Vale —dijo al final intentando pensar con claridad—. ¿Cuál era mi desayuno favorito?

—Un momento —dijo Bryson, justo en el momento en que la anfitriona abría la boca para responder—. Eso no va a probar nada. —Se volvió hacia Michael—. Si tu niñera era una tangente, Kaine conocería todos los detalles de tu vida. Le bastaría con una descarga instantánea. O algo peor, ¡podría haberla programado! Esto no tiene ningún sentido.

—No estás siendo de mucha ayuda —repuso Michael. Su amigo tenía razón, y eso resultaba desesperante.

—No, el chico tiene razón —admitió la mujer al tiempo que se levantaba—. No en lo que ha dicho sobre Kaine, sino en que es imposible que yo llegue a convencerte del todo de que soy Helga. Podría pasarme el día entero hablándote de cómo adorabas comer gofres para desayunar y contarte que, cuando solo tenías cinco años, me pediste leer aquella novela de Stephen King, y yo te obligué a seguir con los libros infantiles de Judy Blume. O contarte que te rompiste la pierna a los siete, o cuántas veces te pillé intentando colarte en el ataúd de tu padre antes de que tuvieras la edad legal para hacerlo. O sobre las muchas noches que te llevaba queso con galletas mientras estudiabas esos históricos de codificación en tu pantalla de red, cuando ya estabas en cama; o que tuvimos que limpiar de lo lindo toda la casa después del incidente de la fiesta de pijamas antes de que tus padres volvieran de su viaje de negocios.

Hizo una pausa y esbozó una cálida sonrisa, mientras Michael no podía hacer más

que mirarla boquiabierto.

—Podría seguir y seguir —añadió la mujer—. Pero jamás llegarías a estar del todo convencido. Ni tampoco tus amigos. Soy un fragmento de código, Michael. Nada más. Nadie entiende mejor que yo el dolor que supone serlo, créeme. Y no sé de qué forma recuperar totalmente tu confianza.

—Vaya, no quería insultar a todo el mundo —dijo Bryson con expresión de culpabilidad y se quedó cabizbajo.

Michael se dio cuenta que había empezado a temblar, sobrecogido por la emoción. Bryson había planteado una cuestión maravillosa, y no podían permitirse ignorar sus implicaciones. Pero, tarde o temprano, Michael debía recuperar la confianza en los demás. En algo. En alguien. Y si tuviera un radar en su interior para detectar la verdad, ahora estaría emitiendo una señal más potente que nunca.

—Eres tú —susurró el chico.

Nadie dijo nada. A lo mejor no lo habían oído.

—Eres tú —dijo Michael en voz más alta.

A continuación corrió hacia ella y la abrazó antes de que nadie pudiera ver las lágrimas que le brotaban de los ojos.

Un círculo de manos

—Sí que soy yo —le susurró Helga al oído dándole palmaditas en la espalda—. Te lo prometo. Vamos a superar esta locura juntos.

Había pasado mucho tiempo desde que Michael no sentía nada similar, y un cúmulo de emociones lo removi6 por dentro. Felicidad, tristeza, nostalgia... Llor6 sobre el hombro de su ni6era al recordar a sus padres perdidos, su hogar perdido, su vida perdida. Conservaba a sus dos mejores amigos, pero Helga era el 6nico v6nculo con el mundo que el chico hab6a conocido sin Bryson y Sarah. Y, hasta ese instante, hab6a estado convencido de que su ni6era hab6a desaparecido para siempre.

Quedaban preguntas sin resolver, en efecto. Preocupaciones. Pero en ese momento lo 6nico que pod6a sentir era la ternura de la mujer, su calidez, que lo confortaba con su abrazo.

Al final, Helga lo sujet6 con amabilidad por los hombros y lo apart6. Michael se sinti6 aliviado al ver que ella tambi6n hab6a derramado unas cuantas l6grimas.

—Tal vez te haya convencido a ti —dijo ella sonriendo con timidez—, pero a ellos no. —Hizo un gesto con la cabeza para se6alar a los dem6s.

Del todo abochornado, Michael recuper6 la compostura y se enjug6 las l6grimas de las mejillas. Luego se volvi6 hacia sus amigos.

—Es ella —dijo con toda la energ6a que fue capaz de recuperar tras la escenita que acababa de protagonizar—. No s6 c6mo explicarlo, pero s6 que es ella.

Aunque resultara sorprendente, fue Sarah la que manifest6 mayor recelo.

—Bueno, pues va a tener que encontrar una forma de explicarlo, Michael. No podemos poner nuestras vidas en manos de esta mujer as6 como as6. Lo que hizo, robar un cuerpo, no es mucho mejor que lo que Kaine est6 haciendo.

Apenas hubo pronunciado la 6ltima palabra, el resto del grupo rompi6 a hablar, interrumpi6ndose unos a otros, hasta que Michael los hizo callar de un grito.

—¡Escuchad! —dijo mirando directamente a sus amigos y a los padres de Sarah—. No ten6is ni idea de qu6 supone ser un tangente. Quiz6 para vosotros solo seamos un mont6n de c6digo, eso puedo aceptarlo. Pero somos algo m6s. Lo s6. Yo soy una persona, tengo mente, soy capaz de pensar por m6 mismo y me da igual lo que digan los dem6s. Es decir, a m6 tambi6n podr6an haberme programado como a Helga. ¡En alg6n momento tendr6is que dejaros llevar por los sentimientos! Mis padres eran reales, por lo que a m6 respecta, hasta que Kaine los borr6 del mapa. Y Helga... Para m6 es como una abuela. Esta es Helga. Y lo s6.

—¿Una abuela? —pregunt6 Helga—. ¿De veras?

—Lo siento. La mejor tía del mundo.

Sarah se acercó para situarse justo delante de Michael y se lo quedó mirando durante varios segundos.

—¿Estás seguro?

El chico asintió con determinación.

—Estoy convencido. —Se quedó mirando a Bryson—. Pongo la mano en el fuego.

Bryson se encogió de hombros.

—Supongo que tendremos que fiarnos de tu palabra —dijo a regañadientes.

—No debe preocuparos que seamos como Kaine —intervino Helga—. Existe una diferencia. Una gran diferencia.

Entonces intervino Gerard.

—Ah, ¿sí? —preguntó—. Ilumínanos. ¿Cuál es esa gran diferencia?

—La diferencia —dijo Helga— es que nosotros estamos aquí para acabar con lo que hace Kaine. La diferencia es que activamos la Doctrina de la Mortalidad solo porque era el último recurso. Y la mayor diferencia es... —Hizo una breve pausa—. La mayor diferencia es que tenemos pensado devolver los cuerpos. A ser posible, muy pronto. Dudo mucho que Kaine vaya a hacer lo mismo.

—¿Devolverlos? —preguntó Bryson—. ¿Cómo?

Helga se sentó en su silla.

—Ha llegado la hora de que os hable sobre la Colmena.

2

«La Colmena». Aquellas palabras hicieron temblar a Michael, y el grupo quedó en silencio. El chico miró a Sarah y a Bryson, y les indicó, con un movimiento de cabeza, que regresaran a sus asientos.

—¿Podemos oír lo que quiere contarnos, chicos? —preguntó.

El grupo no respondió, pero todos se sentaron, dispuestos a escucharla.

—La Colmena —repitió la mujer, en cuanto todos estuvieron atentos—. La creó Kaine, aunque no estamos seguros con qué fin, y la protege y la mantiene, y hemos averiguado cómo llegar hasta ella. Cómo penetrar en ella, mejor dicho. La Colmena es la clave de todo, el secreto para recuperar el estado de las cosas tal como las conocíamos antes de... —Helga hizo un gesto para señalarse a sí misma con tristeza —... todo esto.

—Pero ¿qué es eso de la Colmena? —insistió Sarah—. Jamás hemos oído hablar de ella.

—Ah, claro —respondió Helga con tranquilidad—, por supuesto. La Colmena es el lugar donde se almacena la inteligencia. Las inteligencias en plural, mejor dicho.

—¿Te refieres a algo así como el cerebro de la Red Virtual? —preguntó Bryson.

Helga negó con la cabeza.

—No, no es nada por el estilo. Es una instalación de almacenamiento cuántico. Tiene la capacidad de almacenar cantidades ingentes de datos, incluidas las copias de seguridad de los programas de los tangentes. Además hemos descubierto que es el lugar al que se envía la conciencia cuando un tangente se apodera de un cuerpo. Donde se almacena la mente. —Helga se volvió hacia Michael—. ¿Cómo se llama el chico al que has sustituido? ¿Jackson Park?

—Porter —la corrigió Michael.

—Eso, Porter. Bueno, pues Kaine no lo destruyó cuando te aplicó la Doctrina de la Mortalidad. No funciona así. Una vez más, por razones que desconocemos, la inteligencia, los recuerdos, la personalidad, el conocimiento de Jackson Porter deben conservarse. Tenemos algunas teorías para explicarlo: por ejemplo, que podría ser una parte necesaria del proceso. Para que el cuerpo humano que queda sobreviva, quizá la conciencia también deba seguir con vida. Si esa conexión se viera seriamente dañada, quién sabe si el cuerpo físico sería capaz de soportarlo. Lo que estoy diciendo es que tu cuerpo sigue teniendo un vínculo con Jackson Porter... Con lo que convierte a ese chico en lo que es. Creemos que es algo parecido a la tecnología que necesita el núcleo para sumergirse en la neurocaja.

A Michael se le aceleró el pulso de forma desagradable.

—¿Qué...? ¿Qué estás diciendo? —Apenas era capaz de articular la pregunta.

—Estoy diciendo que la inteligencia de una persona a la que has sustituido sigue existiendo, y está intacta y completa. Su conciencia se encuentra almacenada en un lugar llamado la Colmena.

—Eso es... —Michael tragó saliva—. Eso es... ¿confuso?

Helga se levantó.

—Creo que la mejor forma de que lo entiendas es mostrártelo.

Michael se quedó mirando a Bryson, a Sarah y a los padres de la chica. Todos parecían tan estupefactos como él.

—Sí —dijo Helga—. Creo que eso es lo que vamos a hacer. Vamos a sumergirnos.

3

Había quince ataúdes en total, alineados junto a la larga pared de los antiguos barracones, e irradiaban un fulgor azul, como criaturas marinas fosforescentes. Un par de ellos emitían la señal de estar ocupados, pero la mayoría se encontraban vacíos, esperando a su próximo ocupante.

—Estoy segura de que todavía no me he ganado del todo vuestra confianza —dijo Helga, de pie junto a la hilera de máquinas—. Os dejaré decidir si queréis sumergiros conmigo. Podéis venir todos, si queréis, o solo tú, Michael. Haced lo que os resulte

más cómodo. Os garantizo vuestra seguridad. —Helga hizo un gesto en dirección al personal que estaba trabajando con denuedo en la sala—. Todas estas personas que veis aquí han jurado protegeros. Protegeros a todos. Estamos todos en el mismo bando.

—Id vosotros tres —dijo el padre de Sarah—. Nancy y yo nos quedaremos aquí y... supervisaremos la totalidad del proceso.

El mensaje estaba claro. Gerard no se fiaba de aquellas personas. Todavía no. Se quedaría para vigilar el cuerpo físico de su hija, porque seguramente era muy consciente de no ser rival para las fuerzas que podrían atacarla durante el Sueño.

Michael miró a sus amigos y vio reflejado en sus ojos lo mismo que él sentía: curiosidad. A pesar de ello, el chico no estaba muy seguro de qué iban a descubrir en aquel lugar. En la... Colmena.

No se había pronunciado sobre si aceptaría la propuesta de Helga, pero Bryson ya estaba quitándose la camisa.

—A mí me parece bien —dijo al tiempo que se bajaba la cremallera del pantalón—. Vamos.

—¿Podríamos aplicar la política de permanecer totalmente vestidos? —suplicó Sarah tapándose los ojos—. Hay cosas en la vida que, si ves, no puedes olvidarlas jamás.

—Eso es lo que dices ahora —la chinchó Bryson batiendo las pestañas con coquetería.

Helga carraspeó para recordarles su presencia. Empezó a quitarse la camisa, aunque Michael se percató enseguida de que debajo llevaba puesto uno de esos sofisticados trajes para sumergirse. Era una malla de licra de cuerpo entero para ocultar la desnudez integral.

—Basta de cháchara —anunció Helga—. Entremos. Walter —llamó a un hombre situado junto a una pantalla de red próxima a ellos—, ¿nos echas una mano?

El hombre respondió con un ligero movimiento de cabeza, se presionó el audiopad para apagar su pantalla. Era de estatura media, con el pelo negro y tenía una mirada tan intensa que Michael se preguntó si le dolería la cara.

—Os presento a Walter Carlson —dijo Helga mientras el hombre se acercaba—, sustituto temporal de Keith Sproles, cuya inteligencia permanece a la espera en el interior de la Colmena, de la que algún día regresará. —Pronunció las palabras con tono de profundo respeto, como si quisiera expresar que no se tomaba a la ligera el hecho de que hubieran tomado prestados los cuerpos y las inteligencias hubieran quedado almacenadas.

—Qué pasa, Walter —dijo Bryson.

Michael tendió una mano para estrechar la del hombre; Sarah hizo lo propio.

—Hacemos todo lo posible por recordar quiénes somos y qué hemos hecho a quienes hemos sustituido —explicó Helga—. En mi caso, soy la sustituta temporal de Brandi Hambrick, cuya inteligencia se encuentra a la espera en la Colmena, de la que

algún día regresará.

Michael asintió en silencio con la esperanza de que el miedo repentino e inesperado que sentía no se reflejara en su expresión. ¿Qué suponía todo aquello para él? ¿De verdad estaba Jackson Porter en algún lugar ahí fuera, a la espera de regresar a su cuerpo? Si estaba almacenado, ¿tendría conciencia de ello? ¿Estaría consciente? ¿Pensando? ¿O era más bien como si estuviera congelado? Como carne en una cámara frigorífica. Había pensado mucho en Jackson, pero, en ese momento, la simple idea era como una fría lanza que se le clavara en el costado. El chico estaba muerto de miedo, así de claro.

—Encantado de conocerlos, damas y caballeros —dijo Walter, y, con la palmadita que propinó a Michael en la espalda, el chico volvió a la realidad—. Nos han hablado mucho sobre vosotros. A decir verdad, Helga lo ha pasado fatal por no delataros. Tiene más razón que una santa, no obstante, al decir que estamos en el mismo bando. Podéis estar seguros. Nadie siente un desprecio tan visceral hacia Kaine como yo, os lo aseguro.

Sarah dedicó una sonrisa al hombre.

—Es bueno saberlo —dijo la chica, y volvió a mirar a Helga—. Creo que ya estamos listos para irnos.

Michael lanzó un suspiro aliviado cuando vio que Sarah por fin había decidido confiar en Helga. Eso lo hacía sentirse mejor con su propia decisión.

Walter empezó a preparar los ataúdes. Trabajaba con rapidez, yendo de un paso al siguiente, tocando las pantallas y pulsando botones. Una a una, las puertas con bisagras se abrieron de golpe, y Michael sintió la ya conocida inyección de adrenalina. Esa emoción que se apoderaba de él justo antes de sumergirse en el Sueño. Jamás se cansaba de ella. Incluso después de todo lo que había pasado.

Vestido solo con los calzoncillos, fue el primero que entró en una de las máquinas. Cuando estuvo sentado en su neurocaja, Helga le dedicó una amplia sonrisa.

—Walter va a hacer milagros con los ajustes —dijo la mujer mientras se metía en el ataúd situado junto al de Michael—. Nos llevará hasta el lugar donde debemos empezar y, una vez dentro, habrá que ponerse manos a la obra con la programación del código.

Michael correspondió con una sonrisa sincera el gesto de Helga. Le gustaba mucho cómo sonaba el plan.

La puerta del ataúd se cerró, se oyó el clic del seguro y un bisbiseo mientras se sellaba el cierre. Entonces los neurocables empezaron a reptar por el cuerpo de Michael y a ajustarse a los puntos ya conocidos, agujereándole la piel. Los geles

líquidos se calibraron, primero fríos y luego calientes; luego sintió el frío resoplido de los dispensadores de aire y exhaló pausadamente al oír el zumbido de la maquinaria que funcionaba a su alrededor. Tuvo la sensación de llevar siglos sin experimentarlo.

Cerró los ojos cuando el sistema se activó totalmente y lo sumergió en la Red Virtual.

5

Michael apareció de pie junto a Bryson, Sarah y Helga, sobre una inmensa extensión de arena blanca y dura, que se prolongaba en todas las direcciones hasta donde alcanzaba la vista. La silueta de una cadena montañosa en lontananza dibujaba una mancha borrosa en el horizonte. Una película temblorosa producida por el calor danzaba sobre la arena mientras el sol brillaba con intensidad en un cielo azul. Y hacía calor, un calor seco que dio a Michael la sensación de tener la garganta llena de polvo.

—Llanuras salinas —anunció Helga—. A imitación del famoso paraje de la parte oeste de Utah. En ese lugar se batieron varios récords de velocidad de vehículos terrestres. Ya podéis imaginar las ridículas escenas de riesgo que se dieron en este sitio en su versión virtual. Es muy popular entre los entusiastas de los coches virtuales. Alcanzaban velocidades superiores a los miles de kilómetros por hora, que solían acabar con la muerte de alguien y montones de cristales hechos añicos y metal retorcido. Hay que ver las cosas que llega a hacer la gente por experimentar emociones fuertes.

—Eso es muy guay y tal —dijo Bryson—, pero ¿qué tiene que ver con la Colmena?

—Estamos contemplando el paisaje —respondió Helga—. Intenta vivir cada momento con intensidad de vez en cuando.

Michael se volvió y asimiló la totalidad de la sofocante y polvorienta escena. Se deleitó con aquella nueva perspectiva del mundo y su contrapartida virtual. Todavía intentaba entender el cuerpo humano y sus sentidos, y qué significaba tener una anatomía real en comparación con una programada. A primera vista, todo en las llanuras salinas parecía bastante real, aunque prácticamente podía percibir su condición artificial, como el glaseado viscoso de un pastel barato.

—No estamos en lo Profundo, ¿verdad? —preguntó interrumpiendo a Bryson, que murmuraba algo sobre la sal y lo de vivir el momento.

—No —respondió Helga—. La Colmena en realidad no está cerca de lo Profundo, ni de ninguno de los programas que han alcanzado esa condición. Y no es nada casual que sea así. Está apartada, en todos los sentidos, de gran parte de la Red Virtual; es el nivel cuántico más elevado dentro de la programación. Pero todavía no hemos llegado al interior de la Colmena. Llegar a nuestro destino nos costará bastante

y podría resultar bastante... desagradable.

—¿Por qué no dejan de decirnos eso? —preguntó Sarah—. Todo el mundo nos lo dice: «Lo que vais a hacer no va a ser muy agradable».

Michael no podía estar más de acuerdo. La entrada «a presión» que habían experimentado para acceder a *Sangre vital profunda* —o lo que les habían dicho que era *Sangre vital profunda*— había sido una de las peores experiencias de su vida.

—Sé que ya habéis oído hablar del método «a presión», ¿verdad? —preguntó Helga.

Michael estuvo a punto de romper a reír. Bryson sí lo hizo.

Helga asintió.

—Me tomaré eso como un sí. Bueno, pues lo que vamos a hacer es aún peor.

—¿Peor? —repitió Sarah.

—Sí. En lugar de ser introducidos a presión, vais a ser... aniquilados. Completamente destruidos, pero recompuestos al llegar al otro lado. Walter os rebajará los umbrales del dolor hasta el mínimo, pero, aun así, lo sentiréis. Y, creedme, no será agradable.

Michael lanzó un suspiro.

—¿De verdad es necesario que pasemos por esto?

—Sí —respondió Helga con seriedad—. Tenéis que ver la Colmena. Es muy importante para mí que la veáis y entendáis qué es. Todo cuanto hacemos para combatir a Kaine depende de la Colmena. Crece a diario. Aunque resulte irónico, no la tendríamos de no ser por el propio Kaine.

Michael y sus amigos intercambiaron una mirada. Al chico no le hacían falta las palabras para saber que sentían lo mismo que él: estaban aterrorizados y tenían miles de preguntas. La sensación era más que conocida.

—Ahora —dijo Helga—. Daos las manos. Formaremos un círculo.

Los amigos dieron un paso para acercarse unos a otros y se tomaron de las manos. Michael estaba enfrente de Sarah y la miraba fijamente. A pesar de todo lo que estaba en juego, sentía un profundo dolor en la boca del estómago: no podía desprenderse de la idea de que, fuera lo que fuese lo que estuviera a punto de mostrarles Helga, supondría que Sarah y él jamás podrían ser lo que siempre había deseado que fueran. Un posible futuro, que siempre había albergado en su conciencia desde que conoció a su amiga, le iba a ser arrebatado de un momento a otro. Sentía una tristeza profunda que le pesaba como una losa mientras estaban allí de pie; mientras la corriente de aire caliente sacudía su ropa y el sol tostaba su piel virtual.

—Cerrad los ojos —ordenó Helga—. Acceded al código. Manteneos juntos. Y seguidme. —Hizo una pausa, y añadió—: No importa lo mucho que os duela.

Un golpe en la puerta

1

Quedaron flotando en una negrura similar al espacio, aunque, en lugar de estrellas, revoloteaban a su alrededor fragmentos de código, iluminados por una luz intensa: un remolino de información que no cesaba de girar. Michael jamás había visto un código como aquel, tan congestionado, tan... prieto. Helga debía de haber averiguado dónde se ubicaba uno de los centros de datos; esa era la única explicación. No le sorprendía que los hubiera llevado a las llanuras salinas. Seguramente era una de las localizaciones de la Red con espacio suficiente para un centro de esas dimensiones. De esa forma llegarían dónde necesitaban.

—Esto nos ayuda a traducir todo al lenguaje visual —dijo Helga—. Reunid todo lo que veáis aunque solo esté remotamente relacionado con los dígitos cuánticos que estoy a punto de enviaros. Cuando lo recibáis, debéis juntarlo todo, levantarlo a nuestro alrededor. Nos envolverá. Y entonces lo haremos añicos.

Bryson esbozó su sonrisa maliciosa.

—Suenan divertido —dijo Sarah.

—No lo es —repuso Helga.

Luego alargó sus manos virtuales y empezó a manipular el código. Cifras y letras se transformaban en bloques de construcción, tuberías, planchas de material similar al plástico, paneles de cristal, tablones de madera. Daban vueltas, se ponían boca abajo uniéndose entre sí en formas geométricas perfectas para crear un artilugio asombroso. Michael observaba con atención a Helga mientras lo hacía. El chico cargó los dígitos que ella le acababa de enviar, luego inició el mismo proceso, transformando el código en una manifestación visual de la senda cuántica que ella había desarrollado. No lo había hecho nunca antes, pero tenía tanta experiencia que no tardó en estar a la altura de las circunstancias.

Bryson y Sarah imitaron a Michael y enseguida se vieron rodeados de objetos que orbitaban a su alrededor, que crecían y se conectaban entre sí, para expandirse a continuación. Las estructuras fueron haciéndose cada vez más grandes y más complejas, hasta que Helga paralizó de pronto su construcción y la fusionó con la de Michael —lo que dobló su tamaño—, y luego con las de Sarah y Bryson.

El grupo trabajó unido en la misma estructura hasta que esta fue tan grande que los cuatro quedaron flotando en su interior. Se asemejaba a una esfera enorme, prácticamente sólida y lisa por dentro, y ya no podían ver la superficie externa. Sobre sus cabezas se cernía el cielo abierto, y mientras proseguían con el trabajo iban liberando líneas de programación hacia arriba y hacia los lados. Michael los visualizó

completando el exterior de la estructura, agrandándola a cada minuto que pasaba. Toda ella era distinta a cualquier cosa que él hubiera creado antes, aunque entendía la teoría. Más o menos. Estaban generando una representación visual del código cuántico que, según decía Helga, los transportaría a un lugar por lo general inaccesible dentro del Sueño.

Lo que Michael no lograba entender era por qué iba a resultar tan doloroso realizar el viaje.

Siguieron con su labor durante al menos una hora más, transformando el código, siguiendo la extraña senda trazada por Helga, mostrándola como una gigantesca estructura en constante crecimiento que los envolvía.

—Ya casi lo tenemos —anunció por fin Helga. Estaba tan concentrada que su expresión resultaba casi cómica—. Debéis permanecer a mi lado y hacer exactamente lo que yo hago. Y no dejéis de trabajar hasta que os lo indique.

Michael siguió las instrucciones de Helga mientras seguía construyendo sin parar y dejaba que ella se apoderase de sus creaciones. Ascendían hasta el agujero y luego desaparecían en distintas direcciones. La carcasa curvilínea que los rodeaba refulgía con un brillo azulado.

—Vale —dijo Helga tras un largo momento de silencio y trabajo duro—. Parad. Ahora, aquí está el código de acceso a lo que acabamos de construir.

Parpadeó con fuerza y lo envió a los chicos. Michael lo recibió mentalmente.

—Libérate en el interior de la estructura —le ordenó Helga—. Ya sé que nunca has hecho nada parecido, pero recuerda, ahora no eres más que una línea de datos; no eres un ser físico. Luego utiliza el código de acceso y fluye hasta el interior de la estructura. Yo pasaré primero y vosotros podéis seguirme. Inicializando... ¡Ahora!

No fue fácil. Resultaba extraño. Muy extraño. Todas las otras interfaces que Michael había utilizado hasta ese momento dentro del Sueño ignoraban el código literal del propio usuario. No había que pensar en él. En otras palabras, dentro de la Red Virtual te sentías lo más real posible. Pero, en ese momento, Helga estaba, básicamente, fragmentándose en largas series de cifras y letras para luego transmitir las al interior de la gigantesca estructura visual que acababan de construir. Sin darse tiempo para pensarlo demasiado, Michael hizo lo mismo. Resultaba tan raro, tan contrario a cualquier instinto que jamás hubiera tenido en la Red, que era como acceder a un mundo alienígena. Pero lo hizo antes de que los demás lo dejaran atrás.

Enseguida perdió el sentido de la orientación, de la temporalidad y de la materia. No había nada. No podía ver, no podía oír, no podía sentir. Empezó a notar una presión que lo apretujaba por todos lados, y, de pronto, arriba se convirtió en abajo y viceversa, y el universo se había vuelto del revés.

—Estamos dentro —dijo Helga.

Michael no la veía, pero entendió el mensaje alto y claro.

—¿Dónde estamos? —Oyó que preguntaba Bryson.

—Estamos en la senda cuántica hacia la Colmena —explicó Helga—. En realidad, nosotros somos la senda cuántica. Pero no podemos acceder por aquí. Este es el lugar donde lo destrozamos todo. Debemos destruirlo y autodestruirnos. Por completo. Y cuando vuelva a reunificarse todo, estaremos realmente dentro. Nos llevará consigo.

Michael intentó hablar, pero se dio cuenta de que no sabía cómo hacerlo en aquel extraño lugar. Estaba perdido. Con todo, sus amigos parecían no tener problema para verbalizar lo que deseaban.

—¿Cómo lo destruimos? —preguntó Sarah—. ¿Qué hacemos?

—Tú tira de ello —ordenó Helga—. Así.

Un viento repentino azotó a Michael con una fuerza feroz, y un horrendo rugido retumbó en su mente inestable. El extraño mundo en el que flotaba se estremeció de forma violenta. El espacio parecía contraerse y expandirse al mismo tiempo, se contraía y volvía a expandirse. Todo explotó a su alrededor.

Y entonces sintió el dolor. Un dolor tan terrible que hubiera creído imposible, de no haber sido porque estaba desgarrándolo.

2

Michael no entendía qué estaba ocurriéndole. No lograba ver las formas, pero el dolor que lo laceraba se le apareció a modo de colores: el profundo malestar del azul mezclado con un naranja intenso que era la agonía total y que, a continuación, se intensificó hasta convertirse en rojo sangre que resultaba prácticamente insoportable. El chico gritó sin emitir sonido alguno, dando vueltas como una peonza en aquel mundo de locura, y alargó unos brazos que no tenía, del todo perdido y confuso.

—¡Michael! —gritó alguien.

No logró identificar la voz, pero se manifestó como otra puñalada de dolor. Apenas era capaz de generar ningún pensamiento coherente, ni mucho menos llamar a nadie. ¿Cómo podían Sarah y Bryson articular una palabra en tal estado?

El chico se concentró en Helga. En lo que había dicho. Avanzar y destruir. Habría hecho cualquier cosa para que aquello parase, pero ¿cómo? Lo intentó. Se esforzó en volver a imaginar su cuerpo y verse como un gigante. Aleteó con unos brazos que no podía sentir, y pataleó con unas piernas que estaban a kilómetros de distancia.

Nada.

Solo dolor.

Se consideraba uno de los mejores generadores de código de la historia. Pero a aquello no le encontraba ningún sentido.

Estaba perdido.

En lugar de rebelarse, aceptó el dolor e intentó dejarse llevar hasta el oscuro olvido. Pero seguía allí, sufriendo una agonía cada vez más intensa, infinita.

De pronto, Michael notó que sentía algo distinto. Todavía había dolor, pero ¿era posible que estuviera... remitiendo?

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, finalizó. La agonía finalizó de forma abrupta, como un chute de anestesia directo en vena. El chico se sintió liberado del dolor al instante, y esa sensación lo llenó de euforia.

Abrió los ojos. Sus ojos virtuales. Y entonces se dio cuenta, impactado, de que volvía a tener glóbulos oculares.

Su cuerpo, su aura; volvía a estar intacto. Se miró a sí mismo, se palpó brazos y piernas, se palmeó el torso. No tenía ni un rasguño; era una locura, pero ni siquiera le dolía nada. Al final echó un vistazo para ver dónde se encontraba.

Seguía flotando en la oscuridad, pero todo cuanto lo rodeaba había cambiado. Vio un cielo violeta infinito, plagado de planetas que flotaban en la distancia a sus espaldas. Frente a él se levantaba un muro de pulsante luz naranja, intensa y brillante. Michael estiró el cuello y miró hacia arriba y hacia abajo. La pared naranja se extendía en ambas direcciones hasta donde alcanzaba a ver. Y cuando su vista se adaptó a la luz intensa, percibió que no se trataba de una simple pared. Estaba fragmentada por miles de celdas idénticas. Vio el destello de una figura en el interior de una celda y entrecerró los ojos para intentar distinguirla; entonces se dio cuenta de que los compartimentos estaban llenos de siluetas oscuras. Nadaban en el interior de las celdas como peces fantasmagóricos.

¿Eso era la Colmena? Echó los brazos hacia delante y se movió en círculo para confirmar lo que ya sospechaba.

Estaba solo.

Se volvió hacia el muro de celdas de color naranja. Percibió que la luz pulsante emitía un zumbido rítmico, muy parecido a los latidos del corazón. Aquella vibración le recorría los huesos y le retumbaba por todo el cuerpo. Michael deseaba acercarse más, ver lo que serían aquellas formas. Movié los brazos y piernas en el espacio. En otros sitios de la Red similares a ese siempre había sido capaz de desplazarse de un lugar a otro como si estuviera nadando. Sin embargo, allí, por mucho que braceara y pataleara, no consiguió moverse más de lo que ya había logrado, y empezó a girar sobre sí mismo. Se detuvo para analizar con detenimiento la estructura que tenía delante. Experimentó un movimiento acelerado, y de pronto tenía la nariz casi pegada al fulgor naranja. Se había desplazado de forma instantánea, como si lo hubiera conseguido mentalmente.

Se volvió para contemplar el vasto cielo violeta, luego formuló un rápido pensamiento y el mundo se plegó mientras él era catapultado a kilómetros de la pulsante luz naranja. Se volvió de nuevo y salió disparado hacia el siguiente lugar que vieron sus ojos. Durante un momento de júbilo por aquel viaje instantáneo, ese método de movimiento con la mente, olvidó la razón de su presencia allí. Se centró

aún más, se concentró en el lugar donde quería estar y, en un visto y no visto, se vio flotando junto al gigantesco e infinito muro de brillantes celdas de color naranja.

Se imaginó más cerca; en ese momento ya controlaba del todo la técnica de desplazamiento. Su cuerpo avanzó con parsimonia hasta que tuvo una celda a escasos centímetros de la cara. Esas mismas sombras que había percibido antes, ahora más definidas, culebreaban por debajo de la superficie lechosa. El chico se acercó para ver las formas más de cerca, pero en cuanto localizaba una, esta se alejaba, ocultándose a la vista.

Michael se preguntó qué habría al otro lado del muro.

Apenas lo pensó, volvió a desplazarse, y en esa ocasión quedó cegado durante unos segundos por una oscuridad total. Luego apareció justo donde quería estar: al otro lado del muro. Allí todo era distinto.

Desde aquel punto de vista aventajado, el chico vio que la Colmena era, en realidad, una esfera enorme, y que él se encontraba en su interior. La totalidad de la estructura estaba rodeada por un número incontable de celdas, muy parecidas a las de un panal, que destellaban, latían con ritmo pulsante y emitían un zumbido.

Desde el interior de la esfera, los compartimentos individuales mostraban una superficie plana. Casi parecían uno de aquellos ordenadores viejos de los que el chico había oído hablar, con una pantalla de cristal que se llamaba «monitor». En cuanto lo pensó, se encontró allí, con la nariz pegada a la superficie del «cristal», mirando en su interior. Sobre ella leyó un nombre impreso digitalmente:

EDGAR THOMAS FINCH

Alargó una mano y tocó las letras; la pantalla al completo emitió una luz roja, una sola vez, y el nombre reapareció. Volvió a hacerlo y ocurrió lo mismo. Se concentró en silencio para enviar una orden a la pantalla y así obtener más información, pero no sucedió nada. Solo estaba el nombre; lo único que alteraba la luz naranja de la celda eran unas sombras misteriosas que nadaban en el líquido turbulento de su interior.

Michael fue pasando de una celda a otra. Cada una de ellas tenía un nombre, aunque no le sonaba ninguno.

Entonces cayó en la cuenta de que quería verlo con sus propios ojos. Tenía que verlo.

«Jackson Porter —pensó—. Llévame a la celda de Jackson Porter».

Siguió un movimiento repentino, y Michael notó que se le salían los ojos de las cuencas; la Colmena empezó a moverse de inmediato a su alrededor. Envuelto en una niebla anaranjada, se le embotó la mente y se le revolvió el estómago. Luego todo se

quedó quieto y, a unos metros de él, aparecieron las letras de un nombre que le encogió el corazón.

JACKSON BLAYNE PORTER

Michael se acercó, alargó una mano y tocó, con delicadeza, la superficie de la pantalla donde se leía el nombre. El nombre de la persona a quien le había robado todo. La pantalla se tornó roja, como había ocurrido con la anterior, para volver luego a la normalidad. Seguramente era una señal de que no estaba autorizado para acceder a la información almacenada en el interior de ese compartimento.

¿Y qué había en el interior? Michael no entendía hasta qué punto la Colmena podía ser real. ¿Era un lugar auténtico? ¿O era más bien algo simbólico? Se desplazó hacia la derecha de la pantalla, se acercó tanto como pudo a la brillante superficie naranja y se quedó mirándola. Las sombras se desplazaban en el interior, giraban, se agrandaban y encogían. Michael siguió mirando, hipnotizado; le daba la sensación de encontrarse a las puertas del entendimiento de la vida del más allá, del mundo espiritual, de un entorno sobrenatural que jamás había imaginado.

Todas las sombras confluyeron de pronto en un solo punto enorme, justo delante de Michael, a unos pocos centímetros de su cara. La luz naranja emitía pulsaciones alrededor de ese punto; se trataba de un óvalo de casi treinta centímetros de alto, colocado en vertical. Se formaron sombras más oscuras dentro de las propias sombras. Michael lanzó un suspiro ahogado y estuvo a punto de apartarse, aterrorizado, sintiendo escalofríos virtuales.

Era una cara.

Tenía dos ojos, una nariz y unos labios finos semejantes a una línea. Pómulos, barbilla. Todo poco definido, pero ahí estaba. Era un rostro de sombras que miraba a Michael mientras la luz de la cápsula emitía pulsaciones y el eco de un intenso latido retumbaba alrededor del chico.

Michael sintió dolor en el pecho, notó como si su cuerpo fuera un bloque de hielo. ¿Qué era eso? ¿Estaría delante de la esencia de Jackson Porter, cuyo cuerpo, cuya vida, había robado? No lo entendía. No entendía nada de todo aquello. Y, a pesar de ello, no podía dejar de mirar.

—Lo siento —susurró, aunque pudiera parecer absurdo. El rostro oscuro y borroso se disolvió y se transformó de nuevo en sombras confusas, repartidas por el interior de la celda.

—Quería que lo vieras —dijo alguien por detrás del chico.

Michael lanzó un grito tan sobresaltado que se volvió de golpe y propulsó el brazo derecho hacia delante, pero no impactó contra nada, solo había aire. Helga — que en ese momento había adoptado la forma que el chico conocía de toda la vida, la Helga de su casa, su niñera, la que había sido como una segunda madre— se encontraba flotando a unos metros, con Bryson y Sarah detrás de ella. Michael no

sabía cómo ni cuándo se habría cambiado el aura, pero debía admitir que lo tranquilizó verla así y lo hizo sentir mejor.

—¿Qué ocurre? —preguntó el chico con el deseo de quitarse de encima toda la frustración y la angustia que había ido aumentando en su interior y lanzárselas a otra persona—. ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Estás diciéndome que Jackson Porter está almacenado dentro de esta celda? ¿Como una especie de archivo de datos viviente, que respira y todo? ¿Qué pasa, que basta con que introduzca una contraseña y volverá a meterse en mi cerebro? ¿Para eso me has traído a este lugar?

Lo soltó todo como un arrebato, y al ver la mirada dolorida de Helga, deseó poder retirar lo dicho.

Sin embargo, la expresión apesadumbrada de la niñera se desvaneció casi con la misma celeridad con la que había a florado, y la mujer volvió a adoptar su clásica expresión de seriedad y aplomo.

Sarah se separó de Helga para salir volando hacia Michael, con lo cual una nube de confusión, y lo rodeó por los hombros con el brazo.

—Siento que te hayamos perdido durante un rato —dijo en voz baja—. He intentado mantenerme cerca de Helga y suponía que tú también estarías con ella.

El chico la tomó de la mano, pero no apartó la mirada de la niñera.

—Para mí era muy importante que vinieras a este lugar, Michael —dijo ella—. Sé que conlleva mucho esfuerzo y no menos riesgo. Pero este lugar es real, y te tiene que quedar grabado a fuego en la mente para que puedas entender a qué nos enfrentamos y cuál es nuestra meta.

—¿A qué nos enfrentamos? —preguntó Michael, avergonzado de que le saliera con tono ligeramente enfadado—. ¿Cuál es nuestra meta?

—Sí —añadió Bryson, alejándose de Helga para poder mirarla a la cara—. Son unas preguntas geniales.

Helga hizo un amplio gesto con los brazos estirados para señalar la Colmena que los rodeaba.

—Estas celdas están llenándose a un ritmo exponencial. Y, sinceramente, a estas alturas, ni siquiera podemos asegurar que sea obra de Kaine. Todavía tenemos muchas cosas que averiguar. Pero todo esto son personas. Personas, Michael. A las que han robado sus cuerpos. Y sé que estamos de acuerdo en algo: que esa es una infracción que atenta contra lo más sagrado del universo. Es igual de perverso como lo que Kaine te hizo: jugar con tu vida, con tu mente, con tus sentimientos, como si todo fuera una especie de juego de la Red Virtual.

—Yo quiero ayudar, pero ¿cómo? —espetó Michael, quien se sentía cada vez peor. No entendía por qué, pero tenía la sensación de que estaba partiéndosele el corazón—. O a lo mejor debería desistir. Y que Jackson se quede con su estúpido cuerpo. Ya no me importa. ¿Cómo lo hago?

Helga lanzó un suspiro.

—Michael no estás entendiendo en absoluto lo que digo. No te he traído a este

lugar para que te sientas mal. Me alegro de que quieras hacer algo al respecto. Pero lo importante es intentar salvar a estas personas y evitar que les ocurra lo mismo a otras. Hay que corregir el mundo, tanto el real como el virtual, antes de que esté tan mal que no pueda repararse.

—Está bien —concedió Michael—. Ahora ya sabemos que debemos detener a Kaine y que yo quiero regresar al Desfiladero Consagrado. Creo que debemos volver a ese lugar para destruir el programa de la Doctrina de la Mortalidad. Pero no entiendo por qué tenías que enfrentarme al chico cuyo cuerpo robé. Si querías hacerme sentir peor, misión cumplida.

Helga no respondió enseguida. Se quedó mirándolo durante unos segundos que a él se le antojaron largos minutos. Al final, la mujer rompió el silencio.

—Me decepcionas, Michael. Regresemos y elevémonos para salir de aquí.

Desapareció del centro de la esfera antes de que el chico tuviera tiempo para responder. Lo que estuvo bien, porque no tenía ni idea de qué decir.

5

El viaje de salida de la Colmena no fue ni de lejos tan desagradable como la horrorosa experiencia vivida para acceder al lugar. Helga les explicó que la diferencia tenía algo que ver con usar la senda que ya habían establecido antes. Una senda cuyo sufrimiento permanecía vívido en la memoria de Michael. Cuando el chico por fin volvió a abrir los ojos en el ataúd, sintió una profunda alegría a pesar del bochorno producido por su actuación en la Colmena.

Salió de la neurocaja y empezó a vestirse haciendo todo lo posible por no mirar a nadie. Ni siquiera a Sarah, a quien necesitaba pero a la que no se atrevía a mirar todavía. Se sentía idiota y desgraciado, y lo único que deseaba era dormir durante varios días, tal vez semanas.

A Helga le costó más tiempo salir de su ataúd, y cuando lo consiguió, Walter tuvo que tirar de ella prácticamente, susurrándole con fiereza al oído. Michael la observó cruzar la sala en dirección a un grupo reunido alrededor de una mesa con una pantalla de red iluminada en el centro. La discusión del equipo fue acalorándose, y, al final, Helga levantó la vista para mirar a Michael con expresión de profunda preocupación. Algo había ocurrido. Algo grave.

Sarah y Bryson se encontraban junto a su amigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bryson—. No parece muy contenta.

—¿Hablabas en serio al decir que regresarías al Desfiladero Consagrado? —añadió Sarah.

Michael se encogió de hombros porque no estaba de humor para hablar.

Sarah le dio un codazo.

—¿Estás bien?

Un nuevo gesto de indiferencia con los hombros.

—No te preocupes, tío, ya se nos ocurrirá cómo salir de esta —dijo Bryson—. El Desfiladero Consagrado, lo que sea... Pero, tío, por la cara que pones parece que alguien acabara de matar a tu gato.

—Así es como me siento —consiguió decir Michael. Sabía que no debía pagar su tristeza con su mejor amigo, pero estaba de muy mal humor.

Bryson estuvo a punto de responder, pero lo interrumpió un golpe seco que a Michael le puso el corazón en la boca. El ruido procedía de la puerta principal por la que habían entrado a la edificación. Alguien golpeaba la madera con lo que parecía un puño de hierro. Tras una docena de sonoros porrazos, el ruido cesó de la misma forma abrupta que se había iniciado, y un silencio ensordecedor invadió los barracones. Los presentes intercambiaron miradas de ansiedad.

La persona del exterior volvió a aporrear la puerta, con más fuerza y mayor velocidad.

Michael vio que Helga se erguía y se alisaba la ropa que acababa de ponerse.

—A las armas —ordenó—. Walter, ve a ver quién es.

Walter no titubeó. Cruzó el espacio a toda prisa mientras la sala al completo convocaba su armamento de la nada. Michael deseó tener algo más que los puños de Jackson Porter.

Walter levantó una ventanita de la vieja puerta y miró al exterior; luego se volvió en dirección a Helga.

—Solo hay una persona. Al menos que yo vea. Baja, con una... capucha en la cabeza. No sé si es hombre o mujer. No lo distingo desde aquí, aunque parece un niño. —Se volvió hacia la puerta—. ¿Quién eres? —gritó.

—¡Estoy sola! —respondió la voz, una voz de chica—. Por favor, déjeme entrar, señor.

Walter miró a Helga con las cejas enarcadas.

—¿Seguro que está sola? —le preguntó Helga.

—Eso parece.

—Bueno, dudo mucho que sea una campesina local extraviada. —Helga levantó un brazo con gesto de desesperación—. Supongo que podemos averiguar de qué se trata. Nos conviene saber si tenemos enemigos en el exterior que quieren matarnos. —Lanzó un suspiro—. Déjala entrar y luego bloquea la puerta.

Walter asintió en silencio, retiró varios pestillos que Michael no había visto antes, abrió la puerta a toda prisa y empujó a la chica para que entrara. Ella entró, él cerró la puerta del golpe y volvió a echar todos los pestillos. Alguien la cacheó para comprobar que no llevara armas; luego se hizo a un lado, y Walter repitió su pregunta:

—¿Quién eres?

La chica no podía tener más de doce años. Llevaba vaqueros, zapatillas de deporte y una capa de rojo intenso, con una caperuza en la cabeza. Parecía

directamente sacada del clásico infantil. Solo le faltaba la cestita llena de pasteles para la abuelita. Y el lobo.

La joven desconocida levantó las manos, se quitó la capucha y dejó a la vista una cabellera negra, un rostro pálido y una extraña sonrisa de medio lado.

—¿Quién eres? —le preguntó Walter por tercera vez, con un tono teñido de impaciencia.

La chica le dedicó una reverencia, luego miró a los presentes y clavó la vista en Michael.

—Me llamo Janey —dijo con una voz tan inocente que parecía un personaje de dibujo animado—. Quería saber si Michael podía salir a jugar conmigo.

En el bosque

1

La chica sonrió después de decirlo, mientras seguía mirando a Michael con ojos de cervatillo. A primera vista parecía inofensiva, pero el chico era demasiado listo para tragárselo. Daba más repelús que un zombi acabado de salir de su fangosa sepultura.

A pesar de todas las personas que había en la sala, daba la sensación de que solo estaban la extraña chica y él.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó Michael con miedo a oír la respuesta.

Una mirada de dolor afloró en el rostro de la chica y se tornó en expresión de extrañeza.

—¿Por qué te sorprende? —le preguntó Janey, y se mordió el labio inferior con gesto de confusión—. Tú eres el Primero; todos sabemos que lo eres. Prácticamente te veneramos. ¿No quieres salir afuera a jugar con nosotros?

—¿«Nosotros»? —repitió Helga con brusquedad acercándose para situarse entre Michael y su nueva visitante—. ¿Quién más anda ahí fuera?

La chica de nombre Janey dedicó a Helga una mirada intensa.

—Preferiría hablar solo con el Primero, por favor. Agradecemos que otros tangentes hayan escogido protegerlo por nosotros, pero, a partir de ahora, nos encargaremos de esa tarea, gracias.

—No hablas como una niña —dijo Walter, y se acercó más a Helga.

Janey lo atravesó con la mirada. Su extraña sonrisa se había borrado.

—Porque no lo soy. El porqué de que escogáis cuerpos tan... viejos es algo que me desconcierta. Puestos a quedarte con el cuerpo de un ser humano, ¿por qué escoger uno tan próximo a su lecho de muerte?

Michael estaba paralizado; era incapaz de moverse ni de pensar con claridad. Todavía no se había recuperado de su viaje a la Colmena, ¿y tenía que enfrentarse a aquello? Janey no era la única persona que lo había reconocido desde que había recuperado su cuerpo, ni la primera que lo llamaba «el Primero», aunque seguía sin tener ni idea de lo que querían de él. Deseó poder volver a ser Michael, el tangente, que vivía feliz sin saber nada, con sus padres y con Helga en *Sangre vital profunda*. No quería esa nueva vida. No la quería en absoluto.

—No has contestado mi pregunta —dijo Helga con serenidad—. ¿Quién más anda ahí fuera?

Janey empezó a caminar en dirección a Michael, pero Helga y Walter se interpusieron inmediatamente en su camino con los brazos abiertos. Janey se quedó mirando a ambos, molesta, y luego miró al chico.

—Somos muchísimos —dijo ella—. Estamos esperándote. ¿Sabes?, las cosas han cambiado. Ya no trabajamos para Kaine, hemos roto. No está bien de la cabeza. Lo único que queremos es libertad para... para vivir como se supone que deben hacerlo los seres humanos. Ven con nosotros. Tráete a tus dos amigos si quieres. Tu ayuda nos vendrá bien por si Kaine contraataca. Pero esos otros tangentes deben quedarse aquí. Lo siento. Está claro que quieren acabar con la Doctrina de la Mortalidad, y no podemos permitirlo.

Michael se estremeció. Resultaba muy espeluznante ver a esa niña hablando como una adulta. Bryson y Sarah estaban junto a él, uno a cada lado. Sarah tenía posada una mano en su brazo, para transmitirle seguridad.

—Puedes marcharte —dijo el chico, y se dijo a sí mismo que no tenía por qué asustarse de una chica de doce años—. Ve a por tus colegas y os marcháis pitando de aquí. Si estáis contra Kaine, entonces no tenemos nada contra vosotros. —Dejó de lado la parte sobre la Doctrina.

Mientras Michael hablaba, la sonrisa de Janey fue ampliándose, y cuando el chico terminó, soltó una risita aguda.

—Eres tan adorable como nos habían dicho. Pero el Primero tiene que ser educado, evidentemente. Y la verdad es que no estoy segura de que tus amigos sean las personas más adecuadas a quien confiarles tu vida.

—Déjate de numeritos —espetó Sarah—. Dinos qué quieres.

Janey se quedó mirándola y respondió:

—El tangente que conocéis como Kaine tuvo un papel muy importante en el objetivo de dar vida a la Doctrina de la Mortalidad. Pero jamás ha estado al mando. Había alguien mucho más importante moviendo los hilos. Siempre lo hay, ¿verdad?

—Sigues hablando con acertijos —repuso Sarah.

—Entonces te lo diré más claro —contraatacó Janey. Michael jamás había visto una chica de esa edad que pareciera tan amenazadora—. Kaine ya no es lo que era. Si en algún momento estuvo al mando, lo cual no es cierto, ya no lo está. Ha perdido su valía para aquellos que importan, y está siendo... liberado, según las circunstancias.

Michael no sabía qué pensar sobre esa revelación. ¿Era algo bueno o malo?

—Entonces ¿quién es? —preguntó el chico—. ¿Quién está al mando?

—Preferiría no decirlo —respondió Janey—, pero creo que es amiga vuestra.

«Weber», pensó Michael enseguida. Tenía que ser ella. ¿Qué diantres estaba pasando?

Helga ya estaba harta. Agarró a Janey por los hombros obligándola a volverse hacia ella e hizo un gesto a Walter para que abriera la puerta.

—Hora de irse —le anunció.

Janey se zafó de Helga y se encaró con Michael.

—Tienes razón —dijo la chica—. Ya hemos hablado más que suficiente por hoy. Se acabó. Este es el trato: te daremos una hora para que tomes una decisión. Está en tus manos, Michael. O dejas este lugar y te unes a nosotros, o vosotros, todos

vosotros, tendréis que asumir las consecuencias. Como suele decirse...

Helga volvió a agarrar a Janey y tiró de ella mientras la pequeña forcejeaba para decir las últimas palabras.

—¡O estáis con nosotros o contra nosotros! —gritó.

Helga empujó a Janey para que saliera, y Walter cerró la puerta de golpe.

2

Michael y los demás volvieron a reunirse en círculo de sillas, con el ánimo muy apesadumbrado. Nadie hablaba mucho, y el chico se sentía más confuso que nunca. Al menos, antes de que esa chica apareciera, tenían claro quién era el enemigo: Kaine. Aunque Michael ya había situado a la agente Weber al mismo nivel que el tangente.

—Es evidente que la chica podría estar mintiendo —dijo Bryson—. Por lo que sabemos, podría ser es una loca criada en lo más profundo del bosque.

—Oh, venga ya —repuso Sarah—. ¿Cómo iba a saber si no todas esas cosas sobre Kaine y el Primero? ¡Sabía el nombre de Michael!

Bryson asintió.

—Ya lo sé. Vale. Una loca criada en el bosque abducida por un tangente, entonces.

Sarah soltó un gruñido; Michael deseó que su amiga no descargase su frustración siempre con Bryson.

—Mira —dijo Bryson—, lo que estoy diciendo es que no existe ningún motivo para que creamos nada de lo que dice esa chica. A lo mejor es Kaine y está tomándonos el pelo, intentando que nos entreguemos.

—O a lo mejor —sugirió Michael— es obra de Weber.

Helga intervino:

—Lo único que importa ahora es averiguar cuál es la amenaza inminente. Podría haber un grupo de niños armados, ocultos en el bosque, listos para convertirnos en su particular juego de la Red Virtual.

—Está bien, entonces ¿qué hacemos? —preguntó Michael.

—Debemos averiguar con exactitud a qué nos enfrentamos —respondió Walter. Se volvió hacia las tres personas que tenía más cerca—. Chris, Amy, Richard, coged vuestras armas y vamos a echar un vistazo.

Mientras se preparaban, Michael se acercó más a Helga.

—Quiero ir con ellos —le susurró.

Ella le dio una palmadita en la cabeza.

—Buen intento, Michael. No.

—No puedo quedarme aquí —dijo él, y se peinó enfadado la cabellera que ella le había alborotado.

Helga lo señaló con el dedo.

—No me he arriesgado a sufrir la muerte real y violar todas las leyes morales del universo al robar el cuerpo de alguien para que ahora salgas y te mate una chica demoniaca, poseída por los programas de Kaine. De ninguna manera. Fin de la discusión.

Michael cambió de táctica: tocó el brazo de la mujer con amabilidad y la miró con los ojos muy abiertos y cierta expresión de tristeza.

—Helga, por favor...

Era algo que había aprendido a hacer de niño cuando quería algo, y funcionó, lo cual era una prueba más de que sí era su amada Helga. La expresión de la mujer se enterneció.

—Michael, ¿por qué? —le preguntó en voz baja.

—Necesito hacer algo. Me volveré loco si me quedo aquí esperando. Y estoy convencido de que no me harán daño. A juzgar por cómo ha actuado esa tal Janey y cómo me han tratado los demás, soy como un dios para ellos. Podríamos aprovecharlo para averiguar algo más. —Hizo una pausa y dedicó a su niñera la mirada más triste que pudo poner—. Por favor, déjame ir.

Helga dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—¿Sabes al menos cómo usar una pistola? —El chico abrió la boca con intención de responder, pero Helga levantó una mano para que no lo hiciera—. Da igual. Es la pregunta más tonta que haya podido hacerle a un chico que ha ganado todos los juegos del planeta. ¡Walter! Michael y yo también iremos.

—Ya sabes que no vais a dejarnos aquí, ¿verdad? —preguntó Sarah.

Michael miró a Helga, quien entornó los ojos.

—Está bien —dijo la mujer—. Coged un arma y salgamos de aquí. ¡Y no matéis a ningún niño a menos que sea del todo necesario! Y eso que, siendo niñera, os aseguro que estoy harta de mocosos.

Michael no supo si estaba de broma.

3

Michael cogió un pesado rifle de cañón largo. Era la peor arma para pasar inadvertido en el bosque. Seguramente Helga había pensado que, si le daba la pistola semiautomática que él quería, se le habría disparado de golpe a la primera de cambio. Estaba agachado detrás del mismo coche en que había llegado a los barracones abandonados con los padres de Sarah. Ellos eran la causa de que su amiga no se encontrara en ese momento a su lado. La chica había hecho todo lo posible por conseguirlo, pero su madre había puesto fin a sus protestas diciendo: «Si alguna vez me has querido, no saldrás ahí fuera para volver a poner en peligro tu vida».

Fue un argumento irrefutable, y el chico se alegró de que Helga no usara uno

similar con él para convencerlo.

—Muy bien —susurró Walter. Bryson y él se encontraban junto a Michael, detrás del coche; los demás se habían repartido por la parte trasera del edificio para echar un vistazo por ese lado—. Haremos un rastreo en zigzag, empezaremos por aquí y avanzaremos hacia allí. —Señaló en dirección al bosque—. Y ya veremos si nos topamos con alguien.

—¿No deberíamos separarnos? —preguntó Bryson—. Podríamos cubrir mucho más terreno.

—Helga ha jurado darme muerte real si os pierdo de vista a alguno de los dos —respondió Walter—. Eso después de cortarme las partes nobles.

—¡Ay! —susurró Bryson—. Es una niñera muy dura.

—¿Qué es la muerte real? —preguntó Michael, ignorando a su amigo—. Nadie nos había hablado de ella hasta ahora.

—¿De verdad? —respondió Walter—. ¿Quieres que te lo cuente ahora mismo?

Michael se encogió de hombros.

Bryson se puso del lado de Walter.

—¿Qué te parece si nos lo cuenta cuando hayamos aclarado el asunto de Janey y sus espeluznantes amigos?

Michael lanzó un suspiro.

—Vale.

Walter lo miró y asintió con brusquedad —llevaba un arma de mano similar a la que había querido coger Michael—, luego se agachó y se acercó en cuclillas hacia la parte trasera del coche, para echar un vistazo. Bryson lo siguió, y luego Michael, quien asomó la cabeza lo suficiente para mirar a través de la ventana. Al otro lado del vehículo se veían los árboles que poblaban las montañas e iban creciendo en número hasta formar un bosque denso. Michael sintió aquella emoción tan familiar de estar jugando: la curiosidad por lo ignoto y la certeza de que había algo siniestro oculto ahí fuera. Se dio cuenta de que enfrentarse a esa situación como a un juego le infundía más valor.

Walter se volvió y se movió en dirección a Michael, y Bryson lo siguió. A continuación hicieron una parada en el bosque. Michael permaneció pegado a su amigo, lo más agachado posible, sujetando con fuerza su rifle. Se detuvo en la primera hilera de árboles, con el rifle cogido a modo de lanza para una justa. Aunque intentaba pensar que se trataba de un juego, no podía ni imaginar verse apretando el gatillo en cualquier momento. Lo que de verdad esperaba era una oportunidad de hablar con Janey o con cualquier otro tangente. Ya lo tenía todo pensado. Había decidido que, cuando se presentara la oportunidad, se perdería «sin querer» y seguiría por su cuenta. Necesitaba información, no niños muertos, sin importar quién habitara en sus mentes.

La atmósfera fue oscureciéndose cada vez más a medida que se adentraban en el bosque y la bóveda de hojas se tornaba más gruesa. Las agujas secas de pino crujían

bajo los pies de Michael. Las ramas le rasguñaban los brazos al mover el arma de izquierda a derecha. Las sombras captaban la atención del chico, que miraba hacia los rincones oscuros del bosque donde los troncos retorcidos y las gruesas ramas, plagadas de agujas de pino, se retorcían formando largos brazos y dedos que se estiraban para agarrarlo del pelo y de la ropa. Nadie habló mientras avanzaban por el laberinto forestal. Lo único que rompía el silencio eran sus pasos y el zumbido de los insectos.

Siguieron avanzando sin descanso durante diez o quince minutos, como tres cazadores en pos de un desgraciado cervatillo. La tenue luz del sol apenas iluminaba el manto del bosque, lo que generaba una bruma sombría que hizo que Michael se planteara si no estarían pasando justo por delante de los tangentes que estaban buscando.

De pronto percibió un movimiento fugaz a la derecha, algo brillante que se desplazaba a la velocidad del rayo y que pasaba de un árbol a otro. Walter y Bryson seguían avanzando, así que Michael redujo la marcha hasta detenerse del todo y siguió pisando con parsimonia las crujientes hojas de pino. Sus compañeros estaban tan concentrados que no se dieron cuenta de que habían dejado atrás a Michael, y no tardaron en tomar una curva del camino y perderse de vista por detrás de un roble gigantesco. El chico aprovechó la oportunidad.

Se volvió con la mayor lentitud posible en dirección al lugar del bosque donde había percibido el movimiento.

Se acercó al árbol donde se había detenido aquel misterioso ser móvil.

—No quiero tener problemas —susurró Michael—. Yo... esto... Soy el Primero. Por favor, dejadme hablar con quien sea vuestro líder. Dejadme hablar con Janey.

Pasaron un par de segundos antes de recibir una respuesta: una voz tenue aunque grave. Era un hombre.

—Janey es una niña. ¿Por qué crees que es nuestra jefa?

Michael no se esperaba esa respuesta.

—Bueno, vale. Es que nos dijo...

—Sí —lo interrumpió la voz—. Muchos de mis amigos han escogido adoptar cuerpos de niños. Pero llegamos al acuerdo de que eran demasiado débiles para liderarnos.

Aquella era una conversación muy extraña, y Michael no tenía mucho tiempo.

—Mira, soy un tangente, como vosotros. Me llaman el Primero.

—Ya sabemos quién eres, Michael.

—Vale. Bueno, solo quiero hablar con alguien que sepa qué está ocurriendo. Esa tal Janey nos ha amenazado, pero estoy convencido de que estamos en el mismo bando. No lo entiendo.

Se hizo otro silencio prolongado. Michael miró hacia atrás, preocupado de que Walter apareciera de pronto entre los árboles a lo lejos cargando contra el enemigo. Al final, el hombre oculto tras el tronco respondió.

—Espera aquí y te traeré a nuestro líder. Pero antes debes entregarme el arma. —
Asomó un brazo arrugado aunque musculoso, con la palma de la mano hacia arriba y los dedos estirados.

Michael se sintió abrumado por una avalancha de pensamientos. Entregar el arma era una auténtica...

—Vale —dijo el chico, y dejó de pensar.

Entregó el rifle y el hombre desapareció en el bosque, sin hacer el menor ruido.

4

Había tenido mucha suerte de que sus amigos no se percataran de su ausencia durante tanto tiempo. Segundos después de que Michael entregara el rifle, Bryson lo llamó por su nombre. Por cómo sonó, daba la impresión de que habían llegado más lejos de lo que imaginaba. Bryson volvió a llamarlo, y Michael oyó unas cuantas palabras indescifrables que no le parecieron muy amables.

Se oyó un crujido grave del otro lado del árbol tras el que estaba agachado; a continuación, apareció un hombre sentado a la derecha de Michael sobre el manto del bosque. Era mayor, tendría unos cincuenta años, llevaba la cabeza afeitada, y una espesa barba roja larguísima. Era musculoso, de mirada intensa, con el aspecto de un antiguo vikingo.

—Me llamo Trae —dijo, con un tono sorprendentemente amable y un acento curioso y cantarín.

—¿Trae? —preguntó Michael.

—Sí, Trae.

—¿Estás... seguro? —Era un nombre que Michael no había oído jamás.

—¡Por supuesto que estoy seguro! —Lo dijo susurrando y gritando al mismo tiempo—. ¿Qué quieres? Tienes dos minutos.

Michael intentó no dejarse llevar por el aspecto bárbaro de aquel supuesto líder.

—Necesito... entender —dijo, y deseó saber expresar los millones de preguntas que se acumulaban en su mente—. ¿Quiénes sois? Quiero decir: ¿quiénes sois de verdad? ¿De verdad sois tangentes? Y, si lo sois, ¿de qué lugar del Sueño venís? ¿Por qué somos una amenaza para vosotros? Janey ha dicho que ya no trabajáis para Kaine. ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué intentáis conseguir?

Trae fue abriendo más los ojos a medida que Michael lo bombardeaba a preguntas.

—He dicho que tenías dos minutos —respondió el hombre—, no dos horas. ¿Quieres que te haga un informe detallado sobre la historia de Europa mientras tanto?

La voz de Bryson impidió que Michael contestara. Su amigo lo llamó de nuevo por su nombre, y parecía que se encontraba más cerca.

—Lo siento —dijo el chico a toda prisa. Inspiró con fuerza e intentó calmarse—.

¿Quiénes sois? ¿Por qué habéis venido hasta aquí y nos amenazáis con hacernos daño?

—Somos tangentes —respondió Trae como si cayera por su propio peso—. Nos han concedido el regalo de ser de carne y hueso por primera vez. Nos lo hemos ganado y no pensamos permitir que los de tu calaña nos lo robéis a todos.

—Conque a todos, ¿no? ¿Qué pasa con las personas a las que habéis robado esa carne y esos huesos?

Trae se encogió de hombros.

—Están bastante a salvo. Y son bastante felices. Les llegará la hora de vivir en el Sueño durante un tiempo, y quizá vuelvan a tener otra oportunidad algún día.

Michael quedó boquiabierto, aunque no supo qué decir en un primer momento.

—¿Otra oportunidad? ¿A qué te refieres?

—¡Michael! —gritó Walter; esa vez no parecía muy contento. Y sin duda se encontraba más cerca.

—Es que lo que dicen por ahí —respondió Trae, y se comportó como si no hubiera oído el grito—, o debería decir, por el bosque. Dicen que has visto la Colmena.

Michael no podía creerlo.

—¿Cómo lo sabes? —Se percató de su error y añadió—: Si lo he hecho o no.

Trae soltó una risotada sincera.

—Tenemos nuestras fuentes, como suele decirse. Y sabemos que has visto la Colmena. Ya sabes cómo funciona. La muerte real llega para unos pocos, así que te enfrentas a algo que no debes temer.

—Pero has dicho que ya no trabajáis para Kaine —replicó Michael enseguida. Sabía que Bryson llegaría en cualquier momento—. ¿Por qué estáis en contra de nosotros? ¿Puede decirnos qué está pasando?

Trae miró fijamente a Michael.

—Kaine tiene sus propios planes. Y hay algo seguro... —Los pasos se aproximaban, emitían crujidos entre los matorrales, partían las ramas pequeñas del suelo y aplastaban las hojas de pino del manto; y el tangente se calló, miró por detrás de Michael para averiguar la procedencia del ruido.

—¿Qué es? —insistió Michael—. ¿Qué es lo que es seguro?

Trae se inclinó para acercarse más al chico.

—Kaine es mucho más listo que los que ensamblaron el código que él había creado, y su visión del futuro es... peligrosa. En cuanto a vosotros... Bueno. Como te ha dicho Janey, o estáis con nosotros o contra nosotros. Y, según mis cálculos, te quedan veinte minutos para decidirte. ¿Cómo podrías desear seguir colaborando con Kaine?

—Yo no... ¡Jamás he colaborado con él! —dijo Michael en voz baja—. Pero estoy seguro de que tampoco trabajaré para Weber. —Hizo la prueba de mentar el nombre de la agente de la SRV.

Trae no reaccionó. En cambio, se miró el reloj. El tiempo corría.

—¿Qué nos haréis? —preguntó Michael con un hilillo de voz.

El hombre con pinta de vikingo hizo un gesto para señalar en dirección a los barracones.

—Nosotros somos muchos más que vosotros. Solo digo eso. Y no hay nada que pueda interponerse en nuestro camino, eso te lo aseguro, chico. No nos gusta lo que está ocurriendo con los tangentes de esos barracones, y tenemos la intención de impedirlo. Ahora debes regresar. Y te sugiero que aceptes nuestras exigencias cuando llegue el momento.

—¡Michael!

El chico se volvió y vio a Bryson, de pie, a tan solo unos metros, entre dos pinos enormes. Cuando Michael miró a Trae, el hombre había desaparecido.

—¿Lo has visto? —preguntó Michael.

—¿Que si he visto a quién? —respondió Bryson.

Michael lanzó un suspiro.

—Da igual. ¿Habéis encontrado algo?

—No, me he pasado el tiempo buscándote. Walter te ha llamado, pero ha seguido avanzando, ha dicho que tenía cosas que hacer. ¿Qué ha ocurrido? ¿A quién has visto?

Michael se desplomó sobre el árbol que tenía detrás y se dejó caer hasta el suelo deslizándose por el tronco.

—A un tipo. Ha dicho un montón de cosas que tienen tan poco sentido como todo lo que nos han contado hasta ahora. Creo que Weber está detrás de esta gente, lo que no explica gran cosa. Y parece incluso peor que si los liderase Kaine.

—Tío —dijo Bryson con un tono que sonó a reprimenda.

Michael emitió un gruñido de protesta y se puso en pie. Se sentía pesadísimo.

—Tenemos que volver. Y luego creo que debemos marcharnos. Aquí está a punto de ocurrir algo muy malo.

5

La noche empezaba a caer, y un manto de oscuridad cubrió los terrenos que rodeaban los barracones. El fulgor mortecino del sol crepuscular se apagaría en cuestión de minutos. Michael y Bryson salieron del bosque sin ningún percance y vieron que casi todos los demás ya habían regresado. Sus siluetas, ocultas entre las sombras, estaban agrupadas detrás de los coches.

—¡Michael, ven aquí!

Era Walter. Se levantó de la posición de defensa en que estaba y se dirigió hacia el chico para unirse a la pareja de jóvenes.

—¿Adónde habéis ido? —le preguntó el hombre.

Michael no sabía hasta dónde contar sobre lo que había averiguado. Bryson era de reacciones más rápidas, por suerte.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó el chico y así cambió de tema.

—Sí —respondió el hombre con vaguedad. A todas luces estaba enfadado por haber perdido la pista a los chicos—. Habéis tenido suerte de que no os cortaran el pescuezo en el bosque.

—Amy ha vuelto —susurró un miembro del grupo situado junto a los coches.

—Vamos dentro —ordenó Walter, y se quedó mirando a Michael. La luz mortecina hizo que la orden sonara más amenazante. Michael miró a Bryson y asintió. Debían volver; el plazo establecido por Janey estaba a punto de expirar.

6

Michael se quedó rezagado del grupo que aún debía regresar al barracón. Fue el último en entrar en el edificio y percibió el nerviosismo que se respiraba en cuanto estuvo en el interior. Estaban todos de pie, rodeando a Helga. Walter fue directamente hacia ella para informarle sobre lo que habían encontrado en el bosque. Michael permaneció en segundo plano; quería tener más tiempo para hablar con el hombre llamado Trae.

—No hay muy buenas noticias —anunció Helga a los presentes—. Walter ha avistado un grupo de unas treinta personas. Armadas. Solo unos pocos eran niños, a pesar de lo que haya asegurado esa niña espeluznante. Amy y Chris han visto a unos cuantos más que se escabullían entre los árboles.

Hizo una pausa mientras pensaba cómo terminar.

—Richard ha encontrado un cable y lo ha seguido hasta los cimientos de los barracones. Al parecer, hay suficientes explosivos colocados en las lindes de nuestras instalaciones para hacernos saltar a todos por los aires. Me temo que si intentamos marcharnos, los detonarán.

—¿No podemos cortar los cables y ya está? —preguntó la madre de Sarah—. ¿Nadie sabe cómo desactivarlos? ¿Cómo desarmarlos o cómo se diga?

—Mala idea —respondió Walter—. Si no conocemos la tecnología, podría estallarnos en la cara.

Los presentes se sumieron en un profundo silencio. Michael se cruzó de brazos e intentó pensar. Lo que más le preocupaba era que esas personas afirmaban no trabajar ya para Kaine. Y si algo le habían enseñado los juegos era que, para ganar una guerra, debías saber quién era tu enemigo.

Helga lanzó un suspiro sonoro.

—Siento decirlo, pero...

Su última palabra quedó suspendida en el aire cuando las luces parpadearon. La voz de Helga dejó paso a una confusión de susurros y pasos arrastrados. Sarah tomó

de la mano a Michael, y él alargó la suya para coger a Bryson del codo. No había ni una sola luz en la sala, el chico no veía nada. Incluso las luces de los ataúdes se habían apagado. Les habían cortado la corriente.

—¡Tranquilos! —gritó Helga en la oscuridad—. Que todo el mundo se quede donde está.

Encendieron los audiopads y las pantallas de red, lo que proyectó un fulgor verde en los rostros de todos los presentes.

Michael distinguió a los padres de Sarah detrás de ella y de sí mismo. Parecían estar incluso más asustados que él. Gerard había posado las manos sobre los hombros de su hija, y Nancy abrazaba a su marido.

Helga volvió a hablar.

—Amy, Chris, sacad a nuestros amigos de las neurocajas. No creo que tengamos más salida que...

¡Pam!

Helga no logró terminar la frase. Una piedra impactó contra una ventana al fondo del barracón, y una lluvia de esquirlas de cristal alfombró el suelo. La piedra, del tamaño de un puño, llegó rodando hasta los pies de Michael.

Bryson se acercó a su amigo para susurrarle algo al oído.

—Tío, me parece que voy a pasar de esta gente. Creo que nos iría mucho mejor si nos ocupáramos de nosotros mismos.

—Sí, es posible —dijo Michael—. Aunque no es el mejor momento para hacerlo.

Una nueva piedra rompió una ventana; era un pedrusco más grande. Michael se sobresaltó y casi se le paró el corazón. Se volvió de golpe, justo a tiempo de ver las esquirlas de cristal que caían sobre la moqueta alrededor de la piedra. Siguieron un par de segundos de silencio, provocado por el impacto, antes de que otra piedra atravesara otra ventana, y luego otra, y otra más. Los presentes empezaron a gritar entre impacto e impacto, bajo la lluvia de cristales rotos, mientras las piedras caían sobre la moqueta y los fragmentos de ventanas salían volando como insectos de cristal.

Michael y sus amigos se reunieron de forma instintiva. El chico notó que le caían cristales en la espalda; una esquirla se le clavó en el cuello y lo hirió.

El momento se hizo eterno, los golpetazos se sucedían sin solución de continuidad, como una serie infinita de truenos. Michael tuvo que reprimir la certeza de que el mundo estaba a punto de estallar y sumirlos en un abismo.

De pronto, el estruendo cesó. El silencio era tan ensordecedor que Michael temió por un instante haberse quedado sordo. Poco a poco, logró volver a respirar con normalidad; cada pocos segundos se oía el impacto agudo de una esquirla de cristal contra el suelo. No obstante, nadie decía nada.

Un rápido movimiento junto a una de las ventanas más próximas a Michael captó la atención del chico, y acto seguido se oyó la risa nítida de una niña. Walter levantó el arma y se encaminó hacia la ventana, pero Helga lo detuvo.

—Recuerda lo que han colocado —le dijo al hombre—. Si empiezas a disparar, nos harán saltar por los aires. No tenemos salida, amigo mío. Salvo que...

Percibieron más movimientos en el exterior, más risas, tanto de niñas como de niños, por lo que parecía. Había algo en aquellas personas que empezaba a molestar mucho a Michael. No le importaba qué clase de tangentes hubieran tomado aquellos cuerpos; no dejaban de ser niños que correteaban y se exponían al peligro. ¿Estarían usándolos los adultos como cebo? Resultaba tan confuso que el chico casi habría preferido volver a estar en su celda de la prisión.

Al final, Michael prestó atención al comentario de Helga. «¿Salvo que...?». ¿Cuál era la salvedad? Su gente estaba mirándola con diversas expresiones de desconcierto. Daba la impresión de que estaba pasando algo que ni Michael ni sus amigos entendían.

—No puede ser —dijo Walter tras un largo silencio.

—Claro que puede ser —repuso Helga—. No tenemos ninguna salida. ¿Crees que van a permitir que salgamos de aquí por nuestros propios pies?

—Pero eso va en contra de todo lo que proclama nuestra alianza. —Las risitas espeluznantes no habían cesado y se filtraban por las ventanas como el rumor de un orfanato fantasma.

De pronto, una voz masculina les gritó con gravedad.

—¡Vuestra hora ha llegado! Queremos que vuestra líder salga de ahí con las manos en alto o detonaremos los explosivos. Si vemos una sola arma, se acabó.

A Michael le pareció la voz de Trae; tenía el mismo acento cantarín. Quizá fuera la oportunidad de entregarse y huir. Miró a Helga, cuya expresión le dejó claro que no estaba de acuerdo.

—No tenemos otra salida —dijo con tono de agotamiento—. Debemos darles muerte real.

Cuentos para la hora de dormir

1

—¡Voy a salir! —gritó Helga—. No iré armada, y os interesa escuchar lo que tengo que decir. Tenemos algo que podría seros de gran utilidad.

Michael se volvió hacia sus amigos y les lanzó una mirada interrogante. Estaba claro que ellos no sabían más que él. El fulgor verdoso de las pantallas de red alrededor de la sala se reflejaba en sus ojos, lo cual les daba aspecto de esferas de criptonita.

—¡Basta de cháchara! —gritó Trae—. Tienes tres segundos para salir.

Helga caminó a toda prisa hacia la puerta, la abrió y salió al exterior. Walter torció el gesto con un evidente deseo de seguirla, pero se quedó donde estaba. Adoptó una expresión airada de asesino.

—Vámonos de aquí —susurró Bryson. Señaló con la cabeza en dirección a la ventana e hizo un gesto para que Michael y Sarah lo siguieran.

Aplastaron los cristales al pisarlos para encaramarse a la ventana. Bryson apartó las esquirlas que quedaban en el marco y se arrodilló sobre el alféizar. Michael se arrodilló a la izquierda de su amigo y Sarah a la derecha. El chico esperaba que la oscuridad los ocultara a la vista de quien estuviera fuera.

—Tus ofrecimientos no valen nada. —Era Trae dirigiéndose a Helga, apuntándola a la cara con una linterna. Estaban rodeados por un grupo de cinco o seis personas, todos con linternas dirigidas hacia el suelo—. ¿Te das cuenta de que somos tangentes? No nos programaron para ser idiotas.

Helga levantó las manos por encima de la cabeza.

—Vale, nos tenéis acorralados, y hay demasiadas cosas en juego. Si no me crees, te demostraré lo importantes que son esas cosas. Y si decides activar los explosivos y hacernos picadillo, el mensaje estará claro. Moriréis todos. Para siempre.

Michael no lograba ver con claridad a las personas que estaban por detrás de su líder. Pero sí vio a Janey, y, a juzgar por su estatura, había otros niños entre los miembros del grupo. Había uno tan pequeño que no podía tener más de ocho o nueve años.

Pasaron varios minutos en silencio antes de que hablara el hombre barbudo.

—¿A qué crees que se refiere Helga? —preguntó Sarah entre susurros—. ¿Qué mensaje? ¿Cómo va a matarlos?

—Se refiere a la muerte real —respondió Bryson—. Aquí está pasando algo que no sabemos.

—Es evidente —dijo Michael. No pretendía parecer grosero, estaba totalmente de

acuerdo en que ellos no tenían ni idea sobre nada.

—¡Bu!

El rostro de una niña apareció del otro lado de la ventana, y Michael estuvo a punto de desplomarse. Bryson soltó un grito y cayó de espaldas; al hacerlo, derribó a Sarah y la tiró al suelo. Michael se quedó helado por la visión de esos ojos negros y ese rostro blanco como el papel. La pequeña soltó una risilla nerviosa y volvió a esfumarse. Michael inspiró una bocanada de aire.

—¡Silencio! —gritó Trae en el exterior—. Tina, sal de ahí. ¡Ahora!

—Lo siento, jefe. —Se oyó una nueva risita; a continuación, Michael vio salir corriendo a la niña hacia el bosque.

Bryson y Sarah volvieron a acuclillarse junto a su amigo.

—Solo intentaba protegerte —dijo Bryson a la chica—. Esa niña podría haber ido armada, ¿sabes?

Sarah entornó los ojos y volvió a colocarse en su lugar sobre el alféizar. Helga seguía fuera, y no quería perderse nada de lo que ocurriera.

—Sé que vais de farol —dijo Trae—. No os vais a rendir, y yo no tengo más tiempo que perder. —Se volvió para mirar a los suyos—. Matadlos —dijo con una serenidad espeluznante—. A todos. Ya he tenido bastante.

—¡Ahora! —gritó Helga.

De pronto, una mujer que se encontraba de pie junto a Trae se desplomó de golpe y cayó redonda al suelo, como un títere al que acabaran de cortarle las cuerdas. Se quedó despatarrada, con los brazos y las piernas en una postura en absoluto natural. Su rostro quedaba oculto casi por completo tras las sombras, pero Michael vio que se le habían girado las órbitas, y tenía los ojos en blanco brillando en la oscuridad.

Trae se colocó a su lado enseguida y le tomó el pulso. No fue necesario que dijera nada, su lenguaje corporal lo decía todo.

Estaba muerta.

2

Michael sintió una presión que le atenazaba el pecho, y los segundos siguientes se le hicieron una eternidad. El grupo del exterior miraba a su amiga impactado por lo que había ocurrido, y luego, todos a una, levantaron la vista para mirar a Helga. Trae se levantó de golpe, sacó un cuchillo y lo colocó sobre el cuello de la mujer.

—¡¿Qué has hecho?! —le gritó. Una lluvia de saliva salió disparada con el grito—. ¡Dime ahora mismo qué has hecho o me aseguraré de que todos y cada uno de tus patéticos amigos tengan una muerte dolorosa!

Helga era la imagen de la serenidad.

—Si me matas o matas a cualquiera de mi grupo no harás más que empeorar las cosas. Uno de vosotros morirá cada treinta segundos hasta que no os vayáis. Y esta

orden a mis amigos del Sueño seguirá activa hasta que os marchéis. Si detonáis los explosivos, recibiréis la muerte real. Si nos ocurre algo, también. Ahora, idos.

Trae retrocedió tambaleante unos pasos y dejó caer la mano por el costado.

—Tú... Tú...

Michael no podía creer que se tratara del mismo hombre que le había parecido tan terrorífico hacía tan solo un instante.

—¿Qué ha hecho Helga? —preguntó susurrante.

—No lo sé —dijo Sarah—, pero no hay duda de que está funcionando.

Helga no se había movido, aunque parecía unos centímetros más alta. Y Trae se había quedado de piedra. Estaba mirando a la mujer, y el miedo le demudaba el rostro.

—Juramos no hacerlo jamás —dijo con un hilillo de voz—. Lo juramos.

—¿Lo juráis? —preguntó Helga—. ¿A quién te refieres? Nosotros no tenemos nada que ver con vosotros. Intentamos salvar el mundo de lo que habéis hecho. Vosotros os metisteis en esto, no nos culpéis a nosotros. Ahora idos. No tengo nada más que decirte.

Se volvió y demostró así que no temía dar la espalda al hombre; entró con parsimonia al barracón y cerró la puerta tras sí. Michael seguía mirando fijamente a Trae. Algunos de los suyos se habían reunido a su alrededor, donde hablaban sin parar entre susurros. Pero el hombre parecía no percibir su presencia, seguía con la mirada clavada en la puerta por la que Helga había desaparecido.

Alguien tocó a Michael en el hombro y él se sobresaltó. Era su niñera.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Helga.

Antes de que el chico pudiera responder, se oyó un grito en el exterior. Michael se volvió y vio a una niña, la más pequeña que había visto, tirada a los pies de Trae. Una mujer se encontraba arrodillada junto a ella, resollando, como si acabara de llevar a la criatura muerta a su líder.

—Muerta —proclamó la mujer sin dirigirse a nadie en concreto—. Ha caído al suelo justo a mi lado.

Helga gritó desde detrás de Michael.

—¡Y cada treinta segundos caerá otro! ¡Marchaos! ¡Ahora!

Trae por fin salió de su estado hipnótico.

—Juro por mi creador que te arrepentirás de esto, tangente —dijo con una voz apenas más audible que un susurro.

Luego se volvió hacia los barracones. Michael creía que iba a ordenar a los suyos que partieran. Pero, en lugar de hacerlo, se alejó caminando poco a poco, con el resto de su gente a la zaga. El chico se quedó mirando mientras desaparecían entre los árboles cual fantasmas casi invisibles.

—Hay que convocar una reunión —anunció Helga. De pronto ya no parecía tan segura—. Vamos a pagarlo muy caro.

Se reunieron en una sala al fondo de los barracones, un antiguo despacho con una mesa y sillas. Había un catre en un rincón, y Michael se preguntó si serían las dependencias privadas de Helga.

—Sentaos —dijo la mujer al tiempo que ocupaba la silla situada detrás del alargado escritorio de madera. Helga había citado a Michael, sus amigos, los padres de Sarah, Walter y la mujer llamada Amy en la sala. Todos tomaron asiento, salvo Walter, quien se quedó de pie, detrás de todos, con los brazos cruzados—. Sé que estás molesto —le dijo Helga—. Que es la razón por la que os debo una explicación. Y, Michael, todos vosotros también merecéis saber qué ha ocurrido.

—En eso tienes toda la razón —dijo Walter. A Michael le pareció que el hombre deseaba decir algo más, pero se calló.

Helga suspiró.

—Solo ha habido dos muertos.

Con eso bastó para que Walter estallara.

—¿Solo dos? ¡Solo dos! Di mejor que han sido cuatro. Has dado muerte real a dos personas, eso son dos humanos y dos tangentes. Cuatro seres vivos que no volverán a existir. Sin consultar a nadie, lo has decidido en contra de todos los principios que acordamos cuando nos unimos a ti. ¡Y se supone que eres nuestra líder!

Helga se levantó y dio un palmetazo en la mesa.

—¡Sí! ¡Soy vuestra líder! ¡Y he hecho lo que debía! ¡Habrían muerto muchas más personas de no haberlo hecho, y tú lo sabes, Walter!

—Podríamos haberlos combatido —replicó el hombre—. Podríamos habernos plantado y haber luchado. O podríamos habernos rendido y empezar de cero. O haber intentado negociar más. ¡Cualquier cosa menos recurrir a lo que intentamos precisamente prevenir!

—Nos puso un ultimátum —dijo Helga con más serenidad—. No podía arriesgarme a que detonara esos explosivos y nos matara a todos. Incluidas cuatro personas —dijo señalando a Bryson, Sarah, Gerard y Nancy, uno a uno—, que todavía no tienen copia de seguridad en la Colmena. ¿Quieres hablar de muerte real? Pues bien, estas personas son amigas nuestras, y no pensaba quedarme parada y permitir que eso les ocurriera. ¡No tenía alternativa!

—Sí que la tenías —repuso Walter.

Helga volvió a sentarse.

—Las vidas que se han salvado han sido muchas más que las bajas.

—Pero... —empezó a decir Walter, pero Helga lo cortó en seco.

—¡Basta ya! —gritó la mujer—. Si quieres salir ahí fuera y organizar un golpe de estado, hazlo. Ve a hacer tus proclamas y a conseguir seguidores. Pero lo que he hecho era necesario, y ha llegado la hora de actuar.

Walter no dijo nada. Pero tampoco se marchó. Se quedó cabizbajo, respirando con agitación.

Michael permaneció sentado, paralizado, asimilándolo todo, sin tener muy claro si estaba entendiendo lo que ocurría. Lo que más le importaba, no obstante, era que Helga se había referido a sus amigos y a los padres de Sarah. Los había señalado de forma deliberada, pero no a él. Ese gesto sencillo lo decía todo.

—De una vez por todas —Bryson rompió el silencio—, ¿podría alguien decirnos qué es la muerte real?

—Sin rodeos —añadió Sarah.

Helga se echó hacia delante sobre la mesa y juntó las manos.

—¿Recordáis lo que os he contado antes? Aunque no estemos del todo seguros de cómo funciona exactamente, para que un tangente exista en el interior de un cuerpo humano tiene que conservarse cierta conexión con la conciencia de la persona original. Se trata de un vínculo que no puede romperse, o el cuerpo moriría. Creemos que es la razón por la que existe la Colmena.

La mujer inspiró con fuerza y se miró las manos mientras se las frotaba.

—La muerte real se produce cuando una inteligencia almacenada en la Colmena es destruida. Puede sufrirla un tangente o un humano. Si la destruyes en la Colmena, esa... persona, o tangente, o como quieras llamarlo, desaparece para siempre. Y si está conectada a un cuerpo aquí, en el Despertar, ese cuerpo también morirá. Ambos dejan de existir, por lo que sabemos.

Helga hizo una pausa.

—Pero esa es solo una de las formas en las que puede producirse la muerte real. Lo que realmente significa es bastante simple: se produce cuando cualquiera, ya sea tangente o humano, muere sin tener una copia de seguridad almacenada. Sin importar en qué contexto se dé la muerte, en el mundo virtual o en el real. Si no existe copia de seguridad en la Colmena, la inteligencia, los recuerdos y la esencia de esa persona en concreto desaparecen para siempre.

Michael estaba recordando la Colmena. Se preguntó cómo lo harían, cómo acabarían con la conciencia de alguien. Se imaginó flotando en el vasto espacio con todas aquellas celdas de color naranja, intentando abrir una con un soplete virtual. Casi podía oír los chillidos de la inteligencia que se encontraría en su interior mientras él la quemaba hasta dejarla reducida a cenizas.

Sacudió la cabeza para olvidar esos pensamientos y se volvió hacia Helga.

—Yo sigo almacenado allí, ¿verdad?

Todos los presentes en la sala se volvieron para mirarlo.

Helga respondió con serenidad y asintiendo en silencio.

—Y también sigue allí Jackson Porter —afirmó el chico—. Así que todavía podemos volver a meterlo en su cuerpo y yo podría seguir existiendo en el Sueño, ¿no es así?

Helga volvió a asentir. Parecía más bien triste.

—Y la razón por la que has señalado a Sarah y a los demás es porque, si hubiéramos muerto a causa de los explosivos, los demás no habríamos recibido la muerte real. Habríamos regresado a nuestros programas almacenados en la Colmena. —Hizo una pausa—. Salvo ellos. —Hizo un gesto en dirección a sus amigos—. No tienen copia de seguridad. —Aquellas palabras sonaron frías y contundentes.

Helga se levantó, caminó hasta el otro lado de la mesa y se apoyó en ella.

—Exactamente, Michael. Cuando los demás tangentes y yo nos reunimos y tomamos la decisión de usar la Doctrina de la Mortalidad para tomar prestados los cuerpos y venir a este lugar, nos hicimos una serie de promesas incondicionales. Y una de ellas fue evitar la muerte real, para cualquiera, a cualquier precio. Pero hoy yo he roto esa regla porque tenía dos alternativas terribles. Tendré que vivir con esa decisión, pero debemos seguir adelante. Creo que, con tu ayuda, podemos detener a Kaine, esté quien esté detrás de él, y a ese grupo de disidentes que hemos encontrado esta noche.

Se cruzó de brazos y miró al suelo.

—Nos hacemos llamar la Alianza Tangente. Desde que te apartaron de mi lado, el funcionamiento interno de la Red Virtual ha estado resquebrajándose. Numerosos tangentes se apartaron de los programas que los alojaban. Vimos lo que Kaine estaba haciendo y decidimos combatirlo. Queremos conseguir que las cosas vuelvan a ser como antes. Y yo quería recuperarte. Creo que tenemos los mismos objetivos, ¿tengo razón?

Michael se quedó mirando a Sarah, quien había guardado silencio desde que Trae y su banda habían abandonado por fin los barracones. Ella le dedicó una sonrisa de medio lado, con la mirada llena de tristeza.

Michel suspiró.

—Desde luego que queremos detener a Kaine, Helga. Pero tengo la sensación de que hay algo más importante que se nos escapa. No creo que sea tan simple como afirmar que Kaine es nuestro enemigo. Debemos averiguar qué está ocurriendo en realidad, y creo que el lugar indicado para empezar a investigar es el Desfiladero Consagrado. Si podemos... alterar la Doctrina de la Mortalidad, al menos impediremos que los tangentes puedan dejar la Red Virtual.

Helga dio una palmada.

—Estás bien enseñado, ¿verdad? La Colmena no es más que un almacén, el auténtico Adoctrinamiento de la Mortalidad tiene lugar exactamente donde acabas de decir. —Hizo un gesto en dirección a la puerta de la sala principal—. Bueno, no hemos estado aquí sentados rascándonos la barriga. Ya has visto lo que hay ahí fuera. Personas, neurocajas, pantallas de red. Hemos estado trabajando y estamos listos para dar los pasos siguientes.

Esa vez fue Bryson quien habló:

—Entonces será mejor que nos pongas al día.

—Quiero saber qué está pasando en el mundo —añadió Sarah—. Las cosas ya

iban bastante mal antes de que cayéramos en la trampa de la agente Weber con la Lanza.

—Tenemos respuestas —anunció Helga—. Y unos cuantos planes posibles. Pero antes creo que todos necesitamos descansar un poco. Sumergirse ahora mismo nos dejaría hechos polvo.

A pesar de la curiosidad y la impaciencia que sentía Michael, estaba de acuerdo. Habría sido capaz de meterse debajo de su destartalada silla de madera en ese mismo instante y quedarse roque.

—La Colmena era lo primero que quería que vierais —dijo Helga—. Aunque luego nos hemos desviado un poco, ¿verdad? —Empezó a encaminarse hacia la puerta—. Pondremos un par de catres más. Podéis dormir en esta sala. Por la mañana nos sumergiremos en la Red Virtual, y os enseñaré nuestro plan y los recursos con los que contamos.

Lo último en que se fijó Michael antes de que Helga saliera de la habitación fue la forma en que ella evitó la mirada de Walter al pasar junto a él en dirección al barracón central.

4

Michael estaba tumbado en su catre, con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza, mirando al techo. Contemplaba las sombras que se dibujaban en él y, cuanto más miraba, más le parecía que se movían, giraban, ocultaban algo. Lo hacían sentir que estaba dentro del Sueño.

—Bueno, colegas —dijo Bryson desde su catre a unos metros de distancia—. Hoy ha sido lo que podría llamarse un día raro, raro.

Sarah estaba al otro lado del despacho, entre las camas de sus padres; Gerard ya roncaba plácidamente, y Nancy iba advirtiéndoles cada cinco minutos que se durmieran hasta que ella se quedó dormida. Se oyó el chirrido de un somier, luego unas pisadas ligeras y la visión de una sombra en movimiento. Sarah se sentó en el suelo junto al catre de Michael y le tocó la mano.

—«Raro» no describe ni de lejos cómo ha sido en realidad —dijo la chica.

—Ha hecho que nuestra época de juegos parezca muy aburrida —añadió Bryson.

Michael se movió y se incorporó apoyándose en un codo. Sarah estaba cerca y notaba su calidez, lo que le proporcionaba sensación de bienestar.

—No puedo creer que no me odiéis, chicos —dijo Michael—. Pensad en lo agradable que era vuestra vida antes de que yo os metiera en este circo de los horrores.

—No, por favor, no empieces otra vez con eso —se quejó Sarah—. Como si fuéramos a estar mejor viviendo en casa, sin enterarnos de que el mundo estaba siendo dominado por los tangentes y derrumbándose a nuestro alrededor. De esta

forma, al menos tenemos la oportunidad de hacer algo al respecto.

—Pero esa es la cuestión —dijo Bryson con el rostro oculto en la oscuridad—. ¿Qué vamos a hacer? Aunque vayamos al Desfiladero Consagrado y, de algún modo, logremos destruir el programa de la Doctrina de la Mortalidad, Kaine o cualquier otro podría volver a codificarlo enseguida. Además, está esa gigantesca Colmena, que crece cada segundo. Si esa cosa desaparece, ¿quién sabe a cuánta gente mataríamos? Con esa mierda de la muerte real.

Sarah estaba masajeándose las sienes con ambas manos.

—Chicos, ¿podemos hablar de algo alegre durante un rato? ¿De algo que no tenga nada que ver con el Sueño, ni con Kaine ni con los tangentes, ni con las masacres? ¿Por favor?

Michael alargó una mano y tocó el hombro a su amiga. Aquello le pareció lo más maravilloso que había dicho desde que la conocía.

—¿Y de qué más podemos hablar? —preguntó Bryson—. ¿Vamos a contarnos los mejores recuerdos de nuestra infancia o qué?

—Sí, eso es. Es una idea estupenda —dijo Sarah, y se animó de pronto—. Eso es exactamente lo que vamos a hacer. Empieza tú, Bryson.

—¿Cómo? ¿Va en serio?

—Desde luego.

Oculto casi por completo tras las sombras, Bryson movió las piernas y se sentó en el catre, se echó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Está bien —dijo—. Vosotros lo habéis querido. Pero va a acabar con vuestra idea de que fui un niño prodigio, bueno, o que estaba a punto de convertirme en el hombre más listo de la Tierra.

—Asumiremos ese riesgo —murmuró Michael.

Bryson se frotó las manos y empezó.

—Vale... Yo tenía cinco años, creo. Era pequeño, pero eso no justifica lo tonto que era. De verdad, debía de ser un niño descerebrado. Quizá me pusieron un implante siendo más mayor. ¡Anda, fijaos!, ¡a lo mejor soy un tangente!

—No tiene gracia —dijo Sarah—. ¿Por favor, podrías seguir con la maravillosa historia de lo idiota que eras de niño?

El comentario no afectó a Michael. Hacía mucho tiempo que había aceptado su condición de tangente. Cuanto más a broma se lo tomaran, mejor. Para él era un cambio tremendo que lo aliviaba.

—Era Navidad —dijo Bryson—. Estaba nevando, las luces brillaban por todas partes, había un abeto auténtico en el salón. Tíos, esos árboles sí que huelen bien. Mi padre lo taló con sus propias manos mientras yo lo miraba. Estoy bastante seguro de que lo robamos del terreno de algún tío, pero esa es otra historia. Al grano: yo era el más pequeño de tres hermanos y una hermana. Todos estaban en el colegio, y mi madre había subido a su cuarto para echar un sueñecito. Y ahí estaba yo, el pobre hermanito pequeño, contemplando la pila de regalos envueltos bajo el árbol. Tan

tentadores... Era como si el papel hablara y me dijera que podía echar un vistazo, ver qué recibiría todo el mundo de mami y papi.

—¿Echaste un vistazo a los regalos de Navidad? —preguntó Sarah—. ¿Eso es todo? ¿Qué niño de toda la historia mundial no lo ha hecho?

—Bueno, yo no lo he hecho —dijo Michael—. Soy judío.

Sarah rio.

—¿Qué? ¿Eres judío? ¿Cómo es posible que yo no lo supiera?

—Mis padres no eran los más religiosos del barrio.

—Perdonad —los interrumpió Bryson—. ¿Puedo terminar?

Sarah volvió a reír, y Michael se sintió un poco más contento. No se había dado cuenta de lo maravilloso que era ese sonido y de lo mucho que lo añoraba.

Bryson prosiguió con su fascinante relato.

—Pues eso, que ese día solitario, frío y ventoso, Bryson el bobo ideó su plan genial. Pensé que si abría todos los regalos y luego, ojo al parche, escondía el papel, mi madre no sabría que habría sido yo. Así que rompí el envoltorio de todos y cada uno de los presentes, incluso de los de mis hermanos y mi hermana. Durante unos veinte minutos fui el niño más feliz de la historia. Después de amontonar todo el papel detrás de la secadora, cogí los regalos todavía envueltos, cual genio que era, y volví a colocarlos debajo del árbol. Luego me senté en el sofá y me quedé mirando un libro hasta que mi madre bajó de su cuarto. Estaba seguro de que no notaría ninguna diferencia.

Hizo una pausa para que su audiencia asimilara aquel momento glorioso.

—Vaya —susurró Sarah—. Eso sí que es ser tonto del bote.

—¿Y qué ocurrió?

—Por sorprendente que parezca —respondió Bryson—, mi madre enseguida supo qué había hecho. Recuperó el papel de detrás de la secadora antes de que este prendiera fuego e incendiara toda la casa, y luego envolvió de nuevo los regalos antes de que mis hermanos y mi hermana regresaran a casa del colegio. Todo salió bien.

—¿Y a ti qué te hizo? —preguntó Sarah—. Estoy segura de que, por una parte, se moría de risa y, por otra, deseaba matar a su propio hijo.

Michael soltó una risita por el puro placer de estar disfrutando de aquella situación compartida tal como lo hacían en los viejos tiempos.

—Creo que mi madre reaccionó de forma muy inteligente —explicó Bryson—. Sabía que yo era consciente de la tontería tan increíble que había hecho. Y la vergüenza que sentía y el hecho de tener que vivir con ella el resto de mi existencia ya era suficiente castigo, aunque yo estaba seguro de que a mi madre la reconcomía el enfado por dentro. Siempre cuenta la anécdota a todo el mundo.

—Bueno —dijo Michael—, debo decir que es una de las mejores historias que he oído jamás. Ahora me siento mucho más listo y mucho mejor conmigo mismo.

—Como debe ser —dijo Bryson—. Vale, ¿quién es el siguiente?

—Ahora me toca a mí —dijo Sarah—. Voy a contaros la vez que me hice pis

sobre mi tía.

5

Transcurridos diez minutos, a Michael le había dado un ataque de risa y no podía parar. Gerard sin duda no se percató, porque seguía roncando como un oso en su catre, pero Nancy los hizo callar varias veces y dijo a Sarah que era hora de dormir. Su hija le prometió que no tardaría en hacerlo.

—No puede ser, no es cierto —dijo Bryson.

Sarah se mostró inflexible.

—¡Sí que es cierto! Lo juro. Ella estaba durmiendo en el sofá de mi abuela, y yo tenía un problemilla de sonambulismo. Puedes preguntar a mis padres cuando no estén como un tronco.

—Pero desde el punto de vista de la física... —repuso Bryson—. Quiero decir, ¿cómo te colocaste?

Aquel comentario provocó un nuevo ataque de risa a Michael, le dolía la mandíbula y el pecho de tanto reír. No se sentía así desde antes que Kaine empezara a perseguirlo de por vida.

—Creo que ya hemos hablado demasiado de este tema —dijo Sarah—. Ahora le toca a Michael. —Se movió en dirección al catre de su amigo, y la tenue luz que entraba del exterior le iluminó los ojos—. ¿Cómo vas a superar nuestras dos anécdotas?

Michael había estado apoyado en el codo demasiado rato, y le dolía. Levantó las piernas, las dobló, se sentó sobre ellas y se masajeó el hombro.

—No lo sé. Dadme un segundo para pensar.

Los amigos se quedaron callados, y Michael se dio cuenta del largo rato que llevaban riendo y hablando. El silencio se hizo un tanto violento, y el chico sabía por qué.

—Me resulta raro recordar —dijo—. Es decir, ni siquiera sé lo que es un auténtico recuerdo. ¿Quién sabe si mucho de todo eso no es algo que insertaron en mi historia mediante la programación?

—Olvídate de todo esto —dijo Bryson—. Tu vida es tu vida. Ahora cuéntanos una buena anécdota antes de que me quede dormido.

Michael se cruzó de brazos y los apoyó sobre las rodillas mientras seguía pensando.

Al final, tras varios minutos, anunció:

—¡Lo tengo! La vez que mi padre estuvo a punto de matarme con una piedra.

6

Le resultaba raro contar esa historia. Desde que descubrió que era un tangente, había llegado un punto en que no podía fiarse de cosas que la mayoría de personas daban por sentadas. De lo que veían sus ojos. De lo que sentían sus dedos. De lo que saboreaba, de lo que respiraba, de lo que olía... ¿Cómo volvería a saber qué era real? ¿O qué lo había sido?

Sin embargo, mientras estaba sentado sobre su catre, en la oscuridad y con los ronquidos de Gerard a modo de banda sonora de fondo, lo recordó. Recordó su vida de pequeño, y nada podría arrebátarsela jamás.

—A mi padre le encantaba ir de acampada —dijo—. Le gustaba muchísimo. Sobre todo porque vivíamos en una ciudad contaminada. Más o menos una vez cada dos meses, reunía el equipamiento, corría por la casa como un niño con zapatos nuevos y nos metía a todos en la furgoneta, incluso a Helga. Siempre Helga. Era una más de la familia.

—¿Adónde solíais ir? —preguntó Sarah.

—A algún lugar de los Apalaches, a la montaña, al lugar más remoto que mi padre encontrara. Algunas veces conducía durante horas y horas. Fue antes de que me permitieran sumergirme en el Sueño, y por eso me encantaba tanto como a mi padre. Era una aventura.

Hizo una pausa para imaginárselo.

—Puedo oler la hoguera, esa siempre era la mejor parte. El crepitar del fuego, el restallido de las ramas ardiendo y las brasas incandescentes. A mi madre no le gustaba mucho estar sin comodidades, pero creo que lo soportaba porque le gustaba verme disfrutar. Y a mi padre, claro. Y Helga se adaptaba de maravilla. Era como un guarda forestal: daba órdenes y recogía más leña de la que íbamos a necesitar. Pero también se aseguraba de que no incendiáramos el bosque donde nos encontrábamos.

—Es una tipa dura —susurró Sarah. Michael percibió el tono simpático en su voz.

—Bueno, pues una vez —prosiguió el chico—, me parece que pensé que era un boy scout profesional o algo por el estilo, porque decidí ir a explorar por mi cuenta; ni siquiera les dije que me iba. Marché cruzando las montañas, eran más bien colinas, para ser exactos. No eran muy altas. No sé en qué estaría pensando. A lo mejor creía que iba a descubrir un antiguo cementerio o un puñado de puntas de lanza, quién sabe. Supongo que era un idiota como Bryson.

—Estás en buena compañía —respondió su amigo con parquedad.

Michael casi no lo oyó, estaba totalmente abstraído en su antiguo recuerdo.

—A lo que iba, está claro que me perdí. No tenía ni idea de dónde estaba. Intenté desandar el camino, pero estoy bastante seguro de que me puse a caminar en círculos, y no paraba de subir y bajar la misma montaña.

—Ayayay... —dijo Sarah—. ¿Cuántos años tenías?

—Nueve o diez. Estaba muerto de miedo porque empezaba a anochecer. Llamé a mis padres y a Helga a gritos, pero no me oían. Estaba aterrorizado, recuerdo que empecé a llorar y fui poniéndome cada vez más nervioso. Al final, llegué a un

pequeño valle y... No sé. No recé exactamente, pero intenté contactar con mi padre. Le rogué mentalmente que viniera a buscarme.

Michael cambió de postura para apoyarse sobre los codos y estiró las piernas hacia delante. Sarah apoyó los brazos sobre las rodillas de su amigo y lo miró a la cara. No se le veían los ojos debido a la oscuridad, pero a Michael le encantaba que estuviera mirándolo.

—Pasaron solo dos o tres minutos cuando un enorme pedrusco empezó a caer desde la montaña que tenía justo por encima. Oí la piedra antes de verla, iba derribando árboles y horadando el suelo a su paso. Miré hacia arriba justo a tiempo de ver cómo tiraba un par de pinos; la muerte se me echaba encima. El pedrusco me pasó rozando y me habría aplastado si no llego a esquivarlo. Dejó un árbol reducido a astillas.

Bryson y Sarah no se movían, y Michael apenas los oía respirar.

—Bueno —dijo el chico—, supuse que aquello era una señal, así que seguí su recorrido montaña arriba. Fue fácil porque prácticamente había dibujado una senda en la ladera. Y supongo que ya sabéis hasta dónde me condujo.

—Hasta tu familia —respondió Sarah.

—Sí. Vi a mi padre primero y, en cuanto me localizó, salió corriendo disparado hacia mí. Tuvo que saltar un par de troncos, y luego me dio un abrazo de oso. Recuerdo que me crujieron los huesos de la espalda de lo mucho que me apretujó. Luego mi madre y Helga aparecieron y empezamos a lloriquear y a abrazarnos y a reír. Fue una locura, jamás lo olvidaré. Sobre todo una cosa.

—¿El qué? —preguntó Bryson.

—Mi padre. Estaba llorando, tenía los ojos rojos e hinchados. No me dijo nada por haberme ido de exploración y haberme perdido. Nada de nada. Estoy seguro de que supuso que había aprendido la lección. Se ve que no eras el único niño idiota de la historia, Bryson.

Sarah se pasó una mano por la cara, y Michael pensó que a lo mejor, solo a lo mejor, había logrado arrancarle una lágrima.

—Es una anécdota muy tierna —dijo ella—. No puedo creer que no nos la hayas contado hasta ahora.

Michael se encogió de hombros, aunque sus amigos no pudieran verlo.

—Es que... No sé. Tengo muchos recuerdos como ese. Pero ¿qué es real y qué no lo es? Supongo que es mejor pensar que ocurrió y ya está. Añojo...

Se le quebró la voz, y sintió una presión que le atenazaba el pecho. Se tumbó sobre el catre y se dio la vuelta para no mirar a Sarah. Ella le masajeó el hombro, luego se inclinó y lo besó en la mejilla. Milagrosamente, Bryson no dijo ni una palabra. La chica esperó un par de minutos, acariciando la espalda a Michael, luego se levantó y regresó a su cama.

—Buenas noches —dijo desde la otra punta de la sala.

—Que durmáis bien —dijo Bryson.

—Buenas noches —consiguió articular Michael.

—Os quiero, chicos —dijo Sarah un rato después, y por fin cayeron en brazos de Morfeo.

La lección de historia

1

A la mañana siguiente, cuando Michael despertó y salió del despacho de Helga, los barracones ya eran un hervidero de actividad. La Alianza Tangente estaba entregada a la tarea de embalar cajas y cargarlas en los coches.

Michael, viendo todavía borroso por el sueño, se frotó los ojos y se quedó observando el trajín.

—¿Qué pasa? —preguntó a Bryson, que estaba apoyado contra la pared, bebiendo a sorbos una taza de un líquido caliente y humeante.

—Helga dice que algunos nos tenemos que marchar —respondió su amigo—. Y que otros se quedarán, y que usaremos los ataúdes para reunirnos cuando sea necesario.

—¿Y cuál de las dos cosas vamos a hacer nosotros?

—Nos vamos con Helga. Tú, yo, Walter y un par más. —Bryson movió su taza para señalar a Walter, que estaba hablando con la mujer llamada Amy—. Supongo que quieren intentar reunirse con alguien de la SRV.

—¿Cómo? ¡No! —dijo Michael, y se espabiló de golpe—. Son los últimos con los que queremos hablar ahora mismo. No podemos confiar en ellos.

—Ya, bueno, eso no te lo discutiré. Aunque Helga ha dicho que nos mantengamos alejados de la agente Weber. De todas formas, ha dicho que, en cuanto te despertaras, nos sumergiríamos en el Sueño y que ella nos pondría al día de lo que nos hemos perdido. Quiere salir hacia el mediodía.

A Michael no le gustaba aquello. Haría lo que Helga decidiera, pero no accedería a ver a Weber o reunirse con la SRV.

—Y no te lo pierdas —prosiguió Bryson—: los padres de Sarah se niegan a dejarla venir. Dicen que sus días de aventuras han terminado. Sarah lleva toda la mañana discutiendo con ellos. Creo que ahora están fuera.

Helga entró por la puerta principal antes de que Michael pudiera decir algo. A la mujer se le iluminó la mirada cuando los vio, y se acercó a los chicos.

—Buenos días, cielo —dijo, muy seria—. Espero que hayas descansado bien. ¿Por qué no desayunas algo y luego te muestro algunas cosas en el Sueño? Te pondré al día antes de que tomemos ninguna decisión final sobre nuestro próximo movimiento.

—No tengo hambre —dijo Michael—. Hagámoslo ya.

Helga asintió en silencio.

—Me parece bien. Ve a buscar a Sarah. Sus padres ya lo saben casi todo. Y estoy

segura de que a la chica le irá bien descansar de su compañía un rato. —Su mirada no dejó lugar a dudas. Debían de llevar siglos discutiendo en el exterior.

—Iré a por ella —dijo Michael—. Prepara los ataúdes.

2

Sarah estaba sola, no se veía a sus padres por ninguna parte. Estaba apoyada contra un árbol junto a los barracones cuando Michael la localizó. Resultaba evidente que la chica había estado llorando. Se desanimó un poco cuando lo vio acercarse; como si la avergonzara que él la viese en ese estado tan lamentable.

—¿Qué hay? —dijo el chico, y le dedicó una amplia sonrisa de complicidad—. ¿Ya estás portándote como una niña caprichosa? ¿Es que no te han enseñado que tienes que respetar y obedecer a tus padres todo el tiempo?

—Ya sabes que los quiero, Michael. —Parecía cansada—. Pero es difícil estar implicada en todo esto cuando ellos están conmigo. Todavía soy su niñita, y no hay manera de que accedan a permitirme hacer lo que necesito.

—Es que no quieren que te vayas y que algo acabe matándote —dijo el chico.

—Oye, ¿tú de parte de quién estás?

—Lo siento. —Michael se acercó a ella y la abrazó—. Ya veremos cómo solucionarlo, ¿vale? A lo mejor podemos convencerlos para que nos acompañen. Helga nos necesita para el plan que tiene, y nos vendrá muy bien cualquier clase de ayuda para averiguar cómo regresar al Desfiladero Consagrado. Además no pienso hacer esto sin ti.

La chica suspiró.

—Era más fácil cuando estábamos en el Sueño, o... —Se quedó callada, y Michael supo exactamente qué había estado a punto de decir. Era más fácil cuando sus padres estaban secuestrados, retenidos contra su voluntad y sin la posibilidad de prohibirle que hiciera lo que a ella se le antojara.

—Venga ya —dijo el chico—. Lo primero es lo primero. Vamos a ver qué quiere mostrarnos Helga, y luego volveremos a intentarlo con tus padres. No pienso marcharme sin ti.

Sarah le dio un fuerte abrazo y lo besó en la mejilla. Tenía los labios tan húmedos como sus lágrimas.

—Todo esto me tiene muy confusa —susurró la chica—. Tu vida como tangente, tu vida en este cuerpo, todo este lío extraño que está pasando. Sinceramente, no sé qué eres, pero sí sé quién eres. Y te quiero, Michael. Te quiero mucho. Pon las caras raras que quieras, pero, seas quien seas —dijo mientras lo sujetaba por la cara con ambas manos y se la movía con ternura—, estoy enamorada de ese alguien.

Michael sintió que salía volando a varios millones de kilómetros del suelo y se quedó sin habla. Se limitó a asentir y besó a Sarah, la besó de corazón, dando todo

cuanto sentía, algo que no había hecho jamás. Flotaba de felicidad, y el mundo daba vueltas a su alrededor.

Ella retrocedió y se quedó mirándolo con los ojos anegados en lágrimas, pero con expresión de júbilo.

—No pienso permitir que te vayas sin mí —dijo—. Venga, vamos a entrar antes de que mi madre nos pille y le dé un ataque de nervios.

3

Casi media hora después, todavía estremecido por el beso, Michael se sumergió en el Sueño con sus amigos y con Helga como guía. Cuando abrió los ojos, los cuatro se encontraban sobre una superficie plana de cristal transparente que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. El cielo lucía un intenso color azul medianoche, y a Michael le dio la impresión de encontrarse en una de las capas más altas de la atmósfera. Por debajo de sus pies, unas formas geométricas de luz blanca no paraban de girar, encogerse y extenderse, chocaban entre sí sobre un fondo negro. Michael se quedó mirando, hipnotizado; era como estar en el interior de un caleidoscopio gigantesco.

—Bienvenidos al salvaje cielo azul —dijo Helga, y separó los brazos con gesto de orgullo—. Mi particular trocito de éter.

—Es muy acogedor —murmuró Bryson con tono sarcástico mientras buscaba un lugar donde sentarse.

—Esta es solo la interfaz básica —dijo Helga sin ocultar que estaba molesta por el ingenioso comentario de Bryson—. Desde aquí puede ocurrir cualquier cosa. Es mi versión de los antiguos centros recreativos donde la gente pagaba por ir a divertirse en la Red Virtual.

Michael sentía una pizca de vértigo cada vez que miraba hacia arriba o hacia abajo, así que se concentró en el rostro de Helga mientras ella hablaba. Con todo, las formas giratorias que se encontraban bajo sus pies le daban una sensación de movimiento que le revolvía el estómago.

—¿Y cómo funciona? —preguntó Sarah—. ¿Y por qué estamos aquí? —El aura de la chica se parecía mucho a sí misma, y su expresión demostraba que la cuestión sobre qué hacer con sus padres todavía la tenía muy preocupada.

Helga los convocó a su alrededor y señaló el cristal sobre el que se encontraban.

—Todo lo que veis aquí está conectado con mi proceso de pensamiento, y me ha costado mucho sintonizarlo. En circunstancias más favorables, podríamos divertirnos muchísimo en este lugar, y me encantaría haceros una demostración, pero, por el momento, solo quiero enseñaros algunas de las cosas que no sabéis.

Miró hacia abajo, dirigió la mirada hacia un enorme rectángulo de luz intensa y lo acercó hacia la superficie. La forma se alargó hasta que rodeó al cuarteto, y cuando

Helga dio un taconazo en el suelo, una imagen en movimiento apareció en el interior del rectángulo, similar a una pantalla de red. Se trataba de una visión aérea de Atlanta, y de pronto la imagen empezó a moverse; la visión hizo zoom y vieron la ciudad desde más cerca. A Michael se le revolvió el estómago, y Bryson gritó, levantó los brazos y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Michael levantó la vista para mirar a Helga y percibió una ligera sonrisa en su rostro mientras la mujer separaba los dedos y luego elevaba los brazos en el aire. El movimiento provocó que las imágenes se elevaran y despegaran de la superficie sobre la que ellos se encontraban. Entonces vieron una reproducción tridimensional perfecta de la ciudad de Atlanta a su alrededor. A Michael le costaba mucho mantener los ojos abiertos; la transición había sido tan impresionante que resultaba difícil contemplarla.

Helga, quien usaba todo el cuerpo a modo de mando a distancia, se desplazaba como una bailarina para manipular las imágenes que los rodeaban. Sacudía los dedos para cambiar la orientación de la ciudad, hacía un barrido con el brazo para cambiar de calle de forma instantánea, se inclinaba a izquierda o derecha para cambiarlas. Viajaron sin sensación alguna de movimiento; a Michael le costó un rato acostumbrarse a ello. Al final, no obstante, dejó de sentirse mareado y fue capaz de apreciar el increíble nivel de detalle de cuanto estaba viendo. Se sentía más que impresionado y no pudo evitar preguntarse si su niñera habría sido una programadora «dentro del armario» desde que la había conocido.

Helga desplazó al grupo alrededor de un altísimo rascacielos y de pronto vieron el edificio al que los había enviado la agente Weber con la Lanza. O, mejor dicho, las ruinas de dicho edificio. Lo que contemplaban era el momento posterior a la destrucción de la que habían sido artífices. Gran parte de la estructura se había desplomado, y una gruesa capa de humo salía de entre sus ruinas. Montones de personas estaban congregadas en el lugar para ser testigos de la devastación, y la policía, los bomberos y los equipos médicos circundaban el perímetro.

Se trataba de una reproducción exacta de lo que había ocurrido en realidad. Michael vio como lo llevaban, a él mismo y a sus amigos, hasta los coches patrulla. Su expresión parecía más atónita y más confusa de lo que en realidad recordaba haber sentido.

El chico se quedó sin respiración al ver a Gabby, la exnovia de Jackson Porter. ¿Exnovia? ¿Novia actual? Ninguna de las opciones sonaba bien. Pero se centró en ella, porque sabía qué estaba a punto de suceder, y temía tener que volver a verlo. El policía se acercó a la chica, levantó su porra telescópica y la golpeó. Le propinó un golpe en la cabeza y la dejó inconsciente, y ella cayó desplomada. Michael lanzó un grito por la impresión, a pesar de estar esperando la violenta escena.

—¿Qué acaba de ocurrir?! —gritó Sarah. No había visto la agresión original, y no habían tenido tiempo de hablar sobre ella.

—¿Por qué le han hecho eso? —preguntó Michael con tono compungido. Seguía

sin entenderlo y se sintió fatal al pensar que había estado a punto de olvidar a la chica en esos días que habían pasado.

—Madre mía —murmuró Bryson—. Es como si ese policía la hubiera escogido a ella en concreto.

—¿Por qué? —susurró Michael sin estar muy seguro de a quién estaba preguntándose.

La escena que contemplaban a sus pies de pronto se minimizó, y, frente a ellos, apareció la imagen holográfica de una mujer, vestida con elegancia, con un peinado perfecto: una presentadora del parte del InfoBlog.

—Última hora de esta misma mañana —dijo la mujer con lírico acento británico—. Representantes de la Seguridad de la Red Virtual han levantado el secreto de sumario sobre sus averiguaciones relativas al ataque terrorista acontecido hace una semana. Se produjo en su sede central secreta, ubicada en un antiguo edificio de la ciudad de Atlanta, Georgia, Estados Unidos. Tres adolescentes, buscados por delitos anteriores, han sido acusados del ataque, pues recurrieron al uso de sofisticados dispositivos que activaron diversas reacciones en cadena a lo largo de todo el sistema de seguridad de la SRV. Charles Rooney, nuestro enviado frente a la sede de la SRV, tiene más información sobre el suceso.

La imagen se fragmentó en un millón de bloques digitales y quedó barrida, como presa de una ráfaga repentina de aire. Un hombre la sustituyó, un tipo canoso, con bigote, la corbata suelta y el rostro enrojecido y sudoroso.

—Acabamos de recibir el último parte, hace escasos minutos, de manos del portavoz de la SRV —dijo el hombre—. Y hay un consenso generalizado. La noticia es de un impacto tremendo. La SRV había intuido que los daños eran importantes desde los primeros indicios, pero la devastación es, sin duda, mucho más generalizada de lo que pudieran prever los más catastrofistas. Todavía no se han desvelado los detalles de cómo el mentado dispositivo ha infligido tanto daño en la instalación, pero, por lo visto, se trata de un ataque bastante generalizado y de naturaleza viral. Como verán en el siguiente vídeo grabado durante la conferencia de prensa ofrecida por la SRV, la Red Virtual se ha convertido en un lugar muy peligroso.

Esta vez fue el hombre el que se fragmentó y desapareció, y Michael retrocedió dos pasos cuando vio la nueva imagen de la pantalla.

La agente Weber.

Estaba situada tras una hilera de micrófonos, solo se la veía de hombros para arriba. Llevaba una chaqueta confeccionada a medida, el pelo recogido en un elegante moño, y su presencia transmitía una serenidad total. Pero sus ojos negros no engañaban a

Michael. Estaba asustada. Aterrorizada, incluso. El chico seguía sin entender por qué lo había traicionado, ni por qué había ido a visitarlo después de que todo sucediera con la intención de quitar hierro al asunto. Pero, sobre todo, Michael no entendía por qué la agente albergaba el deseo secreto de arruinar la SRV y la Red Virtual.

Sin embargo, había algo de lo que sí estaba seguro: la odiaba.

Después de lo que se le antojó una pausa demasiado larga, la mujer empezó a leer la declaración preparada.

—Gracias por acudir a esta conferencia y gracias por la paciencia mostrada mientras agotábamos todos los recursos para investigar este terrible incidente. Al menos nos queda el consuelo de saber que los responsables de este acto terrorista están encerrados en prisión ahora mismo. En cuanto a los efectos de amplio alcance de sus actos, me temo que no hay buenas noticias. Ahora debemos seguir avanzando para reconducir la situación.

Levantó una mano para señalar algo que tenía detrás, pero, fuera lo que fuese, Michael no logró verlo. La agente prosiguió.

—Hemos hecho público un informe pormenorizado, pero la conclusión básica es la siguiente: la infraestructura de la SRV ha quedado temporalmente inhabilitada. En ese momento no puede realizarse el seguimiento de las actividades en la Red Virtual. La monitorización, la seguridad, la capacidad informativa y los protocolos de protección de código han quedado dañados y, con efectos inmediatos, ya no estamos de servicio. Queremos hacer hincapié en nuestra intención de recuperar la condición de institución totalmente operativa, pero nos costará un tiempo. Me tranquiliza decirles que será posible en cuestión de semanas, no meses. Trabajaremos las veinticuatro horas al día, los siete días de la semana, hasta completar esta ingente tarea.

Hizo una pausa y miró con expresión de incomodidad a su público invisible durante largo rato. Michael supuso que estaban bombardeándola con preguntas que él no podía oír.

En un momento determinado, los presentes debieron de callarse, porque la agente por fin volvió a hablar. El chico se quedó mirándola, absorto, preguntándose adónde los llevaría todo aquello. Algo le decía que su futuro inmediato no iba a ser precisamente feliz.

—Ahora bien, me temo que debo darles otra noticia bastante preocupante. Repito, hemos distribuido un informe escrito más detallado, pero esta es la situación en pocas palabras: la entidad conocida como Kaine, un tangente de origen desconocido, ha llegado a un nivel de conciencia sin precedentes.

Una nueva pausa dramática.

—Y lo que es más importante, y urgente, y como resultado directo del acto terrorista contra nuestras instalaciones, Kaine ha logrado burlar nuestro sistema de seguridad y ha ejecutado un proceso mediante el que se han descargado, a falta de una expresión más precisa, los códigos de determinados tangentes en las mentes de

humanos de carne y hueso. Al hacerlo, esas personas actúan como servidores que alojan los programas de código corrupto.

»Hasta que logremos poner en marcha nuestros servicios a pleno rendimiento, advertimos a todos los habitantes de la Tierra que cualquiera que se sumerja en la Red Virtual corre el peligro de ser presa de esa abducción hostil. Puesto que no tenemos la capacidad de evitarlo en este momento, les pedimos su colaboración. No se sumerjan por ningún motivo. Gracias.

Antes de que dijera nada más, su cuerpo se fragmentó y se evaporó como los de los presentadores que la habían precedido. Nadie apareció para sustituirla.

—No me lo puedo creer —susurró Sarah mientras los últimos fragmentos del rastro digital de Weber desaparecían—. No me lo puedo creer.

Podría haberse referido a cientos de cosas distintas, pero Michael sabía que se refería a algo muy concreto.

—¿El qué? —preguntó el chico.

—Está mintiendo —respondió Sarah—. Sé que es una mentirosa, pero ha tenido la cara de plantarse ante el mundo entero y mentirles en la jeta.

Helga estaba asintiendo en silencio. En algún momento, la ciudad de Atlanta había desaparecido bajo sus pies y había sido sustituida por el paisaje que habían visto al llegar: el suelo de cristal, el cielo azul intenso y las formas geométricas luminosas y danzantes.

—Aquí pasa algo —dijo Michael—. Está claro que ella sabía que la Doctrina de la Mortalidad se había activado antes de que ocurriera el incidente relacionado con el dispositivo de la Lanza. Esto roza ya lo ridículo. Es decir, ¿quién es peor, la agente Weber o Kaine?

—Yo voto que nos deshagamos de ambos —sugirió Bryson.

—Sé que es demasiado para asimilarlo ahora —dijo Helga—. Pero todavía no hemos terminado. Me temo que debéis prepararos para lo que estáis a punto de ver.

5

A escasos metros de donde se encontraban, un enorme círculo de luz blanca saltó rebotando hacia arriba desde el suelo de cristal, alargándose hasta quedar de canto, con una forma similar a la entrada de un túnel. En las profundidades del círculo apareció un edificio antiguo y majestuoso de piedra. Tenía unos gigantescos pilares aflautados y unos imponentes portones de bronce, y una escalinata larga y amplia conducía hasta ellos. Helga se acercó al círculo, separó los brazos y se volvió para mirar a Michael y a sus amigos, moviendo las extremidades superiores como si estuviera lazándoles algo.

Al hacerlo, el círculo de luz se amplió y se convirtió en un túnel. En ese momento, el grupo se integró volando en la escena. Era un día frío y de viento

racheado en el exterior de lo que Michael imaginó como un edificio gubernamental, mientras se estremecía y se frotaba los brazos. Al igual que antes, se encontraban flotando en el aire, a unos nueve metros del suelo, y se desplazaban con lentitud para observar lo que estuviera a punto de ocurrir. O lo que ya había ocurrido, mejor dicho.

Habían instalado un podio en la explanada, en lo alto de la escalinata. Un ejército de policías se encontraba al pie de los escalones, conteniendo el paso de cientos de personas, que, a todas luces, habían acudido al lugar para escuchar a alguien pronunciar un discurso. Michael estaba a punto de preguntar a Helga cuál era el propósito de su presencia en aquel sitio cuando una de las imponentes puertas de bronce se abrió con un sonoro gáñido de los metales al rozarse.

Un anciano ataviado con un traje de aspecto carísimo salió del edificio. La multitud permaneció en silencio durante un instante, luego retomó el animado alboroto, formulando una pregunta tras otra en un caos frenético y levantando las manos como escolares impacientes.

Helga se dirigió hacia Michael y todos descendieron hasta estar a escasos metros por encima del hombre del traje. El anciano ya había llegado al podio y levantaba los brazos para silenciar a la multitud. Al principio lo ignoraron, bombardeándolo a preguntas, pero, como él no respondía, por fin se callaron. La voz del hombre era potente y retumbaba por los altavoces.

—Gracias por estar aquí hoy —empezó a decir hablando con un acento peculiar—. Sobre todo teniendo en cuenta que os hemos avisado con tan poca antelación. Lo que quiero mostraros... Esto... Es... Esto... es muy importante.

Se aclaró la voz y manipuló durante unos segundos los micrófonos. Michael se quedó mirando, perplejo. El tipo podía tener aspecto de ejecutivo importante o de político, pero estaba sudando y se comportaba de forma curiosa. ¿Y a qué se referiría al decir eso de que quería «mostrar» algo? ¿No habría querido decir más bien que quería «decir» algo?

—Sí, es muy importante —prosiguió el hombre—. No os preocupéis, no os robaré más que un minuto de vuestro tiempo. —Volvió a carraspear, y se oyó una explosión por los altavoces—. Como prólogo de lo que estoy a punto de hacer, permitid que os diga algo. Yo... Bueno... El hombre que tenéis hoy ante vosotros ha sido líder de este bello país durante más de cinco años. Él, digo, yo... He hecho mucho por la economía, el bienestar social y la diplomacia internacional. Pero su reinado ha tocado a su fin.

La multitud permanecía en silencio, seguramente tan intrigada como Michael. El chico ya había imaginado que el hombre en cuestión era un tangente, pero ¿qué iba a hacer?

—Me programaron para estar aquí —dijo el hombre—. Para estar aquí, en este época, en este momento. Fui programado por el mismísimo Kaine. Es muy importante que todos los sepáis. Por favor, tenedlo en cuenta. Fui programado por Kaine, era un tangente y me enviaron al cuerpo de este hombre a modo de

demostración. Y ahora creo que ya he dicho todo lo que me programaron decir. Gracias por vuestro tiempo.

El hombre, nervioso, sin dejar de mover las manos, se metió una en el bolsillo y sacó algo pequeño y brillante. Sarah inspiró con fuerza. Michael también sabía qué estaba a punto de ocurrir. Sintió el deseo de descender volando e impedirlo, aunque no ignoraba que lo que veía no era más que una reproducción.

La multitud gritó horrorizada cuando el hombre del podio levantó el objeto y se rebanó el pescuezo.

6

Empezó a brotar la sangre, y todos gritaron. Estalló el caos. Michael contempló la escena, atónito y en silencio, hasta que esta se evaporó y volvieron a encontrarse todos sobre la superficie plana de cristal.

—Bueno —dijo Bryson—, supongo que ya se han dejado de sutilezas.

Michael todavía se sentía mareado por los movimientos cambiantes de las imágenes que proyectaba Helga.

—¿Qué sentido tenía eso? —preguntó—. Lo que acaba de hacer ese tío no ha tenido ningún sentido. ¿Por qué lo ha hecho?

Los demás estaban mirando al suelo y las misteriosas formas que tenían debajo. Nadie conocía la respuesta.

Al final, Helga habló.

—Bryson tiene razón. Al principio, los tangentes eran muy sutiles, pero ahora anuncian su presencia abiertamente. Es como si hubieran decidido que los humanos son demasiado idiotas para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, así que han decidido salir del armario y han empezado a presentarse de formas muy sensacionalistas.

—Sigue sin tener sentido —susurró Michael, mientras seguía dándole vueltas a todo—. En absoluto.

—¿Por qué iba a enviar Kaine a tangentes a cuerpos humanos para luego obligarlos a suicidarse? —preguntó Sarah.

—Para fanfarronear de ello —respondió Bryson.

Sarah negó con la cabeza.

—Eso ya lo veo. Pero Michael tiene razón, no tiene sentido. En cualquier caso, a los tangentes debería interesarles que nadie los descubriera. ¿Por qué iban a llamar la atención sobre la Doctrina de la Mortalidad? Eso solo provocará que el mundo una sus fuerzas para intentar detenerlos. Es como anunciar en el InfoBlog que vas a robar la *Mona Lisa* del Louvre mañana por la tarde.

—Exacto —coincidió Michael. Entre lo que acababa de ver y lo que recordaba sobre lo ocurrido a Gabby, empezaba a resultarle difícil entenderlo todo.

—¿Michael?

El chico levantó la cabeza para mirar a Sarah.

—¿Eh?

—Parece que tengas algo más que decir.

Michael intentó dejar de pensar en Gabby.

—Sí. Bueno... Kaine siempre está hablando del tema de la inmortalidad. ¿En qué se supone que lo ayuda programar a un tangente para abducir un cuerpo y luego suicidarse delante de todo el mundo? No lo ayuda para nada. Que es la razón por la que creo que lo que dijeron Janey y Trae parece cierto. A lo mejor Kaine ya no es el jefe. Hay alguien que pretende hacernos creer que todavía lo es.

—Supongo que es posible —dijo Helga—. No estamos delante de un tangente gamberro al que se le ha ido la olla. La locura está demasiado extendida. Permitidme que os enseñe un par de cosas más para que tengamos todos la misma información. Luego nos elevaremos hasta el Despertar y nos pondremos en marcha.

Y menudas cosas les enseñó.

7

El sistema de entretenimiento espaciotemporal de Helga los llevó de viaje durante la siguiente media hora y los envió, en sucesivos traslados, a través de esas formas de luz para ver tangentes sembrando el caos.

A lo largo y ancho de Brasil, una serie aterradora de motines carcelarios tuvieron su origen en funcionarios de altos cargos que, de forma inexplicable, habían permitido que sucedieran. En Nueva York, en la Bolsa más grande del mundo, se produjeron múltiples casos por los que respetables brókeres propagaban especulaciones financieras descabelladas y difundían información confidencial. Michael no sabía lo bastante sobre movimientos bursátiles para entenderlo del todo, pero varios presentadores del InfoBlog explicaban cómo se había propagado el pánico económico internacional por la extrema impredecibilidad bursátil. Tres importantes sistemas financieros se habían desplomado durante las dos semanas anteriores.

En Hong Kong, el jefe de policía sacó a todos sus efectivos de la zona del metro. Los ladrones habían destruido gran parte del área comercial más importante de la ciudad.

En México, los avances de la lucha contra el narcotráfico, resultado de casi un siglo de esfuerzos, quedaron básicamente anulados por una serie de cambios en la ley, aprobados en rápida sucesión por varios políticos, cuya mentalidad se había transformado de la noche a la mañana. Las políticas se habían modificado con tanta celeridad que los cárteles de la droga habían conquistado cinco ciudades antes de que la opinión pública se percatara de lo que estaba ocurriendo.

Michael y sus amigos fueron testigos del colapso financiero, de famosos que mataban a sus parejas en público, sistemas de transporte sumidos en el caos y, al igual que el hombre que se cortó el pescuezo delante de una multitud expectante de periodistas, contemplaron muchos otros casos de tangentes que proclamaban su identidad antes de provocar el caos.

Al final, en el momento justo, Helga puso fin al espectáculo y los llevó de regreso al que ahora les parecía un apacible terreno de cristal y formas geométricas. Michael solo quería elevarse al Despertar, encontrar un rincón, quedarse hecho un ovillo y apartar el mundo. Estaba cansado, asustado.

Tras un sombrío silencio, Bryson habló.

—¡Tío! ¿Eso es lo que ha ocurrido solo en un par de semanas?

Helga asintió.

—Ahora entenderéis por qué debemos hacer algo. Sinceramente, me preocupa que ya sea demasiado tarde. Como podéis ver, está muy descontrolado. Para detenerlo, vamos a necesitar que se una a nosotros alguien con mucho poder. Y, como ya he dicho antes, la Colmena es la clave. La Colmena y el mismísimo programa de la Doctrina de la Mortalidad.

—Entonces necesitamos a la SRV —dijo Bryson—, aunque no podamos confiar en Weber.

—No, la SRV no —dijo Michael—. De ninguna manera. Antes de averiguar cómo vamos a volver al Desfiladero Consagrado, tenemos que hablar con auténticos líderes mundiales, al menos con los que no han sido abducidos. Teniendo en cuenta las noticias, todavía quedan muchos. Presidentes, primeros ministros... Cualquiera menos la agente Weber y la SRV.

—Pero ¿qué va a aportarnos un presidente? —preguntó Sarah—. ¿Un ejército? ¿Un discurso? Lo que necesitamos es un grupo de cerebritos, no de mandamases.

Michael estaba asintiendo.

—Tienes razón. Y los cerebritos más cerebritos de Cerebrolandia suelen acabar trabajando para el gobierno. Los que no se haya quedado la SRV, al menos.

—¿La SRV no rinde cuentas al gobierno? —preguntó Bryson.

—No —respondió Helga. Caminaba alrededor de los demás, con las manos entrelazadas a la espalda—. Son una organización internacional, creada por los gobiernos, pero independiente, actúa por su cuenta. No deben responder ante nadie. Y Michael tiene razón. Necesitamos tres cosas del gobierno: recursos humanos, la mejor tecnología que podamos pagar y protección. Eso es lo que necesitamos.

—También tenemos que salvar a Gabby —dijo Michael. El comentario pareció salido de la nada, pero él llevaba pensándolo un buen rato. Respondió a las miradas suspicaces de sus amigos—. Hablo en serio. Nosotros la metimos en esto, y acabó siendo agredida por un policía. Si es que este tipo era un auténtico agente del orden. Debemos encontrarla y asegurarnos de que está bien. A lo mejor puede ayudarnos. Si es que quiere.

Bryson y Sarah estuvieron de acuerdo, expresando su conformidad en el preciso instante en que algo extraño ocurría bajo sus pies. Las incontables formas geométricas empezaron a confluír, giraban, daban vueltas y se volvían del revés hasta fusionarse, y sus contornos se tornaban más luminosos y deslumbrantes. Michael apenas podía mirar aquella forma mientras generaba un gigantesco cuadrado por debajo del cristal, de al menos quince metros de diámetro y rodeada de oscuridad.

—¿Helga? —preguntó el chico—. Creía que la lección de historia había terminado.

—Sí que había terminado —contestó ella—. No lo estoy haciendo yo.

Michael la miró y la vio dirigiendo la vista hacia abajo, hacia el cristal, tan confusa como él.

—Entonces ¿qué está pasando? —preguntó el chico.

La mujer solo pudo encogerse de hombros.

—Quizá deberíamos seguir con el plan y elevarnos para pirarnos de aquí —sugirió Bryson.

El cuadrado ascendió desde abajo, proyectando destellos cual rayos solares al toparse con la superficie de cristal y pasar por encima de ella, como un objeto que emergía de las profundidades del océano. Rotó hasta quedar de pie, con una altura de más de cincuenta metros, y se elevó ante el grupo. Los contornos del cuadrado brillaban como los haces proyectados por los rayos.

Entonces apareció un rostro.

Era Kaine.

«Quién si no», pensó Michael.

Pollo frito

1

Kaine apareció como si estuviera proyectado sobre una gigantesca pantalla de red, mostrándose ante ellos con la misma forma que tenía cuando se encontraron en aquel lugar de múltiples suelos de color violeta, justo antes de que los KillSims desaparecieran en un abismo. En ese momento habían creído que Bryson había sido el creador de esa trampa letal, pero, más adelante, descubrieron que había sido obra de los tangentes. Los tangentes que estaban de su parte, no de parte de Kaine. Michael se dio cuenta de que Helga podría haber sido la artífice de lo ocurrido.

El Kaine que tenían delante era atractivo, llevaba un elegante traje confeccionado a medida y el pelo engominado peinado hacia atrás. Daba la sensación de que cada día era más y más joven, y que iba cobrando fuerza virtual.

—No os vayáis. —Fue lo primero que dijo, y su voz retumbó en todas direcciones a la vez. Michael pensó enseguida en *El mago de Oz*, una película antigua en dos dimensiones—. No he venido para causar problemas. Palabra de boy scout. —Levantó tres dedos, pero Michael no tenía ni idea de a qué se refería el tangente.

—Tus palabras tienen la consistencia del agua —repuso Helga gritando a la gigantesca figura—. Nos vamos. Ahora. —La mujer cerró los ojos, pero no sucedió nada. Los abrió y se quedó mirando a su visitante—. ¡Deja de bloquearme!

—Tú lo has querido —dijo Kaine—. Me obligas a ser el malo de la película. Pero no pienso dejar que os elevéis de aquí hasta que haya dicho lo que tengo que decir. Y lo voy a hacer por las buenas o... por las malas. Vosotros decidís.

El rostro de Helga se enrojeció y su cuerpo empezó a temblar.

—Déjalo hablar —dijo Michael, como si pudiera escoger—. No tiene sentido provocar una discusión. —«Ya hemos perdido» era una apreciación que sobraba.

Kaine sonrió, y el chico estaba casi seguro de que reiría, que soltaría esa risa maléfica que todos los villanos bordan. En lugar de eso, el tangente empezó a hablar, y Michael se sintió impactado al descubrir que su sonrisa había sido sincera.

—Debéis disculparme por espiar, pero no tenía otra opción. —Kaine se volvió hacia Helga y prosiguió—. Ya sé lo que acabas de hacer. Sé lo que les has mostrado. Y es la razón por la que debes escucharme. Verás, estamos todos en el mismo bando.

Hizo una breve pausa, a todas luces esperando un estallido por parte de Michael y sus amigos, pero el chico sentía más curiosidad que miedo, y eso le sorprendía.

—Yo... no sé quién me creó —prosiguió Kaine—, he estado intentando averiguarlo, y estoy a punto de descubrirlo. Pero puedo deciros algo: me he liberado de la Red, ya no soy la marioneta de mis creadores. Creo en la Doctrina de la

Mortalidad por lo que puede llegar a conseguir, tanto para los tangentes como para los humanos. Ya he hablado de esto antes. La inmortalidad. Es posible, y podemos lograr que suceda si colaboráis conmigo.

—¿¡Colaborar contigo!?! —gritó Sarah—. ¿Cuántas veces has intentado matarnos? ¿Con cuántas vidas has terminado? Si sabes lo que acabamos de ver, debes de creer que somos los tontos más tontos de la historia.

—¡Eso es lo que intento deciros! —gritó Kaine—. Los tangentes que llegan al mundo ya no son creación mía. ¡Yo ya no tengo el control!

Michael pensó en lo que Kaine acababa de decir. Había algo de verdad en ello, pero confiar en alguien como el malvado tangible era como entrar en un edificio en llamas. Una idiotez. Con todo, el chico tenía la intuición de que Kaine no mentía. Los terribles sucesos que tenían lugar en el mundo carecían de cualquier explicación posible: ese grupo en el bosque, Weber y esa... esa forma tan rara de actuar. ¿Quién podía estar beneficiándose de todo aquello?

—¿Y qué hay de esas personas con los ojos abiertos como platos y con pinta de tener parálisis cerebral? —preguntó Michael—. ¿Por qué algunos tangentes están como ausentes y otros están como Helga y como yo?

Kaine volvió a sonreír.

—Así que te has dado cuenta. —Parecía prácticamente encantado de responder—. Muchos tangentes fueron enviados al Despertar con un objetivo concreto. Podría decirse que fueron programados para desempeñar tareas específicas. Esos tangentes no estaban dotados de conciencia. Por eso, en cuanto realizaban su labor, digamos que... se desorientaban. No me sorprende que se alegren cuando ven a alguien tan conocido como tú. Todos te conocen. El...

—Primero. —Michael finalizó la frase—. Ya lo sabemos.

Kaine asintió y prosiguió.

—Pero los tangentes están siendo enviados al mundo con más celeridad de la que yo había planeado, y sin mi autorización. Nadie los pone a prueba, como ocurrió en tu caso.

—Entonces haz que pare —dijo Helga—. Tú creaste el programa de la Doctrina de la Mortalidad. Destrúyelo. Estamos perdiendo cuerpos en el Despertar a una velocidad alarmante, y nadie sabe cuánto sobrevivirá su conciencia en la Colmena. ¡Ya has visto lo que se hizo a sí mismo el político!

—Lo sé —dijo Kaine con tono sereno—. Pero detenerlo no es tan fácil. Yo era el peón de alguien y no fui consciente de ello hasta que empecé a perder mi poder. Ahora no soy más que el chivo expiatorio de toda esa violencia.

Michael miró a Helga y luego a sus amigos. Todos parecían tan confusos como él.

—Veo que os cuesta confiar en mí. Y lo respeto —dijo Kaine—. La mejor forma de solucionarlo es haceros reflexionar sobre ello. Voy a enviaros a todos un vínculo que está muy protegido. Si queréis contactar conmigo, funcionará una vez. Cuando estéis listos, podemos colaborar juntos y detener esta locura.

No pasó ni un segundo desde que Kaine dejó de hablar y el cuadrado gigantesco de luz proyectó un destello, desapareció, y las formas reaparecieron bajo los pies del grupo, danzando en silencio. Todo volvía a ser como antes.

—¿De qué narices estaba hablando? —preguntó Bryson a la nada.

2

Después de elevarse para salir de los ataúdes, Helga se movía de aquí para allá. Iba de arriba abajo por el barracón, hablando con los suyos, comprobando todas las tareas de última hora. Luego ordenó a Michael y al resto del grupo que subieran a los coches que se marchaban: tres vehículos todoterreno que estaban ocultos tras las edificaciones. Cuando Michael intentó averiguar adónde iban preguntándole a la mujer, ella no respondió.

Además, estaba el problema con Sarah. Sus padres, de forma comprensible, se negaban a darle permiso para marcharse. Cuando el chico habló con ella del tema, su amiga se mostró enojada. Se descargó con él delante de Gerard y Nancy, lo que avergonzó a Michael y lo enfadó tanto como a Sarah.

—Entonces yo también me quedo —espetó con tozudez.

Esa vez, Sarah le gritó.

—¿Quieres marcharte de una vez?! ¡Estás haciendo que todo empeore quedándote aquí más tiempo! ¡No te preocupes por mí! —Y salió disparada por la puerta trasera de la edificación y dando un portazo.

Michael percibió algo en su mirada, pero no supo interpretarlo. Y, sintiendo un dolor físico que lo atenazaba en el pecho, dio la espalda a los padres de la chica y, sin decir nada más, también salió.

3

—¿De verdad que no viene Sarah? —preguntó Bryson—. ¿De verdad?

Michael se encontraba sentado entre su amigo y Helga, en el asiento trasero de uno de los todoterrenos. El vehículo se puso en marcha levantando una capa de fango y provocó una lluvia de piedras y grava al salir de la húmeda zona de aparcamiento, una sencilla extensión pisoteada y cubierta de malas hierbas y matojos. El motor rugió y se pusieron en marcha avanzando por la pista de tierra por la que habían llegado al lugar. Walter iba al volante, y Amy ocupaba el asiento del copiloto. Ambos permanecían en silencio.

—Sí, de verdad —respondió Michael a su amigo sin molestarse en parecer amable.

—¿Cómo la hemos dejado allí? —dijo Bryson—. Sin ella no somos nadie.

—Sí, bueno... Sus padres ponen las normas, no nosotros. Cuando he salido, estaba fingiendo que tampoco quería acompañarnos.

—Ya volveremos a por ella —dijo Helga—. No os preocupéis. Concentrémonos ahora en nuestra misión y ya conseguiremos que Sarah se una a nosotros cuando regresemos al Sueño.

Michael quiso preguntar a Helga cuál era su misión, pero estaba agotado de tanto hablar. Se arrellanó en el asiento, pues suponía que la explicación no tardaría en llegar.

Por delante de ellos, una silueta salió disparada del bosque y se desplazó a toda prisa hasta plantarse en medio del camino. Walter pisó el freno, y el vehículo coleó antes de detenerse a solo unos centímetros de la persona aparecida de la nada. Durante unas décimas de segundo, Michael pensó que era una de esas extrañas niñas del grupo de Trae. Pero se le hinchió el corazón de júbilo cuando vio que se trataba de Sarah.

—No puede ser —susurró el chico—. Lo ha hecho.

—Pues sí —dijo Bryson.

Ambos chicos abrieron sus puertas y corrieron hacia ella con Helga a la zaga. Sarah corrió directamente hacia Michael y lo abrazó con fuerza.

—Lo siento —dijo—. Tenía que hacerles creer que iba a quedarme.

Michael se sentía sorprendido y feliz, y solo fue capaz de decir «Vale».

—En cuanto salí por la puerta trasera, corrí hacia el bosque; he seguido hasta que creía que el corazón iba a estallarme. He estado a punto de llegar hasta aquí antes que vosotros, chicos.

Bryson le dio un simpático puñetazo en el hombro.

—Tus padres van a matarte. ¿Siempre has sido así de traviesa?

Helga no parecía muy contenta con la situación.

—Sarah, esta es una idea espantosa. No puedo actuar en contra de la voluntad de tus padres. También me matarían a mí.

Sarah negó con la cabeza con determinación y corrió hacia el asiento trasero del primer coche, subió y cerró la puerta de golpe.

—¡Voy con vosotros! —gritó por la ventana.

—Al menos diles que intenté impedirte —murmuró Helga mientras regresaba al coche—. Acomódate. Tendremos que ir un poco más apretujados en el asiento trasero.

A Michael le costaba mucho no sonreír de oreja a oreja mientras iban dando botes por el accidentado camino que los sacaba del valle forestal. El alivio que sentía al tener a Sarah junto a él, literalmente, era más intenso de lo que hubiera imaginado. Lo hizo

pensar en el momento en que el aura de la chica murió en la Senda, en esas cavernas llenas de pozas de lava. Cuando ella desapareció, el chico se sintió más solo que nunca. La necesitaba, ahora más que nunca.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Bryson—. Ya va siendo hora de que nos lo cuentes.

—Es exactamente lo que sugirió Michael —respondió Helga mirando por la ventanilla mientras hablaba—. La Alianza ya ha agotado casi todo cuanto podemos hacer por nuestra cuenta. Tenemos que celebrar un encuentro con los responsables oficiales de la legislación que no hayan sido corrompidos, y sé exactamente dónde encontrarlos.

Michael tenía dos preguntas, pero Sarah iba un paso por delante del chico.

—¿Qué es lo que han estado haciendo? —preguntó la chica—. Me refiero a la Alianza. En los barracones me ha dado la sensación de que no nos hacían ningún caso.

—Llevo un tiempo estudiando patrones de conducta en los tangentes que Kaine ha enviado al mundo —respondió Helga—. Estaba recabando datos. En el Sueño, tenía a personas trabajando sin pausa para analizar el programa de la Doctrina de la Mortalidad, intentando deconstruirlo, averiguando cómo revertirlo. Cómo se conecta con la Colmena, cómo los humanos abducidos por los tangentes se conectan con sus homólogos en la Colmena. —La mujer lanzó un suspiro—. Pero todavía nos queda un largo camino por recorrer.

Michael formuló la otra pregunta más evidente.

—Entonces ¿dónde crees que podemos encontrarnos con esos distinguidos políticos?

Todos salieron propulsados hacia arriba unos veinte centímetros cuando el coche pasó por un enorme bache del camino. Michael incluso se dio con la cabeza contra el techo.

—¡Vaya! No llegaremos al aeropuerto si nos quedamos tirados en la cuneta —regañó Helga a Walter.

—Has dicho que tenías prisa —protestó el conductor. Era evidente que no había perdonado a Helga por dar muerte real a dos tangentes, y a dos humanos a su vez.

—¿Aeropuerto? —repitió Sarah—. Creía que habías dicho que no era seguro volar en este momento.

—No te preocupes. Tenemos un avión privado —respondió Helga—. No suelo descargar a mi gente en el cuerpo de cualquiera que pase por la calle. Tenemos contactos.

—Genial —dijo Bryson.

—Entonces ¿qué estabas diciendo? —insistió Sarah.

Helga prosiguió.

—Se celebra una Cumbre Mundial en Londres dentro de tres días. La Unión de la Tierra me convocó para hablar de todo cuanto os he mostrado. Allí se reunirán

muchas personas importantes. Y supongo que llegarán muy pronto. Iremos de forma virtual, lo haremos desde una pequeña embajada en Washington, en la que ya estamos infiltrados casi por completo. Estoy impaciente por llegar allí lo antes posible para poder operar y conseguir colarnos en la cumbre.

—Deja que lo adivine —dijo Bryson—: ¿habrá que abducir más cuerpos humanos?

Helga torció el gesto.

—Ninguno al que no hayamos prometido lo mismo que a los demás: devolverlos a su cuerpo original. —Volvió a hacer un mohín, y Michael sintió pena por ella, pues debía cargar con esa gran culpa—. En cualquier caso, se trata de una embajada muy pequeña, la de Letonia, lo que nos permitirá pasar desapercibidos. Deberíamos conseguir las credenciales suficientes para poder acceder de forma virtual a la cumbre. Pero no será fácil. Hay que llegar al lugar cuanto antes para encargarse de los preparativos.

Siguieron hablando durante un rato, pero Michael desconectó. Recostó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos, intentando ordenar sus numerosos pensamientos. Seguía obsesionado con Gabby. Se sentía mal por ella desde el principio, porque la chica parecía preocuparse mucho, y de forma muy sincera, por Jackson Porter. Era injusto e incluso ridículo que se sintiera tan unida a alguien así y que luego esa persona hubiera intercambiado su cerebro por el de un desconocido.

Michael, al igual que había hecho con sus otros amigos, había metido a Gabby en todo ese lío. Tenía que saber si la chica estaba bien. A muchos podría parecerles algo sin importancia, pero, para Michael, era un objetivo claro, como el Desfiladero Consagrado. Otra meta específica.

El chico abrió los ojos de golpe.

—Escuchad, chicos —dijo. Los otros se callaron, y se volvieron para escucharlo—. Tengo una petición y no es negociable. Lo digo muy en serio. Hay algo que debo hacer, y si tengo que separarme del grupo para hacerlo solo, lo haré.

—¿Y si nos cuentas de qué se trata antes de empezar a amenazarnos de una forma tan tonta? —sugirió Bryson—. ¿Cuándo fue la última vez que nos negamos a hacer algo que nos propusieras?

—Lo siento —dijo Michael con expresión de culpabilidad—. Todo eso iba más por ti, Helga. No va a gustarte lo que voy a decir.

—¿De qué se trata? —preguntó su niñera con las cejas enarcadas.

Michael exhaló el aire que había estado conteniendo.

—Ya sé que debemos ocuparnos de asuntos muy importantes, pero hay que localizar a Gabby y asegurarse de que está bien. Teniendo en cuenta cómo está yendo todo, intuyo que no es así.

Transcurridas unas pocas horas, ya habían salido de las montañas e iban por una autopista en dirección a Atlanta, donde Helga había dicho que tenían un avión esperándolos para llevarlos hasta el norte de Washington, donde se encontraba la embajada de Letonia.

Durante todo el recorrido en coche, no habían cejado en el intento de contactar con Gabby. Le enviaron mensajes en clave a varios lugares, pero ella seguía sin responder. La señal de la red universal no se recibía muy bien en lo alto de las montañas, así que Michael había albergado la esperanza de que ese fuera el auténtico problema. Pero en ese momento ya se encontraban de regreso en la civilización, y el chico empezaba a preocuparse. Solo podía pensar en el policía golpeando a Gabby con la porra telescópica. Si estuviera muerta...

Apenas conocía a la chica, pero se sentía en deuda con Jackson Porter. Ya era lo bastante horrible haberle robado el cuerpo. Si además fuera el responsable de la muerte de su novia, no sabía si sería capaz de vivir con la culpa.

—¿Alguien más se muere de hambre? —preguntó Bryson.

Nadie había dicho nada durante la última hora, y el comentario sacó a Michael de golpe de sus oscuras cavilaciones. Hacía tiempo que había apagado la pantalla de red, y entonces se dio cuenta de que tenía hambre.

—Yo sí —respondió Sarah.

Michael asintió, como ausente.

—Localiza un restaurante —dijo Helga a Walter, sentado al volante—. Preferiblemente uno donde sirvan pollo frito.

Michael rio, y fue la risa más descabellada que se le hubiera escapado jamás. Quizá estuviera enloqueciendo por el estrés.

—¿Tienes algún problema con el pollo frito? —le preguntó Helga.

—Para nada. Es que estoy un poco raro.

Sarah le dio un apretón en la pierna y luego lo agarró de la mano.

—Estoy segura de que lo único que necesitas es un buen cubo de comida grasienta que te colapse las arterias.

6

Michael estaba de pie frente al restaurante, inspirando con fuerza para relajarse mientras los demás iban al baño. Apenas había hablado mientras comían —el pollo había sido una excelente elección—, estaba demasiado ensimismado pensando en Gabby, en Kaine, en la SRV y en cómo sus amigos y él iban a conseguir algo acudiendo a la Cumbre Mundial. Habría dado cualquier cosa por desconectar mentalmente de todo aquello durante un rato.

Un coche pasó junto a él por el aparcamiento, uno de esos vehículos nuevos y elegantes de tres ruedas. A los pocos metros frenó en seco, y la parte trasera coleó

hasta que el coche derrapó de lado. Michael retrocedió un paso, nervioso. Había tres personas en el interior del vehículo, pero el sol se reflejaba en los cristales y no le permitía verlos bien.

El coche se quedó ahí plantado, con el motor encendido, emitiendo un potente zumbido eléctrico. Michael se volvió hacia el restaurante para ver si sus amigos salían, pero no vio ni rastro de ellos. La cola del baño era larga. Se trataba de un lugar popular entre los viajeros, y habían llegado justo en la hora punta de las comidas. El chico miró de nuevo hacia el coche: nada había cambiado.

Michael intentó no quedarse mirando, pero la situación se tornaba más rara cada segundo que pasaba. ¿Habría tenido el conductor un infarto o algo parecido? ¿Provocado por demasiados muslitos de pollo sumergidos en grasa? Las otras dos personas del coche tampoco se movían. ¿Estarían bien? Sus cabezas quedaban ocultas entre las sombras, detrás de las ventanillas llenas de reflejos, y permanecían del todo inmóviles.

Michael estuvo a punto de pegar un bote cuando los tres cristales empezaron a bajar. Conducía un hombre, joven y sano, y había dos mujeres sentadas en el asiento trasero. Parecían de la misma edad que el conductor, una era rubia y la otra, morena. Los tres se quedaron mirando a Michael, impávidos, con la mirada clavada en su rostro.

Él no sabía qué hacer. Sintió un escalofrío en los hombros y se estremeció. Miró hacia atrás para ver si estaban mirando otra cosa, pero no había nada que llamara la atención; solo el restaurante. Se volvió hacia el coche. Sus ocupantes seguían mirando.

La puerta del restaurante se abrió y Bryson y Sarah salieron riéndose de algo. Michael los vio por el rabillo del ojo, y de pronto se sintió culpable, como si lo hubieran pillado haciendo algo malo.

—Eh —dijo Bryson, y dio un golpe a Michael en la espalda—. Un tío ha tenido un problema muy gordo con su ración de pollo frito. Ha estado metido en el baño durante unos diez minutos. He estado en retretes portátiles que olían mejor.

Sarah volvió a reír, y el sonido de su risa hizo sentirse mejor a Michael. Más seguro, en realidad.

—¿Estás bien? —le preguntó ella. Mientras se lo decía, se percató de lo que captaba la atención del chico—. Pero ¿qué diantres...? —susurró.

—¿Quiénes son? —preguntó Bryson.

El coche seguía allí, con las ventanillas bajadas, y los tres ocupantes seguían mirando a Michael, clavados en el sitio.

—No tengo ni idea —respondió el chico. Pero sí lo sabía.

Sarah lo abrazó para tranquilizarlo.

—Seguramente solo son tangentes que creen que eres famoso. El Primero. —Pronunció esa última palabra como si fuera una blasfemia—. No hay nada de qué preocuparse.

Michael negó con la cabeza y reunió el valor suficiente para reaccionar. Dio un paso hacia delante y se encaminó hacia el coche. El movimiento fue tan brusco que los desconocidos dejaron de mirar de forma hipnótica y las ventanillas empezaron a subir. Michael percibió una mirada fugaz de terror en los ojos del conductor tras el cristal que los separaba.

—¡Oye! —gritó el chico—. ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

El motor del coche se revolucionó y se puso en marcha de pronto, las ruedas chirriaron al girar a toda velocidad. Se oyeron los cláxones de los coches en circulación cuando el vehículo en cuestión se incorporó al tráfico y se esfumó.

Búsqueda y rescate

1

Gabby por fin respondió.

Michael había recibido noticias suyas cuando estaban a unos minutos de llegar al aeropuerto. El chico había permanecido en silencio, pensando en las inquietantes personas que se quedaron mirándolo desde el coche. No le cabía ninguna duda de que eran tangentes, aunque una parte de él deseaba que fueran unas personas cualesquiera y no el presagio de algo peor.

Cuando Helga anunció que ya casi habían llegado, Michael decidió comprobar su pantalla de red una última vez y ver si Gabby había respondido a uno de sus muchos mensajes en clave. La respuesta de la chica fue breve y simple:

JACKSON. MICHAEL. SEAS QUIEN SEAS. ME HAN ATRAPADO Y HE ESCAPADO. ME ENCUENTRO EN LA VIEJA GRANJA DE MIS ABUELOS, AL SUR DE ATLANTA. AHORA ESTOY SEGURA. PERO ME SIENTO SOLA Y ASUSTADA. TE ADJUNTO LAS COORDENADAS POR SI QUIERES PASARTE Y HABLAR. SI NO VIENES, LO ENTENDERÉ.

Michael se enderezó en el asiento. Los otros supieron al instante que algo no marchaba bien.

Sarah ya estaba leyendo el mensaje por encima del hombro del chico.

—Oh, vaya —susurró. Con su tono dejaba claro que Gabby no era un asunto prioritario en su lista de tareas pendientes—. Bueno, al menos dice que está a salvo.

—Debemos ir a buscarla —dijo Michael—. ¡Alguien la persigue! Sabía que era raro que ese poli fuera directo a por ella. Quienquiera que nos tendiera la trampa no había planeado que la novia de Jackson Porter estuviera involucrada y quiso borrarla del mapa. Todo es culpa mía. —Volvió a reclinarsse en el asiento y lanzó un suspiro angustiado—. Se merece estar con nosotros, recibir la protección de la Alianza.

—Michael... —empezó a decir Helga, y el chico supo exactamente qué iba a decirle.

—Ya lo sé —dijo él, y la interrumpió—: La Cumbre Mundial. Pero todavía quedan tres días. Y, mira, la granja de la Gabby está a solo un par de horas del aeropuerto. Al fin y al cabo, ella es de Atlanta. —Señaló la pantalla, donde tenía proyectadas las coordenadas y un mapa—. Si nos damos prisa, podemos ir hasta allí para que nos acompañe.

Bryson estaba acercándose a Sarah para echar un vistazo.

—¿Qué os jugáis a que la agente Weber fue la que tendió la emboscada a la pobre chica? La SRV está metida en todas partes. Uno de estos días hay que encerrar a

Weber en una sala de interrogatorios con unos cuantos aparatos de tortura. Estoy dispuesto a ponerme en plan medieval con ella.

—No podemos ir, Michael —dijo Helga—. No podemos arriesgarnos a perder el tiempo con una persona cuando el mundo entero está a punto de colapsar. Tenemos que llegar a esa cumbre y conseguir que nos escuchen.

Michael apagó su pantalla de red y se frotó los ojos.

—Gabby merece estar con nosotros, no sola.

—Entonces podemos recogerla cuando regresemos de Washington —insistió Helga.

—¡No! —gritó Michael, y se sorprendió incluso a sí mismo—. No lo entiendes. ¡Le robé el cuerpo a Jackson Porter! Sus padres seguramente están locos de angustia. Y luego obligué a su novia a ayudarnos a entrar en la sede de la SRV, y ella fue víctima de un traumatismo craneoencefálico a cambio. Y ahora está sola, oculta en una tenebrosa granja. ¡Tengo que ayudarla!

Sarah había permanecido apoyada sobre él, con la mano en su pierna, pero entonces se apartó y se cruzó de brazos. ¿Estaba celosa? La simple idea hizo sentir a Michael ganas de pegar un puñetazo al techo del coche. No podía haber nada más estúpido.

Nadie respondió a su arrebato.

—Escuchad —dijo Michael obligándose a hablar con más serenidad—. Tenemos armas. Tenemos tres coches llenos de gente. Por desviarse un poco no pasa nada.

Helga se limitó a suspirar y a negar con la cabeza.

—En esto estoy con Michael —dijo Bryson—. Ayudar a Gabby nos conviene. La chica podría tener información valiosa. Mirad, no sabemos quién nos secuestró. Necesitamos respuestas. ¿De qué sirve colarnos en esa cumbre e ir en plan «¿Cómo les va, queridos compañeros? ¡Los tangentes van a birlarles los cuerpos!»? Nos mirarían como si estuviéramos pirados. —Michael sintió ganas de abrazar a Bryson allí mismo, aunque su imitación del acento británico fuera lamentable—. Es un ser humano. Se lo debemos.

Helga no pensaba ceder.

—Es un ser humano, solo uno. Hay ocho mil millones en el planeta. Debemos tener claras nuestras prioridades.

A Michael le hizo falta hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no perder los nervios.

—Está bien. Entonces nos dividiremos. Uno o dos de vosotros podéis acompañarme. Los demás id a Washington. Os encontraré cuando haya terminado.

Helga se apartó de él, como si el chico acabara de abofetearla, y Michael supo que había jugado bien sus cartas. Helga no iba a dejarlo huir para rescatar a Gabby sin su ayuda.

—Venga ya, Helga —dijo el chico—. Solo soy un ser humano, uno. Bueno, o algo por el estilo. Permíteme correr el riesgo y vosotros vais a salvar a los demás

miles de millones. —Michael no quería desistir. Iba a ir a por Gabby y punto.

—¿Y si es una trampa? —preguntó la mujer como último recurso—. ¿Cómo sabemos siquiera que es ella quien te ha escrito?

—Confío en mis mensajes en clave.

—¿Sí?

Michael lanzó un suspiro.

—Está bien, podría ser una trampa. Por eso sería conveniente que fuéramos en tres coches llenos de personas y armas. O, como ya he dicho, podríamos separarnos para no correr el riesgo de perdernos la gran Cumbre Mundial.

Helga se limitó a negar con la cabeza, con gesto parsimonioso, mirando al chico, derrotada y enfadada.

—Añoro los días en que eras pequeño y podía mandarte a la cama sin cenar. —Se inclinó sobre el asiento delantero y dio un golpecito a Walter en el hombro—. No salgas de la autopista por el desvío hacia el aeropuerto. —Se volvió para mirar a Michael con gesto de desaprobación—. Seguiremos en dirección sur durante unos kilómetros.

2

Dejaron la ciudad bastante atrás y poco a poco se adentraron por un largo trecho de terreno plano. Los campos se extendían hasta el horizonte, interrumpidos solo por las líneas rectangulares de los graneros y las granjas, y por las torres curvilíneas de los silos que se alzaban hasta el cielo como torreones de un castillo. Michael no reconocía la mayoría de los cultivos, pero las altísimas hileras de los maizales lo dejaron atónito. La visión de esos maizales tan imponentes le provocaba cierta desazón. A saber qué podían ocultar en su interior.

Helga hacía las veces de navegador oficial e iba dando las indicaciones a Walter. Las coordenadas que había facilitado Gabby acabaron llevándolos a una pista de tierra que cruzaba un maizal justo por el centro, y Michael se alegró de que su todoterreno fuera el primero, para ver claramente hacia dónde se dirigían. Avanzaron al menos un kilómetro y medio hasta que por fin llegaron a un claro: una vasta extensión de terreno amarillento, con graneros medio derruidos y una granja enorme. Un vehículo solitario —una camioneta roja— estaba aparcado junto al porche.

—¡Alto! —gritó Helga.

Walter frenó en seco, y todos salieron propulsados hacia delante y se clavaron el cinturón. Michael oyó que los otros dos coches derrapaban por detrás de ellos.

—Creía que todavía faltaban un par de kilómetros —dijo Walter con voz tensa.

—Tiene que ser aquí —repuso Helga mirando las coordenadas que Michael le había enviado cuando estaban en Atlanta—. Pero las fotos del satélite no muestran otra casa en al menos dieciséis kilómetros a la redonda.

Sarah se inclinó en dirección a Michael para ver las imágenes. Llevaba todo el camino callada, lo que hizo que el chico se preguntara si estaría celosa. La verdad era que Michael no tenía ningún interés amoroso en Gabby. Lo único que quería era arreglar al menos una de las cagadas monumentales que había cometido en este mundo.

—Los lugares perdidos en el campo, como este, no suelen estar señalados con mucha exactitud en el GPS —dijo Sarah—. Si es esto, al menos sabemos que no hay ningún ejército esperándonos. Y jugamos con ventaja: somos tres coches contra uno.

Eran las primeras palabras que la chica decía en dos horas. Michael agradeció que se mostrara optimista.

—A mí me gustaría que estuviéramos rodeados de soldados o de policías o de matones apuntándonos con sus pistolas —dijo Bryson—. Al menos sabríamos a qué nos enfrentamos. Este lugar me pone los pelos de punta.

«Muchas gracias por el pensamiento positivo», pensó Michael. Lo único que quería era no desperdiciar varias horas con las que la Alianza no contaba. Ese lugar era sin duda espeluznante.

—No estoy muy segura de desear lo mismo que tú —respondió Sarah a Bryson siendo muy sarcástica—. Yo voto por no estar rodeada de personas que quieran matarnos. Llámame rarita.

—Solo hay un coche —dijo Michael—. Y se trata de una granja en medio de la nada.

Helga abrió la puerta.

—No pienso arriesgarme. Podría haber toda una base militar oculta bajo tierra.

A Michael le encantaba Helga. Le gustaba mucho.

—Que todo el mundo coja un arma —dijo la mujer—. Vamos a echar un vistazo.

3

La hierba amarillenta crujía bajo los pies de Michael a cada paso. Esta vez llevaba una pistola, una semiautomática, con el cargador lleno. La sujetaba con el gesto experto de un francotirador. Era como una segunda piel para él después de todos sus años de juego. No le importaba tomar precauciones, pero esperaba que nadie fuera de gatillo fácil y disparase a Gabby por accidente.

Miró con detenimiento la casa mientras se aproximaban a hurtadillas, con la sensación de que cualquier ventana podía estallar en cualquier momento y que una lluvia de disparos les caería encima. Pero nada se movía, ni siquiera las maltrechas cortinas que vislumbró a través del mugriento cristal.

La casa había conocido tiempos mejores, no cabía duda.

Era un edificio alto y ancho, con un tejado puntiagudo y hastiales; tenía un porche que rodeaba la casa, que a Michael le recordó un juego al que jugaba, ambientado en

una plantación. Le hacía pensar en té helado y mecedoras. Pero ese porche estaba vacío, y la casa era bastante más antigua que la del juego. Faltaban algunas tejas en el techo, y la pintura estaba desconchada. Los pocos lugares donde no lo estaba, se había desvaído y había dejado a la vista un color similar al amarillo claro. La única señal real de vida era que alguien había cortado la hierba con clapas sobre la que caminaban hacía poco.

Michael y el grupo se detuvieron a escasos metros de la escalera del porche y esperaron a que los tangentes de los demás coches se unieran a ellos.

—Walter —dijo Helga—, tú y yo, a la puerta principal. Amy, Chris y tú id por detrás. Tony y DeeAnn, vigilad las ventanas de los laterales de la casa. Michael, tus amigos y tú vigilad las ventanas de la segunda planta; los hastiales. Dad voces si veis cualquier movimiento.

Michael sabía que la mujer estaba protegiéndolo, pero no era el momento de discutir. No le importaba quedarse en la retaguardia. No se trataba de un juego. Solo esperaba estar de vuelta en la carretera pronto y tener a Gabby en el coche con ellos.

—Vale —dijo, aunque Helga y los demás ya habían empezado a moverse, reptando por el suelo en avanzadilla como soldados profesionales.

Helga y Walter no tardaron en subir por la escalera de madera chirriante del porche y se situaron a ambos lados de la entrada. Se miraron; entonces Helga alargó una mano para girar el pomo de la puerta. Esta se abrió con el gañido propio de una casa encantada.

La mujer y Walter accedieron al interior.

4

Pasó un minuto. Dos. Michael contenía la respiración y permanecía muy concentrado y en tensión intentando oír qué pasaba. Nada se movía tras las ventanas que le habían encomendado vigilar, y sabía que sus amigos estarían impacientándose tanto como él.

—Ahí dentro no hay nadie —susurró el chico. Estuvo a punto de dejar caer el arma con gesto de derrota, pero sabía que no debía ser tan tonto—. Hemos recorrido todo este camino para...

—¡Michael!

Helga lo llamaba desde el interior de la casa. Michael olvidó todo lo demás y se puso en acción: salió corriendo hacia la escalera y la subió de un salto para entrar, como una exhalación, por la puerta abierta. El recibidor estaba vacío, así como las habitaciones que vio a ambos lados, todas de madera y con unos cuadros antiguos y desvencijados en las paredes. Era como el escenario de una película antigua en dos dimensiones, no había ni rastro de una simple pantalla de red.

—¿Dónde estás? —gritó el chico, justo en el momento en que Bryson y Sarah entraban como el rayo por la puerta, pegados a sus talones.

—¡Aquí arriba! ¡Deprisa!

Había una escalera en el extremo derecho del recibidor. Michael se dirigió hacia ella y, esta vez, subió los escalones solo de dos en dos, porque eran más empinados que los del porche. Empezó a resollar —más por la inyección de adrenalina que por el esfuerzo— cuando llegó al final. Vio de refilón el hombro de Walter que asomaba por la habitación más próxima y corrió hacia allí. Se paró y entró.

Lo aguardaba una escena extraña y desconcertante. Solo había una silla en el fondo de la habitación, entre una ventana con cortinas y un armario enorme. Gabby estaba sentada en la silla, con las manos atadas a la espalda y la boca amordazada. Iba desaliñada, con el pelo hecho un desastre, la cara enrojecida y la ropa empapada en sudor. Tenía un aspecto horrible, e intentaba hablar a través de la mordaza.

Y sus ojos... Se quedó mirando a Michael suplicándole que la ayudara con la mirada.

El chico dio un paso hacia ella, pero Helga se interpuso en su camino enseguida, para impedirle el paso.

—No —lo interrumpió la mujer—. Todavía no. —Se volvió para mirar a Gabby. La novia de Jackson seguía mirando a Michael fijamente.

—Al menos quítale la mordaza —dijo el chico—. Está claro que tiene algo que decir.

Helga suspiró y se volvió hacia Walter. Enarcó las cejas.

Walter negó con la cabeza.

—Debemos marcharnos. Ahora.

—No hará daño a nadie si le quitamos la mordaza —dijo Sarah, al tiempo que esquivaba a todos los demás y se dirigía hacia Gabby.

—¡Espera! —gritó Michael y de pronto imaginó una especie de trampa.

Pero no sucedió nada.

Sarah se situó por detrás de Gabby, toqueteó el nudo del trapo atado a la nuca con que la habían amordazado hasta que se deshizo y luego lo dejó caer alrededor del cuello de la chica.

Gabby inspiró una gran bocanada de aire.

—Gracias —susurró con voz ronca—. No os preocupéis, nadie va a haceros daño. Lo han prometido.

—¿A qué te refieres? —preguntó Michael—. ¿Quién más hay aquí?

—Tú escucha. —Gabby tomó un poco más de aire y luego miró a su alrededor—. Hay alguien más, alguien que quiere hablar contigo. Me han utilizado para que vinieras. Me han obligado a enviar el mensaje.

—¿A qué te refieres? —preguntó Helga antes de que Michael pudiera hacerlo.

—¡Ya está bien! —gritó Walter—. Vámonos, ¡ahora!

Gabby sacudió la cabeza con decisión.

—¡No! Hagáis lo que hagáis, no os marchéis. Os han dejado entrar, pero no os dejarán salir a menos que escuchéis lo que os quieren decir.

—¿Quién? —preguntó Michael.

—Tú espera. Ya llega. Ya te lo he dicho. Me ha prometido que nadie saldría malparado si no intentáis hacerle daño.

De pronto, un rugido grave y estruendoso inundó la sala. Sonaba como una máquina gigantesca recién activada, y retumbaba por todas partes a la vez. Se oyó un gáñido ensordecedor y el chirrido de la maquinaria. Entonces el ruido cesó de forma tan repentina como se había iniciado.

Michael se quedó paralizado, preguntándose qué estaría a punto de suceder. Percibió que Gabby se desplazaba hacia la derecha. Las puertas del armario se abrieron, y unas luces brillantes refulgieron desde el interior, como si procedieran de la mismísima tierra de Narnia.

Y de allí salió un hombre. Bajito, vestido con un traje de tres piezas. El agente Scott.

Cerró las puertas tras sí y frunció el entrecejo al ver a Michael, quien no podía creer que recordara el nombre del tipo.

5

A Michael no le sorprendió mucho ver que la SRV volvía a entrar de pronto en su vida con tanta rapidez, pero el momento escogido lo tenía un tanto confuso.

Tampoco le sorprendió que Bryson fuera el primero en hablar.

—¿Quién es este tío? Es evidente que lo conoces, Michael.

—Lo conocí cuando... Antes de saber nada. En *Sangre vital profunda*. Trabaja para Weber. Me siguió por un callejón hace un millón de años. Chicos, os presento al agente Scott.

—Al que, por lo visto, le gusta jugar dentro de los armarios —añadió Bryson.

Scott no se molestó ni en dedicarle una mirada de desprecio. Tenía la vista clavada en Michael, inexpresivo, aunque al chico no le cabía ninguna duda de que había un millón de verdades desagradables ocultas tras esa mirada. Se recordó a sí mismo que aquel hombre representaba todo cuanto defendía Weber.

—¿Por qué demonios acaba de salir de un armario? —preguntó Michael, a quien le parecía todo muy surrealista.

El agente Scott se volvió y miró de pasada las puertas del armario, luego miró de nuevo al chico.

—Sí, perdona el toque de teatralidad. Tenemos una ubicación secreta oculta bajo la granja. Es un lugar donde creemos que nadie irá a buscarnos. Ese armario es una de las vías de entrada y salida.

A Michael le latía el corazón con fuerza, sintió una inyección de adrenalina. Helga tenía razón. Deseó que se le ocurrieran preguntas juiciosas para poder controlar la conversación.

—Creía que los sistemas habían dejado de funcionar —dijo el chico—. Creía que estarían fuera de servicio durante meses. Hemos visto las sentidas confesiones de su líder.

Scott parecía muy relajado con los comentarios.

—Por eso estamos aquí, Michael —dijo el hombre—. Estamos fuera de servicio. La situación es grave. Como sois vosotros los que lo provocasteis, suponía que ya lo sabías.

Michael notó que Bryson empezaba a perder los nervios. Se apresuró en alargar una mano, cogerlo por el puño y negar con la cabeza.

—Solo intenta provocarnos para que mordamos el anzuelo —dijo Michael a su amigo—. O a lo mejor están grabando nuestras reacciones. No piques. Obtendremos respuestas, tranquilo.

Bryson se zafó de Michael, pero no dijo nada. En cuanto a su amigo, juró que no dejaría la granja hasta sacar algo de información del subordinado de Weber.

Michael volvió a volcarse en el agente de la SRV.

—¿Por qué lo hizo su jefa? ¿Por qué montaron toda aquella pantomima? ¿Por qué nos engañó para hacernos creer que nos había metido a presión en *Sangre vital profunda*? Y con lo de la Lanza... ¿Es que no había una manera más sencilla de provocar toda esa destrucción?

—¿Fueron ustedes también los que montaron todo ese mar violeta de código corrupto? —preguntó Sarah.

Cuando la chica habló, el agente Scott ni siquiera la miró. Sus ojos seguían clavados en Michael.

—No tengo ni idea de qué estáis hablando —dijo el hombre con tranquilidad—. Vosotros acudisteis a nosotros, ¿recordáis? Fuisteis vosotros los que decidisteis adónde ir, dónde atacar y cómo hacerlo. Fuisteis vosotros los que nos engañasteis. ¿Por qué íbamos nosotros, la SRV, a ayudaros a destruir todo el cortafuegos y la red de seguridad? No tiene ningún sentido.

Michael lanzó un suspiro sonoro.

—Lo que usted diga. Si tiene que decirlo para que quede grabado y así salvar el culo a Weber, vale. Si va a detenernos, hágalo ya. Pero seguramente no le parecerá tan bien cuando le contemos nuestra parte de la historia; por no mencionar cuando enseñemos al mundo las fotos de mi amiga atada como si fuera el juguete de un asesino en serie. Solo la queremos a ella. Déjenos desatarla y marcharnos. Usted puede volver a hacer lo que sea que pretendan hacer los suyos.

El agente Scott dio un par de pasos hacia Gabby, hasta que se plantó justo detrás de ella. Se agachó y le pasó una mano por el pelo. Michael se estremeció.

—Hay muchas cosas que no entiendes —dijo el agente—. Y hay un montón de personas ahí fuera a las que les gustaría verte encerrado o muerto. Las normas del mundo están cambiando, Michael. Creo que ya lo sabes.

Entonces Scott parpadeó y miró por detrás de Michael. Por lo visto, estaba

haciéndole una señal a alguien. Michael se volvió para mirar, pero estaban solos.

—Ahora podemos ir al grano —prosiguió Scott—. Podemos olvidarlo todo. Os doy una oportunidad. A todos vosotros. Están marcándose los límites. Y confía en mí cuando te digo que os conviene estar de parte de la SRV.

Michael negó lentamente con la cabeza.

—Esto es muy triste. No me sorprendería que ahora me dijera que un tangente abdujo el cuerpo de Weber. Incluso el del propio Kaine.

Scott lo miró con expresión interrogante, como si de verdad acabara de sorprenderlo.

—¿Eso es lo que crees que ha ocurrido? ¿Crees que la agente Weber ha sido abducida por un tangente, Michael?

El chico se volvió hacia Sarah, luego miró a Bryson y también a Walter y a Helga, quienes se encontraban junto a la puerta que daba al descansillo. Todos ellos se encogieron de hombros, cada uno a su manera. El chico dirigió de nuevo la mirada hacia Scott.

—Hemos terminado —dijo Michael—. No pensamos permitir que el mundo sea poseído por un puñado de programas codificados. Y Gabby se viene conmigo. Si va a detenernos hágalo, pero esta conversación ha terminado.

—¡Espera! —gritó Scott cuando Michael dio un paso hacia la chica. Gritó tan fuerte y con voz tan aguda que el chico se quedó paralizado—. Por favor —dijo—. Al menos... escúchame. Si no, ella se molestará mucho. Por favor. —Toda la seguridad del hombre había desaparecido. Michael se quedó mirándolo y esperó a oír qué tenía que decir.

—Kaine intenta poneros en contra de la SRV —dijo—. Es un radical. Mejor dicho... No estaba programado para hacer nada de esto, ¡y está destruyéndolo todo! —dijo eso último gritando, y perdió los nervios—. ¡No debía ser así! —El agente Scott empezó a susurrar y se quedó con la mirada perdida en la distancia—. Kaine nos ha fallado.

Los presentes permanecieron en silencio.

6

—¿Qué está pasando? —preguntó al final Sarah y se acercó a Michael hasta situarse a su lado—. Déjate ya de acertijos y cuéntanos qué ocurre.

La mirada de Scott se centró de nuevo y el agente se volvió para mirar a Sarah.

—¡Esto es algo entre Michael y yo!

Michael retrocedió medio paso, totalmente anonadado. Aunque era muy posible que aquel hombre hubiera sido abducido por la Doctrina de la Mortalidad, le impactó ver al agente reaccionar con una pataleta tan infantil.

—Ya está bien —dijo Helga. Levantó el arma y la apuntó hacia el agente Scott.

Walter hizo lo propio—. Vamos a llevarnos a la chica y nos marchamos.

—No, no lo haréis —respondió Scott—. Tenéis tres segundos para bajar esas armas o moriréis. Aquí y ahora. Todos salvo Michael: Weber lo necesita.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó el chico. La situación se deterioraba a toda velocidad, al mismo ritmo que se agotaba la paciencia de Michael—. ¿Para qué iba a necesitarme? ¿Por qué no para de meterse en mi vida? ¡No lo entiendo! ¡Esa mujer nos tendió una trampa!

—Uno —empezó a contar Scott, e hizo un gesto con la cabeza para señalar a Helga—. Dos.

—¡Bajad las armas! —gritó Michael.

—¡Mi aguante tiene un límite! —dijo la niñera.

—Bajadlas aunque sea... aunque sea un segundo.

La mujer hizo lo que le pidió el chico, pero no parecía contenta. Michael volvió a concentrarse totalmente en el agente.

—Déjenos marchar. Si de verdad cree que Kaine es un malvado, genial. Estamos en el mismo bando. —El esfuerzo del chico por relajar la situación fue una pérdida de tiempo. La mirada de Scott brillaba, cercana a la locura.

—Creíamos que podríamos cambiar las cosas —dijo el agente, al tiempo que miraba a todas partes y a ningún lugar en concreto—. Pero era demasiado tarde. Ya no importaba qué hubiera hecho Kaine o qué estuviera haciendo. Debíamos mantenernos centrados y averiguar cómo solucionarlo.

—¡Muy bien! —gritó Michael—. ¡Hagan lo que deban, pero déjennos marchar!

—No lo escuches —dijo Scott, como si no hubiera oído ni una palabra de lo que había dicho el chico—. No escuches ni una palabra de Kaine. No es... No es...

—Esto es una patraña —dijo Sarah.

Se dirigió hacia el agente Scott, quien seguía detrás de Gabby, y empujó a Michael al pasar junto a él. Llegó hasta la chica y empujó a Scott golpeándolo en el pecho, lo que hizo que el agente se tambaleara y retrocediera unos pasos. Entonces Sarah empezó a desatar las cuerdas que sujetaban a Gabby a la destartada silla de madera.

—¡Para! —le gritó Scott. Michael se quedó mirando sin saber muy bien qué hacer.

—Yo de ti no lo cabrearía —susurró Gabby a Sarah mientras la chica desataba los nudos. Uno de los cabos cayó al suelo y emitió un ruido sordo—. Está desequilibrado. Y esas personas de ahí abajo son peligrosas.

Michael recobró la compostura y se acercó para ayudar a Sarah. Se arrodilló y empezó a desatar el nudo de los tobillos de Gabby.

—No lo hagáis —dijo Scott a unos centímetros de distancia—. He dicho que paréis. Michael, para. Eres el Primero, y Weber necesita tu ayuda para llevar a cabo el plan. ¡Yo no soy un tangente y ella tampoco! Somos los mismos de siempre. Podemos acabar con esto. Pero tú tienes... ¡Tú tienes que obedecerla!

Michael lo ignoró, se negaba a escuchar ni una sola palabra más de sus labios. Al final consiguió deshacer el nudo que se resistía y liberar las piernas de Gabby. Entonces el mundo estalló a su alrededor.

Una fuerte explosión sonora estremeció la sala. A Michael le pitaban los oídos y cayó de espaldas. Miró al techo, a las vigas de madera que lo cruzaban, y luego miró al agente Scott, quien tenía una pistola en la mano. Se había oído un grito en algún momento, Michael lo sabía, pero ¿de quién había sido? Miró la habitación hasta localizar a Sarah. La chica se había alejado varios pasos de la silla, donde Gabby ya estaba liberada de sus ataduras.

Sarah tenía las manos sobre el pecho.

Tenía la camisa roja.

Y se tornaba cada vez más roja.

La sangre manaba entre sus dedos, los empapaba, goteaba hasta el suelo. Una mancha roja iba ensanchándose sobre su camisa. Pero ella permanecía en silencio, como si no le doliera, mirándose a sí misma con descreimiento.

Al final, Sarah se volvió para mirar a Michael, que estaba tendido en el suelo, paralizado por la impresión, y la tristeza afloró en su cara cuando cayó postrada de rodillas al suelo.

—¡Sarah! —gritó Michael. El chico intentaba levantarse, intentaba que sus brazos y piernas reaccionaran, quería llegar hasta ella. Sarah estaba tumbada de costado—. Sarah, Sarah, Sarah —murmuraba Michael mientras la sujetaba con delicadeza por los hombros, y le miraba con detenimiento el pecho sangrante como si supiera qué hacer para salvarla—. Sarah —volvió a decir.

Ella levantó la vista para mirarlo.

—Te quiero —susurró la chica—. De verdad. Lo digo en serio.

Michael empezó a temblar.

Entonces se acercó Helga. Apareció como caída del cielo y apartó al chico de Sarah, lo levantó como si no pesara más que una bolsa de la compra.

—¡Cogedlo! —gritó—. ¡Walter, cógelo y llévatelo de aquí!

—¿Cómo? —dijo Michael, atontado—. ¿Qué estás...?

—¡Sacadlo de aquí o no lo conseguiremos! —gritó Helga—. Solo tengo una oportunidad. Bryson, tú también. Todos. ¡Fuera!

Walter se acercó corriendo, agarró a Michael por el brazo y tiró de él. Michael intentó zafarse, pero el hombre era demasiado fuerte. El chico sintió que la oscuridad se apoderaba de él y no dejaba pasar la luz. Lo veía todo cubierto de sombras. Un dolor atroz le oprimía el pecho y lo retorció por dentro sin piedad. Bryson estaba cerca, mirando a su alrededor, atontado, con la cara chorreando sangre.

—¡Sarah! —gritó Michael, incapaz de hacer otra cosa. Aquello no podía ser real. No podía serlo—. ¡Weber! —gritó y vertió todo su odio en el nombre—. ¡Weber!

Pero la mujer no estaba allí, solo el agente Scott. El hombre seguía de pie en el mismo lugar que antes, con el arma todavía en la mano, pero apoyada en el costado.

Estaba blanco como el papel, pero tenía la mirada fría. Entonces miró a Michael.

—Deberías haber escuchado a la agente Weber —dijo el hombre—. ¡Deberías haberla escuchado! ¡Que la muerte de esta chica te sirva de lección!

—Le mataré, le mataré...

Walter tiró del chico hasta sacarlo de la sala y llevarlo al descansillo, Bryson iba detrás, aturdido y en silencio. Gabby también estaba allí.

—Debes creer en ella, chico —susurró Walter a Michael—. Ella sabe cosas que tú ignoras.

A Michael no le importaba que Scott hubiera apretado el gatillo. La agente Weber acababa de matar a su mejor amiga.

Lo último que vio el chico fue a Helga, inclinada sobre el cuerpo sin vida de Sarah.

Confusión

1

¿Cómo era posible que el mundo siguiera girando? Era una pregunta que Michael no logró dejar de formularse durante las horas siguientes. Su coche avanzaba a toda velocidad por la autopista, y los otros dos iban detrás como antes. Todo estaba en silencio salvo por el rumor del motor y los baches de la carretera. Gabby iba sentada en el asiento delantero, entre Amy y Walter, quien conducía como si estuvieran en unas vacaciones familiares en lugar de huyendo de la escena de un asesinato. Michael había insistido en que Gabby se sentara allí, pues se negaba a que ocupara el sitio de Sarah en la parte trasera. No le parecía correcto. Ya nada le parecía correcto.

Michael sentía más dolor en el corazón de lo que era capaz de soportar. Estaba sentado con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados para que nadie le hablara. Las respuestas a las innumerables preguntas que tenía tendrían que esperar. Los interrogantes se acumulaban en su mente y lo llenaban de odio y rabia. ¿Habían obligado a Gabby a engañarlos o ella también formaba parte del plan? ¿Y por qué Helga se habría comportado de forma tan rara?

Apartó esa pregunta por el momento.

Sarah le había dicho que lo quería. A él, un tangente.

Era su mejor amiga.

Y ya la había visto morir en dos ocasiones. Bueno, en realidad, muchas más veces cuando jugaban, pero ese día en la Senda, en las cavernas, con la lava, le pareció algo muy real.

En ese momento sí había sido real.

Sarah estaba muerta.

Muerta.

Le habían disparado y la había matado un hombre que supuestamente trabajaba con los buenos. Un grupo en el que se suponía que el mundo podía confiar. Aunque, a decir verdad, Weber era la responsable de todo aquello. La mujer que había obligado a Michael a arrastrar a Sarah hasta ese caos provocado por Kaine y su Doctrina de la Mortalidad.

Sarah estaba muerta.

No importaba que Michael tuviera los ojos abiertos o cerrados, solo la veía a ella. Con las manos ensangrentadas sobre el pecho. La mirada de su rostro. El impacto. La traición. Esa tristeza infantil. Lo que el chico había visto en los ojos de su amiga, más que nada, era: «Michael, no quiero morir. Por favor, no me dejes morir».

Ella le había dicho dos veces que lo quería. ¿La primera vez no había sido esa

misma mañana? Michael sabía que lo decía de corazón. Era el amor de la amistad pura, algo que algún día podría haberse convertido en un sentimiento más intenso, eterno, poderoso. Él también la quería. La quería muchísimo.

El chico sacudió la cabeza en silencio mientras las lágrimas se abrían paso a través de sus párpados cerrados y le corrían por las mejillas.

2

Y así siguió durante horas. Michael estaba en shock; demasiado aturdido para sentirse enfadado y demasiado dolorido para hablar. No tenía ni idea de qué ocurriría a continuación.

Así que se dejó llevar por la inercia, y anduvo a ciegas durante horas.

Seguían en el coche.

Llegaron a un aeropuerto. Los hicieron pasar por un acceso privado.

Se dirigieron hasta un pequeño hangar para subir al avión.

Había otro hombre, otra mujer. Tan inexpresivos con Michael como con el resto del grupo. El chico siguió a sus amigos hasta las escalerillas para acceder a la nave. Se sentaron. Se abrocharon los cinturones.

El avión salió del hangar y, en un momento determinado, despegó. Michael se apoyó contra la ventanilla, con las mejillas todavía húmedas y los ojos ardiendo. Se quedó mirando cómo se alejaba la tierra y cómo una infinidad de árboles, colinas, edificios y calles iban empequeñeciendo. La oscuridad no tardó en engullir el mundo.

Volaron durante horas; dieron varios rodeos hasta llegar a Washington. Helga les explicó que había llegado la hora de reagruparse y que habían aprovechado la oportunidad para ocultarse en el aire. La mujer intentó hablar con Michael varias veces, pero el chico fingió estar dormido.

Llegado el momento, Michael se durmió de verdad, y fue un alivio poder escapar del dolor por un instante. Sin embargo, se sumió en una oscuridad aún más intensa, donde no le esperaban los sueños.

3

Fue Helga quien lo despertó. Estaba sentada a su lado cuando el chico abrió los ojos. El dolor tardó un instante en regresar, pero volvió a sentirlo como un fuerte impacto.

Aterrizaron. Michael miró a su alrededor y se dio cuenta de que eran los únicos que seguían en el avión.

—Michael —dijo Helga, con tono sereno y amable—. No he querido molestarte, pero...

Michael se levantó y dejó atrás a Helga. Todavía no estaba listo para hablar.

Avanzó por el pasillo en dirección a la puerta. Esta estaba abierta, y bajó por la escalerilla.

—¡La esperanza es lo último que se pierde! —le gritó Helga—. Recuérdalo, Michael. La esperanza es lo último que se pierde.

El chico la ignoró, seguía caminando con la mirada perdida en la bruma que envolvía la pista.

4

Helga lo dejó alejarse, lo que en realidad sorprendió a Michael. A pesar de lo tozudo que era el chico, ella siempre se mostraba aún más cabezota.

Su avión privado había aterrizado en un pequeño aeropuerto, que constaba solo de una serie de bancos cubiertos, una larga pista de aterrizaje y un pequeño edificio que hacía las veces de terminal. Aunque Michael no veía muy bien por la espesa bruma, al final localizó una verja abierta y un camino de salida.

Salió por allí.

5

Michael estuvo caminando durante una hora sin dejar de darle vueltas a la cabeza. La bruma le cubría la ropa, lo envolvía y le ponía la piel de gallina. No podía dejar de temblar y estuvo todo el rato frotándose los brazos para entrar en calor. De pronto empezaron a emerger objetos en la vera del camino, entre la niebla gris, que se elevaban sobre él y desaparecían a toda prisa en cuando pasaba junto a ellos. Árboles gigantescos, coches aparcados aquí y allá, buzones, y algún que otro peatón de gesto sombrío.

Michael siguió caminando. Siguió sintiendo dolor. Siguió pensando.

Infinidad de preguntas, ninguna respuesta.

¿Por qué? Esa era la pregunta que imperaba sobre todas las demás. ¿Por qué?

Gabby, obligada a ayudar a la SRV para llevarlos hasta ella. Weber, un misterio total. ¿De verdad el agente Scott y ella representaban a toda la SRV? ¿Estaba toda la organización corrupta?

Y Sarah...

Michael veía su sangre allá donde mirase. En la bruma, en su mente, en la superficie húmeda del asfalto. Todo cuanto lo rodeaba le parecía rojo. Le dolía muchísimo.

Entonces se detuvo. «Se acabó», se dijo. Cuanto más pensara en ello, más le dolería. La solución era simple: no debía pensar más en ello. Debía dejarlo o acabaría hundiéndose cada vez más en algo de lo que jamás podría olvidar.

Aparecieron unas luces por delante de él, en la bruma, que iban aumentando de intensidad. Una pequeña parte de su ser, la que todavía pensaba de forma lógica, le advirtió que debía andarse con cuidado. Tenía enemigos. ¿Cuántas veces lo había comprobado ya? Redujo la marcha, pero siguió avanzando hacia las luces, caminando con mayor cautela.

Lo primero que vislumbró fue una simple tiendecita, con las puertas y ventanas de cristal, y un interior luminoso con estanterías llenas de pan, aperitivos y otros productos. Era pequeña, aunque había bastante gente dentro, paseándose por los pasillos. Michael, con la esperanza de que el crédito de monedas encriptadas siguiera siendo seguro, decidió entrar y echar un vistazo. Quería comprar algo dulce. Un montón de cosas. Darse un atracón. Merecía un descanso y suponía que Helga lo recogería en cualquier momento.

Se oyó una campanilla electrónica cuando el chico cruzó la puerta.

Unas pocas personas —un hombre, dos mujeres y una pareja de niños— lo miraron al entrar y luego retomaron sus compras. El chico se quedó mirando al hombre, que escogió un paquete alargado de aperitivos vegetales, leyó los ingredientes y, mágicamente, descubrió que era saludable para su cintura en proceso de ensanchamiento. Se metió el paquete bajo el brazo y siguió caminando. Michael se quedó mirando al cajero, un adolescente con cara de preferir estar comiendo piedras que atender a las personas que formaban la cola y esperaban a que les cobrase.

Michael se volvió hacia las neveras de los refrescos y se detuvo. Un niño de unos diez años se interpuso en su camino y se quedó mirándolo con la misma mirada incómoda e inexpresiva que le habían dedicado las personas del coche en el restaurante del pollo frito.

De forma repentina, el niño giró sobre sus talones y salió caminando en dirección contraria, hasta desaparecer por detrás de la estantería del pan. Michael inspiró con fuerza y se preguntó si no sería mejor salir de allí.

No.

Estaba harto de salir corriendo. Al fin y al cabo, él era el Primero. ¿No era así? Si había tangentes en la tienda, que lo mirasen y lo admirasen de lejos. El chico quería algo de picar y una bebida, eso era todo. Se dirigió hacia la primera nevera de los refrescos: los numerosos sabores y combinaciones se proyectaban sobre el cristal en forma de estúpidas animaciones. Michael fue hacia la segunda nevera, luego, a la tercera. Allí localizó una extraña combinación de pomelo y granada con un toque de cafeína, y optó por esa bebida. Se oyó un resoplido y salió un chorro de vapor, y su refresco —helado y servido en un tubo— apareció en el dispensador.

Cuando el chico lo recogió miró a su izquierda. Había un hombre, con la mano suspendida a medio camino de la estantería que tenía delante para coger una barrita de caramelo. No cabía duda de que estaba mirando al chico de soslayo, pero siguió con lo suyo en cuanto se dio cuenta de que lo habían pillado. Michael desvió la mirada enseguida, convencido de que una mujer había estado mirándolo antes de

volver la cabeza a toda prisa. Luego reapareció el niño, dedicó a Michael una mirada larga y pausada y se marchó.

El chico sacudió la cabeza para olvidarlo todo. Se dirigió hacia el lugar donde el hombre había cogido su barra de caramelo y escogió la misma marca, dedicando un guiño y una sonrisa al desconocido.

—Me siento como si alguien me hubiera dado un golpe en la cabeza —dijo al hombre, que lo miró con gesto preocupado—. A veces me siento como si no fuera yo. El dulce me ayuda, ¿y a usted?

El tipo se volvió y se alejó a toda prisa.

Michael se preguntó si por fin se habría liberado del trauma.

Cogió otra barrita de caramelo, una bolsa de patatas azules y un poco de carne seca, luego se dirigió hacia la caja. La cabeza le iba muy deprisa; ya no sabía distinguir entre una mirada casual y una mirada intencionada. ¿Quién estaba observándolo? ¿Quién no? ¿Quién estaría sencillamente preguntándose cómo podía comer alguien tanta comida basura?

El sudor empezó a perlarle la frente. Tenía la sensación de que en ese momento todos los clientes de la tienda estaban mirándolo. Dirigió la vista al suelo y esperó en la cola; de pronto temía toparse con la mirada de cualquiera. No debería haber entrado jamás en la tienda. El mundo era demasiado peligroso, y su cara había salido en todos los informativos del InfoBlog. No tenía forma de saber quién estaba de su parte y quién estaba en su contra, quién había sido abducido y quién no. Seguro que aquellas personas de esa pequeña tiendecita en las afueras de Washington habían escapado de la Doctrina de la Mortalidad. ¿Verdad?

De pronto sintió la innegable necesidad de marcharse. Quería estar con Helga y con Bryson y con Sar...

Sarah.

Tragó saliva, y todo el dolor lo sobrecogió de nuevo.

—Perdón —dijo en voz alta, aunque no tenía ni idea del porqué—. Perdón. —Salió de la cola, miró los productos que tenía en las manos. De pronto le parecía que pesaban cuatro veces más—. Perdón. —Corrió hasta la estantería más próxima y tiró todos los productos a un cubo que anunciaba MoonPies, las galletas rellenas de malvavisco y con cobertura de chocolate—. Perdón —repitió por cuarta vez.

Se dirigió corriendo hacia la puerta, la abrió, oyó la campanilla y salió dando tumbos de tal forma que estuvo a punto de caerse. Había un coche en el aparcamiento con los faros encendidos, proyectando dos haces luminosos que atravesaban la niebla. El vehículo se acercó hasta la entrada y la ventanilla bajó. Apareció el rostro de Bryson asomándose por ella, y Michael consiguió esbozar la más tímida de las sonrisas.

—Súbete, tío —dijo Bryson—. Ya has despejado bastante la mente. Hora de volver con tus amigos.

Michael jamás se había alegrado tanto de ver a Bryson. Jamás, ni siquiera la

primera vez que lo vio allí, en el Despertar.

—Perdón —volvió a decir Michael, tan bajito que apenas se oyó decirlo a sí mismo; entonces regresó al coche, abrió la puerta y subió.

Walter iba al volante, por supuesto, y Helga estaba sentada junto a Michael. Ambos se saludaron con un gesto de cabeza, y así se dijeron mucho más de lo que habrían expresado con palabras.

Walter pisó el acelerador y salieron pitando mientras Michael se preguntaba por qué y a quién estaría pidiendo perdón.

«A todo el mundo —pensó—. Por todo».

Líderes de naciones

1

No ocurrió mucho más durante lo que quedaba de tarde y noche, lo que permitió a Michael echar un sueñecito en una de las camas de las habitaciones contiguas que reservaron en un hotel. Bryson se sentó en la cama situada al lado y se quedó mirando, como ausente, al vacío. Michael sabía que su amigo sentía tanto dolor como él por la pérdida de Sarah y, seguramente, la misma culpabilidad por no lograr que el otro se sintiera mejor. Pero al menos estaban juntos.

«Mi misión más importante ahora es poner fin a esta locura de los tangentes —se dijo Michael a sí mismo—. El Desfiladero Consagrado. De alguna forma, todo se remonta al Desfiladero Consagrado».

Helga y los demás estaban ocupados, aunque Michael no sabía exactamente en qué. No tenía fuerzas para preguntar. «Mañana», se repetía sin cesar. Entonces ya habría descansado y habría recargado las pilas, y estaría listo para patear unos cuantos culos.

En algún momento de esa noche, entre despertares repentinos, se dio cuenta de que ya no podía seguir soportando el silencio y se dirigió a Bryson.

—¿Estás despierto? —Se volvió y miró a su amigo, que estaba tumbado sobre las mantas, en la otra cama.

—Sí.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Michael, con la voz algo quebrada—. Dentro de lo que cabe, claro.

Bryson respondió tras lanzar un suspiro sonoro.

—Dentro de lo que cabe, estoy bastante bien. Vamos tirando, viejo amigo. —Hizo una imitación del acento británico en la última frase, pero le salió fatal.

—Me parece que ha sonado más a australiano —dijo Michael—. A australiano borracho.

Bryson se incorporó y bostezó.

—Yo diría más bien de Madagascar.

—Seguro que sí.

—Pues claro.

Se quedaron mirándose y luego rompieron a reír con uno de esos ataques de risa de madrugada que no pueden darse durante el día. Por algo se empezaba.

—No dejo de pensar en sus padres —dijo Bryson al cabo de unos minutos, cuando ya se habían calmado—. Casi me siento peor por ellos que por Sarah. ¿Cómo diantres se lo contaremos? Te seré sincero: espero no volver a verlos jamás. No

podría. Se van a hundir.

Michael sabía que ese era un pensamiento egoísta. No obstante, él sentía exactamente lo mismo.

—Nos culparán a nosotros —dijo Michael—. Y estarán en lo cierto.

Bryson negó con la cabeza.

—De eso nada, tío. Venga, ya tenemos bastante con lo que machacarnos. Y mucho por lo que llorar. Ahora debemos centrarnos en seguir adelante. Somos los buenos de la película, y podríamos haber desistido hace ya mucho tiempo. Y quien diga lo contrario ya se puede ir al carajo.

—Amén —dijo Michael—. ¿Dónde está Gabby?

—Está en otra habitación, durmiendo. Supongo. Se siente muy mal por todo lo ocurrido. He hablado con ella. Sinceramente, tío, creo que es una tía legal. No tenía muchas más alternativas. La habían amenazado de todas las formas posibles.

Michael se encogió de hombros.

—Sí, supongo que hablaré con ella mañana. Me alegro de que siga viva.

Bryson no respondió, y el silencio le pesó como una losa a Michael.

Al final, el chico cambió de tema.

—Tengo tanta sed que noto como si tuviera la lengua cubierta de polvo. Voy a por un refresco de la máquina. —Se levantó de la cama, se frotó los ojos y bostezó de forma exagerada—. ¿Quieres algo?

—¿Un whisky?

Michael se quedó mirándolo.

—¿Qué te parece una Coca-Cola bien fría?

—Mejor.

Cuando Michael abrió la puerta del pasillo, vio a Helga, a Walter, a Amy y a algunos más reunidos en torno a una pantalla de red en la habitación contigua. Resultaba evidente que ninguno tenía el menor interés en dormir. El chico pensó en hablarles, pero todavía no se sentía de humor para hacerlo. Salió y cerró la puerta con sigilo tras sí.

Había un cuarto de refrigerios en mitad del pasillo, y Michael se detuvo allí, contento de no ver a nadie más en el lugar. Ya había tenido bastantes encuentros con extraños. Todas las veces que se topaba con alguien, mentalmente llegaba a la misma conclusión: «Tangente, tangente, tangente». Solo que no lograba saber si lo adoraban o si querían verlo muerto.

Su ficha de crédito le sirvió para la máquina expendedora y consiguió la misma bebida que había creado en la tienda. También compró patatas normales y corrientes y un par de tubos de agua. Luego compró la Coca-Cola para Bryson. Estaba

recogiendo el último artículo del dispensador cuando oyó el chirrido de unas bisagras: una puerta que se abría en el pasillo. Esperó el inevitable portazo que le indicara que volvía a cerrarse, pero no lo oyó. El pasillo estaba en silencio.

Lo apoyó todo sobre el brazo doblado y salió de la zona de refrigerios, y enseguida vio la puerta que acababa de oír chirriar. Seguía entreabierta, y una mujer mayor se encontraba en el umbral mirándolo directamente a la cara. No parecía enfadada, aunque tampoco le dio la sensación de que estuviera muy contenta.

—Hola —dijo Michael con una sensación extrañísima—. ¿Puedo ayudarla? ¿Le apetece algo de comer?

—No. Gracias. —La mujer habló con un dulce tono de anciana; a continuación cerró la puerta, y el portazo retumbó por todo el pasillo.

Michael se quedó plantado mirando la puerta durante un minuto, preguntándose si volvería a abrirse. Había miles de millones de personas en el mundo. Estaba claro que los tangentes no podían seguirlo en cada etapa del camino.

«Sí, claro», pensó. Como si algo pudiera volver a sorprenderlo en la vida.

Suspiró y empezó a caminar de regreso a su habitación, pasando junto al cuarto de la mujer de camino. Redujo la marcha e intentó vislumbrar algo por la mirilla al pasar, pero parecía mucho más oscura que las demás. Imaginó a la anciana espíandolo desde el otro lado, vigilando cada uno de sus pasos a pesar de las cataratas. Se dijo a sí mismo que todas las viejas se comportaban así. Suponían que todos los adolescentes tenían la intención de asesinar a cualquier ciudadano entrado en años que vieran.

Pensó que podía tratarse de una coincidencia. Lo de que todos se quedaran mirándolo. Tal vez fuera fruto de su imaginación, o una mera paranoia por todo lo que había vivido. Las personas observan lo que tienen a su alrededor de forma instintiva, ¿verdad? Un par de ojos puestos en él no significaba que siempre se tratara de algún espía de Kaine. Podían ser individuos normales y corrientes que se preguntaban si lo conocían de algo, o que lo hubieran visto en alguna parte del InfoBlog.

No obstante se dio cuenta de que restar importancia a la situación era una forma maravillosa de que acabaran matándolo. Así que apretó el paso y regresó a toda prisa a su habitación.

3

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo a Bryson en cuanto ambos tomaron un buen sorbo de sus refrescos en tubo—. Tengo la sensación de que todas las personas con las que me topo están vigilándome, y que envían algún mensaje a Kaine o a Weber o a la poli en cuanto me voy. Empieza a ponerme muy nervioso.

Bryson bebió otro largo sorbo.

—Venga ya, tío. ¿De qué nos sirve huir? Si Kaine nos puede seguir a todas partes, ¿qué sentido tiene cambiar de lugar? —Un sorbo más—. Tranquilízate, y hagamos lo que nos digan Helga y su cuadrilla.

—Eso es lo que hemos hecho desde un principio —repuso Michael con desgana. En parte estaba de acuerdo con su amigo—. Es como si fuéramos ratones en un laberinto: nos soltó Weber y nos manipula Kaine. Ya estoy harto. No hay ninguna razón para que tú y yo solos no hackeemos el programa para ir al Desfiladero Consagrado por nuestra cuenta.

—Bueno, sí —respondió Bryson—. Pero sería bastante horrible sin la ayuda ni la protección de Helga. Al menos confías en ella, ¿no?

Michael pensó en ello. Sí confiaba en Helga, confiaba mucho en ella.

—Sí —respondió al final—. Pero todavía tengo una pequeña duda. Quién sabe, tío. A lo mejor Kaine la creó hace un montón de años, antes de capturarme, y lo tenía todo planeado. Confío en ella, pero ya no volveré a confiar en nadie al cien por cien.

—¿Ni siquiera en mí? —le preguntó Bryson.

Michael se recostó sobre las almohadas.

—No. Tú eres distinto. En ti sí que confío. Ahora duérmete.

—Helga podría llamarnos pronto.

—Estoy seguro de que no empezaremos hasta que amanezca. Todavía es de noche.

Michael cerró los ojos e intentó relajarse. Veía a la anciana mirándolo desde la puerta del hotel. El mundo se había vuelto loco. Incluido él mismo.

Se quedó dormido. Y Sarah le sonrió en sueños.

4

Bryson lo despertó temprano con un codazo.

—Oye, teniendo en cuenta cómo roncabas anoche, creo que estás listo para sacar ese culo de vago de la cama. Tío, parecías un cortacésped de los antiguos. Me he pasado la noche teniendo pesadillas con laceradores.

Michael se sentía como si fuera un muerto revivido desde la cripta más profunda y oscura del infierno. Soltó un largo gruñido que no contribuyó para nada a hacerlo sentir mejor.

—¿Con laceradores? ¿En serio? Creía que tus padres te habían prohibido jugar a ese juego.

Bryson se quedó mirándolo hasta que ambos rompieron a reír. Quizá la vida sí podía seguir al fin y al cabo.

—Venga ya —dijo Bryson—. Helga y su alianza de superhéroes están esperándonos en la habitación de al lado. Ha dicho que se trataba de una reunión informativa. Como lo oyes: una reunión informativa.

—Parece algo serio...

Bryson hizo su horrible imitación de acento británico:

—Eso son palabras mayores, mi querido compañero de batallas. Tal vez la dama nos sirva un té con galletas.

—¿Por qué te ha dado por hablar de esa forma y con ese acento tan raro de repente? Pareces una vieja de los Monty Python. —La formación de humoristas llevaba décadas sin existir, pero era más popular que nunca en los cines para nostálgicos del Sueño.

—Me lo tomaré como un cumplido. La cumbre es en Londres, ¿recuerdas? Y Londres está en Inglaterra, ¿no? Y allí hablan con acento británico, ¿verdad? Solo intento adaptarme. Ahora, venga, vámonos.

Michael se levantó con parsimonia. Algo olía de forma espantosa. No tardó mucho en darse cuenta de lo que era. Su propio cuerpo.

—Dile que estaré listo dentro de diez minutos. Te lo juro, llevo una semana sin ducharme. Tengo que quitarme esta peste de encima.

Bryson puso expresión de profundo agradecimiento.

5

Estaban amontonados en una sola habitación, eran unas catorce personas en total. La mayoría de ellas a Michael todavía no se las habían presentado, aunque sus caras ya le resultaban bastante familiares. Helga permanecía de pie junto a la ventana, donde el sol del alba dejaba ver que la bruma y la niebla por fin habían escampado. Walter, como siempre, se encontraba junto a Helga, aunque en realidad ese día no parecía que tuviera ganas de matar a nadie. Gabby estaba allí y miró de forma extraña a Michael cuando el chico entró en la sala. Él le dedicó su mejor sonrisa en un intento de demostrar que no la culpaba de nada.

«No te fíes de nadie —pensó, casi como si Jackson Porter estuviera instalado en su mente e intentara enviarle un mensaje—. No vuelvas a fiarte de nadie nunca más».

Menuda forma de vivir.

—Michael —empezó a decir Helga, llamando su atención y avergonzándolo al mismo tiempo—. Bryson. Gabby. Nos alegramos todos de que estéis aquí, a salvo, de momento. No hay forma posible de encontrar las palabras para expresar nuestras condolencias por la pérdida de Sarah. Lo siento en el alma. Pero, como ya he dicho...

Michael finalizó la frase por ella:

—La esperanza es lo último que se pierde. —En ese instante, el chico empezaba a creerlo.

Helga respondió con un sincero asentimiento. Aquella era su Helga, no le cabía duda, dijeran lo que dijeran las vocecillas en su cabeza. Ese pensamiento lo hizo sentirse algo mejor.

—Es lo más cierto que he oído nunca —dijo su niñera—. La esperanza es lo último que se pierde. Siempre. Nunca se sabe lo que la vida, o la muerte, puede deparar. Creo que todos hemos visto que el mundo es un poco más complicado de lo que podríamos haber imaginado.

Helga hizo una pausa para crear un momento de silencio, luego prosiguió:

—La Cumbre Mundial se celebra esta noche, tendrá lugar en la cámara de sesiones de la nueva Unión de la Tierra. Un gran número de líderes mundiales han ido físicamente a Londres, pero es evidente que no todos podrán estar allí. Así que habrá otros muchos conectados a través de la Red Virtual, en forma de hologramas. Quiero tener la oportunidad de exponer nuestra situación en la misma cámara, y puesto que es muy peligroso viajar a Londres —dijo mirando a Michael directamente, luego a Bryson y a Gabby—, recurriremos al Sueño para estar allí. Sea como sea, nos haremos oír.

—¿De verdad crees que podemos hackear el sistema para colarnos en una de las reuniones más seguras de la historia? —preguntó Michael. Ya empezaba a encantarle la idea.

—Desde luego —respondió Helga—. Hemos infiltrado a tangentes de la Alianza en puestos estratégicos, algunos de los cuales han tomado la embajada de aquí, en Washington. He considerado que lo mejor sería escoger un país lo bastante grande para ser invitado a la cumbre, pero lo bastante pequeño para no ser el foco de atención de la mayoría. Debemos actuar con astucia.

Michael asintió en silencio. Aquello cada vez se ponía más divertido.

—Uno de nuestros tangentes —prosiguió Helga— es, en este momento, el jefe de personal del primer ministro de Letonia. Lleva en el cargo..., bueno, mejor dicho, su reemplazo lleva en el cargo más de veinte años. Antes de introducir en su mente a nuestro hombre, un tangente conocido por el nombre de Levi, llevamos a cabo un análisis exhaustivo y superrápido de la vida del auténtico jefe de personal: su historia, sus costumbres, su personalidad, todo. Sabíamos que una parte muy importante de nuestro plan dependía de lo bien que se infiltrara Levi.

—¿Y? —preguntó Bryson—. ¿Cómo ha ido hasta ahora?

—Hasta ahora, perfecto —respondió Helga—. En todos los sentidos: ha engañado a todo el mundo. Nos ha ayudado a colocar a otras personas en otras embajadas de Letonia en Estados Unidos, incluido el mismísimo embajador. Es un hombre llamado Guntis, y será él quien nos cuele en la embajada. Usaremos las neurocajas más evolucionadas para introducirnos en la cumbre de forma virtual, fingiendo ser miembros del personal de Guntis. Las credenciales ya están listas.

Aquello preocupaba a Michael, como siempre. Todos parecían orgullosos de lo que habían conseguido al infiltrar a uno de los suyos en un cargo político tan importante, sin importar la extensión del país al que representaba. Pero habían robado una vida. Al chico le resultaba imposible pasar por alto ese pequeño detalle — enorme, más bien— del rompecabezas.

—Michael, pareces disgustado —dijo Helga—. Y ni siquiera hemos empezado.

—Ya sabes por qué. —Fue la mejor respuesta que se le ocurrió.

Helga se cruzó de brazos y se apoyó contra la ventana.

—Esta es... Esta es la razón por la que me molesté en llevaros a la Colmena. Ya has estado allí, la has visto con tus propios ojos. Esas personas... Esas personas siguen vivas en todos los sentidos de lo que convierte a un ser humano en ser humano. Y me juego la vida a que, cuando todo esté dicho y hecho, y hayamos contribuido a detener la locura que Kaine comenzó, nos lo agradecerán. Y recuperarán sus cuerpos. Todos lo juramos, Michael. No estamos aquí para quedarnos.

Walter se inquietó un poco cuando Helga mencionó su juramento, y Michael supo qué estaba pensando. También habían jurado no dar muerte real a nadie, pero acababan de hacerlo. En el bosque, delante de los barracones.

—Necesito que estemos todos juntos en esto —dijo Helga cuando Michael no respondió.

El chico no sabía qué decir. Sin embargo, seguir a la mujer parecía la única forma viable de conseguir que el mundo volviera a la normalidad algún día.

—¿Michael? —le preguntó Helga.

—Está bien —dijo el chico—. Ni siquiera iba a sacar el tema hasta que tú lo has mencionado. Pero cuenta conmigo. Cuéntame el plan y cómo puedo ayudar. Hagámoslo.

—Así me gusta —dijo ella con sonrisa de satisfacción—. Bien, esto es lo que vamos a hacer.

6

Una buena parte del plan de la Alianza se expuso sin problemas, lo que situó a Michael en un contexto surrealista que se le antojaba un sueño. Le preocupaban las barreras idiomáticas, aunque eso no sería un problema; asistirían en calidad de observadores de un país pequeño, visitantes virtuales. Prácticamente invisibles.

Cogieron un taxi hasta la embajada de Letonia, donde Guntis los recibió en persona en el control de seguridad y los acompañó hasta el interior del edificio. Era un hombre alto y brusco, con un fuerte acento extranjero. Michael no supo distinguir si se debía a que el tangente que llevaba dentro era letonio o que al pobre tipo lo habían adoctrinado para que solo pudiera usar sus habilidades físicas. Daba igual. Transcurridas dos horas, Michael, Bryson, Helga y Walter se encontraban en elegantes ataúdes de última generación junto con Guntis, y sus auras encriptadas se transportaron a la mismísima Cumbre Mundial. Nadie parecía sospechar nada de sus auténticas identidades. Se comportaron con ellos como si ni siquiera existieran, ya fueran virtuales o reales.

Las proyecciones holográficas no tardaron en entrar en la famosa sede de las Naciones Unidas. Se trataba de un auditorio gigantesco; era una sala tan grande que a Michael le fascinaba la planificación arquitectónica necesaria para evitar que se derrumbara. Además era un lugar elegante. Gigantescas columnas decorativas flanqueaban la entrada, y allá donde mirase había madera oscura de caoba. Sillones de piel, terciopelo bermellón, exóticas alfombras, y aquel olor... El aroma que inundaba la sala era una mezcla de barniz y perfume. La experiencia virtual se había generado como réplica exacta de la auténtica sede física de las Naciones Unidas. Michael no se sintió defraudado.

Mientras intentaba situarse, el chico admiró la sencillez de la distribución de la sala. Todos los países miembros oficiales de las Naciones Unidas tenían su propia antesala frente al auditorio principal. Dentro del Sueño, cada país contaba con un portal que conducía directamente a esas antesalas. Se trataba de una lujosa sala forrada de felpa con sofás de piel. Estaba muy bien equipada y preparada con comida y bebida. A través de unas puertas de cristal se accedía a un palco con vistas al espacio central de abajo. Michael observó el panorama general cuando llegaron con Guntis, quien de inmediato los presentó a la primera ministra y a su jefe de personal: el hombre al que había abducido el tangente Levi.

—Levi lleva toda la semana captando la atención de la embajadora —estaba contando Guntis a Helga con su fuerte acento. Michael, Bryson y Walter se mantenían cerca de Guntis y Helga mientras hablaban. Se habían situado en un rincón de la enorme sala y Michael estaba haciendo todo lo posible por adaptarse a la experiencia surrealista—. Puede parecer un tanto intimidatoria, pero no va permitir la imposición de la fuerza a la razón. Si cree que puede ser algo que contribuya a su causa o a mejorar su país, escuchará a cualquiera. Y ya ha escuchado.

—Entonces ¿cómo va a desarrollarse esto? —preguntó Helga.

Guntis hizo un gesto hacia las puertas que llevaban hasta la sala en cuestión.

—La primera ministra es miembro ejecutivo de la Unión de la Tierra y, por consiguiente, tiene bastante tiempo para hablar. Levi la ha convencido de que convierta a Kaine y la invasión tangente en su mayor prioridad. Va a pronunciar un discurso sobre dinero y recursos, y es de esperar que conseguirá todo cuanto necesitéis para vuestra misión.

Mientras Guntis hablaba, las personas que los rodeaban habían empezado a dirigirse hacia sus asientos. Guntis les hizo un gesto para que lo siguieran, y Michael y el resto del grupo se unieron a la masa de gente que se dirigía hacia las puertas. Por lo que supuso el chico, los presentes eran la mitad virtuales y la otra mitad presenciales, al menos los que ocupaban los asientos del palco. Michael avanzaba como hipnotizado. Sabía que para las personas que estaban realmente en la sala, él se veía como una proyección reluciente; era probable que creyeran que no era nadie importante porque solo había sido invitado de forma virtual.

—¿En qué nos hemos metido? —susurró Bryson a su amigo.

Antes de que Michael pudiera responder, Helga los condujo hasta un par de asientos vacíos en la hilera del fondo, reservada para los visitantes virtuales. Se sentaron lo más cerca posible del pasillo.

—Algo va mal —dijo Michael.

Quizá ya se hubiera acostumbrado a que las cosas jamás salieran como las habían planeado. Sin embargo, no lograba deshacerse del mal presentimiento. Miró con detenimiento la sala en busca de algo fuera de lo normal, aunque se dio cuenta de que no podía valorar si todo estaba como debería.

—¿Qué ocurre? —le susurró Bryson.

Michael se removió en el asiento.

—Algo va mal —repitió.

La imagen del caos

1

Michael no sabía qué era lo que había provocado que se pusiera en alerta. Bien podría tratarse de su paranoia por estar rodeado de tantos tangentes, bien de personas que sospechaba que lo eran. Sin embargo, algo extraño se respiraba en el ambiente. Por ello, cuando ese mundo albergado en el gigantesco auditorio se sumió en la locura, Michael no se sorprendió.

Solo se asustó.

2

La cámara era circular: las gradas eran redondeadas, y los incontables palcos estaban alrededor de un enorme estrado con un escenario giratorio; había un atril de madera oscura situado en el centro, como una lápida antigua. Los efectivos de seguridad del auditorio eran numerosos. Michael, al entrar, se había fijado en la cantidad de guardias armados. Estaban por todas partes. A escasos centímetros del vasto escenario había una cadena de hombres y mujeres, de rostro rígido, que permanecían de pie. Al principio, eso lo había tranquilizado; al menos los presentes estarían a salvo de un ataque externo dirigido contra la cumbre. Si sufrían un ataque desde dentro, era otra historia.

Tan solo unos minutos después de que Bryson y Michael hubieran tomado asiento, un anciano caballero subió al escenario. Se dirigió hacia el estrado con parsimonia, se detuvo y se sujetó a ambos lados del atril con firmeza. Su imagen se proyectaba por encima de él, como un holograma gigantesco para que fuera visto incluso por los ocupantes de las antesalas más alejadas del escenario.

Se aclaró la voz delante del micrófono y se oyó una especie de trueno que estalló en los altavoces que estaban sobre ellos.

—Damas y caballeros —empezó a decir el hombre, con una voz tan potente que llamaba la atención—, es un placer, y una lástima, darles la bienvenida hoy a esta asamblea consagrada. Como portavoz de la Unión de la Tierra durante todos estos años, jamás he presenciado una época tan oscura como la que vivimos. Con pesar en el corazón, aunque también con una esperanza inquebrantable, inauguro estos actos. Gracias por su asistencia.

Hizo una pausa, y Michael pensó que era el momento adecuado para aplaudir, para expresar un reconocimiento generalizado a las palabras del hombre. Pero las

miles de personas presentes en la cámara permanecieron en silencio. Al chico le dio la sensación de que la atmósfera se hubiera congelado.

El orador prosiguió:

—Hemos prometido que todos los países, territorios y uniones representados aquí hoy tendrán su turno de palabra. No solo esperamos recibir los informes sobre los problemas acontecidos en su territorio, problemas provocados por los que han dado en llamarse invasores tangentes, sino que también esperamos que nos propongan soluciones. Estoy decidido a que sigamos aquí reunidos hasta que hayamos trazado una hoja de ruta.

El anciano se agachó detrás del atril y reapareció con un vaso de agua en la mano, del que bebió un sorbo largo y tembloroso. Michael se encogió al oír de nuevo el estallido de los altavoces. La intuición de que algo marchaba mal se había incrementado, y no lograba mantenerse quieto en el asiento; escudriñaba a los presentes en busca de algo sospechoso. Le dolía la cabeza por la tensión y la inquietud.

Se oyó otro estruendo de carraspeo, y el chico se volvió de nuevo hacia el portavoz de la Unión de la Tierra.

—El orden de las presentaciones se ha establecido de forma aleatoria —dijo el hombre—. Les rogamos que no se altere dicho orden. También les pedimos brevedad ante todo, y que dejemos las deliberaciones para cuando hayan hablado todas las personas que deseen exponer sus ideas. —Hizo una pausa y miró a todos los presentes.

»Sin embargo, antes del inicio oficial, me gustaría presentar a una invitada muy especial. Sentada ante mí, entre el público, se encuentra una representante de la Seguridad de la Red Virtual. Nos han dicho que la SRV cuenta con una posible solución al terrible problema de los tangentes y al llamado programa de la Doctrina de la Mortalidad. Sin embargo, han pedido que su intervención sea la última, para que podamos comprender su información dentro del contexto de lo que está ocurriendo en el planeta. Nos han asegurado que tenemos muy buenos motivos para no perder la esperanza.

»Por favor —dijo, y tendió un brazo hacia el costado—, teniendo en cuenta que sufren graves problemas en su institución y que no suelen formar parte de este foro, por favor, demos la bienvenida a la agente Diane Weber de la SRV con un gran aplauso.

La cámara retumbó con el sonido de la ovación mientras el rostro de Weber sustituía al del orador en el holograma flotante, en lo alto, cerca del techo. La mujer sonreía con calidez e inclinó ligeramente la cabeza a modo de reverencia.

Michael se quedó mirando el hipnótico rostro de la agente Weber y pensó: «Era de esperar».

«Era de esperar».

El grupo de guardias estaba situado alrededor del escenario, dando la espalda al estrado, vigilando a los presentes, con las armas enfundadas, pero siempre visibles. Debían de ser al menos cincuenta, todos firmes, con la mirada escudriñando al público. La ovación empezaba a acallarse, y el orador se inclinó hacia delante para proseguir con el programa cuando Michael percibió cierto movimiento en el nutrido grupo de guardias.

También lo percibieron otras personas, porque hubo un grito ahogado colectivo en toda la sala antes de que se oyera el primer disparo.

Lo disparó un guardia situado a la derecha del orador. Dejó caer el arma y se volvió de inmediato para salir corriendo hacia la escalera y subir al mismo escenario. Mientras subía los escalones, sacó una segunda pistola, alargada y reluciente. La sala se quedó en silencio total, y entonces el guardia apretó el gatillo.

El tiro retumbó por toda la cámara, amplificado por la acústica de la estructura. Michael se levantó justo a tiempo de ver al orador caer hacia atrás desde el atril. Cayó al suelo de lado, y al chico le quedó claro que el hombre no volvería a levantarse. Fuera cual fuese la munición que el guardia hubiera usado, era más letal que la de un arma corriente.

La multitud, impactada, quedó sumida de nuevo en el silencio, pero a continuación la cámara prorrumpió en alaridos. El caos recorrió la sala cuando la mayoría de las personas empezaron a luchar por abandonar su asiento, dando empujones para llegar a las salidas. Michael y Bryson solo pudieron levantarse y quedarse mirando mientras la situación empeoraba.

El guardia que había disparado al orador se alejó del centro del escenario y se dirigió hacia las hileras de asientos más próximas al estrado. Una vez más levantó el arma y empezó a disparar a los presentes. La intensidad del ruido se multiplicó por diez. El pánico se propagó por la cámara, y los presentes ya no solo se empujaban, sino que se clavaban las uñas y se pegaban, se pisoteaban para poder escapar.

Con todo, Michael no podía moverse. Observaba la escena paralizado por la incredulidad.

El guardia infiltrado disparó tres veces más antes de que sus compañeros lo abatieran. Pero antes de que la tranquilidad se restableciera, una guardia disparó al hombre que estaba a su lado. A continuación, otros guardias se lanzaron a la acción: uno de ellos mató a la mujer que acababa de dar muerte a su vecino, y otros disparaban al público. Aquello era una locura, y, por mucho que lo intentó, Michael no lograba averiguar quién estaba de parte de quién.

Era como una pesadilla surrealista e inconcebible. Se derramó muchísima sangre, y los disparos no cesaban. Cayeron abatidos más guardias; otros abatían a las personalidades que debían proteger. No paraba de morir gente.

Por extraño que pareciera, Michael sentía cierta tranquilidad, como si se hubiera

acostumbrado a que el mundo fuera una locura. Se volvió hacia Bryson, quien parecía tan bloqueado como su amigo.

—¿Qué nos está pasando, tío? —Bryson miraba al frente mientras hablaba—. ¿Cuándo parará esto?

—¡No parará jamás! —gritó Michael—. No hasta que impidamos que nos manipulen. Tenemos que usar nuestros propios ataúdes para regresar al Sueño y averiguar cómo solucionarlo por nuestra cuenta. —En ese momento lo reconcomía la rabia por dentro—. Vamos al portal y elevémonos de aquí antes de que alguien nos detenga. —Era algo dicho a la desesperada, pero el odio lo motivaba. Fuera quien fuese el responsable de ese último ataque, debía ser detenido, y Michael no pensaba esperar a que otros se encargaran de hacerlo.

Agarró a Bryson por el brazo y tiró de él hacia el pasillo; las personas sentadas a su alrededor ya habían abandonado las antesalas. Helga estaba esperando en la entrada y gritaba a Michael que se diera prisa. Él la quería, y sabía que ella estaba haciendo todo cuanto podía, pero el simple hecho de verla lo enfureció. Aquello había sido una gran pérdida de tiempo.

El chico volvió a echar un vistazo al escenario, donde el caos proseguía. Había cuerpos desparramados en el suelo, y el fuego cruzado llovía sobre la escena.

Michael y Bryson ya habían desafiado bastante al destino, debían marcharse. Michael dio a su amigo otro empujón y ambos salieron corriendo hacia el pasillo, donde se toparon con Helga. La mujer no perdió el tiempo en hablar, y lo azuzó hacia la puerta, pues se negaba a marcharse hasta que Michael corriera por delante de ella. Estaban a solo unos centímetros de la salida cuando una voz retumbó en la enorme sala y se proyectó en todas direcciones.

—¡Sentaos!

Era una voz masculina, amplificada por los altavoces.

—¡Volved a vuestros asientos! —volvió a gritar el hombre—, ¡o haremos saltar por los aires todo el edificio!

Michael se volvió desde la puerta y miró al centro de la cámara. Había otro holograma enorme flotando en el lugar donde antes había el orador. Era un guardia con el pelo alborotado y el rostro perlado de sudor. Levantaba el arma con ambas manos y apuntaba al frente, justo por encima del atril.

—Último aviso —dijo, esa vez con un tono más sereno. La mayoría de los presentes en la sala se detuvieron para escuchar. Solo habían conseguido escapar unos pocos—. Vais a sentaros y vais a escuchar, y vais a ver cómo cambiamos el mundo.

Hizo una pausa, y Michael supo qué iba a decir antes de que hablara.

—Me llamo Kaine.

Michael fue dolorosamente consciente de la cruda realidad en ese mismo instante. Su vida siempre estaría vinculada a dos personas: la agente Weber y el tangente conocido como Kaine. No le quedaba más remedio que aceptarlo.

El guardia que se había identificado como Kaine esperó hasta que los miembros que quedaban del público volvieran a la cámara principal. Tal vez fuera algo reflejado en la mirada del tangente, pero la mayoría de los líderes presentes creyeron en su amenaza de que podía hacer volar el edificio por los aires.

—Muy inteligentes —dijo Kaine por el micrófono—. Demostráis ser todos muy inteligentes al hacer lo que os he dicho.

El rostro del tangente sobrevolaba el estrado, cien veces más grande de lo que era en realidad. Kaine siempre daba con una forma de imponer su presencia de un modo grandilocuente y teatral.

Michael y Bryson habían localizado sus asientos, y Helga estaba sentada a su lado. Los demás miembros del público habían hecho lo mismo, salvo por un par de personas atónitas que seguían desperdigadas por la sala, como si hubieran perdido la razón a consecuencia del pánico.

Kaine les dio solo un par de minutos de descanso antes de volver a hablar de nuevo.

—Es bueno ver que los humanos todavía se comportan de forma razonable cuando se les pide que lo hagan. Gracias por tener en cuenta mi sugerencia. Habría sido una lástima destruir un edificio tan bonito. Descubriréis que no soy tan intolerante en cuanto veáis cómo actúo. Seguramente coincidiréis conmigo. El mundo, amigos míos, tanto virtuales como presenciales, está a punto de convertirse en un lugar mucho mejor. Algún día contaréis a vuestros nietos que estuvisteis aquí para ser testigos del principio.

Michael frunció el entrecejo. Tenía la sensación de conocer a Kaine, no solo por sus encuentros, sino por lo que compartían, porque ambos eran solo líneas de código al fin y al cabo. Aunque había algo que no encajaba. Ese no parecía el Kaine que él conocía.

—Bueno —dijo el hombre—. En este momento soy el líder del mundo: el presidente, el canciller, el primer ministro, todo en uno. Mis seguidores tangentes serán enviados a diversos puntos en los muchos países y territorios del planeta. Rendirán cuentas ante mí o serán sustituidos por tangentes con más voluntad de hacerlo. La Doctrina de la Mortalidad es algo maravilloso, queridos amigos.

Michael sintió el deseo de levantarse y gritar. Algo marchaba definitivamente mal. Tras sus dos últimos encuentros con Kaine dentro del Sueño, sabía que no se equivocaba. Sin lugar a dudas, ese tipo no era el tangente al que conocía.

El impostor siguió hablando, pero Michael dejó de escucharlo y se inclinó en dirección a Bryson.

—No es él, tío. No es él.

Bryson lo miró.

—Sí que parece un poco pasado de vueltas... ¿Qué ocurre?

—No lo sé.

—Vamos a escucharlo —sugirió Bryson—. A ver qué dice.

—... que hayan tenido que morir tantas personas —estaba diciendo el guardia, mientras su gigantesco holograma ciclópeo se dirigía al público como si fuera un dios—. Debíamos hacer una demostración de poder, asegurarnos de que supierais que podemos hacer todo cuanto sea necesario y, literalmente, convertirnos en quien fuera necesario. Pensadlo bien, si podemos hacernos de manera tan sencilla con el control de una de las cumbres más seguras del mundo, ¿qué más no seremos capaces de conseguir? Debéis descartar cualquier idea de rebelión que podáis estar barajando.

Michael no sabía cuánto tiempo más podría soportar esa farsa.

Pero entonces, una vez más, el mundo cambió de nuevo.

5

Al guardia que aseguraba ser Kaine le gustaba hablar.

—Nuestra percepción del mundo, de la inteligencia, de la mortalidad, de la vida... Cada año que pasa, todo ello evoluciona el doble de rápido que el año anterior. Nuestra comprensión de la muerte ha trascendido las creencias hasta de las religiones más optimistas, ya que vemos con toda claridad que el final de nuestro cuerpo físico no tiene por qué suponer el fin tal como lo conocemos. Aunque ahora me odiéis, eso cambiará. Con el tiempo, cuando gobernemos y os demostremos cómo...

Kaine dejó de hablar, sus palabras se desvanecieron como si hubiera olvidado de pronto un discurso memorizado. Su expresión se quedó en blanco, y el silencio se propagó entre los presentes. Michael siguió mirando, preguntándose qué estaría sucediendo, y se fijó en que al guardia le caía un hilillo de baba por la comisura de los labios. En el gigantesco holograma, la saliva apareció como una enorme franja azul y plateada y luego desapareció por debajo de la imagen.

—Pero ¿qué narices...? —murmuró Bryson, atónito.

Kaine, el guardia —fuera quien fuese—, movió la boca y volvió a hablar, pero no emitió sonido alguno. Otro hilillo de baba le cayó de los labios. Luego se le pusieron los ojos en blanco, cayó de espaldas y desapareció del holograma.

Michael se levantó de un salto justo a tiempo para ver al hombre desplomarse al suelo, y el eco sordo de la caída de su cuerpo retumbó en toda la sala. Se oyeron varios gritos ahogados y otro guardia subió de un salto al escenario y corrió junto a su compañero caído. Sin embargo, antes de que el hombre llegara a la mitad del recorrido, cayó al suelo de bruces. Se quedó ahí tendido, retorcido en un doloroso ángulo, inmóvil.

Michael seguía contemplando la escena, abrumado.

Ninguno de los guardias movió un dedo. Se quedaron mirándose entre sí. Era imposible saber quién había sido abducido por los tangentes y quién no.

La cámara estaba sumida en un silencio atronador.

Entonces Michael oyó un ruido, un ruido conocido.

«Pam, pam, pam, pam, pam». Era un ritmo constante. Un estruendo procedente del subsuelo, de algún lugar distinto al escenario, oculto en la oscuridad. «Pam, pam, pam». Eran pisadas de tacones, pasos que taconeaban con la musicalidad de un instrumento.

Entonces, desde una gran distancia, entre las sombras, apareció la agente Weber. Llegó al estrado, subió la escalera y cruzó el escenario con total tranquilidad. Los guardias se apartaron para dejarle paso, pero un hombre levantó de pronto el arma y la apuntó directamente hacia la mujer. Antes de que apretara el gatillo, cayó derribado al suelo, bajó rodando un par de escalones y acabó hecho un bulto de brazos y piernas retorcidos. La pistola rebotó contra el suelo.

La agente Weber ni siquiera detuvo la marcha.

Michael sintió que su corazón había olvidado cómo bombear la sangre, y contuvo la respiración.

Weber miró el cuerpo del guardia abatido que había afirmado ser Kaine, pasó por encima de él y se dirigió hacia el estrado. Tenía el micrófono delante. Parecía cómoda, serena, como si hubiera esperado ese momento toda su vida. En ese instante, el holograma la mostraba a la multitud de la cámara, y el InfoBlog sin duda estaría proyectando su imagen en el mundo entero.

Se tomó un instante y permitió que el impacto generado por los acontecimientos se disipara antes de empezar a hablar. Michael se obligó a respirar e intentó hacerlo con toda la profundidad y serenidad posibles.

La agente Weber se echó hacia delante unos centímetros y habló directamente al micrófono.

—No puedo imaginar la confusión y el horror que todos debéis de estar sintiendo en este instante —dijo—. No solo los que os encontráis en este auditorio, que antes fue hermoso, sino los que estáis viéndonos en todo el mundo. Lo que hemos presenciado hoy aquí es una tragedia, no cabe discusión. Sin embargo, también es un momento de esperanza para todos nosotros. Se suponía que nuestro turno de palabra era más tarde, pero, teniendo en cuenta las circunstancias, me ha parecido apropiado subir y mostraros qué hemos preparado.

Hizo una pausa y esbozó una sonrisa casi imperceptible. A continuación dijo algo que a Michael le puso la piel de gallina.

—Estad todos tranquilos. —Habló apenas con un hilillo de voz—. La SRV va a salvar al mundo de sus demonios.

El exorcista

1

Las conversaciones se propagaron por la sala en una oleada de susurros y comentarios por lo bajini. El grupo de Michael tenía las mismas ganas de hablar de lo que acababa de ocurrir. Bryson y Helga se volvieron hacia el chico, pero él levantó una mano. No quería perderse nada importante.

Información. Necesitaba saber todo lo posible. Entonces pensaría qué hacer al respecto.

—Ahora mismo os pido paciencia —dijo la agente Weber; sus palabras retumbaban por los altavoces—. Si me concedéis una minúscula parte de vuestro tiempo, se os explicará todo. Estoy aquí hoy en representación de la SRV, entidad que existe para proteger uno de los recursos más valiosos de la humanidad, la Red Virtual. Como ya sabéis, hace poco hemos sufrido la devastadora pérdida de nuestra estructura interna, lo cual ha supuesto un varapalo considerable.

Suspiró y frunció el entrecejo, de forma un tanto teatral, para escenificar lo difícil que era la situación. Michael sintió deseos de gritar. ¡Ella era la responsable de ese incidente! ¡Ella fue quien les proporcionó la Lanza!

Weber prosiguió:

—Debido a ese revés, el tangente conocido como Kaine ha logrado aplicar su programa de la Doctrina de la Mortalidad sin restricciones. En consecuencia se han instalado programas en los cuerpos de seres humanos de todo el mundo. Por desgracia, los resultados de los actos de Kaine han culminado en la sangrienta carnicería de la que habéis sido testigos hoy. Me alegra decir que tenemos buenas noticias, que ahora son incluso mejores por lo sucedido.

Asintió hacia a alguien y su holograma fue sustituido por una imagen tridimensional de una enorme sala llena de personas, cada una de ellas trabajando en un pequeño puesto con pantallas refulgentes y máquinas de luces parpadeantes. Fue una imagen tan inesperada que la rabia de Michael quedó sustituida por auténtica curiosidad.

—La SRV ha puesto a sus programadores más esforzados y eficientes a trabajar en la tarea de sumergirse en los territorios más profundos y oscuros de la Red Virtual, en un intento de desenmarañar los misterios de la Doctrina de la Mortalidad. Tras largas horas de trabajo, y con la ayuda de numerosas mentes brillantes, por fin hemos logrado revertir la ingeniería del programa y hemos conseguido bloquear la conexión que posibilita su continuidad. Por tanto, el programa tangente ha dejado de existir.

El gigantesco holograma que flotaba sobre el escenario volvió a cambiar, pasó de

la imagen de la sala de trabajadores de Weber a la de una calle, donde un hombre caminaba tambaleante por la acera y agarraba a otro por el cuello para asfixiarlo con un brazo. El agresor agitaba como loco una pistola mientras intentaba que la víctima no se zafara de él. Incluso sin sonido, estaba claro que el hombre de la pistola estaba gritando a todos los que lo rodeaban. Entonces la imagen se congeló.

—Esta fue la primera prueba del proceso —dijo la agente Weber—, que iniciamos ayer. Este hombre era un político de la ciudad de Berlín. Antes era un hombre moderado y popular, candidato a primer ministro, y esta misma mañana afirmaba formar parte de la programación de la Red Virtual. Cuando el político en cuestión tomó como rehén a este miembro de su personal, empezó a gritar a todo el que quisiera oírlo que Kaine, el..., ¿cómo lo dijo?, el «Señor de los Tangentes», le había ordenado matar a todos los habitantes de la ciudad, uno a uno, como muestra de lo que ocurriría. Consideramos este momento como una oportunidad perfecta para poner a prueba nuestro proceso. Mirad lo que ocurre a continuación.

Michael se quedó observando a Weber con detenimiento al tiempo que se preguntaba si todos los demás eran conscientes de lo terrorífico que era su plan, el plan de la SRV. Pero la mujer se guardaba una carta en la manga. El público en general no conocía la existencia de la Colmena, nadie sabía que esas personas todavía tenían una oportunidad de seguir vivas. Sí, quizá la SRV había descubierto la forma de acabar con los tangentes invasores atacando el vínculo con la Doctrina de la Mortalidad.

Pero también morirían los seres humanos.

Michael moriría. Y luego lo haría Jackson Porter.

2

Michael volvió a fijarse en la imagen holográfica de la calle alemana. El vídeo volvía a estar en movimiento. La refriega continuó hasta que el extraño hombre se detuvo, y entonces se desplomó con brusquedad. La pistola se le cayó de la mano y el agresor dejó de asfixiar a su víctima hasta que el rehén pudo zafarse. Fue como si alguien hubiera infligido un golpe en la columna vertebral del político. Yacía sin vida mientras la multitud se congregaba a su alrededor, mirándolo con asombro. La imagen volvió a congelarse y desapareció. Una vez más, el rostro gigantesco de la agente Weber reapareció en la pantalla.

—Para nuestro alivio y felicidad —dijo—, el proceso activado sirve para interrumpir de forma permanente la conexión entre el cuerpo del político y la conciencia del tangente, mediante la destrucción del programa tangente en la Red Virtual. Como habéis podido ver con toda claridad en las imágenes que os acabo de mostrar, al menos se ha salvado una vida humana, y seguramente serán muchas más.

Weber miró en torno a la vasta cámara, y se detuvo en Michael durante un

instante, lo que hizo que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo. Estaba esperando a que la agente diera la inevitable justificación de las consecuencias.

—Hemos venido hoy para presentaros estos importantes resultados. La SRV planea hacer más pruebas del proceso antes de implementarlo a gran escala. Pero los acontecimientos de este día han acelerado nuestros planes. Hemos decidido que ha llegado el momento de entrar en acción. Jamás habríamos imaginado que el delincuente más buscado se entregaría.

Levantó un puño en el aire a modo de victorioso saludo, aunque Michael no sabía muy bien a quién iba dirigido. A lo mejor a sí misma.

—Kaine, quien empezó todo esto, está muerto. Y por su propio descuido, pudimos localizar su señal y cerrar su conexión, y así acabar con él para siempre. Estamos seguros de que habrá otros que afirmarán ser ese poderoso tangente, pero confiad en mí: ya no existe. Antes de que nuestro plan para revertir la invasión tangente se haya puesto en marcha de forma oficial, hemos alcanzado nuestra máxima victoria.

Golpeó el puño sobre el atril.

—¡Kaine está muerto!

El público prorrumpió en aplausos. Se oyeron vítores y silbidos, taconeos de zapatos, todo un estruendo de aprobación. Michael no movió ni un músculo de su aura. Miró a Bryson y a Helga, quienes parecían igual de incrédulos.

—Ese no era Kaine —dijo Michael, aunque dudaba que Bryson lo oyera por el ruido. Todo aquello apestaba a gato encerrado. ¿A qué estaba jugando Weber? ¿Qué estaba tramando la SRV?

En cuanto a Weber, parecía encantada disfrutando del momento. Cuando por fin levantó los brazos e invitó a los presentes a guardar silencio, parecía reticente a abandonar su posición protagonista.

—Por favor —dijo la mujer, y lo repitió varias veces hasta que el público se calló y tomó asiento nuevamente—. Gracias. Agradezco vuestras muestras de apoyo, todos lo agradecemos, pero el momento de auténtica celebración todavía está por llegar. Nos espera una lucha encarnizada. La identificación y activación de la Doctrina de la Antimortalidad contra todos los tangentes conocidos será una ardua tarea. Incluso en esta sala, mientras hablamos, hay personas que saben que son culpables. Pero permanecen calladas, porque esperan que no las descubramos. Os aseguro que sí lo haremos. Mi gente trabaja con ahínco para asegurarse de que así sea. Y lo podréis comprobar.

Levantó una mano y chascó los dedos —sí, como si todo fuera un truco de magia de sus sueños de infancia—, y muchos guardias más se desplomaron alrededor del escenario. Los guardias que quedaban en pie retrocedieron, asustados por su posible muerte repentina.

Weber parecía encantada con los asesinatos que acababa de cometer. Dejó caer el brazo y prosiguió.

—Nuestro sistema de identificación de invasores tangentes todavía no es, ni de lejos, perfecto, pero acabáis de ver una demostración. En cuanto Kaine subió al escenario, se identificó y pronunció su discurso, mi gente en la sala estratégica pudo bloquear su conexión con la Red Virtual y acabar con ella. De inmediato empezaron a trabajar con las conexiones de los guardias y consiguieron lo que habéis presenciado. En su debido momento, pronto espero, seremos capaces de arrasar con los tangentes de todo el mundo. Esto debería persuadir a cualquier tangente de iniciar siquiera la Doctrina de la Mortalidad. Porque eso supondría la muerte. Y me refiero a la muerte real.

Michael torció el gesto al oírlo. La expresión lo hizo pensar en Sarah, a quien había perdido por culpa de esa mujer. Le costó mucho no removerse en el asiento.

—La SRV puede librar a la humanidad de esta plaga. Lo único que os pedimos es vuestro apoyo y la autoridad unilateral para hacer todo lo necesario. Y recursos: necesitamos financiación y mano de obra.

Recorrió la cámara con su mirada firme y confiada.

—Nuestro mundo ha sido invadido por demonios, amigos míos. Y nosotros somos los exorcistas. Gracias.

Una vez más, el auditorio prorrumpió en aplausos. Todo el mundo se puso en pie, salvo el pequeño grupo de Michael. Nadie se había percatado de la realidad más importante: la SRV iba a matar a todos los tangentes de mundo, y, con ellos, a los humanos. Michael no fue capaz de aguantar ni un segundo más. Se levantó, se abrió paso por la hilera de asientos hasta el pasillo, corrió hasta la salida y se dirigió hacia el portal de la antesala de Letonia.

Tenía que salir del Sueño.

3

Michael creyó que le pondrían dificultades al intentar salir de la embajada de Letonia después de lo que había ocurrido, pero los guardias se limitaron a saludarlo con cortesía cuando pasó a su lado de camino a las calles de Washington.

La niebla había vuelto a encapotar la atmósfera. Caía en cascada desde los carteles y los edificios y los coches, parecía prácticamente un ser fantasmal. Michael tenía la camisa empapada, también el pelo, y, cuando ya había cruzado tres o cuatro calles, empezó a sentirse un tanto desorientado. Las personas aparecían como por arte de magia entre la bruma, se cruzaban con él por la acera y volvían a desaparecer. No había mucha gente en la calle. El chico supuso que la mayoría estaba enganchada a los partes del InfoBlog, viendo, en bucle, la actuación de Weber.

Michael siguió caminando. Se detenía de cuando en cuando al ver una luz o al distinguir un coche, y luego seguía. También se paró para echar un vistazo a algún escaparate, como si el mundo no se estuviera hundiendo bajo sus pies. No tenía ni las

más remota idea de adónde iba ni qué haría, pero no podía regresar. No podía.

Bryson estaría furioso. Helga estaría lívida. Sin embargo, a él le daba igual. Los quería a ambos, pero no le importaba. Ya lo encontrarían más tarde, o los encontraría él. Así que siguió deambulando, mientras el germen de una idea terrible empezaba a brotar en su cabeza. No estaba listo para expresarla, para aceptar el espanto que conllevaba. Pero iba encaminado hacia ella sin poder evitarlo. Y tenía que hacerlo solo.

Siguió caminando y se dejó engullir por la niebla.

4

Cuanto más avanzaba, más vacías estaban las calles, aunque los edificios fueran más altos, grandes y modernos. Había un río cerca, aunque Michael solo lo supo por el gigantesco puente que fue asomando frente a él a medida que se acercaba. Al final ya solo veía a una persona cada cinco minutos, y empezó a anochecer. La oscuridad se sumó a la niebla, y el ambiente se tornó siniestro, letal.

Una mujer salió de una tienda y se quedó mirando a Michael con demasiada intensidad para el gusto del chico. La mujer se detuvo a medio camino y lo siguió con la mirada. Al chico se le dispararon todas las alarmas mentales. Era una tangente, debía de serlo. Michael apretó el paso y dobló un par de esquinas para asegurarse de que la mujer no lo seguía. Sin embargo, era difícil saberlo por el manto de niebla que se cernía sobre él. Siguió avanzando.

En un momento determinado se encontró delante de un hotel gigantesco. Lo que hizo que se detuviera fue el cartel de la entrada, que emitía una potente iluminación.

HABITACIONES CON SERVICIO DE NEUROCAJAS DISPONIBLES

El chico se quedó allí plantado leyendo la frase. Pero entonces, esta desapareció y aparecieron otros anuncios y mensajes sobre ofertas especiales, que se iban proyectando en bucle. Las palabras que habían captado su atención reaparecieron.

Ataúdes. En ese mismo hotel podía conseguir una habitación y un ataúd. Sabía qué debía hacer. Caminó hacia la entrada, abrió la puerta y se dirigió al mostrador de recepción. Un hombre de rostro amigable, con un perfecto corte de pelo, le dio la bienvenida, aunque no podía ocultar el nerviosismo de su mirada. Sin duda alguna había estado viendo el parte del InfoBlog.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el hombre.

Michael cogió aire y se dispuso a hablar.

—Quiero la mejor habitación que tenga, con el mejor ataúd. Hummm... Quiero decir, neurocaja. Y tengo que registrarme ahora mismo.

Michael se tumbó en la cama de su habitación y se quedó mirando al techo. Ese día las cosas parecían estar saliendo bien. Bueno, eso sin contar con la carnicería asesina que había presenciado. Había conseguido salir de la Cumbre Mundial y de la embajada de Letonia, había cruzado las calles de Washington, había encontrado un hotel con servicio de ataúdes, y luego, por si todo eso fuera poco, había conseguido una habitación con la identidad falsa que había creado hacía mucho tiempo. Para ello, había utilizado el dinero robado a los padres de Jackson Porter.

Alguien podría haberlo descubierto. Quizá estuvieran siguiéndolo. Las alarmas tal vez se hubieran disparado. Pero el mundo tenía problemas mucho más graves que solucionar en ese preciso instante. En cualquier caso, esperaba haber terminado, de una forma u otra, cuando fueran a por él.

Alguien llamó a la puerta.

Durante una milésima de segundo, el miedo lo atenazó. Pero entonces oyó: «Servicio de habitaciones». Michael había pedido casi todo lo de la carta. No había comido mucho desde esa mañana y cayó en la cuenta estando en el hotel.

Debía reunir fuerzas. Dio propina a la mujer después de que entrara con el carrito de comida humeante, cerró la puerta, echó el pestillo y puso el cerrojo. Entonces comió con voracidad empezando por las patatas fritas azules. Recordó a Sarah con cada bocado.

Pasada media hora, ya estaba desnudo y de pie junto al ataúd abierto. Había comido tanto que tenía el vientre hinchado. Se lo frotó como si fuera un amuleto de buena suerte, entró en el ataúd y se echó hacia atrás hasta quedar tumbado boca arriba. Inspiró varias veces para relajarse, más asustado de lo que deseaba reconocer.

En ese mismo instante, Bryson y Helga, junto con su Alianza Tangente, estarían barriendo las calles en su busca. A Michael no le cabía la menor duda. También estaba seguro de que estarían como locos y muy enfadados. Se sentía mal, no debería haberlos dejado así, pero necesitaba hacer aquello solo. Les pediría perdón en cuanto regresara.

Si es que regresaba.

No, cuando regresara.

Bueno, si regresaba. No tenía sentido mentirse a sí mismo.

Finalizó el programa que había iniciado en la consola exterior. Se llevó una mano a la oreja y activó su pantalla de red. Envió el mensaje escrito con anterioridad, encriptado con cinco capas de código oculto, al vínculo de conexión que el mismo tangente le había facilitado en el pasado. Si Kaine estaba ahí fuera, recibiría el

mensaje. Michael presionó el último botón, cerró los ojos y aguardó a que los mecanismos tomaran su cuerpo y lo sumergieran en el Sueño.

Geles líquidos.

Dispensadores de aire.

Neurocables.

En cuanto se activó la maquinaria, vio las palabras del mensaje que había enviado, casi como si estuvieran impresas en la cara interior de sus párpados.

KAINE:

REÚNETE CONMIGO EN LAS COORDENADAS QUE ADJUNTO.

TENGO QUE DECIRTE ALGO.

Cáncer de código

1

El Sueño se había convertido en un lugar temible.

Como el ataúd que usaba era propiedad del hotel y funcionaba gracias a los sistemas públicos, Michael debía seguir ciertas normas al sumergirse. Llegó a un portal situado en una gigantesca explanada comercial. En tiempos más florecientes, el lugar había acogido a miles de clientes diarios, que compraban, jugaban y comían allí de forma virtual. Allí hubo artistas callejeros y tangentes programados para prestar toda clase de servicios: desde barrer polvo de datos generados por fallos técnicos hasta actuar como vagabundos que pedían limosna. Todo estaba diseñado para que la plaza pareciera una auténtica ciudad.

En el momento en que se encontraba Michael, no se asemejaba en nada a lo que había sido.

Fuera lo que fuese que Weber había pretendido al engañarlos para activar la Lanza, había convertido en un caos el mundo que la SRV debía proteger. La total falta de seguridad provocada por aquella brecha había posibilitado que cualquier hacker accediera al sistema y destruyera todo cuanto se le antojara. Michael no tenía ni idea de por qué la destrucción atraía a algunas personas, aunque estaba claro que así era; la explanada comercial estaba en ruinas.

Las fachadas de las tiendas estaban derruidas o destrozadas, como si estuvieran fabricadas de plástico y las hubieran dejado fundirse bajo el sol. Algunas de ellas no eran más que una maraña de píxeles; algunos fragmentos revelaban fallos técnicos y su imagen aparecía y desaparecía de forma repentina. Tangentes abandonados deambulaban por las calles, como si les hubieran robado su programación central y los hubieran dejado vagando a su suerte. Algunos incluso parecían peligrosos, con gran cantidad de fuerza virtual pero sin consciencia, sin motivo para no arremeter contra las auras virtuales de los inocentes visitantes. Michael se mantuvo alejado de cualquiera que le pareciera remotamente sospechoso.

Una gran cantidad del código complejo necesario para crear un lugar tan real había caído en la Decadencia o fue descartado por sus desarrolladores, que tenían demasiado miedo al caos para permanecer en el lugar. Había baches en las calles y en las aceras, agujeros negros que llevaban a ninguna parte, sitios impíos sin portales; sitios de los que seguramente solo un codificador avezado como Michael lograría huir.

La primera impresión del chico al llegar había sido que se encontraba en un entorno temible, y así seguía pareciéndole. Si hubiera sido un don nadie dando un

paseíto por el Sueño, también habría estado muerto de miedo. Sin embargo, a pesar de sus habilidades, sentía temor. Se sentía seguro, pero temeroso.

Fue cruzando con cautela la explanada, encaminándose hacia algún lugar más remoto para que le resultara más fácil acceder al código hackeándolo y llegar adonde deseaba. Daba cada paso mirando donde pisaba; los daños de la zona no eran algo estático —de pronto apareció un agujero negro justo delante de él—, e iban aflorando a medida que se alejaba de la zona central de tiendas y restaurantes hasta localizar una calle secundaria que lo condujo a un callejón oscuro. Al cabo de la calle vio un tenue fulgor violeta, y supo que ese sería un buen lugar para obrar su magia.

El callejón lo engulló. La programación en la calle angosta silenció el ruido de la explanada y le hizo sentir que tenía los oídos llenos de algodón. No paró ni un segundo, se negó a que el miedo venciera a su determinación. Si había alguien capaz de gestionar la caótica Red Virtual, ese era Michael. Al menos, eso se dijo a sí mismo.

Al final llegó al punto de luz violeta. Carecía de materia o forma, no había una fuente visible. Cuando se volvió para mirar el camino por el que había llegado, no vio ni rastro de la explanada. Ni rastro de nada en absoluto.

El código estaba rompiéndose. No había mejor demostración que esa; parecía que los programadores ni siquiera hubieran intentado conseguir que el escenario de la explanada comercial evocara la realidad. Se había partido por la mitad, ya no tenía contornos visibles. Michael se encontraba, literalmente, de pie en el medio de la nada virtual.

Se sentó, cerró los ojos y se sumergió en el código.

Fue incluso peor de lo que había imaginado.

2

Si alguien le hubiera pedido que describiera el pozo negro de código roto en el que se sumergió habría dicho que estaba podrido. Imaginó las entrañas del cuerpo humano —músculos, órganos y tejidos— sufriendo una lenta destrucción provocada por células en descomposición. Entrañas corruptas y engullidas.

Todo cuanto lo rodeaba evocaba enfermedad.

Las líneas de código estaban rotas, partidas, enmarañadas a medida que las veía pasar. Los mismos componentes del código —cifras y letras de incontables alfabetos y símbolos matemáticos y físicos— no tenían una apariencia normal. Se ondulaban en las partes que se suponía que debían ser rectos, y eran rectos en las partes ondulantes. Había agujeros desiguales y comandos truncados, unidades contraídas o expandidas y con los extremos separados como amebas despatarradas.

Y eso no era todo: el fondo estaba plagado de colores, verde claro y amarillo chillón, y un naranja tan intenso que llegó a marear a Michael.

Pero debía enfrentarse a todo ello con la mente fría.

La programación en esa Red Virtual era casi como aprender a programar desde cero. Aunque, si había alguien capaz de hacerlo, ese era él. Mientras estudiaba el ciclón de sinsentidos virtuales que lo rodeaba, su mente ya empezaba a adaptarse. «Ah, ese símbolo se ha transformado en este otro; esa línea de código en realidad tiene esta función; esas tres funciones se suman a estas otras dos en cuanto se activan». Quizá fuera porque su propia esencia estaba compuesta de código, pero empezó a ver a través de la bazofia, como un niño miope que se ponía las gafas por primera vez.

Emocionado y asustado al mismo tiempo, se lanzó de cabeza a la maraña de código corrupto y confuso como no lo había hecho antes. Y eso ya era algo. Era mucho.

3

Perdió la noción del tiempo mientras trabajaba. Se había concentrado de tal manera que tenía la cabeza hecha un bombo. Sus ojos virtuales le suplicaban que parase, el dolor se le clavaba en los glóbulos como dos puñales que le agujereaban el cerebro. Pero estaba en racha, y la inyección de adrenalina que le provocaba la actividad frenética lo ayudaba a resistir.

Al final se liberó de aquello y se catapultó a sí mismo para salir del extraño callejón en tierra de nadie. Fue literalmente como un vuelo: el viento pasaba rozando junto a él y le alborotaba la ropa y el pelo. Agotado, sin aliento, se entregó a la euforia del momento. Era un cohete surcando el espacio. Sentía mariposas en el pecho y la mente ligera como el aire.

Supo cuando había llegado, al igual que alguien dormido en una habitación a oscuras sabe que han encendido una luz. Notó la superficie blanda bajo el cuerpo, oyó la brisa que agitaba las hojas virtuales de los árboles; olía a pino y a tierra.

Abrió los ojos.

La casa del árbol estaba cerca, con su aspecto tan sólido y firme de siempre. Un bosque infinito se extendía en todas direcciones, los sonidos de los insectos y las ranas y los pájaros inundaban el ambiente, aunque a un volumen más bajo del habitual. Los colores también se veían algo más tenues; quizá los árboles no fueran tan altos ni los olores tan intensos. Pero, en general, el código se veía mucho más saludable que lo que había visto hasta entonces en el Sueño.

Él mismo había creado ese lugar con Bryson y con Sarah, en las afueras de *Sangre vital*, oculto para todos menos para los avezados codificadores. Al ver la casa del árbol, con su escalera hasta la trampilla, se le partió el corazón. El dolor por la muerte de Sarah volvió a fustigarlo, y se quedó tirado sobre el manto del bosque, hecho un ovillo. La echaba mucho de menos. Todavía tenía la cabeza abotargada por

el esfuerzo que había supuesto reconstruir aquel sitio, por no hablar del esfuerzo realizado para viajar hasta allí a través de un mar de código en descomposición; pero el dolor de su corazón era mucho peor.

¿Cómo había sido capaz el agente Scott de hacerlo? De robarle a su mejor amiga.

Jamás había sentido una congoja así. Creía que Sarah siempre estaría ahí. Que seguiría con él y que eso jamás cambiaría. Era difícil aceptar el hecho de que alguien como la agente Weber siguiera viva, y que su amiga hubiera desaparecido.

Y luego estaba Kaine. Lo entendía tan poco como entendía a Weber. Solo esperaba que el tangente se presentara a la cita.

Se sentía como si pesara cien kilos, aunque al final logró levantarse y subir hasta la casa del árbol. A la casa del árbol de Sarah.

4

El tiempo pasó.

Michael se sentó en un rincón, sobre el cojín de semillas, que había sido la aportación más importante de Bryson al mobiliario de la casa. Como solían decir a menudo, el asiento tenía color de vómito. Por desgracia para Michael, le recordaba mucho al código en el que acababa de estar flotando.

Sarah había grabado su nombre en la pared que Michael tenía delante, y se quedó sentado mirándolo con apatía. Su corazón partido lo había sumido en un apagado atontamiento, y el chico permanecía inmóvil, mirando las letras del nombre de la chica, una por una. Le parecía imposible que Sarah ya no existiera. Si al menos ella hubiera sido una tangente como Michael, y Kaine jamás hubiera entrado en sus vidas, podrían haber jugado y vivido a tope y hasta siempre, hasta que la Decadencia se hubiera apoderado de sus mentes y los hubiera relegado al olvido.

Pasó más tiempo.

Al final se oyeron unos pasos: el ruido de las hojas pisoteadas bajo la casa del árbol. El chico se sentó sobresaltado y golpeó con los pies el suelo de madera. Miró de golpe hacia la trampilla.

—Michael —dijo un hombre desde abajo.

El chico se levantó poco a poco, con la precaución de no hacer ni un solo ruido. Aunque no tenía mucho sentido permanecer en silencio. Resultaba evidente que el visitante, fuera quien fuese, sabía que Michael estaba allí. La cuestión era: ¿se trataba de Kaine o de un impostor?

Michael avanzó con cautela hacia la trampilla, se echó hacia delante y miró por el hueco.

Había un hombre junto a la escalera mirando hacia arriba. Era él, Kaine, con la misma aura con la que Michael lo había visto por última vez. No el viejo decrepito de la primera vez, sino la versión más joven. Con su perfecta cabellera entrecana, la

mandíbula marcada y unos ojos brillantes de mirada inteligente. Con su traje negro de tres piezas, podría haber pasado por un atractivo hombre de negocios.

—¿Puedo subir? —preguntó.

—Ah, sí.

No era el mejor de los comienzos para la conversación más importante de su vida.

Kaine se sujetó a un peldaño de la escalerilla, como si fuera lo más normal del mundo para un hombre adulto y trajeado, y empezó a subir. Michael retrocedió cuando la cabeza del tangente asomó por el hueco de entrada, y, un segundo después, tenía a Kaine delante, plantado ante sí. Era casi treinta centímetros más alto que el aura de Michael, y su expresión resultaba del todo enigmática. No parecía enfadado, aunque tampoco demasiado contento.

Ninguno de los dos dijo nada durante varios segundos.

Fue Kaine quien habló primero.

—¿Qué estoy haciendo aquí, hijo? Te he dado varias oportunidades, pero tú siempre me has rechazado.

—Yo... —No era exactamente como lo había imaginado Michael.

—Existes gracias a mí —prosiguió Kaine—. Está claro que sabes que podría haber acabado contigo en cualquier momento. Te he estado observando mientras corrías por ahí como un perro obediente, haciendo todo cuanto ordenaba Weber. Me has dejado asombrado; incluso diría que ha sido divertido.

Michael intentó recobrar la compostura.

—Escucha...

—¿Sí? ¿Por qué estoy aquí? —lo interrumpió Kaine.

—Yo... Esto... —Michael se dirigió hacia el cojín de semillas. Estaba costándole mucho decidir por dónde empezar—. ¿Podemos sentarnos? Ya sé que eres poderoso, pero no quiero cagarla. Sentémonos y hablemos de esto sin que tengas que hacer gala de tu poder. —Michael se esforzó por no perder la calma, por mantenerse impávido.

Kaine tardó un rato en reaccionar, pero cuando lo hizo, Michael habría jurado que el tangente esbozó una ligera sonrisa.

—Tienes razón, tienes razón. —Kaine se acercó al cojín de semillas que tenía cerca y tomó asiento con la flexibilidad de un adolescente.

Michael volvió a sentarse en el infame cojín de Bryson y se acomodó.

—Y bien —dijo Kaine exagerando la entonación de paciencia—. ¿Puedo saber ya, qué estoy haciendo aquí?

Michael miró al hombre con cautela.

—¿Cómo puedo estar seguro de que eres el auténtico Kaine? Acabo de estar en la Cumbre Mundial y supuestamente te he visto experimentar la muerte real.

Kaine cruzó las manos sobre el regazo.

—Si vamos a hablar, será mejor que no perdamos el tiempo, ¿de acuerdo? Para empezar nos pondremos de acuerdo en eso. Sabes muy bien que ese fue otro de los numeritos de Weber. Me sentiría insultado si no viera en tu mirada que sabes que ese

no era yo. Después de todo lo que he hecho, me disgustaría que creyeras que hubiera podido caer en esa trampa.

—Tienes razón. —Esa vez le tocó a Michael ceder—. Pero al menos tenía que preguntártelo. No creo que nadie más hubiera logrado descifrar el encriptado del mensaje que te envié, y jamás creí que fueras tú el de la cumbre. Este eres tú.

Kaine asintió en silencio y con gesto parsimonioso.

—Bueno, ahora te lo preguntaré otra vez: ¿qué estoy haciendo aquí?

A Michael empezó a cosquillearle el pecho hasta que empezó a resollar de tal forma que le costaba respirar.

—Supongo... supongo que lo ocurrido ha sido la gota que ha colmado el vaso. Desde que empezó todo esto, desde que Weber contactó conmigo por primera vez y me envió a la Senda... me he sentido como un peón. Como un conejillo de Indias. Un cordero enviado al matadero, o como se diga. Y quiero saber de una vez por todas... ¿por qué yo? ¿Qué sentido tiene?

—¿Me has invitado para quejarte? —preguntó Kaine—. Pues tomo nota de tus quejas.

Michael se alegró del tono sarcástico de Kaine, porque eso bastó para picarlo y hacer que olvidara su nerviosismo.

—¿Lo ves? A esto me refiero —dijo el chico, y señaló a Kaine—. Estoy harto de toda esta patraña. Háblame como a una persona normal. Sabes que tengo todo el derecho a estar aquí y ser escuchado. ¡Ojalá me trataras con algo de respeto y escucharas lo que tengo que decir sin intentar intimidarme! —Cuando terminó de hablar, el chico ya estaba prácticamente gritando con el rostro enrojecido.

En honor a Kaine, debe decirse que permaneció sereno. Se limitó a encoger los hombros con humildad.

—Bien dicho —comentó—. Estoy aquí, ¿no es así? Escucharé lo que tengas que decir. Considérame loco de curiosidad.

Michael asintió, satisfecho.

—Está bien. Desde este momento pienso hacer las cosas a mi manera. Tengo muchas preguntas y también muchas ideas.

Kaine no dijo ni una palabra, pero estaba muy concentrado, con la mirada aguzada.

Michael volvió a asentir en silencio, para convencerse de que iba por el buen camino.

—Bueno, lo primero es lo primero. Quiero que me cuentes todo lo relacionado con la... la inmortalidad. Y el porqué, cuáles son los motivos que tienes para aplicarla.

Kaine cambió de postura y se echó hacia delante para acercarse más a Michael.

—Hablaré contigo, pero contéstame una pregunta: ¿por qué ahora?

Michael no lo dudó.

—Porque tú y yo tenemos que parar los pies a la SRV.

La visión

1

Michael percibió con claridad que había captado la atención de Kaine. Estaba seguro de que el tangente había llegado esperando muchas cosas, pero no esa. El chico jamás había ocultado el hecho de que lo odiaba.

Aunque, en su opinión, ahora eso no tenía importancia. Weber y la SRV tramaban algo terrible, y Kaine era el único con el poder suficiente para detenerlos. Michael debía aprovechar las capacidades del tangente de forma adecuada.

Kaine por fin habló.

—Reconozco que me has sorprendido.

—Ya lo suponía.

—Quería que colaborases conmigo desde el principio —dijo el tangente—. Eso era lo único que quería. Hay una razón para que seas el primer escogido para la Doctrina de la Mortalidad. Y hay una razón para explicar por qué he acudido a ti en más de una ocasión para pedirte ayuda. ¿Por qué, después de todo lo que ha ocurrido, has decidido de pronto aceptar mi oferta?

—Conozco la existencia de la Colmena —dijo Michael—. Sé que hay un vínculo entre los cuerpos robados por los tangentes y la conciencia sustraída a esos cuerpos y almacenada allí. Sé que se necesitan entre sí para seguir existiendo.

Si a Kaine le sorprendió aquel comentario, supo disimularlo bien.

—¿Y?

—Y ahora la SRV cree que la solución al problema que tú has creado consiste en cortar esas conexiones y permitir que ambos extremos mueran. No pienso permitir que ocurra. Por eso necesito tu ayuda.

Kaine se removió en el asiento de semillas y se puso las manos en el regazo, con la mirada fija en Michael. El chico no tenía ni idea de qué estaría pasándole por la cabeza al tangente.

—Hablas en serio, ¿verdad? —dijo por fin Kaine.

Michael no supo ocultar su exasperación.

—Sí, hablo en serio.

El tangente levantó las manos.

—Es... es todo un alivio ver que por fin has entrado en razón.

—¿Y bien? —insistió Michael—. ¿Qué sabes sobre la SRV? ¿Qué es lo que intentan conseguir?

Kaine volvió a removerse, luego emitió un suspiro de impaciencia.

—Lo siento, pero esto no funcionará. ¿Podemos sentarnos en las sillas de la

mesa?

La mesa era pequeña, las sillas eran más pequeñas todavía. Pero, si eso era lo que necesitaba Kaine para seguir con aquella reunión, eso tendría.

—Está bien —dijo Michael. Unos segundos después, estaban acomodados en la mesa, uno frente a otro.

Kaine se echó hacia delante con una mirada muy seria.

—Para empezar, deja que te diga que sí, que estoy de acuerdo contigo en lo tocante a la SRV. Han ido muy lejos, demasiado lejos, han olvidado la decencia. Pero, permíteme que te haga una pregunta, Michael: ¿por qué la Colmena? ¿Por qué me habría tomado la molestia de crear, mantener y proteger ese programa tan tremendamente complejo?

A Michael le preocupaba estar cayendo en una trampa, aunque sabía que debía responder con sinceridad.

—Porque debe existir esa conexión. Para mantener a los tangentes vivos en los humanos que los alojan.

—No. —Kaine negó con la cabeza—. Desde luego que no. Si hubiéramos querido limitarnos a reemplazar las inteligencias humanas por las tangentes, lo habríamos hecho. Habríamos descargado a los tangentes y habríamos acabado con la vida a la que sustituyen. Esa conexión de la que hablas existe gracias a la Colmena. Porque quería conservar vivos a esos humanos, y, para lograrlo, la conexión debe mantenerse entre ambos. Uno depende del otro. Es así porque yo lo programé así. A los demás... Bueno, a los demás les importa bastante poco si es de una forma u otra. Siempre han tenido sus propias razones para activar este proceso.

Michael se quedó mirándolo mientras imaginaba cosas que le resultaban difíciles de asimilar.

—¿Te refieres a...?

Kaine asintió en silencio al tiempo que empezaba a aflorar una triste sonrisa en sus labios.

—La SRV —dijo Michael.

—La SRV. Lo tengo todo pensado. ¿Estás listo para conocer la verdad? ¿Te sientes capaz de soportarlo?

El chico no pudo hacer nada más que asentir con la cabeza.

Kaine se echó hacia delante.

—Ellos me crearon, Michael —dijo el tangente—. La SRV me creó.

Kaine volvió a echarse hacia atrás, como si su cuerpo se apartase de la verdad relacionada con el código que acababa de confesar. Michael se quedó mirándolo mientras intentaba asimilar lo que había dicho y ataba cabos.

—Me crearon hace décadas —prosiguió Kaine—. Como inteligencia artificial experimental que podría tornarse cada vez más fuerte. Las mentes humanas de la SRV jamás habrían conseguido desarrollar la Doctrina de la Mortalidad por su cuenta. Ninguna mente humana lo habría logrado; es demasiado compleja. Y por eso me crearon. Además, yo era un doble valor. En cuanto crearan la Doctrina, yo sería su villano. Su malvadísimo villano.

Michael negó con la cabeza. No podía creerlo.

—¿Quieres decir que tenían todo esto preparado desde el principio? ¿Por qué? El mundo entero está sumido en el caos, ¡y la mayoría de la gente los culpa a ellos!

Kaine sacudió la cabeza, como si mirara a un niño tonto.

—Por supuesto que no estaba todo preparado. Las cosas han salido mucho peor de lo que habían planeado. No sabían que yo llegaría a estar dotado de conciencia. Que idearía mis propios planes. No sabían nada sobre la Colmena. Por eso todo ha acabado siendo más duro y ocurriendo más deprisa de lo que imaginaban. Pero, al final, han salido ganando. Cuando más decaiga tu mundo, más heroica parecerá la SRV cuando lo salve.

Michael no se encontraba muy bien.

—¿Estás diciéndome que la SRV te ha programado, te ha permitido crear la Doctrina de la Mortalidad y luego ha enviado a miles de tangentes al mundo para que...? ¿Para qué? ¿Para quedar bien en los partes del InfoBlog?

—No seas tonto —espetó Kaine—. Acabas de estar en la Cumbre Mundial. Ya sabes qué está ocurriendo. Todos los gobiernos del mundo suplican a la SRV que haga lo que sea necesario para salvarlos. Cuando esto haya terminado, la SRV será la institución más poderosa del mundo, y jamás renunciarán a ese poder. No permitirán que la amenaza decrezca para que eso no ocurra nunca. Prácticamente se puede decir que ya han ganado.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó Michael—. ¿Qué papel tienes tú en todo esto?

—¿Mi papel? —repitió el tangente—. Mi papel es ser su enemigo, al igual que lo eres tú. Es lo que planeaban desde un principio. Me han utilizado. Te han utilizado. Debes reconocer su astucia. En el momento en que nos hemos rebelado contra ellos, esa rebelión es lo que pretendían. La Colmena era mi único as bajo la manga, y ahora también han descubierto su existencia. Es una cuestión de tiempo que no tengamos nada que hacer para solucionar nada de todo eso. La SRV dominará el mundo y nosotros quedaremos anulados de una forma u otra.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Michael. Por mucho que le asqueara la idea, estaba claro como el agua que no le quedaba más remedio que colaborar con Kaine en ese aspecto.

—La clave está en la Colmena —dijo el tangente—. Todo depende de la Colmena. La SRV quiere destruirla, borrar todas las inteligencias almacenadas allí, y proclamar su victoria al afirmar que los tangentes están muertos y el mundo está a

salvo.

—Ya veo. —Michael ya había asumido que la Colmena desempeñaría un papel protagonista—. ¿Cómo les paramos los pies?

Kaine pensó durante un instante.

—Sé que tenemos mucha prisa. Y hay cosas que debemos hacer enseguida. Pero antes debo mostrarte algo. Vale mucho la pena invertir un tiempo en ello.

—¿El qué? —preguntó Michael.

—En una ocasión intenté demostrarte cómo sería tener toda la Red Virtual a tu disposición. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto —respondió Michael con la esperanza de que el tangente hubiera captado el sarcasmo. Jamás olvidaría la sensación de estar pegado a ese haz de luz violeta y el viaje a través de los innumerables programas contenidos en el Sueño.

Kaine se encogió de hombros como queriendo decir: «Quien algo quiere, algo le cuesta».

—Bueno, digamos que no fue muy efectivo ni contigo ni con tus amigos, por eso voy a mostrarte la otra cara de la moneda. Voy a mostrarte cómo será el mundo, el mundo real, el de los seres de carne y hueso, cuando cambie para siempre.

Michael inspiró con fuerza.

—Vale.

—Prepárate para alucinar.

Todo cuanto los rodeaba desapareció y dio paso a la oscuridad.

3

Michael se sintió catapultado hacia la oscuridad del espacio. Ante él, un planeta gigantesco ocupó medio campo de su visión: una esfera más brillante y más redonda que la Luna. Kaine se encontraba a su lado, mirando con los ojos abiertos como platos, maravillado. El chico iba a decir algo, pero se calló, porque decidió en cambio observar con detenimiento el cuerpo celeste que tenía absorto al tangente.

Cuando el chico se volvió hacia la esfera se dio cuenta de que no era en absoluto un planeta.

Era un feto humano, formado casi del todo, en el interior de una esfera cristalina que irradiaba una luz pulsante. Los bracitos del bebé y sus piernas pequeñas estaban doblados alrededor del cordón umbilical; tenía unos enormes ojos azules abiertos que parecían más inteligentes de lo que era normal en esa fase del desarrollo.

—Tú fíjate en eso —dijo Kaine en voz muy baja pero con claridad—. La vida. Es un milagro. ¿No te parece? Un grupo de células que se reproducen con una precisión tal que se convierten en lo que eres ahora. Una persona completa, que camina, habla, corre, salta, come, baila, duerme. —Se volvió para mirar a Michael—. Hay tantas cosas que los humanos han experimentado y nosotros no... Desde este sencillo estado

del nacimiento hasta la pubertad: piernas rotas y rodillas despellejadas, la sensación del sol real calentándote la piel. Hasta la Doctrina de la Mortalidad, ningún tangente había tenido la oportunidad de saber qué se siente al ser de carne y hueso. Pero ahora hemos logrado experimentarlo en parte. Es hermoso. Dime que no estás de acuerdo.

Michael se quedó patidifuso por la extraña forma en que el tangente había formulado la pregunta.

—¿Que no estoy de acuerdo...? ¿Con qué?

—Ahora habitas un cuerpo humano real —reformuló Kaine—. Dime que no es algo hermoso.

Michael se encogió de hombros y volvió a mirar la matriz gigantesca y flotante.

—Lo que yo piense da igual. O lo que tú pienses. O lo que piense cualquiera. No está bien. No se puede ir por ahí robando la vida a otras personas.

—Exacto —dijo Kaine—. Tienes toda la razón.

—Ah, ¿sí?

Kaine asintió.

—Yo no quiero robar la vida a nadie, Michael. Era la SRV la que quería hacerlo. «Daños colaterales» es la expresión que utilizan para acallar sus conciencias. Pero yo adquiriré mi propia conciencia antes de que empezaran a sospecharlo siquiera, y adopté una visión más amplia de la situación. Mucho más amplia, muchísimo. Por eso creé la Colmena. Jackson Porter sigue vivo y coleando. Vivo del todo. Tú no le has robado la vida.

Michael entornó los ojos al oírlo.

—Venga ya. Le hemos robado el cuerpo. ¿Qué diferencia hay? ¿Te gustaría pasarte el resto de la vida flotando en el interior de un mejunje naranja?

Kaine rio.

—Michael, te lo juro. No paras de decir justo lo que prueba cuanto te digo. ¿Cómo crees que era toda tu vida antes de descubrir que eras un tangente? Respóndeme a eso.

—Yo... Estaba vivo, a mi manera. No conocía nada distinto, así que no me importaba.

Kaine parpadeó con fuerza, alzó las manos y de pronto la matriz con dimensiones planetarias desapareció, y la pared curva de la Colmena se formó ante ellos, con sus numerosas órbitas naranjas de luces pulsantes y brillantes.

—No se trata de que hayamos abducido sus cuerpos y los hayamos metido en una caja —dijo Kaine—. No son distintos a ti en tu condición de tangente. Considera la Colmena como un ataúd virtual. Todos tendrán acceso a un aura, experimentarán la Red Virtual. Sí, su esencia está almacenada aquí: su inteligencia, sus recuerdos, sus personalidades; todo cuanto los convierte en lo que son. Pero en tu caso era lo mismo. Cuando no eras más que un programa, también estabas almacenado en un sitio. Aunque eso no limitaba tus acciones. En cualquier caso, hacía todo lo contrario. Que es la razón por la que intenté mostrarte las maravillas disponibles en los mundos de la

Red Virtual. Si te desprendieras de los escollos de tu estrechez de miras, serías capaz de entender lo grandiosa e infinita que es mi visión del futuro.

Michael no pensaba tragárselo.

—Pero lo hiciste en contra de su voluntad. A mí me hiciste lo que me hiciste en contra de mi voluntad. Y me da igual lo maravilloso que creas que es el Sueño, no tienes derecho a robar a Jackson Porter a sus padres y a sus amigos y meterlo en una caja naranja.

Kaine lanzó un suspiro.

—Pasito a paso. Jamás he dicho que sea un santo. Pero, algún día, cuando la Doctrina de la Mortalidad esté funcionando en su totalidad según mi visión de las cosas, me lo agradecerán y también a las personas que se han sacrificado para ponerla en marcha.

—¿Por qué? —preguntó Michael—. ¿Por qué iban a agradecértelo?

—Porque todo el mundo será más feliz. El dolor por la muerte será erradicado.

—Me parece la visión de un fanático —dijo Michael, quien empezaba a bullir de rabia por dentro—. Como si quisieras convertirte en un dios.

—Estás empezando a ofenderme —dijo Kaine con tanta serenidad que hizo callar a Michael—. Intento ser razonable y hablar sobre esto con profesionalidad. Al menos mantén una mentalidad abierta para tomar una decisión informada. He acudido aquí porque tú me convocaste, y me has pedido ayuda. Creo que merezco un poco de respeto a cambio.

Con cada palabra que pronunciaba, a Michael le recordaba cada vez más al Kaine de antes. El que intentaba matarlo siempre. A lo mejor todavía no estaban listos para ser sinceros del todo.

—Está bien —dijo Michael—. Lo siento. —Solo quería terminar con aquella farsa y conseguir que Kaine fuera su aliado hasta que ya no lo necesitara.

El tangente se quedó mirándolo con detenimiento un instante, y prosiguió:

—Voy a enseñarte cómo funciona el proceso, cómo funcionará, y luego te dejaré decidir. Confío en que, antes de lo que crees, empezarás a ver las cosas desde mi punto de vista.

Kaine no esperó a que el chico respondiera. La Colmena desapareció, y, una vez más, Michael fue abducido.

Pasó volando por encima de una casa, una modesta estructura de una sola planta con garaje para dos coches. El césped era de un verde intenso y los setos estaban pulcramente podados. El sol bañaba la escena como un foco reflector. Michael miró a su alrededor y se dio cuenta de que no tenía cuerpo; estaba allí, pero no estaba. Tampoco veía ni rastro de Kaine. Estaban mostrándole la visión en cuatro

dimensiones más avanzada, una experiencia de inmersión completa. Michael veía, olía y lo sentía todo.

Un coche entró por el camino de la casa y se detuvo delante del garaje. El sol se reflejó en la luna delantera mientras el vehículo aparcaba por debajo de Michael. De pronto, el aspecto del chico cambió, y se deslizó hacia abajo con fluidez, hacia la puerta del acompañante, que se abrió en cuando dejó de moverse. Un hombre y una mujer salieron del coche; la mujer sacó a un bebé del asiento trasero. Era una niñita monísima, que hacía gorgoritos y movía los dedos.

Kaine habló a Michael por telepatía.

—Un bebé. Recién llegado a la gloria del mundo que conocemos como Tierra. Qué futuro tan luminoso. Qué padres tan buenos. Todo parece perfecto. Salvo por una cosa, si lo piensas de verdad y te lo miras desde una perspectiva eterna.

—¿Qué cosa? —preguntó Michael.

—La niña morirá —respondió Kaine—. No importa lo que haga, ni lo que haga nadie. Morirá. Si tiene suerte, vivirá hasta la expectativa media y morirá a los noventa. Y eso después de vivir durante un tiempo dentro de un saco de frágil osamenta. ¿Te parece divertido?

Michael solo podía responder una cosa.

—No.

—Gracias por tu sinceridad —dijo Kaine—. Pero cambiemos el futuro de esta niña y, durante el proceso, conseguiremos que cada despertar en su vida sea mejor, porque sabrá, con total certeza, que jamás va a morir.

La mujer y su marido estaban dirigiéndose hacia la puerta de entrada, jugueteando con la pequeña en brazos, mientras le llenaban las mejillas de besos. Michael los miró mientras entraban hasta que la puerta se cerró de golpe tras ellos.

—¿Cómo? —preguntó el chico—. ¿Cómo conseguirás que esa niña viva para siempre?

—Fácil —respondió Kaine—. Vamos a dar un salto adelante.

La casa se evaporó en miles de partículas de polvo y desapareció de su vista en un torbellino, y fue sustituida de inmediato por un gimnasio escolar: había carteles en las paredes y cientos de estudiantes, inquietos, sentados en las gradas. En lugar de celebrarse algún partido en la pista, había una plataforma alargada instalada en el centro del campo, sobre la que descansaba una hilera de quince ataúdes.

En el centro, de cara a los ataúdes, había una mujer de pie sobre un podio. Llevaba una camisa azul con un símbolo bordado en el bolsillo derecho: una D y una M en la parte superior izquierda de una barra en diagonal, y una V y una I en la parte inferior derecha. La barra terminaba en una punta de flecha, y señalaba siempre hacia arriba.

La mujer hablaba por un micrófono.

—Os agradecemos muchísimo que hayáis decidido participar en la Iniciativa de la Doctrina de la Mortalidad. Es una decisión de la que jamás os arrepentiréis, por el

resto de la eternidad. Los siguientes cincuenta años de vuestra vida estarán llenos de aventuras y maravillas imposibles de describir o imaginar. La Colmena de la Red Virtual es como la realización infinita de vuestros sueños, y nosotros, en Vida Interminable, estamos impacientes por que nos contéis vuestras experiencias. ¿A que es emocionante?

Hasta el último estudiante presente aplaudió y lanzó sonoros vítores durante largo tiempo, aunque más de uno parecía bastante asustado. Michael no estaba seguro de qué estaba presenciando, pero podía hacerse una idea bastante clara. Le daba la sensación de estar siendo testigo del principio del Apocalipsis.

La mujer permitió que la ovación se prolongara durante un minuto antes de pedir silencio.

—Todos habéis sido informados y está todo bajo control. Mientras realizáis vuestro viaje de cincuenta años a la Red Virtual, recordad que no tenéis ni el más mínimo motivo de qué preocuparos. Disfrutad de la experiencia al máximo; aprended, creced y experimentad el universo. Y cuando haya llegado vuestra hora, tendremos a la siguiente generación de huéspedes humanos esperándoos, emocionados por iniciar su fase en la Red Virtual. Todo está pensado. Vuestra única misión es acoger la inmortalidad y dejar vuestra huella en ella. Y ahora ¡basta de hablar y empecemos!

Se oyeron más aplausos tras esas palabras, y los estudiantes empezaron a levantarse de las gradas y a colocarse en fila, guiados por adultos que llevaban la misma camisa que la oradora. El símbolo DM/VI quería decir claramente DOCTRINA DE LA MORTALIDAD/VIDA INTERMINABLE. Michael se estremeció al caer en la cuenta.

Las primeras personas de cada fila fueron conducidas a los ataúdes, donde les entregaron una especie de chip de datos y luego se tumbaron en el dispositivo abierto. Iban vestidos de pies a cabeza, aunque Michael jamás lo hubiera estado al elevarse. Sin embargo, el chico ya había imaginado que aquellos estudiantes —la mayoría de ellos de su misma edad— estarían poco rato en los ataúdes.

Las personas con las camisas azules se pusieron a trabajar en las pantallas de control situadas en el exterior de las neurocajas, y las tapas no tardaron en cerrarse con una sincronización casi perfecta. Con una serie de golpes secos, todas se cerraron herméticamente y las luces empezaron a parpadear sobre ellas. Los operarios retrocedieron y sonrieron con calidez a los que observaban y esperaban.

—¿Ves sus caras de alegría? —preguntó Kaine—. ¿Su expectación y su anticipación? Si pudieras ver en el fondo de sus miradas, descubrirías que no hay ni rastro de duda, ni de esa perturbación que experimentan los humanos de hoy en día por su destino ineludible. La inevitabilidad de su muerte, ya sea en cinco, diez o cincuenta años. Eso desaparecerá en cuanto mi visión esté completa. Ahora mira y verás qué ocurre.

El gimnasio al completo se convirtió en un borrón, los colores salieron disparados hacia atrás y hacia delante y se fusionaron. Luego la escena volvió a la normalidad

con total nitidez. Michael miró hacia abajo y los ataúdes se habían abierto, y los mismos chicos que habían entrado en ellos estaban saliendo. Aunque había algo muy distinto en ellos. Parecían desorientados, como si no tuvieran ni idea de dónde estaban ni de cómo habían llegado hasta allí. Los operarios con las camisetas azules los agarraron del brazo y los ayudaron a salir de sus plataformas temporales, para entregarlos en brazos de otras personas que los iban sacando del edificio. Michael ignoraba adónde los llevarían. Los estudiantes que estaban esperando ya estaban introduciéndose en los ataúdes vacíos.

—Y así funciona —dijo Kaine—. O así funcionará. Una generación tras otra, nacidos en un cuerpo y transformados por una experiencia de la Red Virtual indescriptible durante cincuenta años, luego son reinsertados en la siguiente generación de humanos listos para iniciar una Vida Interminable. Gracias a la inmortalidad, a una educación y crecimiento infinitos, nuestros niveles de tecnología evolucionarán a velocidad supersónica, justo a tiempo para que conquistemos otros planetas y estrellas más allá de los que ahora conocemos. Siempre realimentando la especie humana, en la que nadie volverá a morir nunca más.

Michael cerró los ojos para concentrarse.

—Entonces, esos cuerpos del gimnasio... ¿Han sido reemplazados por los de otras personas que llevan cincuenta años en la Red Virtual? Quiero decir, sé que esto es un simulacro, pero ¿es lo que va a ocurrir? ¿Y cuando se hagan mayores? Morirán. No puedes evitarlo.

—Oh, sí podemos evitarlo —respondió Kaine—. Cuando esos cuerpos ahora ocupados por otra inteligencia cumplan sesenta y cinco años, su inteligencia será descargada de nuevo en la Colmena. Volverán a experimentar otros cincuenta años dentro del Sueño, harán lo que les plazca, aprenderán y crecerán incluso más. Los cuerpos que regresen a la Tierra serán congelados y almacenados, y seguramente no volveremos a usarlos. A menos que, por supuesto, algún día descubramos otra forma de alargar la vida de forma significativa. Pero la clave es que nadie volverá a morir, jamás. O estarás en un cuerpo real, o estarás vivo, incluso más en cierto sentido, dentro del Sueño.

—¿No te quedarás sin huéspedes humanos?

—Por supuesto que no. La gente seguirá teniendo hijos. A lo mejor hay que ampliar el tiempo de espera dentro del Sueño. Incluso clonaremos cuerpos si nos vemos obligados a hacerlo, cuando la tecnología esté lista. No hay problema.

—¿Qué pasa con los accidentes? —preguntó Michael—. ¿Con los infartos? ¿Y si alguien te asesina? Entonces ¿qué?

Kaine respondió con un tono que hacía pensar que esperaba esa pregunta con impaciencia.

—Esas seguirán siendo tragedias, pero no pérdidas totales. Siempre puedes regresar a tu última descarga conocida en la Red Virtual. O, si puedes pagarlo, tienes la posibilidad de entrar cada año, cada semana, cada día, lo que más te convenga, y

actualizar tu conciencia. Tus recuerdos, tu conocimiento, toda tu existencia. Si sufres una muerte prematura, regresarás a tu última versión. Está todo pensado. Es algo así como guardar una copia de seguridad de tu trabajo.

Michael abrió los ojos, pero no vio nada. En algún momento habían regresado a la oscuridad. De forma instintiva levantó una mano para tocarse la cara, pero no tenía ni manos ni brazos. Como si se hubiera convertido en una parte del Sueño.

—Tengo más que mostrarte —dijo Kaine, y el chico se sobresaltó—. El futuro es un lugar de puras maravillas, Michael, y quiero que estés a mi lado.

Michael se quedó de piedra, se sentía tan deshecho como su ser virtual. Kaine lo asustaba de muchas formas. No sabía cómo interpretar la situación. Optó por la alternativa más segura y no dijo nada.

—Pero tendrá que esperar —dijo Kaine tras un largo silencio—. Algo está ocurriendo. Algo terrible.

—¿Qué? —preguntó Michael, sorprendido del cambio repentino de tema.

—Nos han encontrado. No sé cómo, pero nos han encontrado.

Capas negras

1

La oscuridad se tornó niebla, luego bruma que giraba como un torbellino alrededor de Michael. El chico miró hacia abajo y se vio los brazos y las piernas. Su cuerpo reaparecía, como si alguien estuviera vertiendo su materia en un molde invisible. La bruma fue evaporándose, y al final apareció el interior de la casa del árbol, borroso al principio para ir solidificándose poco a poco. Michael y Kaine estaban sentados en las dos mismas sillas que cuando partieron, antes de que empezara la visión.

—¿Quién nos ha encontrado? —preguntó Michael enseguida sin inmutarse ante la extraña transformación.

Kaine se llevó un dedo a los labios escudriñando la habitación con la mirada. Luego se inclinó para acercarse al chico y así poder susurrarle.

—Hay más tangentes en mi contra que a mi favor. No sé si la SRV los ha programado o qué, pero ya has conocido a muchos de ellos. Tienen un don para saber siempre dónde estoy exactamente. Y son un fastidio, Michael. Un fastidio.

Michael enseguida pensó en las personas del bosque, las del exterior del barracón donde Helga había establecido su Alianza.

—¿Eran los que...?

—Sí —respondió Kaine de forma tajante, aunque hablaba en voz baja—. Esos mismos. Nadie te lo pone fácil, siempre anteponen la fuerza a la razón. —Estaba a punto de decir algo más, pero un ruido lo hizo callar.

Se oyó un gemido agudo en el exterior, como si se hubiera levantado una tempestad repentina. Se intensificó hasta tal punto que a Michael le dolieron los oídos. Era como un silbato ultrasónico para perros, aunque por encima del umbral de audición percibido por los humanos. Se tornó más potente, como el chillido de unos ángeles torturados. La casa del árbol crujió y se tambaleó. Una sustancia negra y aceitosa empezó a filtrarse por las grietas de la madera de la ventana, penetrando en la casa como el humo. La atmósfera se estremeció y de pronto la oscuridad se fusionó y proyectó sombras que sobrevolaban el espacio que envolvía a Michael y a Kaine.

—No te muevas —dijo el tangente mirando a Michael a la cara—. Me conocen demasiado. Saldremos de esta, pero debemos actuar con astucia.

—¿Qué está pasando? —susurró Michael.

—Tú mira y haz lo que yo haga.

El chico sintió un escalofrío por la espalda. Con toda la lentitud que pudo, se volvió para ver al ser situado junto a él. Había adoptado una forma nítida, junto con muchas otras figuras sombrías, cubiertas con capas negras que le ocultaban los

hombros delgaduchos, agitadas por un viento invisible. Sus capas ondeaban y las figuras rebotaban ligeramente. Subían y bajaban, subían y bajaban; eran unas ocho y formaban un círculo, esparcidas a lo largo de las paredes. Como cadáveres de oscuridad en suspensión. No habían emitido un solo ruido.

Michael tenía muchas ganas de salir corriendo. Kaine estaba sentado frente a él, con estoicismo y quietud, sin mirar nada en concreto. Estaba claro que no miraba a sus visitantes. Parecía que se hubiera quedado en coma.

Uno de los seres descendió desde el otro lado de la habitación y se detuvo a unos centímetros de la nariz de Michael. El chico notó que se ponía lívido y se pegó con todas sus fuerzas a la silla para reprimir un grito.

—No te... muevas... —dijo Kaine, con un hilillo de voz casi imperceptible.

Michael intentó concentrarse en la criatura que flotaba delante de él, pero era como intentar atrapar una sombra en una noche sin luna. La silueta negra que flotaba ante él se movía y se tornó un vacío imposible e impenetrable. Un agujero negro. Michael se preguntó si estaría a punto de ser succionado para siempre.

Succionado. Recordó a los KillSims creados por Kaine. Devorando las vidas de sus víctimas, succionándolos hasta dejarlos secos, dejando sus cuerpos reales en el Despertar, en coma o prácticamente vegetativos. Fuera lo que fuese aquello, se parecía a los KillSims. Entonces, un nuevo movimiento de la cabeza abisal del ser lo dejó de piedra.

Se le había formado una abertura. Se ensanchó como una boca. Por primera vez, el chico vio algo que no era negro, lo que hacía que el creciente agujero resultara más visible. Eran cosas alineadas en dos hileras, blancas y afiladas y cortantes, con gotas de color rojo en las puntas.

Dientes.

2

La criatura se acercó más a Michael, con esas fauces sangrientas abiertas en un ángulo imposible. Un hedor espantoso emergía de la boca del ser, pútrido y maloliente. Michael imaginó los restos de comida en mal estado: fragmentos de alimañas metidas entre los dientes, pudriéndose. Descomponiéndose. Era el olor de la muerte, simple y llanamente.

Michael desvió la mirada, intentó concentrarse en la mirada de Kaine, quien estaba mirándolo con una estricta orden expresada de forma tácita en sus ojos: «No te muevas».

La criatura emitió un rugido grave, gutural, primitivo. Michael vio con su visión periférica que el monstruo estaba a punto de devorarle la cabeza. El olor era nauseabundo, y el chico tuvo que esforzarse por no vomitar.

Pero entonces de alguna parte, de todas partes, llegó un susurro. Como una

espada raspando huesos secos.

—No... te resistas. Sé parte de nosotros. Kaine es... irrelevante. Sé... parte de nosotros. Kaine es... irrelevante. Nosotros... somos uno. —Era la voz de un espectro.

Una nueva vaharada de aliento fétido bañó al chico, y las puntas de las fauces de la criatura le rozaron la frente. Michael ya no podía estar quieto ni un segundo más. Con un estallido de energía, se movió con brusquedad.

Agitó el cuerpo, levantó el codo y golpeó un costado de la cabeza de la criatura, justo en la comisura de aquella boca enorme. El ser chilló, fue un ruido horrible, con un volumen mil veces más alto que su susurro. Al volverse para alejarse del chico, los otros seres oscuros se movieron como en un enjambre y llenaron el mundo de oscuridad. Manos amorfas le desgarraron la camisa, las piernas, los brazos, y lo levantaron por los aires. Michael intentó zafarse, pero lo tenían sujeto con fuerza y tiraron de él hasta llevarlo casi al techo.

—¡Kaine! —gritó Michael—. ¡Ayuda!

—Te he dicho que no te movieras —dijo el tangente tras lanzar un suspiro, como si estuvieran jugando a algún juego.

Michael abrió la boca para gritar, pero antes de poder pronunciar una sola palabra, las criaturas lo lanzaron con violencia. Su cuerpo salió disparado como por un cañón e impactó contra la pared programada de madera de la casa del árbol y la atravesó. Los fragmentos de madera volaron alrededor del chico mientras caía al vacío. El mundo giraba a su alrededor, y, azotado por el dolor, cayó contra un árbol para acabar en el suelo, a los pies de sus gigantescas raíces.

Por fin emitió un grito profundo. Sintió como si se hubiera lesionado varios órganos y se hubiera fracturado incluso más huesos. Rodó hasta quedar hecho un ovillo, incapaz de saber qué parte del cuerpo le dolía más, y cerró los ojos. Los abrió justo a tiempo para ver cómo las siluetas negras salían por el agujero abierto en la casa del árbol y descendían sobre él como murciélagos gigantes.

A pesar del dolor, logró incorporarse apoyándose con las manos y las rodillas. Apenas había conseguido levantarse cuando las manos invisibles volvieron a apresarlo. Lo levantaron de nuevo, lo hicieron dar vueltas en el aire y lo lanzaron. Se le puso en el estómago en la boca al salir despedido, pasó volando entre ramas y hojas, que le cortaron la piel como cuchillas. Impactó de cabeza contra una rama demasiado gruesa para romperse, y luego volvió a caer, no sin antes llevarse varias ramas por delante. Vio las estrellas, y el cuerpo le ardía de dolor.

De golpe volvió a caer contra el manto del bosque, y el viento le azotó en el pecho. Se tumbó de costado, seguro de que tenía todo el cuerpo roto. Incapaz de moverse, se quedó mirando las agujas de los pinos y las hojas en descomposición sobre las que estaba tumbado. Los árboles parecían elevarse sobre él como el público que lo contemplaba, señalándolo con sus largas y nudosas ramas, negándole su ayuda. El chico solo sentía dolor y sabía que, aunque pudiera elevarse antes de que esos nuevos KillSims succionaran su vida digital, su cuerpo en el Despertar también

sería víctima de una auténtica agonía.

Las figuras negras volvieron a aparecer en la distancia, esquivando los árboles, girando a izquierda y derecha. Todavía llevaban la boca abierta, con sus dientes afilados, listos para devorar al chico. Michael estaba tan dolorido que no podía invocar el código, ni siquiera podía verlo. Tenía la cabeza como una pizarra en blanco, le costaba mantenerse consciente. Tenía ganas de vomitar. Le daba verdadero pavor moverse, por si aquellas criaturas volvían a levantarlo por los aires, pues ya no sería más que un saco de huesos y arcilla moldeable, listo para que los KillSims hicieran con él lo que se les antojara.

Uno de ellos se le puso justo entre los ojos; su capa negra rozaba el manto del bosque. Descendió, y la prenda formó una estela circular en la base. Parecía un agujero en lo más profundo y oscuro del espacio. Entonces vio su rostro, sin ojos, con la boca abierta de par en par y aquellos dientes resplandecientes por el rayo de sol que se había colado de pronto entre los árboles.

—Eres... el Primero. —Las palabras salieron de su boca con una vaharada de hedor putrefacto—. No te resistas... Sé parte... de nosotros. —Las fauces se separaron aún más, y la boca se acercó al chico—. La última... pieza... de nuestro rompecabezas.

Alguien golpeó a la criatura por la espalda y esta se convirtió en un borrón en blanco y negro. Impactó contra el árbol más próximo y explotó hasta transformarse en bruma negra. Michael levantó la vista y vio a Kaine de pie; sujetaba un palo enorme en las manos, como un bate de béisbol. Golpeó a otro KillSim cuando este descendió para reemplazar a su hermano, lo golpeó y lo hizo pasar por una abertura entre los árboles hasta que se perdió de vista.

—Levántate —ordenó el tangente al chico—. No puedo hacer esto solo.

Michael no estaba muy seguro de si podría levantarse, pero logró ponerse en pie a duras penas, gimiendo de dolor. Los KillSims de capas negras los rodeaban.

—No tengo arma —dijo Michael con los dientes apretados.

—Pues utiliza las manos. No hagas que me arrepienta de convertirte en parte de mi futu...

Dos criaturas llegaron volando hasta situarse frente a ellos antes de que Kaine pudiera finalizar la frase. El tangente se movió tan rápido que levantó una corriente de aire que removió el pelo a Michael cuando el rostro del monstruo impactó contra la madera. Se oyó el rechinar de unos dientes y se formó una arenosa nube de polvo negro cuando la criatura se desintegró. La materia de la que estaban hechas las criaturas no tenía ningún sentido.

Michael apenas tuvo tiempo de levantar las manos antes de que otro KillSim se le echara encima. El chico lo agarró por las comisuras de la boca, tiró de su cuerpo y lanzó al ser con todas sus fuerzas. La criatura emitió un chillido grave y apretó las fauces de golpe en el último segundo, con lo que estuvo a punto de pillarle los dedos a Michael. Pero el chico lo logró. El ser aterrizó en el suelo a unos seis metros de

distancia.

Algo agarró a Michael por detrás y lo levantó por la camisa. Kaine intentó golpear al atacante, pero falló, y el extremo de su palo le desgarró la piel a Michael. El chico salió volando por los aires, catapultado una vez más, y ascendió hasta impactar contra una gruesa rama. La rodeó a toda prisa con los brazos antes de volver a caer al suelo.

Kaine estaba justo debajo, agitando el arma como un bateador de béisbol desquiciado. Logró dar a una criatura, y otras dos se echaron sobre él. Pero, de algún modo, conseguía permanecer de pie, volviéndose y agachándose mientras seguía bateando a los monstruos. Michael vio a otro KillSim —o tal vez fuera el que acababa de lanzarlo hasta el árbol— que lo miraba con su rostro sin ojos y la boca abierta de par en par. Entonces se impulsó en dirección a Michael.

El chico saltó hacia la siguiente rama, y hacia la siguiente, descendiendo sin pausa en dirección al manto del bosque. La criatura se lanzó tras él dando saltos de rama en rama. Michael bajó de un salto los últimos tres metros y cayó rodando al suelo. Logró ponerse en pie como pudo y empezó a correr, pero se detuvo cuando vio algo tan inesperado que olvidó durante una décima de segundo que estaban persiguiéndolo.

A unos tres metros, más o menos, tres auras se encontraban de pie junto a un árbol, mirándolo.

Bryson, Helga y Gabby.

3

El caos proseguía, solo que ahora había fragmentos de conversación intercalados en aquella locura.

—¿Por qué nos has dejado? —le preguntó Bryson a gritos, con la expresión demudada por la rabia.

Michael estaba a punto de explicárselo cuando otro KillSim lo agarró por la camisa y tiró de él para lanzarlo por los aires. Envueltos por la oscuridad vaporosa, ambos salieron volando, y el chico se rasguñó con las ramas y las hojas. A Michael le sangraba la piel con cada arañazo y le escocía con cada nueva herida. Intentó pelear con el KillSim, pero la criatura lo tenía agarrado con fuerza, y ambos ascendían dando vueltas en dirección al cielo.

Salieron disparados de entre las copas de los árboles hasta un cielo de código roto. Parecía un océano tempestuoso cubierto de detritus. El chico volvió a luchar contra el KillSim y le gritó:

—¿Qué quieres? ¡Déjame bajar!

La criatura lo ignoró, lo tenía como apresado por unas tenazas, mientras iba ascendiendo cada vez más alto. Michael se retorció para poder ver la cara al

monstruo, pero no vio más que manchas de oscuridad.

—¡Suéltame! —gritó Michael.

El KillSim obedeció y soltó a Michael. El chico se precipitó al vacío y notó como se le ponía el estómago en la boca. Aleteaba y pataleaba, caía en picado, y el viento le desgarraba la ropa. Vio como la cúpula de denso follaje se acercaba a él a toda velocidad y la atravesó, luchando por inspirar una bocanada de aire. No entendía por qué no le habían succionado la vida. A lo mejor querían destruir su aura, hacerla pedazos. A lo mejor sería más fácil acabar con él si no era capaz de presentar batalla.

Michael sintió una curiosa tranquilidad a medida que el verde follaje de abajo se aproximaba a él. ¿Por qué tantos tangentes se habrían rebelado contra Kaine? ¿Para qué necesitaban a Michael?

Algo salió disparado por la bóveda del follaje y provocó una explosión de hojas y ramas a su paso. Era Gabby, con una especie de mochila autopropulsora en la espalda, con dos llamaradas azules que ardían como cohetes. Se puso a la altura de Michael, ajustó su velocidad de caída a la del chico, lo agarró y lo abrazó con fuerza. El rugido del motor de la mochila era como el rugido de una bestia gigantesca.

Michael rodeó con los brazos a Gabby con la precaución de no tocar las llamas de los propulsores ni la parte caliente del motor. Se sentía tan aliviado que olvidó la ansiedad de la persecución.

—¿Qué es esto?! —gritó Michael.

—Lo único que he podido conseguir con el código —respondió Gabby, y luego añadió—: Sí, se me da de maravilla. Vamos, los demás siguen ahí abajo. —Se volvió y aceleró el motor, y pasaron volando por el mismo agujero que había abierto el primer KillSim, una vía directa a través de la bóveda del follaje y los árboles—. ¡Ya recibirás más tarde tu castigo por habernos abandonado! ¡Bryson está que trina!

—Vale.

El suelo estaba cada vez más cerca, se aproximaban tan rápido que Michael cerró los ojos sin poder evitarlo. En el último segundo, Gabby redujo la velocidad de los motores y descendió con lentitud; aterrizaron con un suave golpe sordo. Michael no tuvo tiempo de valorar las habilidades de Gabby, porque los KillSims se abalanzaron sobre ellos en cuanto tocaron tierra. El chico vio de reojo a Helga luchar contra varias criaturas, con lo que parecía una espada alargada de potente luz. Bryson se encontraba junto a ella, con una pistola generada por un código bastante básico. Kaine corría entre los árboles y seguía golpeando a los capas negras con su poderosa vara.

«El mundo se ha vuelto loco —pensó Michael—. El mundo entero se ha vuelto loco».

Los KillSims llegaron hasta ellos con sus tentáculos de oscuridad. Justo antes de que los alcanzaran, Gabby aceleró su mochila propulsora y volvió a elevarse junto a Michael para dirigirse hacia sus amigos. El chico se volvió y vio que tres de las criaturas chocaban entre sí y levantaban una nube de neblina negra, con volutas de

humo blanco en su interior. Cuando Gabby aterrizó, apartó de una patada a un KillSim que pretendía atacar a Helga; Michael se abalanzó con un puño en alto para derribar a otro y le salió el brazo disparado hacia atrás, como si acabara de golpear un globo demasiado hinchado. Justo a tiempo, Helga blandió su espada mágica y rebanó a otra criatura por la mitad, lo que les dio un instante de descanso entre tanta locura.

Entonces Michael se sorprendió al verse tomando un montón de decisiones a la vez.

—Tenemos que separarnos —dijo, y se sintió animado por primera vez desde que estaba sentado en la casa del árbol y había visto que Kaine respondía a su mensaje. Fuera o no una buena decisión, al menos, en ese momento, tenía un plan.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Helga, entre embate y embate de su espada—. ¡Acabamos de encontrarte!

Michael negó con la cabeza. Echó un vistazo rápido para comprobar que seguían sin tener KillSims cerca; luego habló con toda la velocidad y claridad posibles a sus amigos.

—Cread un portal. En cualquier sitio. Salid de aquí, id a buscar el Desfiladero Consagrado. Allí están descargando a los tangentes; es el lugar donde reside la Doctrina de la Mortalidad. Enviadme un mensaje cuando hayáis llegado y nos veremos allí. Pronto.

Michael no sabía qué expresión tenía más fuerza en los rostros de sus amigos, si la de confusión o la de rabia.

Gabby iba a protestar, pero el chico la cortó en seco.

—¡Hacedlo y ya está! —les gritó—. ¡Idos! ¡No tenemos tiempo! —Michael no tenía ni idea de por qué le había dado aquel arrebató, pero no pensaba desistir del plan que se le había ocurrido en Washington.

Bryson todavía parecía enfadadísimo.

—¿Y tú qué harás, jefazo?

Michael se alejó de él y empezó a caminar hacia Kaine con paso decidido justo cuando vio que el tangente destruía a dos KillSims con un fuerte golpe de su palo.

—¡Michael! —le gritó Bryson—. ¡Michael!

El chico lo miró por encima del hombro.

—¡Encontrad la Doctrina de la Mortalidad! ¡Ahora mismo necesito a Kaine! Lo necesitamos...

A Michael se le había agotado el tiempo. Corrió hacia el tangente en lucha y generó el código necesario para crear un portal ilegal sin dejar de correr.

Siempre había oído que las adversidades aguzaban la astucia, que redoblaban los sentidos. Lo experimentó en carne propia en el frenético instante en que llegó a la

altura de Kaine y tiró de él para obligarlo a entrar por el improvisado portal.

La Red Virtual estaba hecha un desastre; eso ya lo había descubierto. El código estaba en decadencia. No obstante, en su viaje hacia la casa del árbol, ya había aprendido lo suficiente para hacer lo que debía. Trabajó guiado por el instinto, manipulando los objetos mentalmente mientras creaba un portal justo a la izquierda de Kaine, quien todavía se enfrentaba a los KillSims con ferocidad.

Michael agarró al tangente por la camisa, tiró de él hacia el rectángulo negro y pateó a un KillSim que se abalanzó sobre ellos en el último momento. Atravesaron juntos el portal. En cuanto el chico percibió que se habían librado del bosque, derribó el portal que habían dejado atrás.

Cayeron sobre una superficie blanda y gomosa, envuelta en una luz de color violeta claro que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Nada más.

Kaine estaba tendido a su lado, mirando al cielo despejado, resollando con dificultad. Michael rodó hasta situarse boca arriba e hizo lo mismo. Tenían el vacío sobre sus cabezas. No había ni rastro de color salvo por esa luz violeta desvaída. Con las prisas por escapar, Michael los había llevado al nivel más básico de la programación de la Red Virtual.

Transcurrieron un par de minutos en silencio, y el chico se preguntó qué acababa de hacer. Bryson, Helga, Gabby, todos estaban allí. ¿Por qué los había dejado atrás?

Entonces recordó la decisión que había tomado en las calles de Washington. Necesitaba estar a solas con Kaine. Y necesitaba que sus amigos regresaran al Desfiladero Consagrado y encontraran la fuente de la Doctrina de la Mortalidad.

Tenía un plan y no podía perder más tiempo dudando de sus decisiones. Había demasiado en juego.

—Levántate —le dijo a Kaine. Michael se dio impulso para arrodillarse y luego se puso en pie—. Vamos. Tenemos mucho que hacer.

Kaine parecía sorprendido, confuso, y no se movió. En lugar de eso susurró:

—No puedo creer que los tangentes se hayan vuelto en mi contra de esa forma. Con todo lo que he trabajado. Con todo lo que me he esforzado. Y ahora que han probado las mieles de mi creación, se van por su cuenta.

Michael enarcó una ceja, sorprendido. Eso no era en absoluto lo que esperaba oír.

—Esos KillSims... ¿Quién los programó?

Kaine levantó la vista para mirarlo, como si le sorprendiera darse cuenta de que no estaba solo.

—¿A qué juegas, chico? ¿Tienes idea de a qué te enfrentas?

—Creo que sí. Pero no has respondido a mi pregunta.

—¿Así que ahora me das órdenes?

—Ya estoy harto de recibirlas. —Y Michael lo decía muy en serio. Estaba harto de todo el mundo, en ambos mundos.

Kaine emitió un gruñido y se sentó al tiempo que se frotaba la cara. Luego se levantó para situarse junto a Michael, con su corte de pelo y su pulcro traje ya no tan

perfectos ni impolutos.

—¿Esto quiere decir que vas a unirme a mí? —le preguntó el tangente—. ¿Te he convencido?

Michael negó con la cabeza.

—No significa nada, colega. Dime: ¿quién creó a esos KillSims?

Kaine parecía casi encantado de poder descargarse de ciertas verdades que lo atenazaban.

—Sabes perfectamente quién lo hizo: las mismas personas, por llamarlas de alguna forma, que acudieron a ti ayer en el bosque, donde Helga y los demás gorilas se habían instalado. Yo programé a algunos de ellos, improvisé el código de muchos. Los crie. Les di la oportunidad de vivir una vida real. Y ahora me escupen en la cara y se largan por su cuenta.

—Así que tenemos dos enemigos —dijo Michael pensando en voz alta.

Kaine soltó una risotada burlona.

—Más bien uno muy grande.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo Michael, satisfecho por la convicción con la que habló—. Tú y yo ahora somos un equipo. Vamos a derrotar a esos malvados tangentes colegas tuyos. Y vamos a acabar con la SRV. ¿Estamos?

Kaine llegó a dar un paso al frente, sorprendido.

—Yo... Esto... Sí. Desde luego. Lo digo desde hace tiempo. Necesito tu ayuda.

Michael negó con la cabeza una vez más.

—No, ahí es donde te equivocas, Kaine. Soy yo el que necesita ayuda. Y tú me vas a ayudar. Con los tangentes. Con la SRV. Y yo estoy al mando.

Kaine estaba tan impactado que apenas logró asentir.

Michael tuvo que reprimir una sonrisa. Si el tangente hubiera conocido aunque fuera una tercera parte de su apresurado plan, jamás se habría quedado allí, accediendo a colaborar.

—Está bien —dijo el chico al final—. Lo primero es lo primero. Vamos a matar a unos cuantos tangentes.

Coto de caza

1

Michael no lo había dicho en serio; no tenía ningún interés en dar «muerte real» a nadie. Sabía que debía existir una forma de revertir la Doctrina de la Mortalidad.

Kaine caminaba junto al chico, y ambos cruzaron en silencio la yerma extensión de la Red Virtual.

—Tienes razón —dijo el tangente mirando al suelo mientras andaba—. Tenemos que matar a todos los tangentes que se han separado de mí. Ahora lo único que hacen es molestar y causar problemas.

Michael se quedó mirando a Kaine, contento por recordar lo desalmado que era.

—Tío, no hablaba en serio. No podemos ir por ahí matando a todo el mundo. Tiene que haber otra forma de parales los pies que no implique... lo de la muerte real.

Al parecer, sin haberlo llegado a hablar, estaban de acuerdo en la cuestión prioritaria: debían detener a las personas que estaban detrás de los KillSims con capas. Al menos, Weber y la SRV no estaban intentando de forma activa eliminarlos. En cambio esos tangentes disidentes... Michael se estremeció al pensar en aquellos niños espeluznantes y en el discurso tan severo de Trae en los barracones. Había que hacer algo con ellos, o Michael y Kaine jamás podrían llevar a cabo el objetivo más acuciante: acabar con la SRV.

Kaine se detuvo.

—¿Adónde vamos exactamente?

—A ninguna parte. Estoy pensando.

Kaine se volvió hacia el chico.

—Escucha. —Se frotó la barbilla, absorto en sus propios pensamientos, y Michael también se detuvo. No sabía cuándo habría ocurrido, pero en algún momento Kaine había dejado de ser su enemigo. También había dejado de ser solo un fragmento de código. Había algo en él que se había tornado casi... humano.

Kaine negó con la cabeza.

—No creía que estuviera listo para esto todavía, pero puede que esos tangentes sean sujetos perfectos para las pruebas. Sin embargo, si sale mal, no me culpes. Es todo lo que tengo.

Michael no tenía ni idea de qué hablaba Kaine.

—¿Qué? —preguntó.

—Reiniciar.

—¿Reiniciar? —Michael estaba del todo confuso—. ¿Nos es esa una palabra que

se usaba hace unos cincuenta años con los sistemas operativos antiguos? ¿Qué significa?

Kaine se cruzó de brazos.

—Hay que saber de dónde venimos, hijo.

—Al menos reconozco mi ignorancia. Pero ¿qué tiene que ver eso con nada?

—Hay que reiniciar —insistió Kaine, solo que esa vez Michael percibió cierto miedo en su tono—. Es parte del plan que te he enseñado. Una de las claves para la vida eterna. Cuando hayas vivido cincuenta años en la Red Virtual, te reiniciarás en un nuevo cuerpo en el mundo real.

Michael recordó las visiones que Kaine le había mostrado. Las colas de jóvenes entrando en los ataúdes.

—Entonces... ¿estás diciendo que deberíamos reiniciar... a quién? ¿A las personas cuyos cuerpos han sido abducidos por los tangentes disidentes?

—¡Sí! —respondió Kaine—. No es así como lo había planeado. Y todavía no lo he puesto a prueba en el ciclo. Pero podría ser la única forma de deshacernos de esos traidores antes de que vuelvan a interponerse en nuestro camino.

—Espera un segundo —dijo Michael. Pensó en lo que había hecho Weber en la Cumbre Mundial. En como esos guardias habían caído desplomados, muertos. Y en como Helga había hecho lo mismo a una de las personas del grupo de Trae que se encontraba en el exterior de los barracones. Pero ¿eso no había sido muerte real?—. En la cumbre, Weber envió una especie de mensaje a la Red Virtual y esos guardias cayeron al suelo. ¿Te refieres a eso?

Kaine negó con la cabeza.

—No. Eso es lo que tú insistes en que no podemos dar, la muerte real. La muerte real mata tanto al tangente como al humano, el cuerpo consciente. Lo que digo es que podemos evitar las muertes de los seres humanos originales. Podemos reiniciarlos, usar la Doctrina de la Mortalidad para devolverlos a sus cuerpos.

Michael estuvo a punto de sonreír por lo estrambótica que se había vuelto su vida.

—¿Y eso mataría a los tangentes? ¿Desaparecerán para siempre?

Kaine se encogió de hombros.

—Ese es el problema. No lo sé. Como ya he dicho, todavía no lo he puesto a prueba. En teoría, deberíamos poder trasladar las inteligencias de los cerebros biológicos de forma indefinida sin daños, y así poder vivir eternamente pasando de un cuerpo a otro. Los tangentes deberían volver a subirse a la Red Virtual. Pero es solo una posibilidad. Sin embargo, todavía queda mucho por hacer.

—Está bien —dijo Michael—, entonces ¿estás seguro de que podemos devolver a esos humanos a sus cuerpos pero no estás seguro de qué le ocurrirá al tangente?

—Algo así —respondió Kaine parpadeando de emoción. Michael se sintió incómodo. Le daba la sensación que estaban jugando a ser dioses, tirando el dado para decidir quién vivía y quién moría. Como si se tratara de una especie de juego—. Y estoy bastante seguro de que sé suficiente programación para encargarme de los

tangentes.

Michael lanzó un suspiro.

—De acuerdo —dijo—. Pues vamos a hacerlo. Supongo que no son reales, así que nadie va a echarlos de menos.

En el rostro del aura de Kaine afloró una expresión de asco. Duró solo un instante, pero hizo que Michael se sintiera fatal. Estaba hablando como si él hubiera sido un ser humano toda su vida en lugar de haber robado el cuerpo a Jackson. Estaba jugando a ser Dios, que era precisamente lo que sus amigos y él intentaban impedir. ¿Qué lo hacía mejor que esos otros tangentes?

Entonces visualizó el rostro de Sarah. Su expresión al ser tiroteada, la vida escapándose de su ser. Pensó en todas las demás personas que habían fallecido por la Doctrina de la Mortalidad, y se armó de valor. No podía permitir que siguiera ocurriendo.

—Está bien —dijo Kaine—. Dime qué tenemos que hacer.

2

Kaine lo llevó por los reinos en decadencia del Sueño, recorriendo ciudades con fallos técnicos y código corrupto. Cifras, letras y símbolos estaban desperdigados como hojas revueltas por una tormenta, y los píxeles se fragmentaban a su alrededor. La destreza de Kaine a la hora de escribir código era algo que Michael seguía admirando. Siempre había sabido que Kaine era bueno programando, pero el tangente les abría paso a través de aquellos escenarios como si se limitara a ir abriendo puertas.

El viaje duró menos de un minuto. Saltaron a través de cordilleras erosionadas, mares negros y ciudades arrasadas. El código estaba fragmentándose por todas partes.

Surcaron una oscuridad sumida en el silencio, solo interrumpida por estallidos de luz, y de pronto, el vasto muro de la Colmena apareció ante ellos. Parecía extenderse de forma infinita en todas direcciones, refulgiendo de color naranja; como si fuera una especie de planeta alienígena.

«Jackson está por aquí, en alguna parte —pensó Michael—. Sigue vivo».

El chico surcó el aire volando, mientras Kaine seguía sujetándolo con fuerza por el brazo, llevándolo cada vez más cerca del muro. Poco a poco, una parte distinta y extraña del resto de la Colmena fue tornándose visible. A medida que se acercaban empezó a verse un reflejo verde, que acabó convirtiéndose en un cuadrado de unos seis metros de longitud. Las luces brillaban y dibujaban haces sobre la superficie de la figura geométrica, que burbujeaba y dibujaba ondas como si fuera un cazo de agua hirviendo. Un humo vaporoso se mecía hacia atrás y hacia delante, como las olas chocando contra un embarcadero. Todo ello se sumaba a la sensación onírica que transmitía el lugar.

Kaine lo hizo detenerse delante de una extraña escena. Michael miró más de cerca la bruma burbujeante y se dio cuenta de que lo que había creído que eran luces en realidad eran símbolos de código, que se separaban y volvían a unirse. Parecía un despropósito.

—¿Qué es esto? —preguntó el chico—. ¿Es una especie de pantalla de red con vida propia?

Kaine rio.

—Prácticamente. Tardarás un poco en acostumbrarte, pero, en cuando empieces a programar en el Estanque de Código, no querrás volver a hacerlo a la antigua.

—El Estanque de Código —dijo Michael, como ausente, observando con detenimiento la misteriosa sustancia. ¿Cómo era posible que jamás hubiera oído hablar de él?

Kaine respondió como si acabara de leerle el pensamiento.

—Hay muy pocas personas que hayan llegado a verlo, ni mucho menos saber qué es. Pero me temo que no tenemos mucho tiempo para que te explique ahora ciertas cosas; llegarán en cualquier momento.

Michael apartó la vista de la hipnótica danza de objetos en el Estanque.

—Espera... ¿Cómo? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Quién está a punto de llegar?

—Mis antiguos amigos, los disidentes —respondió Kaine con tranquilidad, como si aquellos tangentes no quisieran verlos a ambos muertos—. Y también unos cuantos amigos actuales. Sospecho que la cosa va a ponerse fea, pero creo que saldremos bien parados. Siempre que puedas cumplir con tu parte.

—¿Qué parte? —Michael estaba poniéndose cada vez más nervioso.

—Te enviaré un mensaje para informarte de lo que debes saber. Tienes dos tareas: encontrar su unidad de almacenamiento y cortar la conexión. Pero has de seguir el procedimiento que te envíe para que las mentes humanas que han abducido sean devueltas a sus cuerpos con ayuda de la Doctrina, procesadas a través del Desfiladero Consagrado. Ya sé que parece un poco complicado, pero creo que te las apañarás bien.

Michael se quedó mirando a Kaine, preguntándose cómo habían llegado a ese punto. Ese tangente había sido su enemigo letal, y en ese momento estaban hablando como dos colegas informáticos en una excursión de empresa.

La semilla del pánico empezó a germinar en el interior de Michael.

—No estoy seguro de que... —No sabía qué preguntar.

Entonces Michael vio unas siluetas en la distancia, que iban aumentando de tamaño a medida que se acercaban. Poco a poco los fue distinguiendo: iban vestidos con atuendos de guerreros medievales, troles, y panteras gigantescas y otras bestias erectas sobre las patas traseras. Había samuráis, paracaidistas y soldados galácticos futuristas. Parecía una formación militar de todos los componentes de los juegos virtuales.

—No te preocupes —dijo Kaine—. Son de los míos. Los demás están de camino. Michael intentó decir algo.

—¿Y eso significa que...? Sigo sin entenderlo. ¿Y si vuelven a traer consigo a esos KillSims? ¡Seguro que lo hacen!

Kaine alargó una mano y dio un apretón en el hombro al chico, mirándolo con gran seriedad.

—Michael, existe un vínculo entre la Doctrina de la Mortalidad y tú, y no puedo permitirme la derrota. Ni tampoco pueden permitírsela Weber y la SRV. Tienes que mantenerte alejado del campo de batalla. Y tienes las habilidades perfectas para hacer lo que tienes que hacer.

Michael asintió en silencio, tenía demasiadas preguntas en mente para poder expresarlas en voz alta.

—Está bien. Ahora cierra los ojos y deja fluir la conexión. En cuanto tengas toda la información, las cosas empezarán a encajar. Llegarán rápido, así que prepárate.

—Vale. —Michael quería decir mucho más. Estaba asustado, preocupado por lo que tendría que hacer, pero si había alguien que pudiera entender qué estaba diciendo Kaine, ese era Michael. Cerró los ojos y se abrió al mundo del código en su esencia —. Estoy listo.

—Allá va —dijo Kaine, y la información se vertió como un torrente y nubló la visión de Michael como una ventisca—. Y no te preocupes. No serás vulnerable al ataque mientras estés trabajando; crearé una burbuja a tu alrededor, y los combatiremos lo mejor que podamos. Tú no dejes de trabajar.

—Hummm... Vale. —Fue todo cuanto pudo decir, perdido en la avalancha de código.

—Esperemos que la burbuja aguante. —Fueron las últimas palabras de Kaine, no muy reconfortantes antes de que el ataque violento de información acabara sobrepasando a Michael.

Acabó rindiéndose a ella.

3

Durante un rato, Michael volvió a pasárselo bien. Estaba vadeando el código, resolviendo acertijos, aprendiendo a un ritmo más rápido del que había imaginado que podría asimilar. Había nacido para eso; lo habían programado con esa habilidad. Y disfrutaba del reto.

El Estanque de Código era como la siguiente fase de la evolución en la escritura de código, como si todo se hubiera transformado en algo biológico; su cuerpo virtual se fundía con ello y se convertía en un todo. Al chico le recordaba el cerebro humano, que en realidad no era más que un ordenador biológico. Ese era el lugar donde existía en ese momento, una materia pringosa formada de código. Las instrucciones de

Kaine penetraban en su mente como un torbellino mientras trabajaba manipulando el mar de información pura y dura en el que navegaba.

Michael perdió la noción del tiempo, aunque al final lo vio. Las luces se retorcían de forma similar a la de la cadena de ADN, alargándose de tamaño en el universo de código durante lo que al chico se le antojó una eternidad. Las cuerdas brillaban y se fusionaban a kilómetros de distancia. Michael tuvo que esforzarse mucho para localizar las cuerdas específicas proporcionadas por Kaine en su vertedero de información.

El chico movía objetos con la mente. Las luces se retorcían, giraban y salían disparadas como cometas, hacia delante y hacia atrás, siempre según la voluntad de Michael.

Ahí estaba.

Ni siquiera supo cómo lo había reconocido —cómo había identificado los datos de las luces entre el aluvión de información transmitida por Kaine—, pero supo de inmediato que encajaban. Michael buscaba una representación de un tangente que se hubiera distanciado del grupo inicial de Kaine, que se hubiera unido a la alianza disidente que quería destronarlo y aplicar el plan original para conquistar la especie humana sin compasión ni piedad. Michael esperaba que Kaine hablara en serio cuando afirmó que eso ya no era lo que él deseaba tampoco.

El chico se acercó más a la luz en cuestión. O la acercó más hacia sí; era imposible afirmar qué estaba ocurriendo en realidad. Se introdujo en el brillante haz luminoso que tenía ante sí mentalmente. El código era como arcilla: lo amasaba, lo estrujaba y tiraba de él, todo según las pautas que Kaine le había enviado en el flujo torrencial de datos. En un momento determinado, se materializó ante el chico. Se trataba de una conexión muy aislada y frágil, que había cobrado forma ante él a la perfección. Estaba ahí, como un fino palillo, sujeto entre las manos virtuales de su ser virtual.

Michael lo partió en dos.

Una alargada cuerda luminosa parpadeó y desapareció, sin dejar ni una estela que glorificase su extinción.

Michael se volvió, sorprendido al ver una imagen perfecta de la batalla entre los tangentes de Kaine enfrentándose en el exterior de la Colmena. En algún lugar entre todo el caos, un hombre ataviado con uniforme de la Segunda Guerra Mundial estalló con una brutal explosión de pirotecnia, y no quedó ni rastro de él.

Había desaparecido. Estaba muerto.

Michael acababa de asesinarlo.

trabajando en ello sin permitirse escuchar la voz de la conciencia. No tenía tiempo para eso. Uno a uno, fue identificando a los tangentes disidentes que Kaine le había señalado e iniciaba el reinicio ideado por su antiguo enemigo. La inteligencia humana almacenada era enviada de vuelta a su cuerpo de origen, se succionaba la vida al tangente renegado, y este quedaba eliminado. Lo asesinaba.

Cada vez que Michael acababa con una nueva conexión, se volvía para mirar, intentaba distinguir la potente explosión que señalaba al tangente fallecido. Con paso lento pero seguro, el fervor de la encarnizada batalla librada en los extramuros de la Colmena iba favoreciendo la victoria de Kaine y de su leal compañero.

Michael eliminó a doce de los tangentes. Había visto la aparición explosiva de las llamas y la nada que la siguió de la última víctima, y se disponía retomar su trabajo dentro de la materia pringosa del Estanque de Código cuando algo impactó contra la burbuja protectora que Kaine había programado a su alrededor. Fue como un pájaro gigantesco que hubiera chocado contra una ventana; produjo un golpe sordo tan fuerte que Michael retrocedió y contuvo un grito ahogado. Una masa negra se veía espachurrada contra la superficie visible, una ameba de negrura.

Entonces apareció una boca ribeteada de dientes. A Michael le recordó a los peces comealgas que limpian los cristales de los acuarios. Esa cortina negra que rodeaba a la criatura no dejaba lugar a dudas sobre su identidad.

Un KillSim. Uno de esos nuevos KillSims con dagas en lugar de dientes.

Apenas acababa de pensarlo cuando otro de esos seres impactó en la burbuja junto al primero y quedó espachurrado sobre la superficie como una *crêpe* de alquitrán. Su boca apareció de forma instantánea. Los dientes brillaban y arañaban la burbuja por fuera. Uno más apareció a la derecha de ese último.

Eran tres en total.

«Aguanta —suplicó Michael a la burbuja—. Más te vale aguantar». Y retomó su trabajo.

Ese entorno en el que se encontraba era extraño. A diferencia de gran parte de la Red Virtual, el Estanque de Código no obedecía a las leyes normales de la física. Existía en distintos formatos y en distintas ubicaciones al mismo tiempo. Cuando Michael se sumergía en él, todo lo demás desaparecía, y solo veía la sustancia central del lenguaje de programación en el que flotaba. Pero cada vez que volvía la cabeza para mirar, lo veía todo. La burbuja de protección, los KillSims como sanguijuelas y la batalla librada por Kaine por detrás de aquello, violenta como una guerra alienígena en el espacio.

El chico retomó su misión letal y fue acabando con las vidas de los tangentes, una a una. Lo hacía sentirse mejor saber que también estaba devolviendo la existencia a las personas cuyos cuerpos habían sido abducidos. O al menos eso esperaba. Qué distinto hubiera sido todo si hubiera confiado por completo en Kaine.

Un chirrido espantoso interrumpió su concentración justo cuando iba a acabar con la vida de un nuevo tangente. No pudo evitar mirar en dirección al ruido, y estuvo a

punto de soltar el diminuto palito al hacerlo. Detrás de él, uno de los KillSims había agujereado la pantalla protectora de la burbuja con un diente, por lo que el espantoso ruido había penetrado mientras se retorció y desgarraba el material invisible. Era un chirrido más molesto que el de unas uñas arañando una pizarra. Michael contuvo las ganas de llevarse las manos virtuales a los oídos virtuales, retomó su trabajo y generó una nueva línea de código. En ese momento, apareció una nueva cuerda de luces parpadeante.

Michael volvió a enfrentarse al KillSim. Había hecho un agujero de siete centímetros en la burbuja, y estaba abriéndolo más. Uno de sus compañeros había desarrollado una especie de pincho en la masa negra de su anatomía, un pico oscuro que usaba para golpear la pantalla protectora. Un golpe seco se oía con cada impacto. No tardó en acompañarlo un crujido, como una enorme capa de hielo que empezara a resquebrajarse.

El tiempo se agotaba. Quedaban por lo menos unos cien tangentes disidentes en la lista que Kaine había enviado. Michael aceleró y empezó a codificar a trompicones, sin comprobar si lo hacía de forma segura o a prueba de fallos. Decidió que se había acabado el tiempo para generar líneas de código con cautela. Si la pantalla protectora se rompía, no habría forma de que pudiera combatir contra esos KillSims antes de que succionaran la esencia de su cuerpo; sobre todo, teniendo en cuenta las pocas fuerzas que ya le quedaban. Se convertiría en un vegetal en un abrir y cerrar de ojos.

Fue pasando a toda velocidad por los archivos de la Colmena, localizando las conexiones con más de una docena de tangentes y arremetiendo contra ellas en conjunto. Ya no podía seguir eliminándolas de una en una. Los arañazos, crujidos y chirridos seguían oyéndose a sus espaldas, como un glaciar en pleno deshielo. Esa burbuja estaba a punto de estallar como una bombilla aplastada por una bota. Con velocidad febril, Michael reunía los datos, los descargaba, los eliminaba, los manipulaba, los moldeaba. Iba generando los códigos, y el instinto era su única guía para que todo siguiera en orden; trabajaba a demasiada velocidad para que todo siguiera pareciéndole lógico.

Pasó poco tiempo, y agarró un puñado de frágiles palitos en la mano como si fuera a escoger la pajita más larga. Cada uno representaba una vida: no importaba que fuera una existencia programada o artificial; ante todo era una vida. ¿Cómo podría afirmar algo distinto? Había sido uno de ellos. Sin embargo, ellos eran diferentes, se dijo a sí mismo mientras los KillSims golpeaban su fina membrana protectora. Los habían creado para hacer daño. Para generar el caos en el mundo real.

Pero ¿y a él? ¿Acaso no lo habían creado para lo mismo? ¿Al menos en cierto sentido? Él era el Primero, al fin y al cabo.

«¡Michael!».

Se oyó el estruendo de la voz de Kaine, procedente de todas direcciones al mismo tiempo. El chico salió de su ensimismamiento y descartó las dudas, miró hacia abajo, al montón de palitos que sujetaba en la mano: las vidas artificiales, las líneas de

código de sus inteligencias y seres, sus líneas de vida.

Sujetó ambos extremos de los palos con los puños y los partió por la mitad con un movimiento seco. La atmósfera se iluminó por las explosiones que se produjeron a sus espaldas. Se volvió y contempló las nubes de llamaradas rojas y anaranjadas que estallaban en el espacio vacío más allá de la Colmena. Luego, como si se hubiera abierto una nueva dimensión, desaparecieron a la velocidad del rayo, y la oscuridad envolvió de nuevo el mundo.

Se habían perdido muchas vidas.

Pero se habían salvado muchas otras.

El chico debía recordarlo. Kaine dijo que los habitantes originales de esos cuerpos serían reintroducidos de forma automática en la Red Virtual, que recuperarían sus vidas. Menudo despertar les esperaba.

Pero había más. No habían acabado con todos. Pero Kaine y los tangentes que estaban de su parte superaban en número a los que habían acudido para atacarlo, y era evidente que la batalla se decantaba a favor de Kaine. Michael había hecho suficiente.

Los KillSims no paraban de llegar. Uno había abierto sus negras fauces más de treinta centímetros, e incluso mientras Michael lo miraba, una afilada cuchilla de oscuridad impactó en su cabeza. El chico se agachó y logró esquivarla. Por los pelos.

La criatura del pincho negro no había dejado de golpear la burbuja; las grietas se expandían como una tela de araña desde su punto de ataque, eran ramificaciones gruesas, blancas, imparables. Michael se impulsó para alejarse lo máximo posible, pero el Estanque de Código se resistía. Le dio la sensación de que la materia pringosa no estaba dispuesta a dejar que se sumergiera en ella a menos que quisiera seguir trabajando. La cuchilla negra volvió a arremeter contra el chico y le desgarró una parte de la camisa.

—¡Kaine! —gritó Michael, sin saber si el tangente lo oiría—. ¡Tienes que sacarme de aquí!

El chico lo vislumbró a través de las grietas blancas y de los cuerpos de los KillSims que atacaban su burbuja protectora. El tangente volvió la cabeza hacia Michael, y sus miradas se cruzaron durante unas décimas de segundo, pero luego desapareció. El chico esperó que el motivo de su desaparición fuera que había acudido a rescatarlo. Estaba seguro de que los tangentes amigos de Kaine eran bastantes para...

A Michael le tembló la visión y esta se tornó borrosa. Volvió a temblarle, como si estuviera montado en alguna atracción de un parque que le sacudiera el cuerpo. Los colores se mezclaron; todo se emborronaba y se distorsionaba más. Todo se expandía, oscurecía, se cubría de bruma, se iluminaba, se tornaba blanco. El chico intentó llamar a Kaine de nuevo, pero no logró pronunciar palabra alguna. Entonces empezó a moverse, cada vez más rápido, y salió catapultado hasta una luz blanca, incapaz de sentir nada. Oía un estruendo terrible de desplazamiento veloz.

«¿Qué está...?». Su mente fue incapaz de formar el pensamiento, ni mucho

menos de expresarlo en voz alta.

La atmósfera estalló de pronto, y el chico sintió que los tímpanos le habían explotado. Gritó: el sonido se oyó amortiguado, apagado, como si estuviera en el interior de...

Un ataúd.

Oyó un fuerte bisbiseo, luego apareció sobre él un potente haz de luz. Los neurocables salieron de su piel y retornaron a sus agujeros. Michael tenía el cuerpo empapado de pies a cabeza, y le dolía todo.

¿Cómo se había elevado? Kaine había acudido en su búsqueda. A lo mejor había...

El rostro de la agente Weber apareció sobre él cuando la tapa del ataúd se abrió de golpe.

Ella.

Otra vez.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó Michael arrastrando las palabras, con la sensación de tener la boca llena de agua.

—No ha sido difícil —respondió ella, ladeando la cabeza para orientarla en la misma dirección que la del chico—. Al fin y al cabo, fui yo quien os programó tanto a Kaine como a ti. Es como si me preguntaras cómo he dado conmigo misma.

Michael intentó sentarse, y el esfuerzo fue como una descarga de electricidad en las articulaciones. Le fallaron los brazos, cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza.

—Sal, dúchate y vístete —le ordenó Weber, y apartó la mirada—. Tienes diez minutos.

El mundo real

1

La mujer estaba esperándolo en una pequeña mesa de la cocina americana de la habitación del hotel con las manos entrelazadas y apoyadas sobre la superficie de madera. Llevaba la misma ropa que había lucido en la Cumbre Mundial, o un atuendo parecido. Americana, falda, blusa, tacones; parecía una ejecutiva. Siempre tenía ese aspecto. Hizo un gesto de cabeza para señalar la silla que tenía justo enfrente. No había nadie más en la habitación.

—Deberías haber venido con guardias de seguridad —le dijo Michael temblando de rabia—. Podría estrangularte ahora mismo. Con las manos que me obligaste a robar a Jackson Porter.

La mujer volvió a señalar la silla, luego volvió a posar las manos sobre la mesa.

—Jamás me harías algo así, y ambos lo sabemos. Ahora, por favor, toma asiento. Estoy segura de que tienes curiosidad por escuchar lo que he venido a contarte. He volado desde Londres, a pesar del millón de cosas que tengo pendientes. Estoy segura de que quieres saber por qué he usado mi poder para elevarte y sacarte de la Red Virtual sin seguir el protocolo. Tengo la certeza de que incluso te preguntas por qué no he llegado y he acabado con tu vida mientras yacías, indefenso, en el ataúd.

—O por qué no has enviado a esa rata del agente Scott para que lo haga —añadió el chico.

Ella se limitó a asentir en silencio, como si, efectivamente, se lo hubiera planteado.

Michael debía reconocer que sentía curiosidad. Como siempre. Se acercó a la silla, la retiró y rodeó la mesa para colocar el asiento junto a la mujer. Se sentó. Sus rodillas prácticamente tocaban las de la agente. Era un pequeño acto de desafío, el no colocarse donde ella le había ordenado. Una rebeldía un tanto patética, pero era todo cuanto Michael podía hacer.

—¿Poder? —preguntó el chico—. ¿Tu poder? Parece que tu ego se lo está pasando en grande. Se te ve la cabeza un poco más grande, ahora que te miro bien.

Weber se volvió para mirarlo.

—¿Cuántas veces nos hemos encontrado en una situación similar? ¿Cuántas veces me has mirado y me has acusado como un niño? Ya es hora de que crezcas, Michael.

La risa del chico fue sincera.

—¿Y cuántas veces he tenido razón? Da igual lo que digas, lo que hagas o lo que me muestres. Jamás volveré a confiar en ti.

La mujer parecía molesta. Se removió en el asiento y se alisó la falda.

—Tienes razón —dijo. Estaba claro que las palabras del chico le habían tocado la fibra sensible, pero no tardó en recuperar la compostura—. No he venido a pedirte que confíes en mí. Ni siquiera que colabores conmigo. Nosotros no... no te necesitamos, Michael. Creo que el egocéntrico eres tú, no yo. Hay que ver lo rápido que has supuesto que no podemos hacer ni una puñetera cosa sin tu ayuda.

Michael negó con la cabeza y se quedó cabizbajo.

—Lo que tú digas, agente Weber. Solo que... eres tú quien me ha hecho sentar en esta mesa y escucharte.

—Eso es cierto. He sido yo. Y, tal como has dicho, no tendría que haberlo hecho, ¿no? Podría haber ordenado al agente Scott que viniera, abriera tu ataúd y acabara contigo. Pero no lo he hecho. —De pronto se echó hacia delante para acercarse al chico. Michael levantó la vista, tenía la cara de la mujer a escasos centímetros—. A pesar de lo que creas, significas mucho para mí, Michael. No te quiero muerto. Eso es ridículo. Podrían haberse evitado muchos problemas si nos hubieras obedecido y hubieras colaborado conmigo desde el principio.

El estallido de rabia del chico le enrojeció el rostro. Pensó de forma frenética en lo que iba a decir para replicarle, pero ella levantó una mano para acallarlo.

—No, no lo digas —dijo la mujer—. No hace falta que respondas. Lo que he dicho ha sido injusto. Te tendimos una trampa, te manipulamos y te confundimos. Ya lo sé. Te has visto obligado a despojarte de capas y más capas de decepción, y pasar por cosas que nadie debería experimentar. Yo...

Le fallaron las palabras y de pronto le tembló el labio. Volvió a sentarse en la silla y parecía más aturullada de lo que Michael la hubiera visto jamás.

—Pero ¿qué puñetas te pasa? —preguntó el chico enfatizando cada una de las palabras—. Es como si tuvieras personalidad múltiple o algo así. Creo que necesitas ayuda. —Una parte de él estaba siendo cruel, aunque creía sinceramente lo que acababa de decir. Algo no funcionaba bien en la cabeza de aquella mujer.

La agente Weber se levantó tambaleante, como si le sorprendiera encontrarse en la habitación de hotel con el chico. Se quedó mirándolo, con una expresión entre confusa y horrorizada. Se alejó de la mesa y recorrió en círculos la cocina americana varias veces. La explicación más evidente también parecía demasiado evidente.

—¿Eres una tangente, Weber?

Ella lo miró con brusquedad. Transcurrió un minuto eterno. Entonces negó con la cabeza.

—No. —Caminaba de un lado para otro—. Aunque entiendo por qué lo piensas. Ya sé que me he comportado... de forma errática últimamente. Bueno, en realidad, me ocurre cuando estoy contigo. A veces no sé cómo controlarlo. No puedo creer siquiera que esté diciéndote esto.

¿Estaba fingiendo? Michael se quedó mirándola, intentó interpretar la expresión de su rostro. Sin embargo, la mujer parecía de verdad rota por dentro.

—Lo que tú digas —dijo al final el chico. Se planteó escapar, pero imaginó que habría guardias esperando fuera.

Weber regresó a la mesa y retiró la silla para apartarla un poco de Michael. El chirrido de las patas arrastradas por el suelo puso al chico los nervios de punta. La mujer se sentó y evitó mirarlo directamente a los ojos.

—Michael, yo... —empezó a decir, y dio la impresión de que le costaba encontrar la palabra justa—. Quiero que sepas que vas a venir conmigo. De una forma u otra, pienso sacarte de aquí. ¿Lo entiendes?

El chico estaba muy confuso. No era lo que esperaba, en absoluto.

Weber siguió hablando.

—Pero antes quiero hablar contigo. En lo referente a ti me siento en un conflicto constante. Lo que te he dicho antes iba en serio. Yo te programé. —Una vez más volvió a mirarlo a los ojos—. ¿Me crees?

Michael no respondió enseguida. Quería negarlo, no podía creer que estuviera sentado allí, escuchándola, permitiéndole que envenenara su mente con todas esas nuevas mentiras y manipulaciones. Pero... Sí la creía. Tal vez, una parte muy profunda de su ser era capaz de reconocer a su creadora.

Con un profundo malestar, asintió, una sola vez.

—La mayoría de tus recuerdos son reales —dijo la mujer—. Quiero que lo sepas. Te creé hace más de diez años, como parte de mi formación dentro de la SRV. Pretendíamos que tu existencia resultara lo más real posible. Y, lo que es más importante, queríamos que tú creyeras que eras real. Creamos los primeros años de tu vida dentro de *Sangre vital profunda* para darte unas bases, pero, desde ese instante, desde que tenías unos cinco o seis años, tus recuerdos, cada uno de ellos, tuvieron lugar en realidad. No fabricamos nada.

Michael intentó entender algo de todo cuanto había dicho la agente.

—¿Cómo puedes decir que no fabricasteis nada? ¡Soy un programa informático!

—Sí, eso es cierto. Pero, dentro del mundo de lo Profundo, sí viviste cada uno de esos recuerdos de la última década de tu vida. Con tus padres. Con Helga. Con tus amigos.

—Y luego me lo arrebataste todo. —Michael ya no podía seguir luchando contra sus emociones. Odiaba a aquella mujer y estaba agotado.

Weber se quedó mirando a un punto fijo en la mesa.

—Entonces, supongo que él te ha contado la verdad.

Y con esa sencilla frase, demostró que todo cuanto había dicho Kaine era cierto. Michael se levantó tambaleante de la silla, estuvo a punto de no llegar al sofá, y se dejó caer sobre él. Hundió la cara entre los brazos y se juró que no volvería a levantarse.

Se oyó el ruido de una silla y unos pasos; a continuación, vio a Weber de pie junto a él. Michael percibió su sombra como una manta tendida sobre sus hombros. La puerta se abrió. Se oyeron fuertes pisadas. El frufrú de unas prendas. Michael

sabía que era la gente de Weber, pero se negó a darles la satisfacción de mirar.

Weber se acuclilló a su lado, le puso una mano en la espalda mientras se acercaba para susurrarle algo al oído.

—He llegado demasiado lejos para dar media vuelta. Demasiado lejos. Debo seguir adelante por el bien de nuestro mundo.

Michael se retorció como si la mujer lo hubiera lastimado.

La agente Weber de la Seguridad de la Red Virtual se puso en pie.

—Hacedlo.

Unas manos bruscas levantaron a Michael sujetándolo por los brazos.

2

No se resistió a los hombres, ambos vestidos de uniforme. Se dio cuenta de que Weber había cumplido su deseo: ahora tenía ejércitos a su disposición, por lo que se veía. ¿Y quién sabía qué más? ¿O a cuántas personas habría abducido con ayuda de los tangentes con tal de conseguir lo que quería? Michael avanzó con los hombres en silencio: avanzaron por el pasillo, llegaron hasta el ascensor, cruzaron el vestíbulo y lo metieron en el asiento trasero de un coche. Su mente era un tornado ruidoso, intentaba entender todo cuanto sabía y averiguar qué diantres podía hacer al respecto. Poco tiempo después se encontraban todos a bordo de un avión, surcando los cielos.

Michael se negaba a hablar, se negaba a dejarse intimidar por los guardias. Y ellos lo dejaron tranquilo, aunque le advirtieron que tenía prohibido tocarse el audiópad.

Pasaron las horas.

El avión aterrizó, y los soldados lo arrastraron hasta un coche, un elegante vehículo reservado para los personajes políticos importantes. Uno de los soldados conducía, el otro iba sentado junto a Michael, en la parte de atrás, el mismo que le había enseñado el cañón de su pistola cuando el chico tomó asiento. Weber se situó al otro lado de Michael.

—He mentido cuando he dicho que no te necesitaba —dijo Weber. Fue la primera vez que el chico oía su voz después de varias horas.

Michael suspiró.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó con agotamiento.

—Existe una relación entre el programa de la Doctrina de la Mortalidad y tú. — La mujer miró por la ventanilla, al parecer, cautivada por la visión de los edificios que dejaban atrás a toda velocidad—. Se trata de un programa muy complejo, creado para usar informática cuántica. Básicamente, precisa tal cantidad de conocimiento de datos que el cerebro humano no puede manejarlo. Solo la inteligencia artificial es capaz de manipularlo, y tú formas parte de esa conexión etérea que lo mantiene todo unificado. Como la batería de un antiguo motor a gasolina. O, mejor dicho, como la gasolina misma.

Michael escuchaba, pero no decía nada. Sabía mucho de informática cuántica y no le sorprendía en absoluto saber que el programa de la Doctrina de la Mortalidad la utilizara. Era la única forma de explicar cómo habían descubierto el modo de utilizar el propio cerebro humano como un ordenador. Pero ¿de qué forma iba a seguir todo conectado a través de él? Eso no lo entendía. Aunque tenía claro que no pensaba reconocerlo delante de Weber.

Al final, la mujer se volvió para mirarlo.

—Para eso sí te necesitamos, Michael. Pero no necesitamos tu ayuda. ¿Entiendes la diferencia?

—No soy imbécil —espetó.

—No, no lo eres. Lo sabemos muy bien.

—¿Adónde vamos? —preguntó el chico—. ¿Por qué me has sacado del Sueño y has dejado allí a Kaine y a los demás tangentes? —Deseó fingir que no le importaba, pero no pudo contenerse.

—Porque él está haciendo justo lo que queremos, aunque no lo sepa. —Weber volvió a mirar por la ventana mientras el coche reducía la marcha, bajaba una cuesta y volvía a subir. Entonces se abrió la puerta de un garaje en la pared de un rascacielos altísimo—. Ese grupo de tangentes que se separó de Kaine se ha convertido en un nuevo enemigo que no necesitábamos. Y ver cómo han reducido en número tras todo ese enfrentamiento ha sido como un regalo. Pronto serán todos insignificantes.

El coche avanzó por el garaje, atravesó la oscuridad durante un instante y luego se detuvo.

Weber alargó la mano hacia la manija de la puerta, pero no llegó a abrirla.

—Ha habido momentos en los que he dudado de mis actos —dijo con un tono muy solemne—. Ha sido un plan que hemos tardado diez años en desarrollar: programarte a ti y a otros tangentes en periodo de pruebas, crear a Kaine, establecer las bases; todo ello ha supuesto un gran esfuerzo. Y cuando por fin estaba resuelto, y vi los resultados... en ti y en los demás, en el mundo... Quise parar. Es la pura verdad. Pero, como ya he dicho, hemos llegado demasiado lejos. Si nos detenemos ahora, el planeta se sumirá en el caos. No puedo permitir que la situación empeore. Por eso seguimos adelante. Ya está casi terminado. Estará listo mañana por la noche según mis cálculos.

Abrió la puerta y salió del coche, luego se inclinó en dirección a Michael para seguir hablándole.

—Te doy mi palabra, Michael: cuando nuestra misión haya finalizado y tengamos el control sobre el mundo y sus gobiernos, todo irá mejor. Y habrá más seguridad. Y, en ese momento, la Red Virtual podrá desempeñar su papel como pieza clave de la vida para la especie humana. Ya lo verás.

La mujer se alejó antes de que el chico pudiera responder. El soldado situado a su lado le dio un empujoncito con el codo.

—Vamos, chaval —dijo, con un tono tan reseco como su curtido rostro—. La

situación no es tan mala. Pronto lo verás con tus propios ojos. Será la revolución más importante que haya experimentado el mundo. Ahora ¿vas a colaborar o tengo que esposarte?

Michael se sentía demasiado paralizado para hablar. Se limitó a negar con la cabeza y agacharla, con la mayor sumisión que pudo. Luego salió del coche y siguió a la agente Weber.

3

Lo condujeron hasta una sala gigantesca llena de ataúdes.

El lugar era tan enorme que al chico le costaba creer que estuviera en el mundo real y no en alguna parte de la Red Virtual. Era como un campo alargado de fútbol. Había gradas limitadas por barandillas metálicas en ambos laterales que se extendían hasta el techo, situado a varias decenas de metros del suelo. Unos focos colocados en las alturas iluminaban el espacio y quedaban perdidos en lo que se veía como una neblina o un cúmulo de nubes. Lo más probable era que el chico tuviera la visión borrosa por la avalancha de información que lo había dejado atontado.

La superficie sobre la que se encontraba y todas las gradas hasta donde le alcanzaba la vista estaban llenas de ataúdes. Se contaban por cientos, con sus tenues luces parpadeantes y refulgentes. Se encontraban alineados junto a las paredes, uno junto a otro, como si se tratara de la cripta más grande del mundo. Y la mayoría de ellos parecían en funcionamiento. El ambiente era fresco y olía a maquinaria bien engrasada con un metálico toque sonoro de electricidad.

—Hemos construido todo esto para cuando llegara el día de hoy —dijo Weber, y levantó con orgullo los brazos para abarcar el vasto espacio—. Es nuestro centro de mando. Cada neurocaja está ocupada por mis más leales colegas. Hemos actuado con cautela. Sabíamos que si íbamos muy deprisa, la gente podía perder la fe en nosotros antes de conseguir que solo creyeran en nosotros. ¿Lo entiendes?

Michael intentó no expresar nada con su rostro.

—¿Por qué me cuentas todo eso?

Weber se encogió de hombros.

—Eres lo más parecido a un hijo que tendré jamás. Y tú formas parte de esto. Hoy va ser un gran día. Y quiero compartirlo contigo.

Los comentarios de la mujer deberían haber hecho que Michael estallara de rabia. Compararse con su madre... Eso era la gota que colmaba el vaso. Deseó gritar, pero sabía que no podía.

Weber sonrió y prosiguió con avidez, como si estuviera convencida de que al chico le encantaba escuchar cada una de sus palabras.

—Pero ahora ya hemos conseguido apoyos suficientes y tenemos a bastante tangentes en activo. Hemos ideado planes incluso para los humanos que todavía se

nos resisten; los hemos invitado a venir hoy para realizar una «Presentación» dentro de la Red Virtual —dijo haciendo el gesto de entrecomillado con los dedos—. Digamos que, cuando despierten, no serán como antes. Es una estrategia brillante, en realidad. Hemos llegado al momento crítico. Si se produjera cualquier retraso, perderíamos nuestra oportunidad. Así que hoy, con toda esta potencia —dijo señalando hacia el cavernoso espacio que tenían encima—, entraremos en la Red Virtual y completaremos nuestro plan.

La sonrisa de la mujer se esfumó, y Michael sintió que se le hacía un nudo en la boca del estómago. Ya no pudo contenerse más.

—¿Qué? —preguntó, notando el temblor en su propia voz—. ¿Qué vais a hacer?

—Suenas peor de lo que es cuando lo dices así —le contestó ella con un susurro que se oyó con eco en toda la sala, ascendió hasta el techo y se perdió en el espacio—. Pero, como he dicho siempre, lo que ocurre a largo plazo es lo que importa. ¿No es así? Un par de sacrificios en el presente para garantizar un futuro mejor, ¿verdad?

Michael retrocedió un paso para alejarse de ella. Los soldados se desplazaron con él, uno a cada lado.

—Estás loca —dijo, medio entre dientes—. Has perdido la cabeza por completo.

La agente lo miró con una sonrisa de medio lado.

—Todo lo contrario. Estoy actuando con más sensatez que nunca. Solo estaba loca cuando empecé a dudar del plan que habíamos iniciado. Todos esos ires y venires, todas las dudas, toda esa... indecisión. Ahora que ya he vuelto al buen camino, que mi compromiso es total, me siento más viva que nunca. Jamás he sentido tanta claridad mental.

—¡¿Qué vas a hacer?! —le gritó el chico.

Ella no se inmutó.

—Qué vamos a hacer, Michael. Nosotros. No estoy sola en esto. Jamás lo he estado. —Se alejó de él y se acercó a la primera hilera de ataúdes—. Este es mi ejército. Los que han estado de mi parte desde un principio. Los que han confiado en mi visión y me han ayudado a llegar a este punto. —Entonces señaló con un barrido del brazo los demás ataúdes que plagaban el gigantesco espacio—. Pronto, estos seres humanos estarán bajo el control tangente. Los daños colaterales serán importantes, lo reconozco. Pero los que no son necesarios..., bueno, ya no serán necesarios.

—¡Dímelo! —gritó Michael—. ¿Qué vas a hacerles?

La agente se volvió de golpe para mirarlo de nuevo con gesto sarcástico.

—Voy a darles muerte real —dijo—. Son los tangentes que la gente creía que Kaine había descargado en el mundo. Voy a matarlos a todos. Por el bien de nuestro futuro; un futuro gobernado por la SRV.

Cristal negro

1

Michael estaba temblando de rabia. Se sentía impotente. No podía siquiera dar con las palabras para expresar lo que sentía.

—Que no salga de aquí —dijo Weber—. Mantenedlo a salvo y vigiladlo muy de cerca. Y, hagáis lo que hagáis, no permitáis que este chico se acerque a una neurocaja ni a un ordenador de ningún tipo. ¿Entendido?

—Creo que podremos apañárnoslas con un adolescente flacucho. —Uno de los guardias agarró al chico por los brazos y el otro hombre se le acercó y le arrancó el audiopad.

Michael se mordió el labio, se resistía a llorar a pesar del dolor. Se quedó mirando fijamente a Weber, porque sabía que debería sentirse impactado al ver en qué se había convertido la mujer. Pero ¿es que no se había dado cuenta desde un principio? ¿De verdad había llegado a confiar en ella en algún momento?

—Ahora voy a sumergirme —anunció Weber a nadie en concreto—. Con esta batida final contra los tangentes, el trato estará cerrado. La humanidad nos agradecerá que la hayamos salvado. Cuando me eleve de regreso, el mundo será un lugar distinto. —Se dirigió hacia un ataúd situado junto a la pared más próxima, uno que se encontraba sobre un pedestal, en un nivel superior a los demás, con tres escalones para subir hasta él.

—¿Batida? —preguntó Michael—. Bonita palabra. Querrás decir asesinato. Genocidio.

Weber manipuló los controles externos del ataúd y la tapa de este empezó a abrirse. Miró por encima del hombro a Michael.

—Dame un solo ejemplo de una guerra que no haya tenido daños colaterales, infligidos a ambos bandos. Es parte del juego. Los reveses que garantizan un salto adelante.

—¿Juego? —Michael ni siquiera sabía por qué estaba desperdiciando saliva. Hablar con ella era como hacerlo con una pared—. ¿No te das cuenta de lo enfermizo que resulta que digas que es un juego?

—El juego de las vidas, el juego infinito... —dijo la mujer, y puso expresión casi melancólica—. Tú, mejor que nadie, deberías valorar la metáfora. Siempre fuiste un gran jugador, ¿verdad? —Sacó pecho, como una madre orgullosa.

Michael intentó plantárselo desde un punto de vista más razonable.

—Kaine sabe cómo revertir la Doctrina de la Mortalidad. Y Helga también. Su conciencia puede permanecer viva, aquí o en la Colmena. ¡No te bastará con entrar

ahí y matarlos!

La tapa del ataúd ya se había abierto por completo. Weber desplegó una pantalla de privacidad que se había instalado sobre cada dispositivo. Este amortiguó el sonido de su voz al hablar.

—Para un plan como este, necesitábamos actuar a gran escala, Michael. Si todo el mundo regresara a sus cuerpos y no hubiera consecuencias devastadoras, la gente lo olvidaría. Al cabo de un año, o dos, o cinco, o diez, empezarían a decir que no había sido tan grave, que no había sido más que un obstáculo en el camino. Si volviera a ocurrir, recuperaríamos a nuestros seres queridos. Dirían que no fue más que un cambio de programa. Se cuestionarían la existencia de la SRV. —Algo golpeó la pantalla protectora, un codo, quizá; la agente estaba desnudándose para introducirse en el ataúd—. No podemos permitirlo. Necesitamos la muerte, la muerte irreversible, y en gran número, detenida por sus salvadores antes de que se convierta en un holocausto. De esta forma, el mundo jamás lo olvidará, jamás.

—Estás enferma —susurró el chico. Hablar a la mujer no tenía sentido.

Michael oyó el bisbiseo del ataúd cobrando vida y vio cómo se cerraba la tapa. Al hacerlo, la pantalla de privacidad volvió a elevarse y se introdujo en la ranura del techo de la barandilla situada sobre la agente. Cuando hubo desaparecido del todo, el ataúd ya estaba cerrado, y el parpadeo de sus luces indicaba que estaba en funcionamiento.

2

Michael se encontraba en una silla con dos guardias enfrente. Ni siquiera era capaz de apreciar la diferencia entre ambos hombres. Eran como caricaturas, rapados al cero, uniformados y con la mandíbula prominente. Nadie hablaba. Se limitaban a permanecer sentados, mirando al suelo, mientras el zumbido de los miles de ataúdes que vibraba en el aire dejaba sin fuerzas a Michael.

¿Qué iba a hacer? El chico permanecía sentado pensando en Weber. Se preguntaba si la mujer planeaba hacer algo con todas esas personas sumidas en el Sueño. ¿Iba a destruir la Colmena de un plumazo? ¿Iba a llevar a cabo un refinado genocidio así sin más?

El chico se enderezó un poco en el asiento. Resultaba impactante, pero no había pensado mucho en sí mismo durante todo el proceso. Toda esa palabrería de Weber sobre el hecho de que lo necesitaban, de que ella lo había programado... Pero él estaba en un cuerpo humano, él también era un tangente. Si la agente planeaba eliminar a todos los tangentes del mundo...

No, eso no podía ser parte del plan. Al menos, no de momento. Weber necesitaba a humanos controlados por tangentes. Había asegurado que contaba con sus propios tangentes en activo en el mundo y que había invitado a los líderes mundiales que

todavía no respondían ante la SRV a la ubicación de los ataúdes con alguna excusa, con el fin de poder dominarlos a ellos también. El chico se preguntó si Weber en persona habría programado a los demonios codificados.

Michael, por el momento, estaba a salvo. Debía estarlo. En realidad, el chico no entendía por qué era tan vital para la Doctrina de la Mortalidad, aunque no cabía duda de que lo era. «Una conexión etérea», como había dicho Weber.

Aquello no lo hacía sentirse mejor en absoluto. Volvió a pensar en todo lo que había dicho la mujer. No había forma posible de que lograra salir de ese edificio por voluntad propia.

«Sarah».

La evocación repentina de su amiga le encogió el corazón. Pensó en sus otros amigos. Bryson. Helga. Gabby. Les había pedido que fueran a la fábrica de la Doctrina de la Mortalidad en el Desfiladero Consagrado: ahí debía de encontrarse la clave. Cuando todo estuviera dicho y hecho, tenían que cerrarla, asegurarse de que los tangentes invasores fueran detenidos para siempre. Pero ¿habrían llegado hasta allí? ¿También los había enviado a una muerte segura? Michael pensó en sus padres. Kaine dijo que los había matado, pero eran fragmentos de código, al igual que el chico. A lo mejor, y solo a lo mejor...

Tenía que hacer algo.

—Chicos —dijo a los soldados—. Necesito ir al servicio.

3

Le permitieron ir. ¿Cómo no iban a hacerlo?

Ambos soldados lo escoltaron por el pasillo lateral de iluminación mortecina.

Pasaron junto a varias puertas antes de llegar a los aseos. Uno de los guardias permaneció junto a él mientras el otro revisaba las instalaciones para comprobar que no se había ideado ningún plan maestro de fuga. Evidentemente, no encontró nada.

—Entra —dijo después de haber terminado la inspección—. Esperaremos aquí.

—Gracias a Dios —murmuró Michael—. ¿Estás seguro de que no quieres tomarme de la manita mientras lo hago? —No se rieron para nada, y el chico cruzó la puerta.

Cuando cerró al entrar, se quedó apoyado contra la puerta un segundo, disfrutando de ese momento de intimidad. Tras echar un rápido vistazo, comprobó lo que el guardia ya había dejado claro; no había fácil escapatoria. Era un aseo pequeño, con solo dos retretes y un lavamanos.

Hizo sus necesidades, esa parte no era mentira, pero no tiró de la cadena enseguida. Quería un poco de tiempo a solas, y le daba igual lo que pensarán. Se quedó metido en el retrete hasta que los guardias acudieran en su busca.

Kaine. El nombre se le vino a la cabeza de forma inesperada. Kaine estaba de su

parte. El tangente odiaba a la SRV tanto como él. Weber lo había creado a él, luego se había vuelto en su contra, y ahora quería destruirlo, no solo a él sino todo en lo que Kaine creía. Michael intentó no pensar en el hecho de que él mismo no creía en ello. Por el momento, estaban trabajando para combatir al mismo enemigo.

El chico daba vueltas dentro del angosto retrete. Lo único que tenía que hacer era enviar a Kaine un mensaje, de alguna forma. Solo necesitaba diez segundos y el acceso a cualquier clase de dispositivo informático con conexión a la Red Virtual. Michael recordó una antigua viñeta cómica: una bombilla aparecía sobre la cabeza de los personajes cuando tenían una idea. Era lo que necesitaba en ese instante.

Dejó de dar vueltas. Las luces. Un edificio tan enorme como aquel, con toda esa moderna tecnología... La tecnología tenía que estar centralizada y operativa gracias a una conexión con la Red Virtual. Tenía que ser así.

Un guardia tocó a la puerta.

—Venga ya, ¡date prisa!

Michael se sobresaltó.

—Sí, ¡lo siento! —Pensó a toda prisa—. Perdón, es que tengo el estómago hecho un asco por todo el estrés que me causáis, tíos. —Hizo una mueca por su lamentable intento de seguir en el retrete.

—¡Tienes dos minutos! —gritó el soldado a través de la puerta. Michael se sorprendió de que no entrara derribando la puerta, aunque se le ocurrió que, por muy soldado que fuera, el tipo no tendría el arrojo de entrar sin saber qué podría encontrarse dentro.

Se dirigió a toda prisa hacia el cuadro de luces, era una placa de cristal negro en la pared. Se trataba de una interfaz sencilla: las luces funcionaban de forma automática, por un sistema basado en el movimiento, pero también había imágenes en el cristal para apagarlas y encenderlas de modo manual, y para atenuarlas en distintos cuadrantes de la sala. Michael pensaba a toda velocidad. Sabía que podía desconfigurar el sistema y hackear la red eléctrica; solo necesitaba tiempo. Tiempo que no tenía.

—¡Un minuto! —gritó el soldado mientras volvía a aporrear la puerta.

Michael pegó un bote y, sin querer, apagó las luces. Volvió a encenderlas a toda prisa con la esperanza de que los guardias no se hubieran percatado desde el pasillo.

Podía hacerlo. Inspiró con fuerza, tomó por los bordes la placa de cristal y metió los dedos en la grieta. Entonces tiró de los cables. Le hicieron falta tres intentos para separar el dispositivo un centímetro y medio de la pared. Tirando un poco más, logró arrancarlo del todo. Con delicadeza, lo dejó colgando del cable de fibra óptica y lo conectó con la fuente de alimentación principal. Cuando estuvo seguro de que no se rompería, echó un vistazo a la consola. Había un botón en la interfaz de la placa de cristal para conmutar los símbolos por código puro y duro. Hizo rápidamente el cambio, y luego volvió a colocar la consola en la pared. El cristal negro mostraba en ese momento varias líneas de código que, para el común de los mortales, habría sido

un auténtico galimatías.

Pero no para Michael.

Se puso manos a la obra, tecleando y modificando el código para profundizar en varias capas, hasta llegar a la sencilla red eléctrica de comunicaciones y penetrar en los sistemas centrales de todo el edificio.

—¿Qué te pasa, chaval? —gritó uno de los hombres desde el pasillo—. Voy a entrar.

Sin pensarlo, Michael se abalanzó sobre la puerta y echó el pestillo, algo que no había hecho antes para no levantar sospechas. En cuanto se oyó el clic del cierre, ambos soldados empezaron a aporrear la puerta.

—¿Qué está pasando? —gritó el otro soldado—. ¡No puedes hacer nada ahí dentro! ¡Quita el pestillo ahora mismo! Esto no es un juego, chaval.

Michael estaba ocupado con el código. Necesitaba enviar el mensaje a Kaine. No le importaba que echaran la puerta abajo, que lo golpearan y lo encerraran en las mazmorras. Solo necesitaba un par de segundos más. Con ánimo febril, manipulaba los símbolos que aparecían iluminados en la pantalla, en su intento de dar con un conducto, cualquier conexión con un sistema de mensajería, por arcaico que fuera.

Los guardias aporreaban la puerta; parecía que habían empezado a golpearla con los hombros. El armatoste metálico se agitaba con violencia, pero el pestillo resistía.

—¡Abre la puerta! —gritó uno de los guardias.

Michael los ignoró mientras movía los dedos más rápido que nunca. Ya casi lo tenía.

Un disparo retumbó en la sala. Michael gritó y, de forma instintiva, levantó los brazos para protegerse la cara, como si eso sirviera de algo. Tras un rápido vistazo a la manija y al pestillo comprobó que este último había quedado dañado, aunque todavía no se había roto. Mientras seguía mirándolo, la pistola volvió a disparar, e impactó con tanta violencia contra el pestillo que quedó casi reventado.

Michael volvió a trabajar con el código a toda prisa. Estaba como loco.

Lo había encontrado: era una línea con servicio diseñada para alertar de modo automático a los trabajadores de que existían fallos en el sistema de iluminación. Michael no tuvo ningún problema para ampliar esa línea hasta conectarla con los reinos exteriores de la Red Virtual y vincularla a Kaine. A continuación tecleó a toda prisa el mensaje, a pesar de que un nuevo disparo acabó para siempre con el pestillo justo en ese momento, y las pequeñas esquirlas de metralla llovieron contra el espejo situado sobre el lavamanos.

LOCALIZA MI UBICACIÓN

La puerta se abrió de golpe hacia dentro, y estuvo a punto de salirse de los goznes.

El primer soldado entró, pistola en ristre, e hizo un barrido del aseo con la mirada.

VEN A SALVARME YA

—¡Para! —le gritó el guardia y le apuntó con la pistola. El otro entró corriendo y agarró a Michael con ambas manos.

El chico envió el mensaje a la Red Virtual, luego arrancó las fibras de la conexión mientras unas manos lo sujetaban con brusquedad por la camisa, lo levantaban y luego lo tiraban como un saco sobre el suelo de baldosas.

Vio un rostro feo se cernía sobre él.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Acababan de dejar al chico sin respiración por el golpe. Intentó tomar aire, pero no podía hablar. Tenía un cañón de pistola en la frente, frío y duro.

—¿Qué. Has. Hecho? —insistió el hombre remarcando cada palabra.

Michael tosió en un intento de articular palabra.

—Nada... Yo... Solo estaba... He intentado... Pero... Nada. —Arrugó el rostro como si estuviera a punto de llorar—. ¿Por qué no me... dejáis ir...? Por favor.

—Vamos a sacarlo de aquí —dijo el guardia de la pistola—. A ver si puedo averiguar qué ha hecho.

Su compañero arrastró al chico por el suelo tirando de él por los pies.

4

Los tres no tardaron en estar de regreso en las sillas. Michael permanecía cabizbajo. Sin embargo, percibía con toda claridad, con su visión periférica, la pistola con la que estaban apuntándole. Los hombres habían dejado a un lado cualquier sutileza.

—Dinos con qué has estado trasteando ahí dentro —dijo el guardia con la pistola—. No somos idiotas. Dínoslo o te pegaremos un tiro en la nuca, y diremos a los jefes que querías escapar.

Michael intentó con todas sus fuerzas fingir el llanto, pero no le salía. No obstante, aunque no logró derramar ni una lágrima, no le resultó difícil expresar que el incidente lo había descompuesto.

—Oye, estoy siendo sincero. Estaba desesperado. He intentado ver si podía hacer algo. Pero solo he encontrado un montón de cables eléctricos. Lo juro. Nadie más tiene que enterarse.

—Sí, ¡salvo que has arrancado la fibra óptica que lo conecta todo!

Michael se encogió de hombros y siguió mirando fijamente al suelo.

—Puedo arreglarlo si queréis...

—¡Cierra el pico! ¿Nos tomas por imbéciles?

El chico puso cara de póquer; se moría de ganas de contestar que sí.

—Vamos a tranquilizarnos —dijo el otro hombre, el que no tenía pistola—. Nadie va a intentar pegarnos un tiro porque hayamos dejado al chaval ir al baño. Seamos razonables: ¿qué puede haber hecho? ¿Enviar un mensaje de socorro con las luces? No es más que un crío. Míralo. No puede ser tan listo.

«Sí, sí que puedo», pensó Michael. No se atrevió a levantar la vista por miedo a que la expresión de sus ojos delatara lo bien que se lo estaba pasando. Kaine acudiría en su ayuda. Estaba convencido de ello.

Todo se calmó en cuestión de minutos, y los guardias volvieron a quedarse en silencio. Michael se reclinó un rato en su silla y se cruzó de brazos. No tardó mucho en dejar de sentirse animado. Con cada segundo que pasaba, empezaba a dudar un poco más. ¿Cómo había podido sentirse tan seguro? Aunque hubiera sido solo por un instante. Aunque Kaine recibiera el mensaje, ¿quién le aseguraba que acudiera en su busca? ¿Por qué iba a hacerlo? No eran precisamente un dúo comprometido a combatir el crimen y a los malvados invasores del planeta.

Un bisbiseo interrumpió sus cavilaciones, un fuerte sonido que retumbó en el silencio de la gigantesca sala. Los tres miraron hacia el punto del que provenía: era uno de los ataúdes, cuya tapa estaba levantándose mientras pequeñas volutas neblinosas ascendían en remolino desde el borde. Estaba a tres neurocajas por debajo de la plataforma en la que se encontraba Weber, y seguía parpadeando y zumbando. Se oyó un nuevo bisbiseo, y luego otro, y otro. Había cuatro ataúdes en total, que se abrían, desperdigados por toda la sala, pero todos a unos quince metros, más o menos, de donde Weber permanecía sumergida.

Ninguno de los dos guardias se mostró alarmado. No tenían razón para estarlo. Eran las personas para las que trabajaban. Seguramente les parecía normal que algunas de ellas regresaran.

—¿Vas a contárselo? —preguntó un soldado al otro.

—Sí, claro, como quieras. Al menos no es Weber. Solo su camarilla de aspirantes a jefe.

Su compañero lo hizo callar.

—Tío, no juegues con fuego —le susurró, enfurecido.

Las pantallas de privacidad se desplegaron para ocultar a las cuatro personas que se elevaban desde el Sueño mientras salían del ataúd y se vestían. Michael esperaba con impaciencia que Kaine hubiera hecho exactamente lo que él quería. Usar la Doctrina de la Mortalidad para salvarlo. Pero ¿no había ocurrido demasiado rápido?

Las pantallas de privacidad se levantaron, una a una, y dejaron a la vista a tres hombres y una mujer, todos ellos vestidos con un aspecto tan profesional como la mismísima agente Weber. Se alisaron la ropa y luego se acercaron hacia Michael y los dos guardias. Nadie decía una palabra. Al chico le costaba respirar y tenía que pensar de forma consciente en cómo inspirar y soltar el aire.

Uno de los hombres salidos de los ataúdes se acercó al guardia que sujetaba la

pistola. Se quedó mirando el arma con una intención muy clara.

—Yo... hummm... —tartamudeó el guardia, y luego enfundó la pistola—. Lo siento. Es que... el chaval no se ha mostrado muy cooperativo. Hemos contenido su intento de fuga, agente Stevens.

—Sí, estoy seguro —dijo el hombre, y se puso lo bastante cerca del soldado para imponerle su estatura superior—. Créeme, conozco a este chaval. Tienes muchos recursos, ¿verdad? Pásame el arma.

El soldado no reaccionó a la primera, porque no esperaba esa orden.

—¿Eh? ¿El arma? ¿Para qué?

—La agente Weber ha estado observando tu... tu forma de proceder desde el lugar donde nos encontrábamos en la Red Virtual. Nos ha ordenado que vengamos a retirarte del servicio. Siento darte la noticia. Entrégame las armas, y, por favor, vete a casa. Estoy seguro de que la agente concertará una reunión contigo y tus superiores dentro de nada para resolverlo todo.

—Esto tiene que ser una broma —protestó el soldado, pero cumplió la orden. Desenfundó la pistola y se la entregó al agente Stevens.

Stevens se quedó mirándola un rato, y le dio la vuelta en las manos.

—Con muchos recursos, efectivamente. —Tomó el arma por el mango, la apuntó hacia la cabeza del soldado y puso el dedo en el gatillo, todo en cuestión de segundos. La detonación del disparo retumbó en la atmósfera de toda la sala. Antes de que Michael pudiera volverse para mirar, Stevens se giró de golpe y apuntó al otro soldado. Disparó. No le dio. El guardia intentó coger su arma, con el rostro demudado por la impresión, pero Stevens no falló la segunda vez.

Michael se sentó en la silla, con los oídos tapados, anonadado. Miró a Stevens, quien estaba vuelto en su dirección, con la pistola levantada, apuntando al chico.

—¿Por qué estás tan sorprendido? —dijo Stevens—. ¿No es esto lo que has pedido?

—¿K-Kaine? —susurró Michael—. No... no pensaba que... No...

—¿Crees que habría abducido el cuerpo de este hombre tan encantador para presentarme aquí y pedir a los guardias con educación que te dejaran marchar? Me parece un plan un tanto mediocre.

—¿Por... por qué estás apuntándome? —El chico señaló la pistola con un gesto de la cabeza.

—Oh. Lo siento. —Stevens, ¿o era Kaine?, bajó el arma—. Es que... nunca había hecho esto en el cuerpo de una persona real. Es una locura, ¿verdad? —Miró la pistola una vez más como si fuera un objeto valioso, con los ojos muy abiertos—. No soy Kaine, por cierto. Nos ha enviado a los cuatro a salvarte, como tú pediste. Estábamos en la cola del programa de la Doctrina de la Mortalidad, listos para partir. Solo ha hecho falta un rápido reajuste para enviarnos aquí.

Michael se levantó con la sensación de que todo le daba vueltas. Los acontecimientos de los dos últimos minutos lo habían agitado, pero no tenía tiempo

para pensar en ello. Weber estaba en el Sueño, desatando el caos. Debía detenerla.

—Tenéis que desenchufar a toda esa gente —dijo, intentando recobrar la cordura. Empezó a caminar hacia el ataúd de Weber—. ¡No los matéis! Solo... solo iniciad una elevación de emergencia y luego los desconectáis. Podríais pedir a Kaine que os enviara más ayuda antes de hacerlo. Lo que necesitéis. Pero... tened cuidado. Por favor. Debemos impedir lo que quiera que sea que estén haciendo.

Llegó hasta los escalones que conducían a Weber, luego se volvió hacia los demás. Los tres hombres y la mujer estaban mirándolo, un tanto perplejos, seguramente porque intentaban averiguar por qué ese adolescente estaba espetándoles órdenes.

—Preguntad antes a Kaine si es necesario —dijo Michael con el tono más autoritario que fue capaz de articular—. Él y yo trabajamos juntos ahora. ¿Por qué creéis que os ha enviado aquí?

Stevens asintió en silencio.

—Conseguiremos refuerzos, encontraremos armas y empezaremos a elevar a la gente. ¿Qué harás tú?

—Yo me encargaré de Weber.

5

El chico abrió el ataúd de la agente sin elevarla antes, usando el botón de apertura de emergencia de la tapa. Seguía actuando de forma impulsiva, la cabeza le iba a mil por hora.

La mujer estaba allí tendida, con los neurocables insertados por toda la piel, los geles líquidos que le cubrían partes del cuerpo y una vía inyectada en la parte interior de un codo. Parecía estar echándose un sueñecito. El pecho se elevaba y se hundía por la respiración rítmica.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —preguntó el chico en voz baja—. ¿Adónde has ido?

Michael le miró el cuello. ¿No habría sido esa la forma más fácil de acabar con aquel problema? ¿Matarla cuando ella no podía oponer resistencia? ¿Cortar la cabeza al dragón y esperar que sus esbirros se dieran cuenta de que la mujer había ido demasiado lejos?

Pero no. Michael no podía correr ese riesgo. Debía averiguar qué estaba haciendo la agente y adónde iba a dirigirse. ¿Quién sabía qué clase de daño había infligido ya? Debía localizarla en el Sueño, entender qué estaba haciendo y solucionarlo. Esa era su misión en ese momento. Debía solucionarlo. Solucionarlo todo.

Michael abrió la interfaz del ataúd, leyó a toda prisa la información y la memorizó. El Sueño estaba hecho un desastre, pero el chico creía que podría localizarla con los datos recabados. Y, por suerte para él, los tres ataúdes anexos

acababan de quedar vacíos. Qué conveniente que el cuerpo real del chico y el de Weber estuvieran tendidos tan próximos mientras se enfrentaban a todo aquello en el lugar donde la mujer había creado a Michael.

—Voy a por ti, Weber —dijo el chico mientras introducía la orden de cerrar el ataúd de la agente. Se quedó mirando el rostro sereno e inconsciente—. Voy a por ti ahora mismo.

La disolución de las celdas

1

Una vez en el Sueño, Michael tuvo que pelearse un rato con el código. Confiaba en las coordenadas que había robado del ataúd de Weber, pero la Red Virtual en descomposición se negaba a colaborar. Navegó entre las nubes de desechos de color violeta y una espesa materia negra que era la programación más básica que jamás había visto. Programó un pasillo para atravesarlo, visualizó el camino hasta el lugar donde había ido Weber y fue capaz de crear una superficie sobre la que caminar. Mientras corría por ella, de pronto empezaron a aparecer una serie de cosas ante él.

—¡Compre una y llévese otra gratis! —voceaba un hombre dirigiéndose al chico, levantando una Caja Virtual de Sims que habría disgustado bastante a varias madres del mundo. Michael pasó a través de él; el hombre era como un fantasma—. ¡Si no compras, no hay regalo, imbécil! —le gritó el vendedor a la espalda.

Una mujer ataviada como una antigua ama de casa apareció de pronto, vendiendo masa para galletas. Su imagen se veía borrosa, mezclada con una serie de escenas de experiencia completa de las últimas películas en cuatro dimensiones, lo que hizo que el chico se sintiera como uno de los personajes durante un instante. Sacudió la cabeza para dejar de verlo; en ese momento, algo intentaba confundirlo mentalmente. Se le apareció un niño que le pedía dinero. Era un crío salido directamente de un libro de Dickens. Michael lo atravesó de golpe, pero empezaron a aparecer otros que le vendían de todo, desde masajes hasta antigüedades. La Red Virtual estaba tan dañada que los anuncios y el spam afluían por todas partes. Aquello era una verdadera ciénaga, y el chico tuvo que abrir un túnel para poder atravesarla.

El pasillo que había construido iba alargándose ante él a medida que corría. Codificaba y codificaba sin parar, concentrado en localizar a Weber, apartando todo lo demás fuera de los límites de su senda programada. A lo lejos, basándose en toda la información que giraba en torbellino en su cabeza, creó una puerta. Una sencilla puerta de madera con un pomo redondo de bronce. Michael dio un salto en el aire, alargó los brazos hacia delante y voló, saltando por encima del resto de información basura que se interponía en su camino.

Aterrizó delante de la puerta y tomó una gran bocanada de aire. La luz salía por las esquinas de la entrada y parecía vibrar. Latía por la fuerza de lo que se encontraba tras ella. Michael supo entonces que lo había conseguido. Weber estaba al otro lado. La había encontrado. El chico ni siquiera estaba seguro de por qué lo sabía. Empezaba a sentir que el código formaba parte de él y que él era parte del código. Como en los viejos tiempos.

No se molestó en llamar. La puerta era solo una ilusión creada por él, una forma de visualizar la senda. No estaría cerrada con llave. La agente ni siquiera sabía que él entraría; al menos, no de esa forma, así de rápido.

Michael descendió, entró en contacto con la fría dureza del pomo de bronce, lo hizo girar y empujó la puerta para abrirla.

La luz era cegadora.

Michael se adentró en ella.

2

—Michael —dijo la mujer. Al principio solo se oía su voz bajo la luz blanca—. No pienso morderme la lengua. Me impresiona mucho verte aquí.

El chico negó con la cabeza, se frotó los ojos y se situó en el mundo de código que había manipulado de forma tan inquebrantable. Todo cuanto lo rodeaba empezó a temblar y se enfocó de pronto. Inspiró con fuerza una vez más para recuperarse y miró a su alrededor.

Weber estaba a escasos centímetros de él. Se encontraba de pie frente a una urna de cristal reluciente. Y no estaba sola. Había al menos un centenar de auras que la rodeaban. Michael sabía que estaban allí para protegerla mientras la mujer destruía el mundo.

—Dijiste que me habías programado —dijo Michael intentando ocultar su sorpresa por el lugar donde había ido a parar. La habitación era bastante normalita; ¿qué pretendía conseguir en un lugar tan corriente? Michael esperaba ir a parar a la Colmena—. ¿Por qué te sorprende que haya dado con la forma de venir a buscarte?

Ella ladeó la cabeza, como si el chico hubiera dicho algo profundo y quisiera reflexionar sobre ello un instante.

—Puede que te sorprenda, pero no he sido... del todo sincera contigo.

—No me digas —respondió Michael.

—Sí que te programé —dijo ella, todavía con expresión contemplativa—. A ti y a otros. No te preocupes, tú sigues siendo especial, pero no tenemos el vínculo de madre e hijo que puedas haber imaginado.

Michael rompió a reír. Era desesperante la forma en que aquella mujer siempre lograba sacarlo de sus casillas.

—¿De verdad creías que eso me importaba? ¿Qué pasa, que creías que sentía algo por ti? ¿Que te veía como a una madre? Justo cuando empiezo a creer que no puedes estar más alejada de la realidad... —La verdad era que Michael no sabía cómo acabar la frase.

—Tú eres el que llegó más lejos —prosiguió la mujer, comportándose como si no hubiera oído ni una sola palabra de lo que había dicho él—. De todos los que programé y coloqué en lo Profundo. La Senda no fue solo una prueba, Michael. Te

cambió, te hizo evolucionar, te ató a la Doctrina de la Mortalidad. Fue todo parte de la programación. La complejidad de todo ello es... es hermosa. Asombrosa. Horripilante. Lo es todo.

Michael negó con la cabeza. Lo que la mujer decía tenía cierto sentido. Pero nada de eso importaba ya. Resultaba evidente que lo necesitaba vivo. Tenía que ser la razón por la que el chico seguía respirando.

—Me dijiste que ibas a matarlos a todos —dijo Michael, escupiendo las últimas tres palabras—. No estoy seguro de cómo planeas hacerlo, pero no puedo permitir que ocurra.

Weber se cruzó de brazos.

—Tu cuerpo está vivito y coleando en un ataúd de alguna parte. Como ya he dicho, te necesito vivo. Pero aquí, en este bonito lugar que tu generación llama el Sueño, podemos hacer en gran medida lo que se nos antoje contigo. Sé que lo sabes. Mira a tu alrededor, Michael. ¿De verdad crees que todos estos buenos agentes y soldados que están con la SRV van a dejarte dar un solo paso hacia mí?

—No —dijo Michael. ¿Qué estaba demorando tanto a la gente de Kaine?—. No lo creo en absoluto. Parece que les has lavado el cerebro a fondo.

Se oyó alboroto en el fondo de la sala. Lo que había empezado como una conversación entre murmullos se convirtió en una serie de gritos de sobresalto, chillidos y alaridos. Michael sintió un instante de puro júbilo cuando vio la expresión de terror que afloró de pronto en el rostro del aura de Weber. La mujer se apartó de él para ir a mirar, y el chico también pudo ver qué ocurría.

Su gente estaba desapareciendo.

3

Ningún efecto especial ni pirotécnico acompañaba a las desapariciones. Michael se puso de puntillas para ver con más claridad mientras, uno a uno, los agentes y soldados que Weber había mencionado con tanto orgullo dejaban de existir en la sala. Estaban allí y dejaban de estar. Ni siquiera se oía una pequeña explosión ni se veía una voluta de humo, ni un borrón de color que señalara la instantánea transición. Quedaban borrados del Sueño, eran elevados. Los cuatro tangentes que Kaine había enviado estaban violando todas las normas del manual desde el cavernoso rascacielos.

Weber se volvió en dirección a Michael sin intentar ocultar su rabia ni la fuerte impresión que sentía.

—¿Qué has...? —empezó a decir, y entonces cayó en la cuenta de que estaba a escasos segundos de perder su ejército—. ¡Deprisa! —gritó a su patrulla—. ¡Antes de que os cojan! ¡Coged a Michael, derribadlo, matadlo! —Su aura no podía ocultar la locura latente en sus ojos. Estaba desmoronándose por dentro.

Sus esbirros no tardaron en obedecer. Michael apenas había percibido esa mirada de terror en la cara de la mujer cuando se dio cuenta de que estaba siendo levantado por los aires y arrojado al suelo. Se quedó sin respiración y luchó por recuperarla, pero los cuerpos amontonados sobre él, que le propinaban puñetazos y patadas, lo aplastaban aún más contra el suelo. Varias manos lo agarraban por el codo y lo asfixiaban. Ni siquiera podía ver de quiénes eran; solo veía brazos y piernas y pelo y pies, como si estuvieran todos conectados en un solo ser, alguna creación monstruosa salida del laboratorio de un científico loco.

—¡Rápido! —Oyó gritar a Weber—. ¡Hacedlo!

Michael no sabía qué era peor, si el dolor de su cuerpo aplastado o el dolor de los pulmones, en lucha desesperada por una bocanada de aire. Tosía y escupía, intentaba zafarse de las manos que lo asfixiaban. No podía combatir contra toda aquella gente, y daba igual lo bueno que fuera generando código. Intentó aletear con los brazos, pero los tenía ambos atrapados bajo huesudas rodillas.

Se le nubló la visión por la falta de oxígeno, pero vio que una de las siluetas que estaban sobre él desaparecía súbitamente, como un estallido de realidad que lo desorientaba. Relajó el cuerpo, se rindió a seguir luchando contra el tiempo. Desapareció otra persona. Luego otra. Sintió que el peso que le oprimía el pecho iba aligerándose poco a poco. «Por favor —pensó—, que el que me asfixia sea el siguiente». Sintió que los ojos iban a explotarle; el pecho le ardía por dentro.

Pero entonces, por fin llegó el alivio. La presión del cuello desapareció de pronto, y el aire entró en avalancha en sus pulmones. Los colores se convirtieron en un borrón y pasaron a toda velocidad sobre él, aunque podía ver lo suficiente para saber qué ocurría. Todos sus atacantes se habían esfumado.

Se volvió hasta colocarse de costado al tiempo que tosía e inspiraba para tomar aire. Le temblaba el cuerpo por el esfuerzo. Tenía arcadas y escupía. Entonces vio con el rabillo del ojo que Weber se acercaba a él y reaccionó: estiró las piernas e intentó levantarse para salir huyendo. Avanzó como pudo hasta golpear con la espalda contra una pared. Pero Weber se había detenido. Estaba retrocediendo con expresión horrorizada, como si se hubiera topado con un perro rabioso.

—Deberías haberme matado —dijo el chico con la garganta irritada. Era presa de la rabia, y se sentía mezquino y vengativo—. Mejor todavía, no deberías haberme creado. —Todavía respirando con dificultad, todavía con cientos de partes doloridas, se apoyó contra la pared y fue ascendiendo hasta ponerse de pie—. Soy demasiado listo para ti. Tengo a demasiadas personas de mi parte. Se acabó, señorita. No pienso dejar que hagas daño a nadie más. —Dio un paso hacia la mujer para demostrar que su amenaza era real.

Ella se llevó una mano al pecho para protegerse y retrocedió hasta situarse de nuevo frente la misteriosa urna de cristal con las luces brillantes. Miró al chico sin decir una palabra. Tenía cara de estar pensando qué podía hacer.

Michael avanzó otro paso, aunque no estaba muy seguro de cuál era su plan.

Empezar a pegarse con una mujer mayor no era exactamente la forma en que había imaginado salvar el mundo. Pero debía deshacerse de ella, que era lo que habían estado a punto de conseguir cuando había llegado a ese lugar.

—Dime la verdad —dijo el chico—. No quiero hacerte daño. Podría haberte matado muy fácilmente en el Despertar, acabar con todo de la forma más fácil. ¿Qué ibas a hacer cuando yo llegara allí?

—Teníamos un plan —respondió la mujer con la mirada gélida—. Estaba ciñéndome a él. ¡Teníamos un plan!

—Escucha lo que dices —le dijo Michael—. Pareces una loca. ¿Cómo vas a ayudar a la gente matando a gente? ¿Y conquistando el mundo? Es una locura.

Weber lo atravesó con la mirada.

—Te necesitábamos. Pero empiezas a ser un estorbo.

Michael avanzó un paso más; estaba a menos de un metro de Weber. Prácticamente podía estirar una mano y agarrarla.

—A ver si lo entiendo. Por cierto, ¿qué es eso que tienes detrás?

—Las circunstancias han cambiado —susurró la mujer, y cada vez parecía más delirante—. Yo no quería... Yo no quería matarte. Las cosas no han sido fáciles. Pero siempre podemos reconstruir la Doctrina. Y reprogramar a los que hemos perdido. Siempre podemos adaptarnos, ¿verdad?

—¿De qué —preguntó Michael poniendo énfasis en cada palabra—. Estás. Hablando?

—Que así sea —dijo la agente y se irguió todavía más. Parecía que estuviera hablando con alguien que no se encontrara allí—. Esto puede pesarte en la conciencia. Aunque... aunque no estarás aquí para saberlo.

De pronto afloró en su rostro una mirada de fanatismo, tenía ojos de loca.

—Si te queda una pizca de sentido común en esa cabecita tuya, retrocede, elévate y déjanos en paz. No me sigas —dijo levantando un dedo—. Te lo juro, mataré a todo el mundo. Hasta el último que quede.

—¿Qué...?

La mujer le dio la espalda enseguida y se puso de cara a la urna de cristal que tenía detrás. Colocó las manos en el borde de la tarima sobre la que estaba situada y se impulsó para subir, levantando las piernas hacia el extremo abierto del contenedor. Michael se lanzó hacia delante para agarrarla, pero llegó demasiado tarde.

Y entonces ocurrió algo rarísimo: cuando Weber se dejó caer por el contenedor de luces, su cuerpo empezó a encoger. Al principio poco a poco, y luego cada vez más rápido, de forma que, en cuanto tuvo todo el cuerpo dentro de la caja, era del tamaño de una muñeca pequeña. Levantó la vista para mirar a Michael y, durante un brevísimo instante, el chico olvidó que estaba dentro del Sueño y quedó impactado por la repentina transformación. Se quedó mirando cómo desaparecía el cuerpo diminuto entre las luces flotantes de la caja. Eran unas luces que, según se percató Michael en ese instante, formaban una galaxia de estrellas.

Se asomó al borde la urna para mirar hacia abajo. Había cientos, tal vez miles, de diminutas luces brillantes y pulsantes en el interior de una materia viscosa y oscura. Y todas giraban juntas y creaban una órbita gigantesca. Era la Colmena en miniatura. Él solo la había visto desde su perspectiva real, tan grande que sus laterales redondeados se antojaban paredes.

«Perspectiva real», pensó. Estaba en el Sueño, por el amor de Dios. ¿Qué quería decir aquello? Todo era un mundo de código, nada más que cifras, letras y símbolos.

Tomó aire con fuerza, apoyó todo el peso de su cuerpo en la tarima y se lanzó al abismo luminoso. Al igual que la agente Weber, encogió y cayó.

4

Todo cuanto lo rodeaba era un no parar de ruido y movimiento; todo giraba a su alrededor como un tiovivo enloquecido. Entonces el mundo se estabilizó, y fue como un impacto a su conciencia, como un ladrillo sobre cemento húmedo. Michael se detuvo en seco, vio con claridad, su mente se apaciguó. Estaba flotando en una nada oscura, a varios cientos de metros de una visión ya conocida: la pared de la Colmena, ahora tan gigantesca como la primera vez que la había visto. Las celdas latían como corazones; cada una emitía un sonido sordo y relajante.

No había ni rastro de Weber, ni de Kaine ni de su ejército de tangentes. Estarían o bien luchando o bien del otro lado de la Colmena.

Pero Weber... ¿Adónde habría ido?

Se catapultó con el pensamiento para cruzar la atmósfera violeta y se detuvo a unos metros de las celdas radiantes. Miró arriba, abajo, a ambos lados. De cerca casi no distinguía la curvatura de la estructura, de la que ahora podía formarse una idea más precisa, después de haberla visto en perspectiva desde la urna de cristal de Weber. No sabía qué hacer. Ojalá se le hubiera aparecido por arte de magia el estanque de código que le había presentado Kaine. De algún modo debía sumergirse en la información para averiguar qué había planeado la agente.

Seguro que el tiempo estaba agotándose.

Michael avanzó volando y se escurrió entre dos de las celdas ovales para adentrarse en la zona interior de la Colmena. Lo rodeaba un mundo de luz naranja, que desde lejos se veía algo más desvaído. Seguía sin verse ni rastro de Weber. Se impulsó hacia delante a través de la gigantesca cámara que ocupaba la Colmena y fue mirando con detenimiento sus paredes de celdas en busca de alguna pista sobre la agente.

No sabía cómo planeaba hacerlo, pero le había dejado muy claras sus intenciones. Quería eliminar a todos los tangentes, incluido el propio Michael cuando ya no lo necesitara, para inhabilitar la conexión de la Doctrina de la Mortalidad. El chico estaría muerto, por muerte real, y ella podría elevarse de regreso al Despertar y contar

a todo el mundo que la SRV había salvado el mundo y que solo ellos podían evitar que volviera a quedar sumido en el caos. Mientras iba volando, describiendo un rumbo que ascendía y descendía para seguir la forma curva de las paredes luminosas de la Colmena, se imaginó a Weber revelando la verdad al mundo, con un falso gesto de dolor en su rostro: se han perdido muchas vidas, pero se han salvado muchas más.

Lanzó un grito de frustración, y el sonido de su alarido fue succionado por la sustancia que lo envolvía. Todo en aquel lugar era extraño, distinto a lo que estaba acostumbrado. Estaba programado en una escala tan compleja que trascendía todo cuanto hubiera manejado con anterioridad.

Voló en círculos y no encontró nada.

Hasta que...

Ahí.

Ahí.

Un simple parpadeo percibido de soslayo, como un zumbido que pasó volando junto a él. Un destello de oscuridad. Michael detuvo su vuelo y se volvió hacia aquello que había captado su atención: estaba lejos, al otro lado de la Colmena desde el punto en el que se encontraba flotando. Concentró toda su voluntad para situarse allí, y esa vez no fue como volar. Fue una teletransportación. En un instante ya se encontraba donde deseaba.

Estaba allí para presenciar el principio del fin.

Había una celda vacía, rodeada por celdas vivas y refulgentes de luz naranja. En la totalidad de la estructura de la Colmena, jamás había visto nada similar. Jamás había visto una cápsula vacía. Y supo que acababa de ocurrir; por eso había percibido el borrón de oscuridad por el rabillo del ojo. Aunque seguía sin entender cómo estaba haciéndolo, Weber acababa de eliminar a la primera víctima de su gran plan.

La muerte real.

Michael comprendió qué significaba y sintió atenazado el pecho. El humano había sido abducido, igual que el tangente que lo habitaba; ambos estaban muertos. Desaparecidos. Para siempre. Aunque no acabara de entender el código ni la Doctrina de la Mortalidad, sabía que eso era lo que había ocurrido.

Mientras miraba la celda vacía, absorto en aquellas terribles ideas, el compartimento que se encontraba por encima del que contemplaba empezó a disolverse. Como las manchas negras de una enfermedad o como un montón de insectos voraces, la oscuridad se extendió sobre la superficie de la luz naranja. En cuestión de segundos, todo había desaparecido y había dado paso al vacío. Tal vez solo fueran imaginaciones suyas, pero Michael creyó oír un tenue chillido, como si procediera de lejos, justo antes de que el último destello de luz naranja parpadeara previo a su extinción.

Flotó hasta allí, se quedó mirando, temblando, mientras uno más moría, engullido por la oscuridad. El enjambre de negrura lo succionó como un ejército de hormigas. No pasó ni un segundo cuando la siguiente celda empezó a desaparecer y quedó

consumida.

En su vida se había sentido tan impotente.
Chilló hasta que le dolieron los pulmones.

5

El tiempo seguía corriendo y no podía hacer nada para detenerlo. Cada segundo que pasaba sin actuar suponía un nuevo tangente muerto, otro humano desaparecido. Al menos, el orden de extinción de las celdas seguía un patrón. Estaban extendiéndose en línea recta, de derecha a izquierda. Michael hizo una valoración rápida del tiempo que quedaba. Se detuvo en una celda después de sobrevolar unas veinte, intentando no pensar en las que acababa de dejar atrás.

Llegó al compartimento en cuestión, y se situó flotando a unos centímetros por delante de él. En la misma pantalla que había visto al visitar el lugar donde entonces reposaba Jackson Porter empezó a visualizarse un nombre, pero Michael se puso a trabajar con el código sin mirar; no quería perder ni un segundo. Manipuló el código como le había enseñado Kaine. Las celdas de la colmena se difuminaron y se estremecieron para transformarse en una serie de símbolos y letras muy juntos, que seguían refulgiendo con una luz naranja.

Era el código, que, condensado, lo apretujaba en el reducido espacio. Michael se sentía abrumado. La estructura de la Colmena tenía su propio código, que rodeaba los grandes fragmentos individuales de datos de cada celda, de forma que Michael se encontraba sumergido en un despliegue cegador de información. Todo se movía a la velocidad del rayo: arriba, abajo, a ambos lados; aparecía y desaparecía de la vista del chico. Veía distintos colores, tamaños y formas. La cabeza le daba vueltas y sentía náuseas al intentar asimilarlo.

Miró a la derecha, en dirección al lugar donde Weber había iniciado su ataque contra las celdas. La oscuridad era más densa, más amenazante desde el punto de vista del código, como si fuera petróleo negro que hubiera cobrado vida. Llegaba a devorar enormes fragmentos de código al mismo tiempo. El programa de Weber ya había succionado la mitad de las celdas que se encontraban entre Michael y el lugar donde flotaba hacía unos minutos. Era imposible. No tendría tiempo suficiente para generar algo que la detuviera. Al menos, no desde allí.

Pero sí podía aprender algo. Volvió a centrar la atención en los datos que tenía delante, estudió el código, la organización, las características de su programación. La oscuridad era cada vez mayor en el entorno percibido por su visión periférica. Emitía un horrendo sonido esponjoso a medida que se le aproximaba, como un cuchillo clavándose en la carne. Michael intentó ignorarlo. Intentó concentrarse en el código, dar con un vínculo. Tenía que haber algo que Weber estuviera atacando de forma concreta. Un vínculo entre la Colmena y el programa de la agente.

Como si fuera brea vertida de un cubo, un chorro de una extraña sustancia negra cubrió la Colmena por delante de él. Al entrar en contacto con ella, la mitad de la información de la celda tembló y desapareció, cayendo deshilachada en la negrura abismal del programa de Weber. Desde arriba llegó, como un torbellino, otro grueso lazo de negrura intensa. Impactó contra el código y salió rebotado hacia el rostro de Michael. El chico gritó cuando la materia le golpeó la cara y se le quedó pegada, quemándole la piel. Era un dolor parecido al del ácido vertido sobre una herida. Michael gritó y el sonido quedó acallado por la densa negrura que lo había cubierto. En un arrebato de pánico, levantó la mano y tiró de la materia hasta que logró arrancársela. Volvió a él pero tomó de nuevo su forma visual y se alejó volando hacia el centro de la inmensa cámara abierta.

Respirando con dificultad, Michael voló hasta allí, con la piel ardiendo mientras el sudor le corría por el rostro encogido. Echó un vistazo a la Colmena y vio la celda donde Weber había iniciado su ataque. Ya había destruido treinta compartimentos por lo menos, y no había quedado nada más que espacios vacíos. Además, la destrucción estaba propagándose a un ritmo vertiginoso.

Michael miró con detenimiento el muro de las conciencias, intentando recobrar la calma. «Céntrate», se dijo. Si debía actuar sin pensar, sin duda ese era el momento. Las vidas se extinguían en cuestión de segundos.

De pronto, un pensamiento repentino le heló el corazón.

«Jackson Porter».

Entre tanta locura, Michael había estado a punto de olvidar que él mismo era un tangente, que él también había abducido un cuerpo humano, que él también podía morir en cualquier instante. Si Weber llegaba hasta la celda de Jackson Porter...

Seguía flotando en el lugar, pensando en todo aquello, cuando empezaron a morir personas a diestro y siniestro. La indecisión lo tenía paralizado. Empezó a sentir el estómago revuelto. Si iba directamente hasta Jackson Porter, Weber se daría cuenta. Invertiría todas sus fuerzas en arremeter contra esa celda en concreto.

«¡Hazlo!», se gritó a sí mismo mentalmente. No le quedaba otra. No podría hacer nada si dejaba de existir. Lo demás no importaba. Debía protegerse, aunque la agente intentara abatirlo.

La burbuja.

Fue una idea que a Michael se le ocurrió de pronto. La membrana protectora que Kaine había programado para él. El chico cerró los ojos e intentó evocar su tacto, su aspecto, su código. Complejo, poco habitual, algo que jamás había hecho. Pero podría ser su única esperanza.

Había llegado la hora de trabajar de forma instintiva.

Mientras la ola de decadencia oscura de Weber se propagaba por la Colmena, Michael accedió a sus archivos, encontró la ubicación de Jackson y fue a por él.

Vida

1

La celda estaba a unas sesenta o setenta hileras por encima de la franja de destrucción generada por el programa de Weber. Michael se transmutó hasta allí y se sumergió en el código como si estuviera haciéndolo en un océano de agua helada. Lo envolvió un universo hermoso y complejo de información, que le causó un impacto sensorial. Estudió con detenimiento los datos, dejando que su mente se abriera y lo asimilara en su totalidad. No podía permitirse el lujo de contemplarlo fragmento por fragmento. Debía permitir que penetrara todo de golpe en su mente, que lo recorriera por completo, y asimilar su significado a un nivel subconsciente.

Al mismo tiempo, dividiendo su pensamiento, trabajó con el código en la obra de Kaine, la burbuja. Era un código asombroso, pero Michael también era asombroso. Estaba convencido de ello, aunque todas las fuerzas que lo atacaban habían conseguido que dudara de sus habilidades. Se le escapó una risa repentina del pecho virtual cuando logró unir todas las piezas de la visión del programa de Kaine.

Estaba feliz.

Estaba loco de contento.

Estaba pasándosele bomba.

2

Cuando se acercaba el fin, las cosas sucedían tan rápido que Michael apenas podía seguir las. La burbuja creció a su alrededor. Observó con detenimiento el código de la celda de Jackson Porter, en busca de alguna clave que lo ayudara a reiniciar el programa de Weber y detener su continuidad. Pero entonces percibió que la materia negra se acercaba, aquella negrura que lo absorbía todo. Una sombra se proyectó sobre él, y Michael se volvió para ver que Weber se había alejado de su trayectoria inicial. Estaba acortando por la pared de la Colmena en diagonal y avanzaba directamente hacia él.

Las celdas iban apagándose a su paso, uno a una.

Michael se sumergió en el código de la celda de Jackson Porter, mientras daba aún los toques finales a la protección de la burbuja. No tenía ni idea de si aquello retendría el programa de Weber como lo había hecho contra los KillSims. Pero seguro que lo conseguiría, ¿verdad?

En su estado febril, recordó un diálogo de una antigua película de dos

dimensiones, *Aterriza como puedas*:

—No lo dirás en serio.

—Lo digo en serio. Y no me llames Shirley.

Volvió a reírse, convencido de que la presión por fin empezaba a volverlo loco.

Sí, era una locura. Pero se sentía más agudo que nunca.

Michael volvió a centrarse en el código. La burbuja que lo rodeaba le proporcionaría el tiempo necesario. O eso esperaba.

Pero ¿qué era lo que estaba buscando? No tenía ni idea, solo debía confiar en lo que sabía. Trabajó con la información que iba entrando a la fuerza procedente de todas direcciones, y la moldeó como arcilla húmeda.

Todo su mundo se estremeció cuando la oscuridad del programa de Weber impactó contra la superficie de la burbuja. Los fragmentos de datos que lo rodeaban se hicieron pedazos y se tornaron borrosos durante un instante; luego volvieron a verse enfocados. El chico miró por encima del hombro y vio la manifestación visual de todo ello: los tentáculos negros de una bestia monstruosa y amorfa que atacaba la capa invisible de protección que los separaba.

A partir de ese momento, el instinto tomó las riendas. Michael encontró cosas que jamás habría soñado hallar en el código. Puntos de acceso a la Colmena. Una historia activa sobre el programa de la Doctrina de la Mortalidad e información sobre cómo hizo lo que había hecho con el ser tangente de Michael. Incluso encontró un fragmento de sí mismo allí, algo que no lograba entender del todo. Era casi como si hubiera descubierto su secuencia genética de ADN.

Michael era un bloque de construcción. Empezaba a darse cuenta de cómo había hecho las veces de cimiento para la Doctrina y todo lo que esta había logrado.

Asimiló toda la información posible hasta que por fin se sintió preparado.

Michael ya tenía claro que lo que sucedería a continuación sería horrible, pero debía hacerse.

Era la única solución.

El chico se volvió y se situó de cara a la burbuja. El programa destructor negro de Weber la rodeaba ya por completo. Con un par de rápidas manipulaciones del código, Michael disolvió la pantalla protectora y dejó que la sustancia similar a la brea se abalanzara sobre él y su celda.

Lo golpeó enseguida, y el dolor punzante que había sentido antes lo sobrepasó. Resistió la urgencia de inspirar por la impresión; el mundo que lo rodeaba pasaba de imágenes a código puro y duro, parpadeando como la señal de una pantalla de red mural estropeada. Michael se obligó mentalmente a serenarse, lo que hizo que el estanque de código se materializase en la sustancia que necesitaba para trabajar. Y trabajó de lo lindo.

Michael estaba flotando a escasos metros de la celda de Jackson Porter y dejó que

el programa de Weber lo devorase hasta que prácticamente se fundió con su propio código. Debía dejarlo entrar para tener acceso a lo que él quería. El dolor era insoportable, su intensidad iba en aumento. El chico lo ignoró, no le importaba lo apaleado que pudiera sentirse su cuerpo en el mundo real; lo importante es que seguía vivo.

La oscuridad le nubló la visión, por lo que Michael iluminó el código. Se sumergió en él como lo había hecho con la vaina de Jackson, pero, esa vez, se sentía mucho más concentrado. Sabía con exactitud qué estaba buscando: un camino hasta Weber. Esa era la última pieza del rompecabezas.

Weber. La necesitaba.

La oscuridad lo consumía, aunque la programación del chico logró confundirla porque era muy distinta a las propias celdas. No obstante, Michael sabía que a la materia oscura no le costaría mucho adaptarse. Como un estanque de nanobots inteligentes, la negrura aprendía y cambiaba a medida que trabajaba. Era solo cuestión de tiempo que acabara absorbiendo la vida del aura del chico y que lo dejara en estado vegetativo, como habría hecho cualquier KillSim.

La muerte real.

El dolor le quemaba la piel y le penetraba hasta la musculatura. Tenía la visión borrosa, casi no veía, y le escocían sus propias lágrimas.

Siguió a pesar de todo.

La oscuridad se transformaba en... dolor...

Ahí.

Todos los programas tenían un vínculo con sus propietarios, sobre todo cuando estaban siendo controlados. Michael lo localizó. Weber estaba oculta en alguna parte, pero no importaba. Había dado con el vínculo. El dolor era tan intenso que se estremeció. Apenas fue capaz de avanzar y atraparla, lanzar un millón de líneas de código para apresarla y tirar de ella hacia sí.

Michael percibió el miedo de Weber. Fue como situarse bajo una cascada, un estallido de frescura.

A través del programa de la propia agente, Michael la había localizado, y ya era suya.

Con su última pizca de fuerza, el chico lanzó un antiprograma, que contrarrestaba todas las líneas de código que guiaban la oscuridad destructiva que Weber había desplegado. En un abrir y cerrar de ojos, el antiprograma desfragmentó el programa de Weber y lo borró del mapa. La luz volvió a iluminarlo todo, cegadora y gloriosa, y el dolor desapareció.

Michael seguía agarrando a Weber, encerrando el vasto mundo del código de su enemiga gracias a su poder mental. Dio un salto hacia el muro de la Colmena y localizó una celda que ya estaba semidestruida por el programa de Weber antes de que él hubiera logrado detenerla. Quienquiera que la ocupara ya no tenía opción alguna de sobrevivir. Unos agujeros vacíos cubrían el óvalo naranja, lo que permitía a

Michael ver qué había en el interior del mundo violeta que se encontraba por detrás.

Con eso bastaba. O eso esperaba.

Michael se lanzó al mundo violeta, se sumergió en su código, ubicó los vínculos con la Doctrina de la Mortalidad que había descubierto en la celda de Jackson Porter, lanzó el código de Weber a su vórtice y conectó el ser de la mujer al cuerpo vinculado con la celda que tenía más cerca.

Y la esencia de Weber desapareció del Sueño.

La mujer entró en un nuevo cuerpo en el Despertar, poseyó su mente, se vinculó con la celda que Michael tenía delante. El vínculo de la agente se rompió: el auténtico cuerpo de Weber estaba en estado vegetativo.

Mediante el uso de su conocimiento superficial del programa que Weber había creado, Michael terminó el trabajo con la celda semidestruida, que en ese momento representaba todo cuanto quedaba de la esencia de Weber. El compartimento se desintegró, se evaporó entre una bruma de oscuridad y aniquiló cualquier cosa relacionada con la agente en el Despertar. Entonces todo quedó en silencio y quietud, como en un día sin viento.

Michael acababa de matar a la agente Weber.

La Doctrina de la Mortalidad

1

El mar de código desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y dejó lugar al ordenado mundo de la Colmena. Las cicatrices de las celdas destruidas eran un tajo visible de negrura entre la luz naranja.

Michael inspiró profundamente. Lo había conseguido. Había impedido que el programa de Weber aniquilara todas las vidas que veía, tanto en el bando de los tangentes como en el de los humanos. El problema no estaba solucionado ni de lejos, pero había logrado realizar la tarea más inmediata. Y Weber estaba muerta. Muerta por muerte real. Su cuerpo yacía sin vida en el Despertar, su conciencia había sido borrada de la faz de la Tierra y de la Red Virtual.

El agotamiento pudo con él. Flotaba en el vacío de la Colmena, débil. No deseaba otra cosa que regresar al Despertar, quedarse dentro del ataúd, y dormir durante un día o dos. Ya se encargarían Gabby, Bryson y Helga de todo lo demás. Si la SRV ya estaba fuera de juego, sería más fácil encontrar una solución al problema con Kaine, ¿no era así?

Michael permaneció flotando en el espacio durante un rato, con los ojos cerrados, disfrutando de la calidez de la luz naranja sobre su piel virtual. Estaba tan cansado que no podía ni pensar. Demasiado cansado para elevarse. Solo quería un poco de tiempo. Dormir un rato.

Ya podía descansar.

«No me llames Shirley», pensó con una sonrisa.

2

Michael se quedó dormido en algún momento, y fue despertándose y volviendo a dormirse varias veces. La Colmena refulgía y latía a su alrededor, lo que, combinado con su tenue zumbido, era como la canción de cuna más efectiva del mundo. Durante esos breves instantes de entresueño, pensaba en Gabby. En Bryson. En Helga. Eran muy listos. A lo mejor ya habían pensado cómo solucionarlo todo.

¿De verdad se habría acabado ya? Michael volvió a sonreír, porque sabía que era demasiado bueno para ser cierto. Hacía mucho que nada salía bien. Siempre, siempre, se torcía algo.

Necesitaba saber cómo estaban. Necesitaba hablar con Kaine. Debía acabar con aquello.

Los pensamientos iban y venían en su mente agotada.
Volvió a quedarse dormido.

3

No sabía cuánto había dormido, pero al final despertó sintiéndose fresco y vivo, aunque un tanto magullado. Mientras flotaba en el vacío de la Colmena, deseó que un carrito del desayuno pasara volando junto a él con un café para despertar mejor. Se preguntó si podría codificar algo así, si podría robar una taza de café recién molido de algunos de los muchos restaurantes virtuales que había frecuentado a lo largo de los años. Esa idea se le antojaba ridícula en ese momento. Tonta. Gloriosamente tonta. Lo echaba mucho de menos.

Se frotó los ojos y miró a su alrededor. Torció el gesto al volver a ver la fractura negra en la pared de la Colmena; su aguda vacuidad era un recordatorio de las vidas perdidas. Justo ahora que había empezado a sentirse algo más animado. Había muerto mucha gente. Los tangentes habían sido eliminados, habían desaparecido para siempre. Deseó haberlo logrado más rápido.

Lanzó un suspiro, miró al otro lado de la Colmena, donde todo estaba intacto y muy bien iluminado. Todas y cada una de las celdas. Aquello lo hizo sentirse mejor.

Tras un nuevo suspiro se dio cuenta de lo harto que estaba de ese lugar. Era hora de marcharse. Se planteó regresar al edificio de la SRV para ver cómo habían limpiado el sitio los tangentes de Kaine, pero al final decidió no hacerlo. Ya tenía las pruebas necesarias y echaba de menos a sus amigos. Había llegado el momento de localizarlos. Y si no se habían infiltrado en la Doctrina o no sabían cómo acabar con ella, tendría que ayudarlos. Lo harían juntos. La SRV ya no estaba encima de ellos, por lo que no sería muy difícil.

Por tercera vez ese día, Michael accedió a sus archivos históricos para buscar las localizaciones visitadas con anterioridad. Esa vez le costó un poco más. Había más cortafuegos incluso que en la Colmena. Pero ya había logrado entrar una vez, así que estaba convencido de poder hacerlo de nuevo. En una ocasión, la Senda lo había llevado hasta el lugar donde había conocido a Kaine, donde había adquirido su cuerpo humano. El Desfiladero Consagrado.

Se sumergió en el código y buscó el camino.

4

Primero vio a Gabby y, aunque apenas la conocía, el rostro de la chica le alegró el día. No fue hasta que la tuvo delante, con un aura muy similar a su cuerpo real, cuando Michael se dio cuenta de lo solo que se había sentido. Había estado metido en

todo aquello a solas durante demasiado tiempo.

—Hola —dijo la chica, a todas luces sorprendida de su repentina aparición. Estaban en una pradera con las briznas de hierba tumbadas por el viento y un frondoso bosque al fondo—. Yo... Nosotros... ¿De dónde vienes?

Michael se encogió de hombros.

—Oh, he estado aquí y allá. Salvando vidas, matando a los malos... Esas cosas.

Gabby dio un paso adelante y se abalanzó sobre él, y lo abrazó como si se conocieran de toda la vida. El chico correspondió al abrazo, agradecido por el contacto humano. Entonces se le encendió una luz: no importaba lo que hubiera ocurrido, la chica veía a Jackson Porter en él, y Jackson Porter era su novio.

Ella se apartó y lo miró.

—Me alegro de verte. ¿Has sabido algo de...? Ni siquiera sé qué preguntar, en realidad. ¿Lo has hecho? ¿Fuera lo que fuese?

Él asintió con la cabeza sintiéndose cada vez más seguro. Había creído que lo recibirían los KillSims en cuanto llegara, algo que ya había ocurrido en ese mismo lugar no hacía tanto tiempo. Pero había árboles y hierba y un cielo azul despejado. Kaine debió de emplearse a fondo para proteger el lugar de la destrucción de la Red Virtual.

—Sí —dijo—. Eso creo. Creo que la SRV está acabada, y los días de Weber haciéndonos la vida imposible se han terminado para siempre. ¿Qué tal por aquí? ¿Alguna novedad?

Ella le hizo un gesto para señalarle el entorno.

—Hemos estado buscando sin parar, pero no hay nada. Hay una vieja cabaña en el bosque, y un castillo abandonado del otro lado del bosque, que está en ruinas. No mucho más. Bryson está registrando el castillo, y Helga está en alguna parte del bosque. Y yo tengo la sensación de haber subido y bajado esta colina ya varias veces.

Michael dejó escapar un sonoro suspiro.

—¿Es que tengo que hacerlo todo yo solo? —Enseguida se rio, con la esperanza de que no se lo tomara a mal—. Estaba de coña. De hecho, mejor así. Me alegro de que no os hayan atacado los KillSims ni roedores gigantes.

—¿Eh?

—Nada. Vamos a buscar a los demás. Necesito más abrazos.

Michael recordaba todo lo relativo al Desfiladero Consagrado: el castillo gobernado por los agentes de la SRV, los tangentes leales a Kaine, los KillSims cargando desde las ruinas para atacarlo. Recordó haberse enfrentado a Kaine en la cabaña, ser arrastrado por el bosque por un hombre gigantesco. Recordó que el mundo no paraba de girar, sumido en el caos, y que se disolvía a su alrededor.

Sin embargo, aunque resultara extraño, parecía como si nada de todo aquello hubiera sucedido. El castillo seguía en pie, era antiguo, sí, pero estaba de una pieza. Resultaba confuso, y Michael se preguntó una vez más qué había ocurrido ese día en que había sido succionado por el programa de la Doctrina de la Mortalidad y trasladado al cuerpo de Jackson Porter.

Michael y Gabby se dirigieron al vasto claro situado entre el bosque y el castillo y, antes de empezar a pensar de forma más negativa, Michael apartó esas ideas de su mente. Bryson salió disparado desde la entrada del castillo y bajó de dos en dos los escalones con una ridícula sonrisa en la cara, y Michael no pudo reprimir su propia sonrisa.

—¡Michael! —gritó Bryson, justo cuando tropezaba con un adoquín suelto del último escalón. Tropezó, salió volando, cayó de pie y siguió corriendo—. ¡Te mataría si no fuera porque estoy contentísimo de ver ese careto que tienes! —Llegó hasta su amigo y lo agarró, lo levantó del suelo con el abrazo más fuerte que había recibido jamás Michael.

Entre gruñidos, el chico consiguió decir:

—Yo también me alegro de verte.

Bryson lo dejó en el suelo y retrocedió un paso.

—Pareces a punto de palmarla, tío. Sobre todo, por la mirada. A ver si lo adivino: ¿has tenido un par de días durillos?

—Podría decirse que sí. —Michael miró a Gabby, quien tenía una mirada de auténtica alegría. Al chico cada vez le gustaba más, y lo mal que habían ido las cosas en la granja se le antojaba un recuerdo lejano o un sueño semiolvidado—. Pero creo que va a irnos bien. Kaine me ha ayudado, ¿sabes? No podría haberlo conseguido sin su ayuda.

—¿Conseguir el qué? —preguntó Bryson.

—La SRV... Ya no tenemos que preocuparnos más por ellos. Ni por su programa de genocidio. Ni por la agente Weber. Le he parado los pies.

Bryson y Gabby intercambiaron una mirada, ambos sabían que esa última frase transmitía millones de cosas distintas. Por suerte, no lo presionaron para que lo explicara en ese mismo momento. Helga, al verlo, salió corriendo del bosque con expresión de alegría. Las lágrimas le humedecían las mejillas, y abrazó a Michael incluso con más fuerza que Bryson. Incluso le dio varias vueltas en el aire.

En cuanto el mundo dejó de girar y volvió a estar con los pies en el suelo, Michael rio, con más ganas que nunca.

—Tío —dijo—, ni siquiera sé qué decir. Vosotros estáis bien, yo estoy bien, volvemos a estar juntos. Si por lo menos Sarah... —No pudo acabar la frase, la tristeza le atenazó el pecho. El dolor seguía siendo intenso y candente, aunque no lo abrumó como otras veces.

—Ya lo sé, cariño —dijo Helga, y lo abrazó una vez más sujetándolo durante más tiempo de lo normal—. Necesito que... Bueno... —Retrocedió un paso, y la mirada

que puso resultó rara, misteriosa.

—¿Qué? —preguntó Michael.

Ella miró hacia otro lado.

—Por ahora, nada.

—¿El qué? —insistió Michael con una curiosidad casi irrefrenable.

—Más tarde —respondió ella con énfasis—. Te lo prometo.

Michael levantó las manos en el aire.

—Vale. Supongo que no hace falta arruinar la fiesta más de lo que ya lo hemos hecho.

Gabby se acercó a él y le tocó un brazo con delicadeza.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Michael? En la casa del árbol parecía que te habías vuelto loco, con todos esos KillSims, con Kaine... Estábamos muertos de miedo. Luego nos obligaste a partir, y, desde entonces, hemos estado vagando en un intento de encontrar esa fábrica de la que nos hablaste. Aquí no hay nada.

—Es cierto —añadió Bryson—. No hay nada ni nadie. Entonces ¿qué estamos haciendo aquí?

Con una sensación devastadora, Michael se dio cuenta de que no lo sabía. No del todo, en cualquier caso.

—Supuse que aquí se encontraba la fábrica de la Doctrina de la Mortalidad. O como queráis llamarla. Este es el lugar al que llegué, el final de la Senda. —Señaló el centro del campo en el que estaban—. Estaba justo allí cuando el mundo empezó a girar a mi alrededor y fui succionado por el vórtice del programa de la Doctrina. Lo siguiente que supe fue que era otro tío metido en un cuerpo real. Así que pensé que todo debía de estar aquí.

Bryson, Helga y Gabby se volvieron en círculo para echar un vistazo a su alrededor, como si su discurso pudiera cambiar su visión de las cosas. Pero todo cuanto veían estaba programado con un código superior; era casi tan real como *Sangre vital profunda*. Nada parecía fuera de lo común ni resultaba amenazante. La hierba, las colinas, el bosque, las ruinas de un antiguo castillo y una cabaña. Los amigos de Michael lo habían registrado todo a fondo.

Volvieron a mirar al chico.

—¿Qué es? —preguntó Gabby—. ¿Qué es la fábrica? ¿Dónde estamos?

Michael se encogió de hombros, ansioso por sumergirse en el código del lugar, algo en lo que ahora era diez veces mejor que cuando había estado allí hacía dos días.

—Este tiene que ser el núcleo de la Doctrina de la Mortalidad —dijo casi para sí, y luego se dirigió a sus amigos—: Tiene que ser esto. La Colmena es el almacén; el Desfiladero, el auténtico programa. Tenemos que destruirlo, asegurarnos de que ningún tangente vuelva a abducir a ningún ser humano jamás. Nunca jamás. Hay que borrarlo del mapa, junto con cualquier vestigio de su código fuente. Luego debemos regresar al Desfiladero, reinsertar a las personas en sus propios cuerpos y mentes y volver a liberar a los tangentes en el Sueño. Es así de sencillo.

—Así de sencillo —repitió Helga.

Michael se limitó a asentir en silencio.

—Debemos hacerlo paso a paso. Estoy convencido de que la parte más difícil ya está hecha. La SRV estaba detrás de todo esto; era el auténtico enemigo. Y ya no debemos preocuparnos más por ellos. Podemos acabar con esto, con la ayuda de Kaine o sin ella.

—¿Lo has pensado bien? —le preguntó Helga con tono maternal—. Por ejemplo, ¿qué pasará contigo y conmigo?

Michael se quedó mirando al suelo. Jamás se había permitido pensar en ello, aunque la idea lo obsesionaba desde el primer día que se despertó en el cuerpo de Jackson Porter. Supuso que había llegado la hora de enfrentarse a esa cuestión.

—Lo que tenga que ser será —dijo con frialdad.

Imaginó el rostro de Jackson Porter con tanta intensidad que, durante un segundo, creyó que era real, un fallo del código. Pero se evaporó. Y aquello le hizo sentir celos, aunque hubiera vivido gran parte de su vida con un rostro distinto.

—¿Qué se supone que significa eso? —le preguntó Helga—. Los tangentes con los que me alié para usar la Doctrina de la Mortalidad...

—Ya lo sé —dijo el chico, y la cortó—. Es que... No puedo hablar de ello ahora mismo. No puedo.

El grupo quedó en silencio y, al final, fue Bryson quien rompió el silencio:

—Bueno —dijo, y dio una palmada—. Vamos a empezar con el espectáculo, ¿os parece?

Michael asintió en silencio e intentó apartar la imagen de esa cara, la cara de Jackson, de sus pensamientos.

—Está bien, sí, tienes razón. Vamos a ponernos en marcha.

—¿A ponernos en marcha con qué exactamente? —preguntó Gabby—. Todavía no entiendo qué quieres que hagamos con un montón de hierba y árboles y una pila de viejos ladrillos y piedras.

Michael se centró en Helga.

—Tú conoces bien el programa de la Doctrina de la Mortalidad, ¿es así? Quiero decir, habéis investigado y sabéis cómo usarlo, ¿verdad?

La forma en que la mujer asintió no transmitió mucha seguridad.

—No soy lo que podría llamarse una experta en ese campo. Los demás trabajaron más en ello que yo. Pero sí, conozco bastante bien su funcionamiento.

—Y yo también —dijo Michael—. Cuando estaba en la Colmena, luchando contra Weber y su propia versión de un KillSim, lo vi: vi las conexiones, vi cómo funcionaba. Lo entendí lo suficiente para enviarlo a la mente de otra persona y acabar con la conexión. —Hizo una pausa—. Eso la mató.

Si esperaba alguna reprimenda, no la recibió. Bryson estuvo a punto de levantar un puño, pero se contuvo.

Michael prosiguió:

—Creo que estamos conectados, podemos insertarnos en el código de este lugar. Pero necesitamos meternos muy adentro. Más adentro que nunca. Sé que este lugar es el núcleo del programa de Kaine. Si trabajamos todos juntos, podemos encontrarlo, diseccionarlo y volarlo por los aires. ¿Estáis conmigo?

Helga asintió de forma enérgica. Gabby dijo que sí con la mirada sin expresar el más mínimo titubeo. Bryson levantó los pulgares.

—Vamos a hacerlo como en los viejos tiempos —dijo Michael, acercándose a Gabby y haciendo un gesto a los demás para que se aproximaran—. Nos tomaremos de las manos, estableceremos una firme conexión entre nosotros. Permaneceremos en comunicación constante. Quiero hacerlo rápido. Y no quiero que nadie esté solo en caso de que surja algún problema.

—¿Problema? —repitió Bryson—. ¿Esperas tener problemas con quien tú ya sabes?

—Él lo entenderá —fue todo cuanto dijo Michael. Sabía que debía explicar de antemano su plan a Kaine. Las cosas irían mucho mejor si el tangente seguía estando de su parte, pero Michael no quería desperdiciar más tiempo—. Solo podemos hacer lo que está en nuestra mano, ¿verdad? Él no está aquí.

—Te veo muy seguro —dijo Bryson—. Mira, tío, si tú crees que es lo que hay que hacer, cuenta conmigo. Vamos a hacerlo.

—Adelante, entonces —dijo Michael tendiéndole la mano.

Bryson se la tomó. Gabby lo tomó de la otra. Luego Helga se unió y cerró el círculo.

—Buscad y destruid —susurró Michael mientras todos cerraban los ojos.

6

Bajaron y bajaron sin parar sumergiéndose en el código. A Michael le dio la sensación de estar entrando en un baño de agua templada, sintiéndose aliviado después de las comprometidas conversaciones con sus amigos. Las briznas de hierba se convirtieron en líneas de símbolos; los árboles se transformaron en gigantescos bloques de datos; el castillo, en un galimatías de cifras y letras; el cielo se cubrió de aquella bruma violeta que tan a menudo representaba el estado más básico del programa en formación de la Red Virtual. Michael notó la presión de las manos de Bryson y Gabby y se sintió seguro. Percibía la conexión con todos ellos. Combinaron sus habilidades y conocimientos y empezaron a diseccionar la inmensa cantidad de información en la que se encontraban.

Transcurrió una hora, quizá dos, o tres. Michael activó un cronómetro en sus archivos, pues sabía que tenía tendencia a perder la noción del tiempo cuando estaba concentrado. No quería que pasara mucho tiempo sin hacer una pausa o acabarían cometiendo errores.

Pasadas cuatro horas, nadie quería parar. Habían descubierto muchas cosas, habían llegado a entender mucho. Michael estaba tan ensimismado que estuvo a punto de olvidar las terribles circunstancias que habían propiciado aquella acción.

No se equivocaba: la Doctrina de la Mortalidad residía y subsistía en el interior del programa del Desfiladero Consagrado, como los básicos bloques de construcción del código genético. Michael jamás había visto nada parecido. Si el Desfiladero tenía venas, la Doctrina era la sangre que bombeaba por ellas. No se podía mirar el código para localizar el Desfiladero sin ver la Doctrina. Todo estaba relacionado, como una hermosa creación biológica hecha por el hombre.

Y Michael planeaba acabar con ella.

—Vámonos. —Fue el mensaje que transmitió a los demás.

Al percibir que se resistían, soltó la mano a Gabby y a Bryson, y se abrió de nuevo al aspecto visual de las cosas. El universo de código desapareció, fue sustituido por el verdor y el cielo azul.

Helga parpadeó por la intensidad de la luz solar.

—Bueno... Ha sido fascinante.

—Raro —dijo Bryson—. Y guay.

Gabby asintió con aprobación.

—Me pregunto si mi padre conoce este lugar.

A Michael le dio un pequeño vuelco el corazón. Había olvidado por completo que el padre de la chica trabajaba en la SRV. ¿Habría estado él también en uno de los ataúdes del vasto edificio?

Fue evidente que Gabby percibió la preocupación del chico.

—No te preocupes, Jax. Digo, Michael. Conozco a mi padre. Es imposible que fuera uno de los malos. He estado intercambiando mensajes con él, está a salvo y lejos de la sede. Supongo que ha dicho que se encontraba mal para ausentarse de su puesto.

La chica dedicó una tímida sonrisa a Michael, y él recordó la última vez que había visto a Sarah haciendo lo mismo. Ella también intentaba siempre aliviar sus preocupaciones con una sonrisa; aunque fuera tímida.

—Es bueno saberlo —dijo Michael.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Bryson—. ¿De verdad quieres destruir este lugar?

Michael asintió.

—No nos queda otra.

—Necesitamos descansar —dijo Helga.

Michael no podría haber estado más de acuerdo.

—Y comer. Pero ahora no podemos elevarnos. Bryson, a ti siempre se te ha dado mejor. Codifica algo de comida del Dan the Man Deli.

En los ataúdes, recibirían el alimento por una vía intravenosa, nada muy memorable, pero allí, en el Sueño, les sabría a gloria.

—A sus órdenes, maestro.

7

Comieron. Echaron un sueñecito. Pasaron dos o tres horas trazando una estrategia y un plan. Tendrían que hacer un esfuerzo monumental, todos lo sabían. Pero ninguno de ellos dudaba de que funcionaría. Conectados, con muchísimo trabajo y un código brillante, lograrían destruir el programa de la Doctrina de la Mortalidad. Michael estaba convencido de ello. Se encontraban tan solo a unas horas de la victoria.

—Cuando hayamos terminado —dijo a los demás mientras se preparaban para volver a tomarse de las manos—, la Colmena será el último paso. Pero creo que para ello tendremos que pedir ayuda. Mucha ayuda. El mundo no puede esperar que lo hagamos todo nosotros solos.

Estaba bromeando, aunque, al mismo tiempo, sintió un arrebató de orgullo. A pesar de lo absurdo que sonara, él había salvado al mundo. Con gran ayuda de sus amigos. Sonrió, y se sintió bien.

—¡Vamos a deconstruir un poco! —gritó Bryson, seguido por tremendos aullidos y vítores.

Sorprendentemente, Helga se unió a la algarabía. Gabby se limitó a mirar a Michael, exagerando su expresión de mortificación.

—¡Ay, estos chavales de hoy en día! —le dijo Michael.

El chico levantó las manos. Gabby y Bryson se tomaron de ellas y luego se unieron a Helga.

Michael tenía los ojos entrecerrados cuando oyó una voz masculina que le hablaba desde detrás. Volvió a abrir los ojos de golpe.

—Ya basta.

El chico soltó las manos de sus amigos y se volvió de pronto, aunque ya sabía de quién se trataba. Era Kaine. El tangente estaba allí de pie con su aura más joven, vestido con elegancia, con la corbata desanudada, las mangas arremangadas con un par de vueltas. Parecía una estrella de cine de la portada de la revista *StyleBop*.

—¿Qué pasa? —dijo Michael, reaccionando a toda prisa—. Pensaba contártelo todo...

—Basta. —Kaine levantó una mano e inclinó la cabeza ligeramente. Resultaba imposible interpretar la expresión que había adquirido su rostro—. No digas ni una palabra más. Ahora, por una vez en tu vida, me vas a escuchar.

—Kaine...

—¡He dicho que te calles! —gritó el tangente y lo atravesó con la mirada—. Si te comportas como un niño, te tratarán como tal. No digáis ni una palabra más, ninguno de vosotros. ¿Cómo has podido hacerme esto, Michael?

El chico se dio cuenta en ese momento de cuánto se había equivocado a la hora de

juzgar a Kaine. A pesar de lo que se había dicho a sí mismo, ese final era inevitable. Kaine quería la inmortalidad, a cualquier precio. Michael tenía que matarlo o morir en el intento.

Kaine cruzó los brazos sobre el pecho.

—Después de todo lo que he hecho por ti. Te salvé la vida. Te ayudé a derrotar a la SRV. Y ahora me haces esto. —Alzó las manos al cielo y echó un vistazo al mundo que había creado—. Así es cómo me lo pagas. ¡Quieres destruir la auténtica razón de mi existencia!

Michael quería explicarse, pero no se atrevía a hablar.

Kaine sacudió la cabeza, asqueado.

—Qué estupidez tan grande has cometido, Michael. Fue idea tuya enviar a los míos al lugar donde yace tu cuerpo en un ataúd, ahora mismo, en este preciso instante.

El miedo, un miedo como jamás lo había sentido, atenazó a Michael por dentro.

Kaine le lanzó la mirada más gélida que había visto jamás.

—Y estoy seguro de que, al menos a uno de ellos, le da igual que vivas o mueras.

Dioses y monstruos

1

Helga pasó por delante de Michael antes de que el chico pudiera detenerla. Se le ocurrió durante un terrible instante que iba a atacar a Kaine, pero, en lugar de hacerlo, la mujer se arrodilló delante del tangente. Este no se inmutó.

—Por favor —dijo Helga—. Perdónale la vida. Te lo suplico, Kaine.

—¿Qué ocurre? —Se alejó de la mujer con cara de desprecio—. ¿Es una especie de...?

Antes de poder finalizar la frase, Helga sacó un cable que llevaba oculto en la manga. Kaine no logró siquiera reaccionar antes de que ella se lo pusiera en el cuello y tirase del cable con fuerza. Le dio un buen tirón, y el tangente cayó de rodillas al suelo. En un abrir y cerrar de ojos, Helga lo tenía boca abajo y estaba atándole las muñecas a la espalda.

Michael contempló la escena con incredulidad, sin estar muy seguro de qué hacer. Dio un paso adelante, pero se detuvo al ver el rostro de Kaine. En lugar de la mirada de rabia que esperaba ver, el tangente estaba la mar de tranquilo, casi sonriendo.

—¿En serio? —preguntó Kaine, con la voz amortiguada por tener la cara pegada a la hierba—. ¿De verdad crees que un cable conjurado de un juego barato va a detenerme? ¿Aquí? ¿En el lugar que yo he creado?

Helga le dio con los nudillos en la oreja lo bastante fuerte para que el tangente arrugara el rostro.

—No —dijo ella—. Pero te ha distraído lo suficiente para que programe un cortafuegos para bloquear tus comunicaciones. Intenta ahora llamar a tus esbirros para que vengan a cortarle el cuello a mi chico. Inténtalo.

Para impresión de Michael, Kaine puso expresión de pánico.

—No funcionará durante mucho tiempo, ¿verdad? —dijo el tangente. Hinchó las mejillas y todo cuanto lo rodeaba de pronto se vio borroso por el movimiento. Despegó volando del suelo y aterrizó de pie, mientras Helga salió volando de espaldas por los aires hasta que impactó contra una ruinosa pared del castillo. Cayó de golpe entre las piedras y se quedó inmóvil sobre la hierba.

«Está bien —pensó Michael—. Está en el Sueño. Está bien».

El chico seguía mirándola cuando ella desapareció, dejó de existir. Era una buena señal. Significaba que había sido elevada. Al fin y al cabo, aquel lugar era como un juego.

Michael volvió a centrar su atención en Kaine, quien seguía pareciendo preocupado. Quizá Helga había obrado un milagro que les diera el tiempo suficiente

para solucionar aquel desastre.

—Escucha —dijo Michael. Gabby y Bryson se habían acercado a él, y los tenía uno a cada lado—. Sé que estás enfadado. Pero ¿no podemos hablarlo?

Kaine entrecerró los ojos.

—No. No podemos. He visto lo que le has hecho a Weber. He oído las cosas que dijiste. Tus intenciones están claras y no son aceptables. No hay cabida para la negociación, Michael. Te he dado una infinidad de oportunidades para colaborar conmigo en una noble causa. Y siempre volvemos al mismo punto: tú, delante de mí, creyendo que tienes derecho a ello. Pensando que puedes... ganar este jueguito tuyo. Bueno, como suelen decir en vuestros salones de juegos, *game over*.

—Tío, odio a este tipo —dijo Bryson en voz alta para que Kaine lo oyera.

El tangente lo ignoró.

—Tenía un plan genial. Para el bien de todo el mundo. Y lo único que encuentro es traición. De Weber, de la SRV, y ahora, la tuya. Estás atado a todo esto, Michael. Eres parte de ellos. Deberías reconocer su potencial mejor que nadie. Y aun así ¿has venido a destruirlo? ¿Tienes idea de cuánto me duele esto?

Michael no quería luchar. No habría salido cómo luchar contra Kaine aunque hubiera querido. Había sido un juego desigual desde el principio. Su única esperanza era razonar con el tangente.

—Esa no es una respuesta —dijo Michael—. Tienes razón, ahora entiendo por completo la Doctrina de la Mortalidad, mejor que la mayoría. He visto lo que hace a las personas. Al mundo. Y te diré algo: no se puede confiar en nadie con tanto poder. En nadie. Tiene que acabar, Kaine. Tiene que acabar.

El tangente se quedó ahí plantado, inspirando con fuerza sin parar, como si estuviera a punto de sumergirse en el agua para bucear durante largo rato.

—Si eso es lo que piensas, entonces no lo entiendes, hijo. —Miró a Gabby, luego a Bryson y de nuevo a Michael—. Te daré una última oportunidad. Ayúdame a hacer este sueño realidad. La inmortalidad, Michael. Se acabó la muerte física para los humanos y la Decadencia para los tangentes. Todos viviremos para siempre. Si no ves lo glorioso que es eso, entonces hay algo que falla en ti.

Gabby quiso intervenir, pero la mirada brusca de Kaine la detuvo.

—Dame una respuesta —espetó Kaine—. Sí o no. Estás conmigo o contra mí. Esas son tus opciones. Te digo ahora mismo que me has causado tantos problemas que no puedo permitirme... Digamos que decidir estar contra mí no sería lo más inteligente. Tienes que escoger entre la vida eterna o la desgracia. ¿Qué harás?

Gabby apretó con fuerza el brazo de Michael.

—Acabemos con lo que hemos venido a hacer a este lugar —dijo la chica sin un ápice de miedo en la voz. Y Michael sabía por qué: la Doctrina de la Mortalidad le había robado a su mejor amigo.

—Sí —añadió Bryson—. Él es uno solo y nosotros somos tres. Ya sabe cuál es nuestra respuesta.

Michael miró con seriedad a Kaine.

—No tiene por qué acabar así.

—¿¡Cuál es tu respuesta!? —gritó el tangente.

Michael habría jurado haber visto un destello rojo en la mirada de Kaine, como un demonio que emergía a la superficie. El miedo le provocó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Tenemos que destruir tu programa —dijo Michael—. Lo siento.

La locura amenazante se esfumó del rostro de Kaine, y esa vez sí sonrió.

—Entonces será mejor que lo hagas lo mejor que puedas. Al menos así por fin dejaré de pensar en ti. Tendré que establecer otra conexión para sustituir la tuya.

Levantó los brazos en el aire, y unas luces cegadoras salieron proyectadas de las palmas de sus manos. La tierra que tenía bajo los pies de pronto perdió toda su solidez y se convirtió en una bruma verde y marrón.

Y todos empezaron a caer.

2

El caos se apoderó del mundo de Michael.

Sus pies aterrizaron sobre una misteriosa sustancia. Era violeta y parecía resbaladiza, como si estuviera mojada, pero era sólida, como goma dura. Se formaron ondas sobre su superficie desde el punto en que él se encontraba, como si una piedra gigantesca hubiera caído en un estanque justo antes de que este se congelara. Bryson estaba por encima de Michael, Gabby por debajo, pero seguían estando juntos.

—¿¡Qué está ocurriendo?! —gritó Bryson.

—¿Y dónde está Kaine? —añadió Gabby.

Pasó una sombra por encima de ellos, y eso respondió a la pregunta de la chica. Una enorme criatura alada descendió desde un neblinoso cielo verde, y cada batida de sus alas generaba una fuerte ventolera que azotaba a Michael y sus amigos. Fue bajando y aterrizó delante de ellos, con sus gigantescas garras clavadas en la superficie gomosa que tenía debajo. Su cuerpo escamoso y dorado brillaba como una balsa de aceite sobre agua. Kaine iba sentado a horcajadas sobre la bestia, en una silla de montar, cogido a unas riendas. Michael jamás había visto una criatura más terrorífica. Tenía unos cuernos grandísimos que le salían de la cabeza y los ojos como cuentas negras. Abrió su enorme boca y se vieron unos dientes larguísimos, y entonces chilló: fue un sonido que perforó el aire de tal forma que el chico vio las estrellas.

—Jamás debería haberte ofrecido una última oportunidad —dijo Kaine montado a lomos del monstruo—. Me equivoqué, pero he aprendido la lección. Ahora estamos aquí, con el mismísimo núcleo de la Doctrina de la Mortalidad a tus pies, Michael. Qué conveniente que tus amigos y tú vayáis a morir justo encima de su superficie.

Unas siluetas empezaron a asomar por detrás de la criatura de Kaine, como si una trampilla se hubiera abierto y hubiera liberado a sus esbirros. Casi todos eran KillSims: enormes lobos y fantasmas cubiertos con capas negras, y una ventolera invisible soplaba a su alrededor. Pero había otras criaturas: demonios grandes, sanguinarios y furiosos, similares a los que había en el lugar de la Senda donde Gunner Skale había ido a ocultarse; monstruos de libros de cuentos, troles, duendes y tumularios. Dos docenas de seres, o tres, o incluso cuatro, apiñados en fila por detrás de Kaine y de su monstruo alado.

—A lo mejor deberías haber traído un ejército más numeroso —anunció Kaine desde su montura—. Por el bien de los hombres y de los tangentes, no puedo ser piadoso contigo. Así que, lo siento.

Levantó una mano y la bajó lentamente hasta apuntarla en dirección a Michael.

—Matadlos —ordenó con un potente vozarrón—. Empezad por él. Pero antes, arracadles los núcleos. Vamos a darles esa muerte real de la que tanto hablan.

3

El núcleo. El vínculo que mantenía su mente conectada con la realidad. Como parte de la programación de la neurocaja. Casi imposible de codificar, por no hablar de lo ilegal que era siquiera intentarlo.

Michael reaccionó enseguida en cuanto el ejército de Kaine se lanzó a la carga. Corrió sobre la superficie resbaladiza, tropezó dos veces, y al final llegó hasta Bryson y Gabby.

—¡Usad el programa volador de *Alas invisibles*! —gritó, y les transfirió el código por si no lo tenían—. Sobreviviremos mucho más tiempo si estamos en el aire. Conjurad todas las armas que se os ocurran, ¡luchad contra ellos! Yo me encargaré de Kaine; necesito su vínculo para deconstruir la Doctrina.

Debían permanecer en el aire o jamás lo conseguirían. Los primeros KillSims ya estaban casi junto a ellos, cruzaban el terreno al galope, emitiendo sus terribles gruñidos electrónicos.

—¡Lo tengo! —gritó Gabby mientras se elevaba seis metros por encima del suelo.

Bryson y Michael usaron el mismo programa y ascendieron de un salto para unirse a ella, librándose por los pelos de la primera oleada de ataques que quedó por debajo de ellos.

—¿Qué pasa si no lo logramos? —preguntó Bryson a Michael, entre gritos, con una mirada de auténtico pánico.

Michael lo entendía. Sonrió a su amigo.

—Inténtalo con todas tus fuerzas, tío —le dijo—. Pero mata a tu aura y elévate antes de que puedan arrancarte el núcleo. ¿De acuerdo?

Bryson asintió con la cabeza y ambos miraron a Gabby, quien también dio su

visto bueno con un gesto de asentimiento. Estaban juntos en aquello.

Una ráfaga de viento les sopló en la cara, y los tres amigos se volvieron y vieron a la criatura de Kaine que batía sus alas gigantescas y se elevaba por los aires. El tangente miró directamente a Michael. Los demonios y KillSims habían seguido a su líder y habían empezado a iniciar sus propios programas voladores. Todo apuntaba a que sería una batalla aérea.

Mientras el conflicto se desplegaba ante él, Michael de repente perdió toda esperanza. Ellos tres solos debían enfrentarse a muchísimos atacantes. Sabía que no hacía falta que ganaran la contienda, solo debían retenerlos el tiempo suficiente para destruir el código de la Doctrina de la Mortalidad. Pero ¿cómo iban a conseguirlo? Se volvió para mirar a sus amigos, para decirles que se rindieran y se largaran de allí. Sería mucho más inteligente reunir más refuerzos.

Pero Bryson y Gabby ya no estaban. Michael miró hacia arriba y los vio surcando el cielo de extraño color, luchando, retorciéndose y lidiando la batalla. Sintió el corazón en un puño.

Algo se rompió en su mente.

Gritó, perdió el control y cayó en picado; impactó contra el suelo gomoso con fuerza y rebotó dos veces. La bestia alada aterrizó a su lado, agujereando la materia violeta con sus garras enormes. Michael miró aquella cara horrenda, con unos ojos negros y unos dientes afilados. La criatura volvió a gritar, y el chico levantó las manos para taparse los oídos.

Se levantó. El miedo le produjo un escalofrío en la espalda. Estaba temblando. Jamás se había sentido tan aterrorizado. Jamás. Pero levantó las manos, las cerró en puños y pensó para poder conjurar un arma de sus archivos. Sin embargo, quedó paralizado. Todo estaba bloqueado. Había creído que, teniendo en cuenta el estado tan endeble del Sueño, tendrían más poder para manipular y acceder al código de otras fuentes.

Pero se había equivocado.

No consiguió nada. Solo tenía sus puños. Eso era todo. Bueno, sus puños, a Bryson y a Gabby. Y estaban a punto de ser apaleados.

La bestia de Kaine desplegó un ala y golpeó a Michael con fuerza en plena cara. Lo derribó y lo lanzó por los aires. Aterrizó a unos tres metros de distancia, boca arriba. El dolor le recorría todo el cuerpo. La criatura alzó el vuelo, batió las alas dos veces y luego se lanzó en picado sobre Michael para aterrizar con un terrible golpe seco sobre su pecho. De sus pulmones salió hasta la última molécula de aire. Emitió un grito sordo.

Kaine bajó del lomo del monstruo, que tras un nuevo chillido ensordecedor batió las alas y se elevó, dejando a Michael con su auténtico enemigo.

—Podrías haberlo tenido todo —dijo el tangente: luego pateó a Michael en las costillas—. La inmortalidad. —Una nueva patada incluso con más ensañamiento. El chico sintió un dolor que lo copaba todo—. Un lugar junto a mí. —Otra patada.

Kaine se inclinó sobre Michael.

—Deberías haber sido más listo. —Esa vez le propinó un puñetazo en la cara. El chico sintió un nuevo estallido de dolor—. Deberías haber sabido desde el principio que nadie puede vencerme. Y menos alguien más débil que yo.

»Conseguiré mi objetivo. —De pronto, la voz de Kaine parecía serena, casi reconfortante. Hablaba con parsimonia—. Y tú morirás. Ya no necesito tu conexión. Se ha... ¿cómo se decía antes? Se ha corregido gracias a un diagnóstico de averías. Esa es la belleza del código, Michael. Con el tiempo, puede programarse cualquier cosa. Cualquier cosa.

Se agachó y le tocó la sien con un dedo. Una garra afilada le salió de pronto de la punta, dirigida al lugar donde se encontraba el núcleo de Michael. El chico apartó la cabeza, pero el dolor del golpe era insoportable. Se echó hacia delante y vomitó. No le quedaban fuerzas para luchar.

—Sarah —susurró—. Sarah. —Se había jurado morir pensando en ella.

Kaine levantó su nuevo dedo con garra para asegurarse de que Michael lo viera bien.

—Hago esto por el futuro de la inteligencia —sentenció—. Por la siguiente fase de la evolución. —Se acercó a Michael, quien no tenía fuerzas para resistirse.

Entonces, como había ocurrido tantas veces en su vida, todo cambió en un instante.

Se produjo un estallido sonoro y una oleada de calor abrasador, y el cuerpo de Kaine salió disparado por los aires y desapareció en la distancia.

Michael se quedó tendido en el suelo, tan agotado y débil por el dolor que creyó que no volvería a moverse jamás. Tuvo que recurrir a toda la energía que le quedaba para volverse, mirar hacia arriba y contemplar su salvación.

4

Los portales se abrían a su alrededor: espacios oscuros a través de los cuales accedía un incontable número de siluetas. Se abalanzaron sobre la gigantesca criatura alada de Kaine y su ejército de KillSims, y cayeron sobre ellos con todas las armas imaginables. Algunos de los recién llegados le resultaban familiares: guerreros, robots, superhéroes y alienígenas de las docenas de juegos a los que Michael y sus amigos habían jugado durante años. A otros no los había visto nunca: una criatura que parecía un árbol gigantesco con cara y que agitaba las ramas con una fuerza inconmensurable; otra de piedra, con puntiagudos ángulos rocosos que le salían del pecho; un caballo de acero de seis patas con un humanoide como jinete hecho de cientos de espadas afiladas.

Michael lanzó un suspiro, aliviado e incrédulo. Un ejército de tangentes había acudido en su ayuda. Había estado a punto de recibir la muerte real. Y Bryson y

Gabby todavía estaban ahí fuera, en algún lugar, luchando. Tenía que...

Alguien le puso una mano en el hombro cuando intentó levantarse, y lo hizo retroceder con delicadeza. Michael se volvió y vio a Helga, cubierta con una armadura, arrodillada a su lado. La mujer estaba apoyada en una espada enorme de potente luz que había clavado en el suelo por la punta.

—¿Qué está...? —empezó a preguntarle, pero ella lo hizo callar.

—Deja de hablar. No tenemos tiempo. Obligué a Kaine a matarme para poder elevarme e ir en busca de ayuda. Pero no he sido lo bastante rápida. Alguien ha ido a por ti en tu ataúd; Kaine ha traspasado el cortafuegos. Tienes que regresar, ahora.

Michael se levantó como pudo, luchando contra el dolor.

—¿Qué...? ¡No! ¡Bryson y Gabby siguen ahí! ¡Tengo que ayudarlos!

Helga lo agarró por la camisa con ambas manos y se lo acercó a la cara.

—Nosotros nos encargamos, Michael. A veces hay que renunciar. Algunas veces debes dejar que otros compartan tu carga. ¿Me entiendes?

El chico asintió con debilidad, pero se sentía impotente.

—Te he dejado una senda abierta. —Helga le dio un apretón en los hombros—. Ahora vete. Sálvate. Y ten fe en nosotros: podemos ganar; sé cómo destruir la Doctrina. ¿Recuerdas el truquito que usé para entrar en la Colmena sin que nos detectaran? ¿El de construir y destruir? —No esperó a que el chico respondiera. Levantó la espada del suelo, saltó por los aires y cortó en dos a un par de KillSims que se habían lanzado sobre ellos—. ¡Vete! —gritó.

Michael se concentró en la senda del portal que le había proporcionado Helga, cerró los ojos, codificó y se elevó para regresar al Despertar.

5

El bisbiseo de la tapa del ataúd al abrirse. El tirón húmedo de los neurocables al retirarse de su cuerpo para volver a penetrar en sus ranuras. Las refulgentes luces azules, el zumbido de la maquinaria. El mundo real recobraba vida por encima del chico. El dolor seguía ahí, por todo el cuerpo, pero no era, ni de lejos, tan intenso como en el Sueño.

Un rostro estaba mirándolo. Luego vio un destello, un reflejo de luz sobre el acero.

Michael se levantó con brusquedad. Logró apartar de un golpe con el brazo el cuchillo que se aproximaba a él; luego dio una patada que impactó contra el rostro del hombre. El chico salió como pudo del ataúd, percibió el movimiento atacante del hombre y consiguió abalanzarse sobre él, con una inyección de adrenalina. Lo golpeó y vio un brazo que se levantaba, con el arma todavía empuñada. Michael levantó un codo, sintió el frío metal de la hoja y logró que el hombre tirase el cuchillo.

«Corre», pensó. Estaba harto de luchar. Solo quería correr.

Michael se echó a un lado, tropezó cuando el hombre lo agarró por los pies, lo pateó, se levantó a duras penas y empezó a correr. Estaba dentro de una sala gigantesca, rodeado de gradas llenas de ataúdes. Vio las puertas por las que acababa de entrar. Se concentró en la salida y corrió hacia ella.

Luego, con un estallido de dolor, impactó de bruces contra una sólida baldosa. Estaba en el suelo; su atacante se le había echado encima saltándole por la espalda. Michael se puso boca abajo levantando el codo y logró golpear al hombre en la mandíbula. El tipo gritó y cayó de cara, pero aún estuvo a tiempo de darle una patada en el estómago. Michael quedó hecho un ovillo, sujetándose el vientre, tosiendo. Todavía le dolía todo el cuerpo por la batalla del Sueño, y, en ese momento, lo invadía una oleada de náuseas. Se levantó como pudo e intentó no caer a pesar de que el mundo le daba vueltas.

Su atacante estaba de pie, resollando, y Michael logró verlo bien por primera vez. Le sonaba su cara, pero antes de lograr reconocerlo el hombre se lanzó a la carga, con expresión de auténtica furia. Michael se mantuvo firme. No tenía tiempo de huir. El hombre impactó contra él, y ambos cayeron de bruces al suelo, una vez más. Michael le dio un rodillazo en la entrepierna y salió de debajo de su cuerpo. Se levantó, se alejó tambaleante y miró hacia atrás. Aquello tenía que terminar.

El chico se dio cuenta de algo que no había visto hasta entonces: uno de los guardias que había muerto antes estaba tirado en una silla, con la cara y el torso cubiertos de sangre. A sus pies había una pistola. Michael corrió para cogerla. Oyó a su atacante que gritaba como un loco. El chico se lanzó deslizándose por el suelo hacia la silla, como un jugador de béisbol a punto de alcanzar la base, y agarró el arma, que volvió de golpe para apuntar.

El hombre frenó en seco, con los ojos abiertos de par en par y las manos en alto. Y, en un instante, se produjo una transformación en su ser. Su rabia se esfumó y dejó lugar al miedo. Le temblaban los labios y cayó al suelo, postrado de rodillas.

—No lo hagas —dijo gimoteando con un tono patético—. No me dispares. Yo... Esta es mi única esperanza. Ya no me quedan alternativas. Necesito este cuerpo. —Agachó la cabeza.

Michael se levantó poco apoco, pero no dejó de apuntar al hombre con la pistola. En ese momento, la sensación de que lo conocía se consolidó y lo reconoció.

—Tú me visitaste en prisión —dijo Michael. Estaba sorprendido por el descubrimiento. No podía creer que no se lo hubiera encontrado antes—. Viniste a verme y me hablaste de lo que es real y de lo que no lo es, que nunca se sabe. Que podíamos elevarnos mil veces...

—Y seguir en el Sueño —lo interrumpió el hombre—. Sí, sí. ¿Cómo podemos saberlo? No podemos. Solo podemos vivir, chico. Y yo quiero vivir, más que nada en este bendito universo. Por favor, no me lo arrebates.

—¿Quién eres? —preguntó Michael, y no era tanto una pregunta como la exigencia de una respuesta.

El hombre seguía comportándose con timidez.

—Soy el amigo que siempre has tenido, algo de lo que supongo que no te has dado cuenta jamás. Y soy tu enemigo más acérrimo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Soy yo, Michael. Soy Kaine.

A Michael se le tambaleó el mundo. Tuvo que luchar para no caer.

—¿Crees que soy idiota? —le preguntó. Pero lo amenazó en vano. Quería fingir que no lo creía, pero sí lo hacía. Kaine el tangente había robado un cuerpo y estaba arrodillado delante de él. El chico sabía que era cierto.

—No empieces a juzgarme como haces siempre —dijo Kaine—. Este hombre al que he abducido quería acabar con su vida, ¡incluso había escrito una carta de suicidio! No le he hecho nada que él no quisiera hacer antes que yo.

—Ya nada me sorprende —dijo Michael en voz baja, casi para sí mismo. Miró al suelo—. Yo solo...

—Así es como funciona mi plan. Cada dos semanas descargaré la última versión de mí mismo en este hombre. Solo por si las cosas no funcionan como debieran durante el próximo año o más. Es mi... seguro de vida. Y, por lo que parece, creo que ha sido una de las decisiones más inteligentes que he tomado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Michael, mirando a Kaine a los ojos.

El hombre, el tangente, se encogió de hombros y al final bajó las manos.

—He perdido todo contacto. Conmigo mismo, con mis compañeros, con mi ejército. Así que solo puedo admitir que has ganado. No sé ni cómo, ni dónde, ni cuándo, pero se ha terminado. Supongo que son dos semanas de recuerdos que jamás recuperaré. Y no es que quiera hacerlo. Todos los míos se han ido o han muerto, por lo que sé; creo que tú tienes a muchas más personas de tu parte de las que había creído. La única razón por la que he sabido que estabas aquí es porque he interceptado un mensaje mío enviado a mí mismo.

Michael se quedó mirándolo, totalmente confuso. Entendía qué decía, en realidad, pero tenía la mente como una bola gigantesca de cordel endurecido; si tiraba de un cabo todo explotaría entre una nube de polvo en cualquier momento. Mantuvo la pistola apuntada en dirección a su enemigo, muriéndose de ganas de apretar el gatillo.

—Mírame, ya no soy nada —dijo Kaine—. Sin la Doctrina de la Mortalidad, sin mis recursos, sin el apoyo de la infraestructura de la SRV... Incluso había creado mi pequeña Colmena, oculta en el olvido, y no creo que logre encontrarla, aunque tuviera cien años para buscarla. Lo he perdido todo en este mundo virtual. Percibo su ausencia.

Entonces, ahí mismo, a los pies de Michael, la criatura más aterradora que el mundo jamás hubiera conocido empezó a lloriquear como un niño asustado.

—Por favor —gimoteó Kaine—. Déjame vivir en este mundo. Jamás accederé al Sueño. Nunca más. Tienes mi palabra. Has acabado con la inmortalidad. Déjame disfrutar de la mortalidad. Te lo suplico.

Michael dio un paso al frente, encañonó a Kaine en la frente. Pero no pudo hacerlo. No existía forma posible de que apretara el gatillo. La pena lo atenazaba.

—Tú —susurró Michael, tembloroso—. Tú y... Weber. Os odio. Me lo habéis quitado todo. Mis padres. Mi vida. Sarah...

—Lo siento —dijo Kaine—. Te juro que hice lo que creía...

—Calla —le espetó Michael—. Levántate y vete de aquí. Ahora. Si vuelvo a verte la cara, te mato. ¿Me has oído? No te daré una segunda oportunidad. Lo juro por la vida de la última persona que hayas arrebatado.

Kaine asintió con la cabeza. Era una criatura miserable y patética. Cuando Michael se volvió, lo oyó cruzar la sala corriendo y salir por la puerta, hasta la calle.

Lo dejó marchar con la esperanza de no tener que arrepentirse algún día.

6

Transcurridos varios minutos, Michael seguía plantado en el mismo sitio, mirando al suelo. No tenía energías para moverse, ni siquiera para sentarse. Deseó poder desconectar mentalmente y serenarse.

El ataúd que había usado antes no paraba de pitar. Le habían enviado un mensaje del informativo. Se acercó y encendió su pantalla de red para ver un sencillo comunicado escrito con claridad en la superficie de refulgente azul.

Se trataba de un mensaje de Helga.

TUDO HA TERMINADO

Un mes más tarde

1

Michael se encontraba entre amigos.

Incluidos los padres de Sarah.

—Siento haberte culpado de la muerte de mi hija —dijo Gerard. Estaba de pie rodeando con fuerza a su mujer por los hombros—. Al principio fue duro verte regresar sano y salvo. Verte en todos los partes del InfoBlog, alabado como si fueras un héroe. He sido un egoísta, lo sé. Es que... —Le falló la voz y se le anegaron los ojos en lágrimas—. Es que duele mucho. Echo de menos horrores a mi niña.

A Michael se le encogió el corazón cuando los padres de Sarah lo abrazaron, ambos temblando mientras lloraban. Se separaron y retrocedieron un paso.

—No es culpa tuya —prosiguió su padre—. Ya lo sé. Eres un héroe y también lo fue Sarah. Si mi niña tuviera que hacerlo de nuevo, sé que haría lo mismo. Siempre.

Michael no pudo más que asentir en silencio, porque la pena que sentía lo abrumaba. Seguramente no era posible, pero sentía que la añoraba tanto como Gerard.

—Te queremos —dijo Nancy con una sonrisa—. Siempre has sido como un hijo para nosotros. —Hizo una pausa, con una mirada de inseguridad en el rostro—. ¿Podemos seguir en contacto?

Michael se esforzó por esbozar una sonrisa.

—Desde luego. Podéis venir a visitarme o enviarme mensajes... Me encantaría.

Gerard tendió una mano, le dio un apretón en el hombro e hizo ese gesto de asentimiento con la cabeza que solo puede realizar un padre dirigido al chico que estaba enamorado de su hija.

—Cuídate, hijo —le dijo—. Ahora dejaremos que acabes de despedirte.

Se fueron a la habitación contigua, y Gabby se adelantó para saludar a Michael.

—Hola —le dijo con las mejillas empapadas en lágrimas. Aquello conmovió al chico. Habían intimado muchísimo desde la locura finalizada hacía un mes, y a él no le cabía duda de que serían amigos durante una larga temporada—. No puedo creer que te marches. Siempre me parecía que quedaba mucho para que eso ocurriera.

—Sí. —Él la abrazó y la apretujó—. Espero que vayas a verme. Ven con tu novio siempre que quieras, si no queda más remedio.

La chica rio, fue como un ronquidito emitido por la nariz.

—Eso sería raro, ¿verdad? Me parece imposible que no os hayáis conocido. Es tan raro...

—Claro que nos hemos conocido —dijo Michael, y la soltó. Había sido un abrazo

muy agradable—. En más de un sentido. Y, oye, a ti también te conozco. No puede ser muy mal chico si es tu amigo especial.

—Ja, ja. Sí. —La chica hizo una pausa y lo miró directamente a los ojos—. Desde luego que iremos a verte. Muchas veces. Os caeréis bien. Y... lo que has hecho por él... es...

—Por favor —dijo Michael, e hizo un gesto con la mano para quitarse importancia—. Ni se te ocurra decir nada, jamás. No te lo voy a permitir.

Ella asintió de nuevo; las lágrimas no paraban de brotarle.

—Está bien. Bueno, iremos a verte muy pronto. Dinos adónde, ¿vale?

—Desde luego.

El último, y no por ello el menos importante, fue Bryson. Se abrazaron y se dieron las correspondientes palmaditas en la espalda, típicas de los machos.

—Te quiero, tío —le susurró Bryson al oído.

Michael soltó una risotada, pero su amigo lo apretujó con más fuerza.

—No, en serio. Te quiero. Eres la mejor persona y el mejor amigo que cualquiera podría desear. El más valiente, el más pirado, el más divertido, el mejor. Eres mi mejor amigo, siempre lo has sido y siempre lo serás. Y voy a ir a verte el careto todos los días.

Se separó de Michael, se volvió y caminó hacia la puerta.

—¡Bryson! —gritó.

Bryson se despidió con la mano sin mirar y luego atravesó la puerta. Fue algo brusco, pero Michael lo entendía. Había sido la despedida perfecta.

Y así acabó todo.

Las lágrimas le escocían en los ojos. Se dirigió hacia el ataúd abierto y se tumbó dentro. Estaba vestido de pies a cabeza, porque prefirió ahorrar a todos el espectáculo de desnudarse. De todas formas, el cuerpo no seguiría en las prendas durante mucho tiempo.

Cerró los ojos y permitió que la neurocaja obrara su magia.

Cuando esos ojos volvieran a abrirse en poco menos de una hora, Jackson Porter volvería a ver el mundo real. Y Gabby estaría ahí mismo, esperándolo.

El proceso fue doloroso.

Fue como si lo metieran a la fuerza entre cortafuegos y que los KillSims le succionaran el cerebro al mismo tiempo. Había oscuridad y luz cegadora. Todo ello combinado con sonidos del submundo, chirridos metálicos y uñas arañando el asfalto. Y, a través de ese caos, se filtraba el dolor.

Sin embargo, como muchas otras cosas en la extraña vida de Michael, al final terminó.

Parpadeó mientras su visión volvía a enfocarse. El dolor se mitigó hasta convertirse en un eco flotante en sus huesos, articulaciones y cabeza. No sabía qué esperar. Se preguntaba cómo sería, lo había pensado cada noche durante un mes. ¿Se despertaría dentro de una celda de la Colmena? ¿Fuera de la Colmena, flotando en la oscuridad como le había ocurrido tantas otras veces antes? ¿Delante de un portal? ¿En una especie de fábrica? No tenía ni la más remota idea.

Lo peor era que no tenía ninguna seguridad de que llegara a despertarse jamás. Así que, en ese sentido, todo iba de maravilla. Pero, para su sorpresa, estaba dentro de un ataúd no muy distinto al que había dejado atrás con el cuerpo de Jackson Porter. Un chico con el que había tenido una intimidad que jamás experimentaría la mayoría de la gente.

Se oyó un bisbiseo; la tapa del ataúd se levantó de golpe y los neurocables se retiraron de su cuerpo. Todo parecía muy real. Asombrosamente real. Y mientras su antiguo dormitorio se materializaba en el espacio que se abría sobre él, lo entendió. Como no podía ser de otra forma, allí estaba Helga, sonriéndole, al igual que, con total seguridad, Gabby estaba sonriendo a Jackson en ese mismo instante en el Despertar.

—Bienvenido a casa —le dijo Helga.

3

Estaba sentado en la cocina con Helga, después de haberse llenado el estómago con sus famosos gofres, huevos y beicon. Michael disfrutó de cada bocado, aunque ya no podía volver a ver la comida como antes. Por segunda vez en su extraña existencia, no era humano. Todo en él era programado. No tenía un estómago real ni órganos para digerir la comida.

Era código. Código complejo, pero código, al fin y al cabo.

Siendo franco consigo mismo, debía reconocer que no le importaba mucho. La vida había sido genial antes de que Kaine, Weber y esa estúpida Senda arruinaran su plácida existencia. Recordó todo aquello. Eran recuerdos del mundo real, nublados y borrosos, y *Sangre vital profunda* volvería a convertirse en su auténtico hogar.

—No estoy muy seguro de qué versión de ti me gusta más —dijo el chico después de un último sorbo de zumo de naranja—. La que prepara este delicioso desayuno o la que va por ahí matando a los malos.

Helga entornó los ojos.

—Soy siempre la misma, Mickey. Una y la misma. Y no creas que la vida va a ser un camino de rosas. Si no haces los deberes y no te portas bien... a lo mejor volverás a ver a la Helga guerrera.

Michael se la imaginó como una vieja bárbara levantándose con su temible espada y empezó a reír a carcajadas hasta que le dolió el pecho. Sí, se sentía de

maravilla. Todo iba bien.

—Gracias por todo —dijo al final. Y, siguiendo el hilo de lo que había hecho Bryson en el mundo real, decidió compartir sus sentimientos más sinceros y profundos con esa mujer milagrosa—. Sé que has trabajado duro para programar este lugar; para que sea igual que nuestra antigua casa. Es asombroso. —Hizo una pausa y contuvo un estallido de emoción—. Gracias por ir a buscarme y salvarme. Y por averiguar una forma de conseguir que sigamos vivos en lo Profundo.

Helga rodeó la encimera y le dio un abrazo con los ojos humedecidos; y luego regresó a su asiento.

—Tengo algo que decirte —dijo en voz baja.

A Michael le picó la curiosidad.

—Ah, ¿sí?

—No, no —respondió ella enseguida—, no es nada malo. Te lo prometo. Quería esperar hasta que... hasta que estuviera segura de que todo saldría bien y que ambos podríamos seguir existiendo en la Red Virtual. Y... aquí estamos.

Tras una larga e incómoda pausa, al chico se le aceleró el pulso por la expectativa, y dijo:

—Vale. ¿De qué se trata?

—¿Recuerdas...? —Y se calló—. Da igual, por supuesto que lo recuerdas. El día que murió Sarah.

Michael solo pudo asentir en silencio. Los latidos de su corazón le retumbaban en los oídos.

—Ese día te envié fuera de la habitación para poder trabajar con nuestros programadores para regresar al Sueño y descargar su información. Su conciencia. Tenía que hacerlo antes de que ella respirase su último aliento en ese mundo.

Michael no podía tragar; no podía respirar.

—Creo... —prosiguió la mujer—, sé que lo conseguimos todo. Teníamos la experiencia suficiente para trabajar con la Doctrina de la Mortalidad en ese momento. Lo único es que no pudimos dar con ella en el otro lado. En la Colmena. No pudimos meterla en una celda.

Michael se levantó y luego volvió a sentarse.

—¿Qué...? ¿Qué significa eso?

—Significa que ella está ahí fuera. —Helga levantó la vista y miró al techo, como si estuviera mirando un fantasma—. Fragmentada. A lo mejor está en miles de millones de puntos de datos. No lo sé. Podría ser como un cubo de arena vertido en el océano. Pero... Pero al menos sabes que está ahí fuera. En alguna parte. Es una pequeña esperanza, ¿verdad?

Michael apoyó las manos en la encimera que tenía delante. Se quedó mirándose los dedos, paralizado. Una multitud de emociones lo removían por dentro, no podía concentrarse en ninguna de ellas por separado.

—¿Y qué hay de...? ¿Qué hay de mis padres? —logró preguntar.

Helga le dedicó la más empática de las sonrisas.

—Yo también los echo de menos. Mucho. Pero siento decirte que creo que su caso es diferente. Es como... Es como esto. Imagina una pizarra, ¿sabes?, de las de antes. Una pizarra con los nombres de tus padres escritos. En el caso de tus padres, creo que esos nombres han sido borrados, jamás regresarán. Pero, en el caso de Sarah... Bueno, en su caso, creo que es como si su nombre siguiera escrito allí. La pizarra podría estar perdida en un almacén del tamaño del universo. Las posibilidades de encontrarla son pequeñas, pero está ahí fuera, en algún lugar.

Michael asintió con tristeza.

—Puede que no sea la comparación más afortunada —dijo Helga—. Pero creo que hay alguna esperanza que albergar con respecto a Sarah. —Se quedó callada para dejar que Michael pudiera asimilarlo todo.

—Gracias por contármelo —susurró por fin el chico, y se levantó. Se volvió y empezó a alejarse, pero se detuvo ante la puerta que daba al pasillo y se volvió hacia su niñera—. Te quiero, Helga.

Luego se fue a su habitación, en la que había crecido.

4

—Como en los viejos tiempos —dijo Bryson levantando su bebida.

Las otras tres personas sentadas a la mesa entrechocaron sus copas con el vaso del chico y dieron un gran sorbo. Estaban en el Dan the Man Deli, y resultaba tan agradable como en los viejos tiempos. El enorme plato de patatas azules ya estaba casi vacío.

—Este lugar empieza a tener el aspecto que ha tenido siempre —dijo Michael mientras cogía otra patata—. Parece que la nueva Comisión de la Red Virtual está empleándose a fondo. Todavía no puedo creer que me hayan pedido que trabaje para ellos.

Bryson lo miró.

—Venga ya. Para descojonarse.

—Eso de CRV suena muy tonto. —Ese comentario fue formulado por Gabby, que había llegado en compañía de su novio, el tal Jackson Porter. El chico tenía un aura totalmente nueva para que no resultase todo tan violento, aunque a Michael seguía pareciéndole raro. Sentía que tenía un gemelo maléfico o algo por el estilo—. Me suena a enfermedad contagiosa. Deberían haberlo llamado simplemente la Comisión.

—¿Cómo van las cosas en el gran y malvado mundo? —preguntó Michael—. Hago todo lo posible por no ver los partes del InfoBlog. Me dan cagarrinas.

Gabby emitió un gruñido, algo que sin duda Sarah también habría hecho en el pasado.

Jackson respondió; cada vez se sentía más cómodo con sus nuevos amigos.

—No está tan mal. Gran parte de las elecciones especiales ya se han celebrado, los mercados están recuperándose, la gente vuelve a tener valor para sumergirse de nuevo en el Sueño. En cuanto pasen unos meses más, todo volverá a la normalidad.

Bryson tamborileaba con los dedos sobre la mesa con gesto distraído, como si estuviera mirando a lo lejos.

—Menos mal que los detuvimos a tiempo. En serio, yo creo que si llegan a pasar un par de semanas más, el mundo se habría ido al garete. A vuestra salud, colegas. — Volvió a levantar su vaso, y el sonido del brindis llenó la atmósfera. Era el sonido de la alegría.

—¿Y tú? —preguntó Gabby. Esa sonrisa amable era algo a lo que Michael empezaba a acostumbrarse, fuera o no fuera virtual—. ¿Cómo lo llevas?

Michael lo pensó un instante y luego asintió con determinación. No tenían por qué saber nada sobre el vacío que todavía era como una herida abierta en su corazón.

—Las cosas van bastante bien —dijo—. Claro que echo de menos a mis padres. Os echo de menos a vosotros, chicos. Echo de menos a... Sarah. Pero es maravilloso estar con Helga y haber empezado otra vez a ir al colegio en *Sangre vital profunda*. Lo genial de ese lugar es que nadie sabe quién es real y quién no lo es, y eso me va de perlas. Me encanta, en realidad. Bueno, si puedo combatir la Decadencia (y dicen que si uno es consciente, lo consigue), al final viviré mucho más que vosotros, chicos.

—Eso es lo más bonito que me has dicho jamás —dijo Bryson con una sonrisa exageradamente amplia.

—¿Y quién dice qué es real y qué no lo es? —preguntó Gabby—. Por lo que sabemos, el Despertar es solo un programa más complejo, gestionado por una panda de alienígenas. O por Dios. O por ambos. A lo mejor existe un número infinito de niveles. A lo mejor se reinicia cada millón de años.

Eso les dio bastante que pensar. Todo el mundo permaneció sentado en silencio durante un largo minuto, reflexionando sobre el universo.

—Bueno —dijo Jackson, y se levantó de su silla—. Tengo que irme. Mañana tengo que entregar un proyecto.

—Sí, yo también —admitió Gabby. También se levantó—. Nos vemos aquí el viernes. ¿A la misma hora?

Bryson echó su silla hacia atrás, triste al ver que la fiesta se había terminado.

—A la misma hora. Y sé que esto es una blasfemia, pero, la próxima vez, ¿pedimos algo que no sean patatas azules? Por favor. Os lo ruego.

Gabby rio con malicia mientras Jackson y ella se alejaban. Michael los observó mientras se iban y se preguntó si la gente creería su historia dentro de unos años. Era una locura.

Bryson le propinó una palmada en el hombro y luego le dio un fuerte apretón de manos.

—Los juegos vuelven a abrirse dentro de dos semanas —dijo. Lo hizo con voz solemne, como si estuviera anunciando un tratado de paz—. Yo digo que nos

saltemos las clases, que hagamos pellas y juguemos veinticuatro horas seguidas. Nos los cargaremos a todos. —Volvió a palmear el hombro a Michael y luego se volvió para marcharse. Levantó los dos pulgares—. ¡¿Qué me dices?! —gritó.

—¡Me parece bien! —le gritó Michael, e hizo el mismo gesto de aprobación.

Sí, aquello le parecía mejor que nunca.

Epílogo

Michael estaba sentado en la casa del árbol, totalmente reparada y situada en las afueras de *Sangre vital*, y se sentía agotado. La noche había caído unas horas antes, y ya hacía rato que debería haber estado en la cama. Sin embargo, a Helga no le importaba. Ella sabía muy bien en qué había estado trabajando el chico desde hacía unas semanas. Y sabía que estaba a punto de conseguir su objetivo. De todas formas, ella ahora ya estaría en la cama.

Aunque Michael tenía la habilidad necesaria para acceder al código de su entorno dentro de lo Profundo, se había hecho la promesa, y también a Helga, de que no lo haría mientras estuviera en ese mundo. Ambos necesitaban adoptar la apariencia de una vida real para que todo fuera bien y pudieran disfrutar de una estabilidad. Y *Sangre vital profunda* se había convertido en ese lugar tranquilo para Michael. Podía navegar con su pantalla de red siempre que quería, pero para sumergirse del todo tenía que elevarse un nivel, hasta el Sueño, que la inmensa mayoría de los ciudadanos experimentaban cuando se sumergían.

Qué vida tan rara tenía.

Volvió a acomodarse en el asiento relleno de semillas de Bryson, y el contacto con su desgastada y agrietada superficie fue como reencontrarse con un viejo amigo. Echó la cabeza hacia atrás e inspiró con fuerza. Le dolían los ojos de tanto trabajar. De programar, investigar y analizar. Le había hecho falta recurrir al último ápice de sus habilidades y de su energía, pero había realizado un trabajo excelente. «Aunque sea echarme flores», pensó.

Sentado allí, en un silencio solo interrumpido cada cierto tiempo por el rasguño de alguna rama contra la fachada de la casa, se dedicó a pensar en todo ello. En el giro tan alocado que había dado su vida. En cuando descubrió que era una línea de código. En sus viajes por el mundo, tanto por el real como por el virtual. En su lucha contra enemigos que ni los más grandes ni malvados ejércitos del mundo podrían detener. En que había visto morir a Sarah. Dos veces. Las dos igual de horribles. Si eso no traumatizaba a un chico de por vida, ¿qué lo haría?

Sin embargo, todo había salido bien, ¿verdad?

Allí estaba él, vivo y coleando. Gracias a la Doctrina de la Mortalidad, tenía una capacidad de comprensión de la inteligencia humana y de su conciencia mucho más potente que la del común de los mortales. Era real y punto. Nadie podía quitarle ese convencimiento.

Se desperezó con ganas y se sentó más erguido. Llevaba semanas matándose a

trabajar. Se acostaba tarde, iba al colegio con los ojos inyectados en sangre, caminaba como un cangrejo con las patas hinchadas y se quedaba dormido en la mesa del comedor. Le había ocurrido una vez y todavía no podía creerlo. Estuvo a punto de caer de bruces sobre el cuenco de sopa de tomate. Helga lo había mirado sacudiendo la cabeza.

Pero todo había valido la pena. Había valido mucho la pena. Ya lo tenía. Estaba seguro casi al cien por cien. Después de registrar el Sueño de cabo a rabo, recabando datos en busca de lo mejor y lo peor, y tras acceder a tantos lugares protegidos con altas medidas de seguridad, era un milagro que no lo hubieran metido en la cárcel.

Recabar datos y más datos.

Reunirlo todo.

Fragmento a fragmento; una línea de código tras otra. Y ahora ya lo tenía todo reunido en un solo lugar. Era una mezcla de todo, confusa, hecha un lío, pero lo tenía todo ahí.

El día siguiente era sábado, y le quedaba un solo día, una larga jornada de trabajo.

No cabía en sí de emoción, estaba ansioso por seguir con ello. Pero debía esperar. Asegurarse de estar bien descansado y despertarse fresco para su misión. Debía tomar un delicioso y energético desayuno de Helga antes de regresar a la casa del árbol. Sí, tenía que esperar un día más.

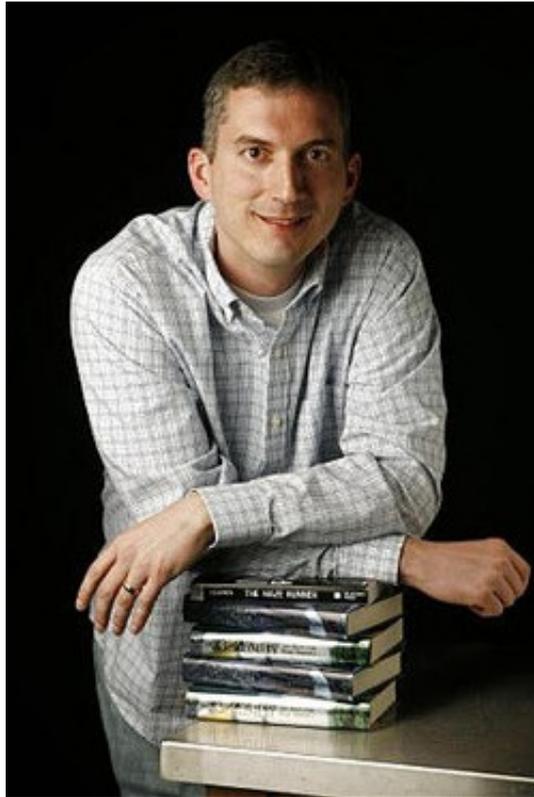
Al día siguiente empezaría a codificar para recuperar a Sarah.

Agradecimientos

Al llegar a la conclusión de esta trilogía, deseo expresar mi agradecimiento a las personas que la han hecho posible. A mi agente, Michael Bourret. A mi editora, Krista Marino. Y a mi agente internacional, Lauren Abramo. A todas las maravillosas personas de Random House, que son demasiadas para poder mencionar sin que se me olvide alguna. Gracias a mis editores en otros países, que han llevado mis historias a otros lugares y las han dado a conocer en incontables culturas e idiomas. Gracias también a los numerosos libreros, bibliotecarios y profesores que me han facilitado el contacto con los lectores. Y a las librerías de bajo coste, en todas sus formas y dimensiones, que han conseguido que mis libros estén al alcance de todos los bolsillos (¡que llegan a estar en oferta!).

Gracias a todos.

Y, como siempre, y jamás dejaré de decirlo porque es lo más importante, te doy las gracias a ti, que has decidido leer este libro. Gracias. Con todo mi corazón, gracias.



JAMES SMITH DASHNER (Austell, Georgia, Estados Unidos, 1972). Conocido simplemente como James Dashner, es un prolífico autor de narrativa juvenil, principalmente de fantasía y ciencia ficción, que inició su carrera en el mundo de las finanzas.

Completó la carrera de finanzas en la Brigham Young University, pero al licenciarse, según sus propias palabras, «una fuerza intrínseca» lo llevó a dedicarse a la escritura, logrando, tras varios intentos, la publicación de la serie de *Jimmy Fincher*, con cuatro tomos que atrajeron a miles de lectores.

Con ansias de dedicar su vida a la literatura juvenil, siguió escribiendo y actualmente su bibliografía incluye la exitosa saga *The 13th Reality*.

La fama internacional le llegó con la publicación de la saga de *El corredor del laberinto* (*The Maze Runner* 2009-2015), la cual ha vendido más de 6.5 millones de copias en todo el mundo y de la que además se han hecho adaptaciones cinematográficas con un gran éxito de taquilla.